



Nahuel Moreno

El golpe gorila de 1955

Nahuel Moreno

El golpe gorila de 1955

1954-1956

(Tomado del libro publicado por Editorial El Socialista en 2012)

Diseño de tapa e interior: Daniel Iglesias

www.nahuelmoreno.org

www.uit-ci.org

www.izquierdasocialista.org.ar

Copyright by *CEHUS* Centro de Estudios Humanos y Sociales

Buenos Aires, 2019

cehus2014@gmail.com



Índice

El golpe gorila de 1955

Presentación.....	1
Prólogo a la Edición de 1974	3
¿Fue Perón consecuentemente antiimperialista?	4
¿Fue Perón realmente antipatronal?.....	4
El Congreso de la Productividad: síntesis de la política peronista frente a la burguesía y el imperialismo.....	5
¿Quién salió a pelear el 16 de junio?	5
“No quiero derramar sangre de argentinos”	6
¿Cómo se movió la izquierda?.....	7
El Partido Comunista.....	7
Política Obrera	8
Abelardo Ramos.....	9
El trotskismo	10

1954, Año clave del peronismo

Evitemos que el imperialismo yanqui domine nuestro país.....	13
Unámonos con otras corrientes, para denunciar y frenar los planes de colonización de Latinoamérica y nuestro país.....	15
La importancia social y política del proletariado es decisiva	17
Sólo el gobierno de la clase obrera argentina podrá evitar el peligro de crisis que se cierne sobre el país y los trabajadores.....	18
Frenemos la ofensiva de la Confederación General Económica (CGE) contra los trabajadores.....	20
El gobierno y el movimiento peronista, en una encrucijada	22
La crisis del radicalismo obliga, al imperialismo yanqui y a la burguesía a organizar un nuevo partido: el católico	24
Los últimos convenios cierran una experiencia y abren otra	26
Partido laborista u organización política de clase inmediata de los activistas sindicales ..	28

El Partido Comunista no puede ser el partido de los activistas sindicales.....	28
Construyamos el gran partido de la vanguardia obrera formando ya un partido centrista de izquierda legal.....	30

¿Quiénes supieron luchar contra la “revolución libertadora” antes del 16 de septiembre de 1955?

Prólogo a la primera edición	31
Las sectas	32
1. La Iglesia Católica al servicio del golpe de estado del imperialismo yanqui	35
Solo la movilización de la clase obrera detendrá el golpe de estado y la colonización del país	35
Un Bloque sin principios.....	36
El discurso del 25	36
2. El partido comunista oculta los objetivos del plan de la Iglesia	37
¿Quién prepara el golpe de Estado que ellos anuncian?.....	37
Las consecuencias de una falsa caracterización política.....	38
“Frente Democrático Nacional” y capitulación ante la Iglesia.....	38
3. Un solo frente obrero para frenar al imperialismo, a los curas y a los capitalistas	39
4. Movilización obrera: única respuesta contra el golpe de estado clerical-patronal-imperialista.....	41
El golpe de estado será el peor de los males	41
Como debe movilizarse la clase obrera	42
5. El imperialismo yanqui y la Iglesia preparan un golpe de estado.....	42
¡Unidad de la clase obrera para aplastarlo!.....	42
La resistencia del gobierno a entregarse atado de pies y manos al imperialismo yanqui es la causa esencial del conflicto con la Iglesia	43
La CGT y las organizaciones obreras tienen la obligación de denunciar el golpe de estado y preparar a la clase obrera para enfrentarlo	44
6. Después del primer golpe el imperialismo yanqui y sus aliados siguen firmes en su ofensiva para colonizar el país	44

Preparemos la defensa de nuestras conquistas y organizaciones de los ataques de la reacción.....	45
Las causas del golpe siguen en pie	45
La política de conciliación es la política de la burguesía.....	45
7. Petróleo y golpe de estado.....	46
La Argentina ante el plan de colonización.....	47
Hay que rechazar el colonizante acuerdo del petróleo: el bloque parlamentario de la CGT debe obrar en tal sentido	48
8. Contrapunto con la “izquierda nacional” peronista	50
¡¡La calle para los obreros!! La reacción prepara un nuevo 16 de junio: Todos unidos para aplastarla!.....	53
Un sector de la reacción exige la renuncia de Perón. No son ellos sino los obreros quienes deben resolver	54
Abelardo Ramos en septiembre de 1955.....	57
Los trotskistas revolucionarios ante el golpe triunfante: tres volantes históricos.....	58

¿Y después de Perón qué?

Introducción	62
1. El peronismo cayó por no ser un auténtico gobierno obrero	64
2. La experiencia de las últimas grandes huelgas.....	68
3. La tarea fundamental del presente.....	71
4. Reorganizar el movimiento sindical	77
5. Reorganizar el movimiento obrero para liquidar al actual gobierno	79
6. El movimiento sindical reorganizado debe oponerse al Plan Prébisch .	84
7. El plan yanqui de colonización de Latinoamérica	89
8. Luchemos por reconquistar nuestra independencia nacional.....	92
9. El movimiento obrero reorganizado debe oponer un frente antiyanqui .	94
10. Luchemos por la derogación del estado de sitio y por conseguir la libertad de presos políticos y sociales.....	98
11. La principal tarea democrática es conquistar la legalidad para el peronismo	102

12. La intransigencia radical: expresión de las contradicciones de la moderna clase media	103
13. La crisis del comunismo stalinista.....	104
14. ¡Abajo las sectas!.....	107
15. ¿A dónde vamos?.....	111
16. Formemos una tendencia sindical anticapitalista y antiimperialista consecuente	113
17. El movimiento obrero debe tener una política independiente y propia .	115
18. La nueva dirección del movimiento obrero entronca con nuestro futuro como partido revolucionario.....	116
Apéndice	119
19. Una aventura trágica: el golpe peronista.....	119
20. Las elecciones sindicales obligan a luchar por nuevas direcciones ..	122
21. Al plan político del gobierno hay que oponerle una política independiente	125

Presentación

En la década del cuarenta del siglo pasado surgió en Argentina el peronismo. Desde entonces ha perdurado como uno de los principales protagonistas de la vida política y económica del país.

Uno de los rasgos más destacados del peronismo en sus orígenes es que, siendo un movimiento político nacionalista burgués, conquistó la adhesión masiva y fervorosa de la clase obrera, transformándose en la columna vertebral de su organización sindical. Durante décadas, los avances y retrocesos de los trabajadores han estado —y de alguna manera siguen estándolo, a pesar de que el peronismo ha perdido hace tiempo aquella devoción que se sintetizó en “la vida por Perón”— directamente vinculados a esa adhesión a una dirección política burguesa y una organización sindical burocrática.

Por su parte, una muy pequeña fuerza revolucionaria comenzó también a desarrollarse en aquellos mismos años. Nos referimos a la corriente del trotskismo que encabezó Nahuel Moreno, y que fue haciendo sus primeros pasos en su ligazón con los trabajadores en el corazón industrial de entonces, Avellaneda, en el Gran Buenos Aires. Así se fundó en 1944 una pequeña organización, el Grupo Obrero Marxista (GOM).

Para definir muy brevemente las características que lo identifican, digamos que fue el único sector del trotskismo que se propuso crecer junto a los trabajadores peronistas, en sus luchas, desde sus comisiones internas y cuerpos de delegados, pero combatiendo políticamente a aquel gobierno que los obreros apoyaban. Concretamente, que no capituló a la presión del nacionalismo burgués peronista. Al mismo tiempo también combatía la creciente burocratización de los gremios, reivindicando un sindicalismo independiente de todo gobierno patronal y con métodos asamblearios y democráticos.

En esta obra, Ediciones *El Socialista* reedita dos trabajos fundamentales para ubicar los hechos históricos que culminaron con la caída del gobierno de Perón en 1955, y un tercero, el folleto de 1956 en el cual se respondía a la situación y a las tareas políticas y sindicales abiertas con el triunfo gorila. Estos textos de Nahuel Moreno expresan la elaboración teórica y las propuestas políticas que se fueron desarrollando al calor directo de la intervención en la lucha de clases en la década del cincuenta.

En 1954, *año clave del peronismo* se desarrolla la definición central de entonces: “No se podrá comprender ningún fenómeno económico, político o militar de ningún país de Latinoamérica si no se comprende que a partir de 1939 el plan de colonización yanqui se concretó como amenaza inmediata, como problema urgente para todos los países latinoamericanos.” Luego de la invasión a Guatemala en 1954 y la caída del gobierno nacionalista de Jacobo Arbenz, señalaba el texto, solo Argentina no había sucumbido aún ante la ofensiva imperialista. Ese era el marco fundamental para orientar una política revolucionaria ante el gobierno peronista y para los trabajadores que lo seguían.

La ofensiva del imperialismo yanqui se agudizó en 1955, motorizada por una creciente oposición al gobierno entre la patronal, la movilización activa de sus fieles de la Iglesia Católica y los partidos “gorilas”, radicales, socialdemócratas y comunistas.

En el texto *¿Quiénes supieron luchar contra la “revolución libertadora” antes del 16 de septiembre de 1955?*, editado por primera vez en 1957, se recopilaron los textos de Moreno publicados en el periódico *La Verdad* o en volantes distribuidos por los militantes agrupados entonces en la Federación Bonaerense de Avellaneda del PSRN. El Partido Socialista Revolución Nacional era un partido dirigido por los hermanos Enrique y Emilio Dickmann, que se habían distanciado del Partido Socialista por sus posiciones antiobreras y habían logrado obtener la legalidad electoral en 1954.

En sus páginas se puede ir siguiendo paso a paso la ofensiva yanqui y gorila, las idas y venidas del gobierno peronista y las propuestas alternativas que fueron proponiendo los trotskistas. La reproducción de algunos volantes es impactante. Por ejemplo, el que se repartió el mismo 16 de junio a la tarde, o aquél que llamó a la huelga general para el 17 de octubre de aquel trágico año, y que los trabajadores cumplieron en forma masiva y espontánea a pesar de la represión.

Consumada la derrota de los trabajadores y la proscripción del peronismo, Moreno publicó en 1956 un folleto titulado *¿Y después de Perón, qué?*, nunca reeditado desde entonces. En el presentaba un análisis marxista de conjunto del carácter de clase del peronismo desde sus orígenes, su papel para impedir que los trabajadores desarrollaran una alternativa de independencia política, y las razones de su derrota ante la ofensiva imperialista. Pero tan o más importante aún, presentaba una propuesta política revolucionaria, que en aquellos momentos la desarrollaba la organización Palabra Obrera.

Han pasado más de cincuenta años. Aún hoy la clase obrera argentina no ha logrado construir una alternativa política independiente de todo gobierno patronal, en particular de los sucesivos gobiernos peronistas, aunque éste no tenga ya aquella solidez de los primeros tiempos. Para avanzar en ese camino, y fundamentalmente en la perspectiva de que se logre un auténtico gobierno de los trabajadores y el pueblo y el triunfo de la revolución socialista, la experiencia y las elaboraciones que fue forjando Nahuel Moreno y su corriente en su larga trayectoria son una herramienta imprescindible. Por eso la reedición de estos textos, que son al mismo tiempo tanto historia vivida como lucha política presente y futura.

Los editores

Buenos Aires, 2012

Nota para la edición de 2019:

Todas las notas de esta edición son del editor al menos que se indique diferente.

Prólogo a la Edición de 1974

EDICIONES PLUMA presenta bajo el título de *El golpe gorila de 1955*, la tercera edición de dos trabajos de sumo valor para la comprensión del peronismo. Lo hace pensando en la juventud obrera y estudiantil, en los activistas jóvenes que no vivieron la “época de Perón”. Si el lector es un estudiante o joven profesional proveniente de la clase media, lo más probable es que haya oído en su casa que “Perón arruinó el país”, que “Perón fue un fascista”, etc. Un joven trabajador habrá oído, por el contrario, que “Perón fue lo más grande que tuvimos, todo lo que tenemos se lo debemos a él”.

Hoy observamos cómo se invierte el proceso en las nuevas generaciones. La Universidad fue, desde 1945, un reducto “contrera”. El movimiento estudiantil estaba dirigido por la Federación Universitaria Argentina [FUA], controlada por el Partido Comunista. La central estudiantil fue la correa de transmisión de la reacción clerical-patronal-imperialista en la Universidad, hasta la caída de Perón.

En la actualidad, en el movimiento estudiantil proliferan los grupos peronistas con las más variadas siglas (FEN, JUP, OUP, Guardia de Hierro, etc.), el peronismo gana las elecciones en los organismos estudiantiles y es mayoría en las asambleas.

En el movimiento obrero se produce (con mayor lentitud) el fenómeno inverso. Aunque la clase obrera votó masivamente por Perón, no votó por el Pacto Social, ni por el Plan Trienal, ni por la reforma al Código Penal ni por las leyes de Asociaciones Profesionales y de Prescindibilidad. Por eso todos los conflictos obreros atentan objetivamente contra estos pilares de la política de Perón, aunque algunas de las corrientes que los dirigen se digan peronistas. Los burócratas sindicales (siempre a la pesca de trotskistas e infiltrados, siempre listos para sabotear cualquier conflicto) son los que más agitan la camiseta peronista. De aquéllos a quienes el movimiento obrero reconoce como sus dirigentes, algunos no son peronistas (Páez, Salamanca, Tosco), y otros dicen serlo. (Jaime) pero organizan listas de oposición en las elecciones y se estrellan a cada paso contra la política de Perón.

Este Perón del Plan Trienal que favorece a los capitales extranjeros, ¿es el mismo que hace veinticinco años frenó la penetración del imperialismo yanqui? Porque la conquista “a fondo” de la Argentina se produce a partir del golpe gorila de 1955, cuando ya todo el resto de América Latina era una semicolonía yanqui. Este Perón del Pacto Social, de las leyes de Asociaciones Profesionales y Prescindibilidad, ¿es el mismo que hace más de veinte años permitió la formación de Comisiones Internas y la celebración de los Convenios Colectivos de trabajo? Este Perón de la reforma al Código Penal, ¿es el mismo que hace más de veinte años sancionó el artículo 14 bis de la Constitución? ¿Dónde está la clave?

Para comprender estas contradicciones, nada mejor que recordar el golpe gorila de 1955 y la política de Perón en ese período.

El 16 de setiembre de 1955 es una de las fechas más negras en la historia del movimiento obrero argentino. El golpe gorila que derrocó a Perón inició una etapa de miseria, represión y entrega del país al imperialismo yanqui. Fue un golpe patronal e imperialista, en el que la Iglesia jugó el rol de punta de lanza y de propagandista en el medio civil.

¿Fue Perón consecuentemente antiimperialista?

Hacia mediados de la década del cincuenta casi toda América Latina era una semicolonias del imperialismo yanqui. Casi toda, porque un país se resistía: la Argentina.

En efecto: aprovechando las circunstancias de una situación económica excepcional y la retirada del debilitado imperialismo británico al término de la guerra, Perón había podido resistir la entrada de los yanquis. Se apoyó en la única fuerza capaz de oponerse al imperialismo: el movimiento obrero.

La situación económica comienza a deteriorarse a partir de 1949. Pero los efectos no se notan inmediatamente. La guerra de Corea, que trajo aparejada la consiguiente demanda de cereales, carne y materia prima y el aumento de los precios de estos productos en el mercado mundial, proporciona un respiro a la economía. Esta situación dura hasta 1952. A partir de ahí, con el estrechamiento implacable del cerco imperialista, el deterioro de la economía asume proporciones alarmantes. Es entonces que el gobierno peronista muestra su verdadero carácter, cuando la patronal exige unidad con el imperialismo y la explotación cada vez mayor del movimiento obrero para poder mantener sus ganancias.

Puesto ante el dilema de movilizar al movimiento obrero o ceder ante las presiones del imperialismo y de la patronal argentina, Perón elige el último camino. En 1953 se sanciona la ley de Inversiones Extranjeras, que permite a los capitales foráneos remesar al exterior las ganancias obtenidas de la explotación de los obreros argentinos, exenciones impositivas y otras ventajas. Al empréstito de 125 millones de dólares concedido por el Eximbank de Estados Unidos se suma otro de sesenta millones para construir la planta [siderúrgica] de SOMISA en San Nicolás. De esta época data, también, el contrato con la California Oil Co, (monopolio petrolero multinacional perteneciente a la familia Rockefeller), que le concede a esta empresa 49.000 hectáreas de tierra patagónica para su explotación exclusiva durante 40 años.

Estas medidas económicas vienen acompañadas de otras en el terreno político internacional. Podemos mencionar, entre muchas, el no haber dicho ni hecho nada frente al golpe gorila de 1954 en Guatemala, cuando el general Castillo Armas, al servicio de la United Fruit Company y ayudado por la CIA, derroca al régimen nacionalista de Arbenz. Peor aún, el gobierno peronista fue uno de los primeros que reconoció al nuevo régimen pro imperialista.

Esta política no nos permite acusar a Perón de agente del imperialismo yanqui; pero sí tenemos que decir que, en lugar de movilizar a la clase obrera contra él, le otorgó concesiones. ¿Por qué?

¿Fue Perón realmente antipatronal?

El imperialismo yanqui no era el único sector que presionaba al gobierno peronista. Si bien la clase obrera había obtenido concesiones económicas importantes, la coyuntura económica tan favorable de los primeros años de posguerra le había permitido a Perón garantizar, a la vez, que la patronal siguiera obteniendo grandes ganancias.

1952 marca un cambio también en este terreno. Las maquinarias industriales estaban gastadas y no había fondos para reponerlas. La burguesía buscaba capitalizarse y exigía para ello una mayor explotación del movimiento obrero. Pero Perón sabe que su fuerza reside precisamente en el apoyo de los trabajadores y, aunque quiere ayudar a la patronal, no desea perder ese apoyo. Es por eso que busca las inversiones yanquis. Con el aflujo de dólares piensa satisfacer las exigencias patronales.

¿Cuáles son las medidas que Perón no tomó? El gobierno peronista no llevó a cabo una reforma agraria, que podría haber acabado con el latifundio e incrementado la producción agrícola. La propiedad de la oligarquía ganadera quedó intacta. Lo mismo ocurrió con los sectores más importantes de la industria. En esa época surgieron industrias, como la metalurgia liviana, que en manos de la patronal se organizan en función de sus ganancias.

No se "capitaliza" un país trayendo dólares (cuyos inversores se llevan luego enormes ganancias), para darle créditos a una industria privada que sólo les da ganancias a sus dueños. "Capitalizar" el país significa nacionalizar la mayor parte de la industria, para hacerla producir en beneficio del propio país. Sólo un sector puede lograrlo: la clase obrera. A la patronal le interesa producir en su beneficio solamente. (Por ejemplo: existen en el país ocho grandes fábricas del ramo "mecánico"; las ocho producen automóviles. Ninguna produce tractores ni cosechadoras pese a que la maquinaria agrícola es totalmente obsoleta).

El Congreso de la Productividad: síntesis de la política peronista frente a la burguesía y el imperialismo

El Congreso de la Productividad y el Bienestar Social, realizado en marzo de 1955, es un símbolo de la época. Veamos, si no, su temario:

1. La importancia del factor hombre.
2. El respeto a las conquistas obreras.
3. El mal del ausentismo.
4. La responsabilidad obrera.

Este temario no menciona los salarios, el problema de la vivienda, o los problemas del pueblo trabajador en general. En el país existe una oligarquía parasitaria, que hace rendir a la tierra mucho menos de lo que ésta puede dar; el Congreso de la Productividad no habla de expropiarla. El comercio exterior está en manos de la patronal y los monopolios, que comercian de la misma forma que producen: en beneficio propio, exclusivamente. El Congreso de la Productividad no llama al gobierno a monopolizar el comercio exterior, para que se importe lo que el país necesita y se exporte lo que más ganancias le pueda dar. La industria se encuentra en manos privadas; el Congreso de la Productividad no exige su nacionalización, para hacerla producir según las necesidades del país. Existen en el país gigantescos monopolios imperialistas (hoy se les llama empresas multinacionales): Standard Oil, Kaiser Corporation, Mercedes Benz, los frigoríficos, Bunge y Born, para no mencionar sino los más grandes, yanquis, europeos y argentinos. Estas empresas explotan a miles de obreros y se llevan inmensas ganancias al exterior, amparadas por la Ley de Inversiones Extranjeras. El Congreso de la Productividad no exige la derogación de esa ley nefasta y la expropiación de esas empresas para ser controladas por los que las hacen producir, los trabajadores.

La Argentina se encuentra atada al imperialismo por pactos colonizantes, como el de la OEA y el de Río de Janeiro, que establece que el país puede ser atacado en cualquier momento o debe participar en el asalto a un país hermano, si y cuando le convenga a los yanquis; el Congreso de la Productividad no exige la ruptura inmediata de esos pactos colonizantes.

¿De qué se habla en el Congreso de la Productividad? De la necesidad de producir más y más (responsabilidad obrera) y no faltar al trabajo (mal del ausentismo). Los que trabajan no son los patrones nacionales e imperialistas sino los obreros. ¿Producir más para el país y la clase trabajadora? No: como acabamos de ver, las riquezas seguirán fluyendo a las manos de la burguesía y el imperialismo. ¿Qué recibe el trabajador? Nada que no tuviera antes: “el respeto a las conquistas obreras”.

Con este panorama, no podía menos que faltar lo más importante (que sólo existiría sin las carencias mencionadas): un plan global para la economía argentina, que aumentara la productividad, pero en beneficio de la sociedad toda, no de un grupo de explotadores. Por más vueltas que se le dé, esto no suena mucho a política pro obrera, antipatronal y antiimperialista

¿Quién salió a pelear el 16 de junio?

Si hay algo de lo que Perón no puede quejarse, es de la falta de indicios golpistas: a la presión creciente del imperialismo yanqui por un lado, y de la patronal por el otro, se une la propaganda desarrollada por la Iglesia. Esta se había convertido en el vocero principal de la reacción; los pulpitos eran tribunas políticas. Grandes manifestaciones partían de las iglesias con carteles y consignas de “Cristo rey” y “muera Perón”.

La actitud de Perón en esta época se resume en una frase que ha pasado a la historia: “Este partido lo juego solo”. Este discurso data del 14 de junio. ¡Dos días antes del golpe! ¿Qué significa? El movimiento obrero no debe movilizarse. Pero se movilizó.

El golpe del 16 de junio fue protagonizado por la marina. El ejército, no muy seguro de sus fuerzas, no participó. Eso es lo que impidió el triunfo militar del golpe.

El 16 de junio es una de las jornadas más heroicas del movimiento obrero argentino. Sin contar con una verdadera dirección revolucionaria, los trabajadores salieron a la calle, en defensa de “su” gobierno.

Pese a que ni el gobierno ni la CGT [Confederación General del Trabajo] llamaron a los obreros que estaban bajo filas (los conscriptos) a unirse a los trabajadores; pese a que no intentaron organizar ni armar a los obreros, el movimiento obrero sale a la calle a asaltar armerías, a quemar iglesias, que funcionaban como comités políticos de la “contra”, a pelear al gorilaje. Es cierto que la CGT llamó a un paro de repudio de 24 horas pero instando a todos a quedarse en sus casas en nombre del “recuerdo venerado de Eva Perón”.

Sería muy largo reproducir los discursos de Perón. Pero podemos sintetizarlos así: para los que masacraron a los trabajadores en Plaza de Mayo, “borrón y cuenta nueva”; para el ejército, “los jefes y oficiales han sabido cumplir con su deber”; para la Iglesia, “son cuatro curas locos”, “he dicho mil veces que soy católico”; para los trabajadores “de casa al trabajo y del trabajo a casa” y “hay que trabajar cada vez más duro”.

El ejército y parte de la burguesía no se largaron con todo en este golpe. Se sentían inseguros de sus propias fuerzas, ante el apoyo masivo que recibía Perón de los trabajadores. Pero el ensayo general del 16 de junio les mostró dos cosas. Una, que Perón no estaba dispuesto a movilizar a la clase obrera. Es cierto que en los meses subsiguientes Perón utilizó la amenaza de crear milicias obreras como arma de chantaje contra la patronal gorila y el imperialismo. Pero todo quedó en eso: una amenaza. No se tomó ninguna medida concreta para crearlas, sí se habló mucho de la lealtad del “ejército sanmartiniano”.

El otro hecho, el que aterrizó a la burguesía y la decidió a jugarse el todo por el todo, fue la movilización obrera. Pese a que ninguna dirección revolucionaria con influencia de masas lo planteó, los obreros fueron capaces de salir a la calle, conseguir armas por cualquier medio, y combatir. El imperialismo y la burguesía aprendieron ahí que la movilización obrera era capaz de convertir las amenazas huecas de Perón en una realidad, Aterrados por esa realidad, el 16 de setiembre descargan toda su furia sobre el movimiento obrero argentino.

“No quiero derramar sangre de argentinos”

Perón podría haber expropiado al imperialismo, a la oligarquía terrateniente y a la burguesía industrial. Podría haber liquidado al ejército burgués y creado las milicias populares. Contaba para ello con el apoyo entusiasta de los trabajadores. Si alguna duda tenía al respecto, el 16 de junio fue una prueba más que contundente para disiparla. Si todo un país está paralizado por la huelga general, si los obreros están armados y cuentan con una dirección fuerte y prestigiada, no hay fuerza capaz de resistir al movimiento obrero.

¿Por qué Perón no hizo nada de esto? Aquí está la clave del triunfo del golpe gorila de 1955. Estas medidas hubieran atentado contra el régimen burgués de propiedad, contra el sistema capitalista. Adoptarlas hubiera significado arrancar el poder de manos de la burguesía para entregárselo a los obreros. Perón no lo hizo, y reveló así el carácter patronal de su gobierno, destinado a defender los intereses del capitalismo.

Perón se justifica diciendo “no quise derramar sangre de argentinos”. Tal vez se “olvida” de Felipe Valiese, de los fusilamientos de José León Suárez, de la Resistencia, donde se derramó la sangre de miles de trabajadores. Hubiera sido más honesto de su parte haber dicho “no quiero derramar la sangre de burgueses argentinos, no quiero que la clase obrera tome, el poder”.

Hoy día, causa indignación oírle decir a Perón que el sangriento golpe del 11 de setiembre de 1973 que volteó al régimen nacionalista chileno fue fruto del apresuramiento de Allende. Allende, según Perón, hizo mal en expropiar las minas de cobre que estaban en manos del imperialismo, no debería haber permitido la existencia de los Cordones Industriales. Si así fuera, ¿cómo explica su propia caída en 1955? ¿Acaso Perón expropió al imperialismo? ¿Permitió la existencia de algún organismo de poder obrero? Es claro que no. Y esto no le impidió a la patronal y al imperialismo dar su golpe para instaurar un régimen de superexplotación del movimiento obrero y entrega total del país al imperialismo yanqui.

Ahora, en el movimiento obrero y en el movimiento estudiantil, hay dirigentes honestos, que quieren desarrollar la movilización en busca de mayores conquistas para la clase obrera y el pueblo, que se dicen peronistas. Pero no pueden ocultar en sus publicaciones tales como *El Descamisado* y *Militancia*, su asombro ante hechos como la masacre de Ezeiza cuando Perón volvió al país, la sanción de leyes represivas en la reforma al Código Penal, o ante el Pacto Social. Algunos sostienen que Perón está rodeado de burócratas sindicales y políticos corruptos que no le dejan actuar. Otros, comienzan a cuestionar al propio Perón. Ante el golpe policial, semi-fascista, que derribó al gobernador de Córdoba, Obregón Cano, y la aprobación de este golpe por parte de Perón al decretar la intervención a la provincia, el Peronismo de Base cordobés observó con estupor que el decreto de intervención

“lleva la firma de los masacradores de Ezeiza, de los que sancionaron la reforma del Código Penal y también la firma del General Perón... Acá no puede decirse que Perón está rodeado... Perón se está apartando de lo que votamos el 23 de setiembre.”

Estos compañeros obreros y estudiantes jóvenes deben conocer la política de Perón ante el golpe gorila de 1955.

Deben saber que los pactos de Perón con los radicales, las concesiones al imperialismo, etc., no son maniobras geniales para engañar y desarmar al enemigo, sino tácticas bastante hábiles para salvarle el pellejo a la burguesía ante cada alza del movimiento obrero y popular.

¿Cómo se movió la izquierda?

La mayoría de los grupos que se mueven, sobre todo, en el movimiento estudiantil, y los grupos guerrilleros que existen hoy, no habían aparecido en la época de Perón. Los grupos guerrilleros aparecen en medio del retroceso del movimiento obrero durante el gobierno de Onganía (1966–69). Reflejan la desesperación de la pequeña burguesía ante su empobrecimiento, fruto de la entrega al imperialismo yanqui y ante la inmovilidad de la clase obrera, y se largan a la acción individual y terrorista en busca, de “atajos” hacia la revolución. Los cientos de sectas pequeñas que existen en el movimiento estudiantil son producto del ascenso que se inicia con el Cordobazo (mayo de 1969), desperdigados por la falta de un fuerte polo revolucionario en el movimiento obrero.

Pero el lector debe saber que algunos partidos de izquierda sí existían en la época de Perón: el Partido Comunista, Jorge Abelardo Ramos,¹ Política Obrera (o, mejor dicho, su antecesor Praxis) y el trotskismo organizado a la sazón en la Federación Bonaerense del Partido Socialista (Revolución Nacional), en la actualidad Partido Socialista de los Trabajadores.

Así como hemos juzgado a Perón por su actitud frente al golpe gorila de 1955, caracterizaremos a los partidos de izquierda por su papel ante la ofensiva clerical-patronal-imperialista.

El Partido Comunista

El 22 de diciembre de 1945, el Partido Comunista realizó una conferencia nacional para definir su política electoral. El informe central estuvo a cargo de su secretario general, Victorio Codovilla, y fue publicado luego bajo el título de *Batir al nazi-peronismo*, título que es, de por sí, toda una definición. Allí leemos que, si bien puede haber alguna diferencia de forma entre Perón y los regímenes fascistas europeos, “la política, la táctica y los objetivos de Perón se parecen, como una gota de agua a otra, a los de los fascistas de todas partes del mundo”.

El documento no se limita a definir al peronismo, también proyecta un curso de acción. Se llama a la creación de una coalición (la Unión Democrática) integrada, siempre según Codovilla, por “la parte más consciente y combativa del movimiento obrero y el campesinado... La mayoría del ejército, la marina y parte de la policía... los sectores democráticos del catolicismo... los sectores progresistas de la industria, del comercio, de la agricultura, de la ganadería y de la finanza”. También, aunque no se lo dice tan explícitamente, el imperialismo yanqui: uno de los discursos más importantes del congreso de fundación de la Unión Democrática fue pronunciado por el embajador yanqui Spruille Braden.

Resumiendo: para, el Partido Comunista, Perón era fascista; para enfrentarlo, el movimiento obrero debía atarse al ejército, a la policía, a la Iglesia y a los burgueses, banqueros y oligarcas, y... ¡al imperialismo yanqui!

Esta fue la política consecuente del Partido Comunista durante toda esa época, aunque hacia el final denunció al imperialismo yanqui. Pero eran denuncias verbales: en la Universidad, la FUA actuaba como correa de transmisión del gorilismo; en el movimiento obrero llamaban a la creación de “organizaciones sindicales independientes”.

Toda la literatura comunista de los años 1954 y 1955 señala la existencia de dos peligros paralelos y de la misma importancia: el imperialismo y el gobierno corporativo-fascista de Perón, aliado del primero. Si esto fuera cierto, preguntamos a los compañeros jóvenes que tal vez no conozcan a fondo la historia, ¿por qué el imperialismo yanqui hizo tanto por derrocar a Perón? Si el gobierno peronista se hubiera “entregado” al imperialismo, como decía

¹ **Jorge Abelardo Ramos** (1921-1994) fue un político, historiador y escritor argentino, creador de la corriente política e ideológica llamada la Izquierda Nacional, que reivindicaba cosas de Trotsky y apoyó fervientemente al gobierno peronista.

Nuestra Palabra, entonces los yanquis le hubiesen levantado un monumento, no lo habrían derrocado. Esta actitud de no llamar al movimiento obrero a unirse contra el imperialismo yanqui y los gorilas argentinos como enemigos fundamentales de la clase trabajadora, es sólo un aspecto de la cuestión. El otro es la política con respecto a la Iglesia. Ésta, recordemos, fue el puntal civil del golpe. La propaganda comunista no dice una sola palabra de denuncia del papel de los curas. Por el contrario: fue uno de los más ardientes defensores de la legalidad del Partido Demócrata Cristiano y de la libertad de los curas encarcelados por su agitación antigubernamental. La acompañó con grandes loas a “las masas católicas, animadas de sentimientos democráticos y progresistas”.

Tratar, ante la ofensiva patronal-imperialista, de dividir al movimiento obrero en peronistas y antiperonistas; poner un signo igual entre Perón y el imperialismo yanqui; no denunciar a la Iglesia como promotora del golpe gorila, antes bien luchar por sus “derechos democráticos”: es esta política objetiva y concreta, evidenciada claramente en *Nuestra Palabra* y en los documentos del Partido Comunista, la que nos permite decir que ese partido fue un aliado consciente del golpe clerical-patronal-imperialista.

Teniendo esto en cuenta, ningún compañero comunista puede sorprenderse de que su Partido le haya mandado votar por Alende y por Sueldo. Recordemos quienes eran estos señores. Oscar Alende fue gobernador de la provincia de Buenos Aires bajo la presidencia de Frondizi, a cuyo Partido pertenecía. Frondizi, sí, el de los contratos petroleros y el plan Conintes y la enseñanza “libre” (léase religiosa) en los colegios, en oposición a la enseñanza laica. Horacio Sueldo ex dirigente del Partido Demócrata Cristiano, que formalmente disiente con el ala más pro yanqui de la Iglesia (Caggiano), pero que jamás se ha pronunciado a favor de un conflicto obrero (como lo han hecho los curas del Tercer Mundo, por ejemplo). Ambos, Alende y Sueldo, fueron funcionarios de la fusiladora,² instaurada después del golpe gorila de 1955.

La política de calificar a Perón de fascista duró 27 años y ocho meses. Al cabo de ese período: ¡milagro, Perón se volvió progresista! El Partido Comunista ordena a sus afiliados, que bastante confundidos debían estar, votar por Perón en las elecciones del 23 de setiembre de 1973. *Nuestra Palabra* aclara que se trata de un “voto programático”, ya que tendía a facilitar la realización de las pautas programáticas del FREJULI [Frente Justicialista de Liberación]. Tal vez olvidó que cinco meses antes había declarado que esas pautas programáticas podía “suscribirlas hasta Nueva Fuerza”.³

Son tres décadas de historia, desde la alianza con la patronal y los yanquis para derribar al “nazi-peronismo”, hasta el voto por el programa “nuevafuercista”. Que los jóvenes activistas las juzguen.

Política Obrera

Para comenzar, es necesario aclarar que Política Obrera se dice trotskista, aunque no pertenece, sino que explícitamente repudia, a la organización trotskista mundial, la Cuarta Internacional. Este pequeño Partido es el heredero del grupo intelectual Praxis, formado a mediados de la década del cincuenta por el Dr. Silvio Frondizi. En él participaron, algo más tarde, los dos futuros dirigentes de Política Obrera, Jorge Altamira y Marcelo.

De otros grupos, se puede hablar largo y tendido sobre su política ante el golpe gorila; se puede estar o no de acuerdo con lo que plantearon o hicieron. Lo que dijo e hizo el grupo Praxis se resume en dos palabras: absolutamente nada. Ni una palabra sobre la posibilidad de golpe antes del 16 de junio; en cuanto al 16 de setiembre, no se prepararon en lo más mínimo para enfrentarlo.

Los ya mencionados Altamira y Marcelo formaron, a principios de la década del 60, el Partido Política Obrera. Superaron a su maestro, Frondizi, en un aspecto: pasaron de la propaganda pura a la acción práctica, en fábricas y barrios. Heredaron de Praxis un lastre pesadísimo: su sectarismo y oportunismo, que se revela en toda su política. Aquí nos ocuparemos de su línea frente al peronismo.

Si hay algún grupo que se esforzó por enfrentar al golpe patronal-imperialista, fueron los trotskistas, que se hallaban en el momento del golpe agrupados en la Federación Bonaerense del Partido Socialista (Revolución Nacional).

2 Entre los activistas obreros el gobierno gorila era llamado “revolución fusiladora” en vez de “revolución libertadora” como se autotitulaban ellos.

3 **Nueva Fuerza** fue un partido político de derecha y ultra liberal fundado por Álvaro Alsogaray en 1972 con la intención de participar en las elecciones presidenciales y legislativas de marzo de 1973,

El actuar dentro del PS(RN) les permitió a los trotskistas acceder a la legalidad. A su vez, la legalidad les permitió difundir en forma amplia y masiva su política: el peligro terrible, inmediato, que acecha a la clase obrera es el golpe gorila-imperialista. Todos los trabajadores tienen el deber de unirse contra esa amenaza mortal para derrotarla. Deben confiar en sus propias fuerzas, no en la política claudicante de Perón. Eso es lo que Política Obrera llama “capitular ante el peronismo”.

Si fue capitulación o no, es lo que podrá juzgar el lector al leer este libro, donde esa política está ampliamente explicada y documentada. ¿Qué política tuvo el grupo Praxis? Ya lo hemos dicho: absolutamente ninguna, ni siquiera dijeron que se venía el golpe. Y eso, en buen romance, se llama capitulación ante la burguesía, la Iglesia y el imperialismo. Altamira y Marcelo podrán argumentar que la política de Praxis la formulaba Silvio Frondizi. Ni esa excusa les queda, porque al formar Política Obrera, no hicieron el menor balance autocrítico de su línea frente al golpe gorila de 1955. ¿Quién capituló ante quién?

En las elecciones presidenciales de 1964, Perón, en el marco de sus acuerdos con los radicales, mandó apoyar el gobierno Illia.⁴ En ese momento, las 62 Organizaciones,⁵ dirigidas por Vandor,⁶ se niegan a acatar. El partido trotskista Palabra Obrera, considerando que la traba mayor que tenía el movimiento obrero era su disciplina a un movimiento patronal como el peronismo, apoyó la indisciplina de Vandor como un fenómeno progresivo que aceleraba la crisis del peronismo a la vez que alertaba sobre el carácter burocrático de la conducción vandorista y la posibilidad de que se ligara a otro sector burgués. En ese momento, Política Obrera mostró su cara sectaria: incapaz de comprender el aspecto positivo de la ruptura de Vandor, acusó a los trotskistas de “capitular ante la burocracia”.

A principios de 1965, Política Obrera iba a mostrar su otra cara, la oportunista. En las elecciones de ese año, Perón mandó votar por los candidatos burgueses de la ultraderecha peronista, de la Unión Popular. La izquierda, en ese momento, llamó a votar en blanco para acelerar la crisis del peronismo. Política Obrera dijo: “Las razones que impulsan postular un reagrupamiento proletario el 14 de marzo, contra el gobierno y votando a la Unión Popular, se fundan en la necesidad de evitar un desperdigamiento electoral de la clase y, eventualmente, obtener un triunfo, que por un lado signifique, formalmente, diputados burgueses peronistas, por el otro, puede ayudar a modificar la correlación de fuerzas actual”.

Apoyar críticamente a un sector de la burocracia que rompe con Perón y plantea —aunque sea momentáneamente— la independencia política del movimiento obrero, eso no. Pero no tiene problema en apoyar a los “diputados burgueses peronistas”.

En ambos casos (apoyo crítico a Vandor y voto en blanco) los trotskistas tuvieron una política destinada a acelerar la crisis del movimiento peronista y lograr la independencia política de la clase obrera. La de Política Obrera sirvió para fortalecer al peronismo, frenando su crisis.

Ya en tiempos más recientes, en las elecciones de marzo de 1973, Política Obrera votó en blanco, confundiendo así con algunos grupos de izquierda (Partido Comunista Revolucionario, PCR; Vanguardia Comunista, VC) y de ultraderecha (Tradición, Familia y Propiedad). Unos meses más tarde, al descubrir el error de no haberse presentado ellos a elecciones, mandan votar indistintamente en blanco o por los candidatos trotskistas (PST).

Abelardo Ramos

Este señor ha merecido en su larga trayectoria algunos calificativos un tanto duros por parte de la izquierda argentina: desde “entregador policial” hasta “prostituta intelectual” y “cortesana roja”. Siguiendo nuestro método, veremos al señor Ramos a la luz de esa prueba decisiva que fue la década peronista y, sobre todo, el golpe gorila de 1955.

4 **Arturo Umberto Illia** (1900–1983) fue un doctor y político miembro de la Unión Cívica Radical. En 1963 fue elegido Presidente de Argentina. En junio de 1966 fue depuesto por un golpe militar y reemplazado por el General Onganía.

5 Las **62 Organizaciones Gremiales Peronistas** fueron la organización de lucha del movimiento obrero argentino contra el régimen de la “Revolución Libertadora”, nacido del golpe de Estado que derrocó a Perón en 1955. Más tarde se transformaron en un nucleamiento de la cúpula burocrática del sindicalismo peronista.

6 **Augusto Timoteo Vandor** (1923–1969) fue un burócrata Secretario General de la Unión Obrera Metalúrgica. Después del golpe militar que derrotó a Perón, promovió dentro del peronismo una facción participacionista dispuesta a pactar con el gobierno de facto y proponía un “Peronismo sin Perón”.

Alrededor del año 1946, Ramos descubre la teoría (no propia, pero en seguida la hace suya) de que existe una “burguesía industrial nacionalista”, que ese sector es progresivo y hasta revolucionario. Esa burguesía llega al poder con Perón, y a partir de allí, Ramos le dará su apoyo incondicional, y seguirá al pie de la letra todos los vaivenes de su política.

Así, en su libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, comentando las negociaciones de Perón con el imperialismo, y adelantándose a las explicaciones que dieron Frigerio y Alsogaray⁷ para justificar la entrega, dirá: “... esa industria de capital imperialista paga réditos al estado argentino, proletariza a una parte de su población, desarrolla una actividad económica moderna que eleva el nivel de vida general y fortalece objetivamente al país”. ¡Esto, sobre los contratos con la Kaiser, con la California Oil Co! Por primera vez en la historia, un “marxista” había descubierto que la penetración imperialista puede beneficiar a un país. Que lo importante es que las industrias estén, no importa que sus dueños sean extranjeros, y se lleven todas las ganancias. Esto corre paralelo a la política de Perón, que antes de junio de 1955, cuando la presión del imperialismo y de la burguesía gorila se acentuaban, buscaba hacerles concesiones para aliviar esa presión. Antes del golpe del 16 de junio, Ramos no dijo absolutamente nada, ni sobre la Iglesia, ni sobre los indicios del golpe. Al día siguiente (17 de junio) escribió en el diario *Democracia*: “El ejército fundado por San Martín, templado en las guerras gauchas y organizado por Roca y Riccheri, cumplió hasta el fin con su deber...”

¡Exactamente lo mismo dijo Perón! Ni palabra sobre los combates callejeros librados por la clase, ni mención de la política del gobierno y la CGT que permitieron que los obreros salieran desarmados a la calle.

Entre junio y setiembre de 1955, Ramos publica una revista con el nombre de *Izquierda*. Esta revista es notable porque, pese a la época en que salió (el segundo y último número apareció el 19 de setiembre de 1955), no dice absolutamente nada de la inminencia del golpe gorila.

En ese segundo número, el artículo principal llevaba el título de “Las milicias armadas: baluarte de la revolución popular argentina”. Uno puede estar de acuerdo o no con lo de “revolución popular”, pero lo importante es lo de las “milicias armadas”. ¿Había llegado a la línea correcta? No: recordemos que Perón había amenazado al imperialismo y a la patronal gorila con la creación de milicias populares para chantajearlos, pero nunca las creó. Ramos simplemente se hacía eco de los planteos de Perón.

¿Perón hace contratos con la California Oil Co.? Ramos habla de la necesidad de extraer petróleo, y de lo beneficiosas que son las inversiones extranjeras. ¿Perón elogia la actitud del ejército ante el golpe de junio? Ramos descubre al “ejército sanmartiniano”. ¿Perón amenaza con crear milicias? Ramos llama a crear milicias. Con esa política de constante capitulación a la burguesía nacional y al peronismo, mal podía Ramos haber combatido el golpe gorila de 1955. ¿Y quiénes eran, según Ramos, los responsables de la caída? No la política criminal de Perón y la CGT: ¡la “izquierda cipaya”! Esa izquierda cipaya sería la responsable de la caída de otros regímenes “revolucionarios” como el de Torres en Bolivia y Allende en Chile.

Su capitulación más reciente: en las elecciones de marzo de 1973, basó su campaña electoral en que si triunfaba, volvería a llamar a elecciones en sesenta días para entregarle el poder a Perón. En las elecciones de setiembre del mismo año prescindió del “volver a llamar”: directamente votó por Perón.

El trotskismo

Queda, por último, el trotskismo, tan perseguido por la contra gorila como por la burocracia peronista. ¿Cómo caracteriza esta corriente a Perón? Es lo que contesta Nahuel Moreno en 1954, *año clave del peronismo*. ¿Qué política tuvieron los trotskistas ante el golpe gorila de 1955. La respuesta está en los artículos más representativos de la prensa trotskista de la época, escritos por el mismo autor, y recopilados aquí bajo el título de *¿Quiénes supieron luchar contra la revolución libertadora antes del 16 de setiembre de 1955?*

Daniel Zadunaisky

15 de marzo de 1974

⁷ **Rogelio Frigerio** (1914–2006) fue un economista y político argentino. Adherente del desarrollismo, en 1958 fue Secretario de Asuntos Socio-Económicos del crítico Ministerio de Economía. **Álvaro Alsogaray** (1913–2005) fue un político y empresario argentino, Ministro de Economía en 1958–1962, fue uno de los principales proponentes de liberalismo económico en la Argentina moderna.

1954, Año clave del peronismo

Los acontecimientos de mayor importancia a tener en cuenta en la lucha de la clase trabajadora contra el imperialismo y el capitalismo, durante la última década, han sido:

1. En los últimos años el proceso de colonización de Latinoamérica por parte del imperialismo yanqui, se intensificó enormemente a partir de la iniciación de la segunda guerra mundial; prosiguió su curso con una serie de triunfos importantes para el imperialismo, y alcanza su punto culminante con la intervención en Guatemala. Esta intervención señala un cambio importante, en el que el imperialismo yanqui pasa a colonizar prácticamente todo el continente, aún con intervención armada.

2. Si bien el imperialismo inglés obtuvo pactos tanto o más colonizantes del peronismo que los que logró durante la década infame,¹ es un hecho el que no pudo utilizarlos y que cambió su relación con el país y con el gobierno como consecuencia de su debilitamiento y de la crisis mundial. El retroceso real del imperialismo inglés, independientemente de los papeles firmados hasta la fecha, no pudo ser utilizado por el imperialismo yanqui para reemplazarlo y colonizarnos. Esto se debió a circunstancias históricas excepcionales: economía burguesa semicolonial no complementaria con el imperialismo yanqui; apoyo decidido del imperialismo inglés; relativo poderío de esa economía burguesa, situación privilegiada como consecuencia de la guerra y la postguerra. La desaparición de algunas de esas circunstancias históricas excepcionales acrecientan el peligro de la colonización yanqui.

3. El desarrollo capitalista en el país después de una evolución intensa durante los últimos 20 años, sumada a la crisis agraria, que se dio en dicho lapso, ha llegado a tener una influencia y peso decisivos en la actual economía de la República. Este proceso de desarrollo industrial fue acompañado, durante la década de 1940 al 1950, por un enriquecimiento general que a partir de este último año se transforma en un período de lento empeoramiento de la situación general del país y de la clase obrera. Después de más de 10 años en que el gobierno no apelaba a los préstamos del imperialismo, Cereijo,² en 1950, concreta el primer empréstito de la época peronista, con el imperialismo. La ley de radicación de capitales es otra forma de abrir la puerta a nuevos empréstitos directos o indirectos. La situación de la clase obrera empeoraría día a día, aunque no en forma catastrófica.

4. La situación privilegiada del país durante los 10 últimos años y las profundas diferencias de la economía argentina con los otros países latinoamericanos, no han hecho más que ocultar las lacras de la estructura económica nacional: atraso de la industria, gran propiedad terrateniente, mezquino mercado interno por la falta de unidad económica y política latinoamericana, producción

1 La **década infame** es el nombre dado en Argentina a los 13 años desde el golpe de estado del general José Félix Uriburu contra el Presidente Hipólito Yrigoyen. Esta década fue marcada por la falta de participación popular, la represión a la oposición, tortura a los prisioneros políticos y una creciente dependencia en el imperialismo británico y el crecimiento de la corrupción.

2 **Ramón Antonio Cereijo** (1913–2003) fue un economista, Ministro de Hacienda del gobierno de Perón.

para incrementar las ganancias capitalistas e imperialistas. Estas lacras disimuladas empiezan a manifestarse y amenazan llevar a la ruina al país y a los trabajadores.

5. Durante los 10 últimos años de enriquecimiento general hubo un colosal fortalecimiento y renovación de las clases más ligadas a la producción industrial capitalista. La burguesía industrial, la moderna clase media y el proletariado industrial llegaron a tener un nuevo peso específico en las relaciones entre las clases. Un peso específico extraordinario tiene, en la actualidad, la clase obrera, porque su aumento en cifras absolutas es muchísimo mayor al de las otras clases, lo que sumado a sus características especiales, le da una superioridad colosal sobre todas las clases del país. A esto se suma el peso específico de la zona capitalista por excelencia, el Gran Buenos Aires, que tiene más de una cuarta parte de toda la [clase obrera] de la República.

6. La reciente formación o fortalecimiento de estas clases no les ha dado tiempo de cristalizar, ni a ellas ni a sus sectores más avanzados, en organizaciones políticas que reflejen sus intereses. Pero esta cristalización política es inevitable, aunque a ella se oponga el intento de organización totalitaria peronista. El peronismo quiere frenar o controlar las nuevas formaciones políticas.

7. Los explotadores en su conjunto, principalmente la nueva clase industrial intentan superar la crisis en desarrollo con la consigna equívoca de productividad, que para ellos significa mayor explotación de los obreros, y por medio de acuerdos económicos con el imperialismo yanqui.

8. Todo este cambio en las, relaciones entre las clases, el gobierno y el imperialismo yanqui, se reflejó en cambios políticos de importancia. Dentro del carácter ultra reaccionario de su legislación social y política el gobierno permitió un juego democrático más amplio con la clase obrera y el imperialismo yanqui, con el objeto de fortalecer su situación interna en sus tratativas.

Es así como por un lado, estrechó sus relaciones con el imperialismo yanqui y, por otro, inició una nueva política en relación a los salarios: prescindencia aparente para no desprestigiarse. Ante el surgimiento de una nueva fuerza política que intenta hacerle el juego a la capitulación completa al imperialismo yanqui —la Iglesia y su partido—, el gobierno trata de preservarse con una campaña tímida que no ataca ni al imperialismo, ni a la Iglesia en su base.

9. El surgimiento del frondicismo³ en la dirección del radicalismo y los intentos de formación de un partido católico, demuestran la crisis del radicalismo como órgano de capitulación al imperialismo yanqui y como representante de los explotadores que quieren esa capitulación. El frondicismo ya no es útil a esos planes y surge la Iglesia para crear ese órgano político.

10. La clase obrera había iniciado toda una movilización, pausada, pero movilización al fin, que fue tronchada por el fracaso y las derrotas de los últimos convenios. A pesar de la derrota, ha habido un aprendizaje de la clase obrera, principalmente de su vanguardia. Han comprendido el rol de la dirección cegetista y de la nefasta dependencia de los sindicatos con respecto al Estado. A pesar del retroceso momentáneo de la clase obrera, la vanguardia asimila la experiencia y se prepara para el nuevo ascenso, que ha de comenzar muy pronto, en forma de escaramuzas contra las manifestaciones concretas de la ofensiva patronal. La gran experiencia que sacó la vanguardia, o que está sacando, es que la lucha por mejoras económicas se transforma en una lucha contra la burocracia sindical estatal y contra las medidas represivas y de control sindical del gobierno.

Frenemos el plan yanqui de colonización de Latinoamérica

Debido a que geográficamente, forma parte del mismo continente, el imperialismo norteamericano se encuentra con que tiene que colonizar el continente semicolonial más desarrollado del orbe: Latinoamérica (exceptuamos el Oriente de Europa). Los latinoamericanos, a su vez, se encuentran con que tienen que luchar para lograr plena independencia y unidad contra el más poderoso imperialismo que ha conocido la historia. Los dos, fenómenos se complementan: Estados Unidos ha encontrado y seguirá encontrando una resistencia encarnizada de los países de Latinoamérica a sus planes de colonización; la lucha de los países latinoamericanos por su liberación va a ser de las más difíciles, si no la más difícil. Por otra parte, este plan colonizador de

³ Seguidores de **Arturo Frondizi** (1908–1995), abogado y político argentino que fue luego Presidente de Argentina y quien bajo su programa de “desarrollismo” alentaba una inversión extranjera mayor.

Estados Unidos da a la lucha antiimperialista un carácter ultra concreto y simple: contra los planes yanquis, económicos, políticos y militares.

La iniciación de la última Gran Guerra significó un cambio importantísimo en las relaciones ínter imperialistas y en los planes yanquis para Latinoamérica. La debilidad europea y el colosal peso económico que iba adquiriendo Estados Unidos, permitieron acelerar su viejo plan de total colonización de nuestro continente. El año 1939 significa el comienzo de una nueva etapa en Latinoamérica, la de la liquidación drástica de los otros imperialismos en la explotación de nuestro continente y la de la ejecución del plan yanqui de colonización en el mismo. No se podrá comprender ningún fenómeno económico, político o militar de ningún país de Latinoamérica si no se comprende que a partir del año 1939 el plan de colonización yanqui se concretó como amenaza inmediata, como problema urgente para todos los países latinoamericanos. Es decir, el fenómeno que el mundo ha visto con claridad después de la guerra los planes yanquis para controlar y colonizar el mundo tuvieron comienzo en 1939 en nuestro continente. Este hecho decisivo no fue comprendido en toda su amplitud, por ninguna corriente del movimiento obrero. Los acontecimientos mundiales han acelerado esta tendencia yanqui a la colonización latinoamericana, ya que sus fracasos en el mundo refuerzan su interés hacia la tendencia a la colonización latinoamericana y a atrincherarse en el continente. Es por eso que adquiere tanta importancia la lucha y la resistencia de los pueblos latinoamericanos a los planes norteamericanos de colonización. Somos ya casi parte del continente económico yanqui y nuestra lucha tiene tanta importancia como la del movimiento obrero negro o campesino, yanquis.

De hecho, este plan yanqui, que fue puesto a la orden del día desde 1939 por las circunstancias ya referidas, no fue denunciado, ni comprendido en toda su magnitud e importancia para Latinoamérica, por ninguna corriente social o política y, menos que menos, por el Partido Comunista, que durante años sirvió como correa de transmisión en el movimiento obrero, de esos planes de colonización. Nosotros no somos una excepción: no hemos sabido hacer un análisis exhaustivo de ese plan y no lo hemos sabido denunciar con toda la magnitud y precisión que eran necesarias.

Hasta la invasión de Guatemala el plan yanqui tuvo sus triunfos y sus derrotas, sus altos y bajos. Aunque había progresado, no pudo ser llevado a cabo totalmente ya que para su ejecución se observaron las normas diplomáticas del “buen vecino”. La irrupción de Castillo Armas en Guatemala es un salto importante en los métodos de Wall Street. Con el dominio sobre Guatemala comienza a llegar a su fin el plan de colonización. En los dos últimos años el Departamento de Estado ha logrado controlar a casi toda Latinoamérica; la caída de Vargas,⁴ el golpe de Batista,⁵ Castillo Armas, el copamiento de Paz Estenssoro,⁶ lo demuestran. Contradictoriamente, la resistencia y clarificación del movimiento de masas latinoamericano se acelera en forma colosal en relación al imperialismo yanqui.

Debemos comprender esta relación de fuerzas, estas derrotas para el movimiento latinoamericano, a fin de sacar todas las conclusiones necesarias para Latinoamérica y nuestro país, posiblemente, el último reducto todavía no dominado por el imperialismo yanqui.

Evitemos que el imperialismo yanqui domine nuestro país

Esta tendencia general, asentada en el colosal poderío de Norteamérica, de transformar inmediatamente toda Latinoamérica en una colonia, se reflejó con claridad en la economía y la

4 **Getulio Vargas** (1882–1954) fue presidente de Brasil, primero como dictador desde 1930 a 1945, y luego electo por voto popular desde 1951 hasta su suicidio en 1954. Favorecía el nacionalismo, la industrialización y la centralización de la economía, las medidas que mejorarán el nivel de vida popular y la conciliación de clases. Por esto último le dieron el apodo de “Padre de los pobres”.

5 **Fulgencio Batista** fue un militar y dictador cubano. Fue el presidente electo de Cuba de 1940 a 1944, y con el respaldo de Estados Unidos, gobernante de facto entre 1952 y 1959, año en que fue derrocado por la Revolución cubana.

6 **Víctor Paz Estenssoro** (1907–2001) fue un destacado abogado y político boliviano, presidente de la República en cuatro ocasiones por el partido burgués Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

política nacional desde el año 1939. Desde este último año ningún fenómeno, político o económico puede ser comprendido, si no se estudia, si no se plantea esta simple cuestión: ¿cuál es la táctica del imperialismo yanqui, en esta emergencia, para aplicar su plan de colonización?

La crisis del gobierno de Ortiz,⁷ de Castillo después, el 4 de junio de 1943, son meros episodios en esa lucha del imperialismo yanqui para colonizar nuestro país. Profundas razones económicas y de estructura social, que para nada tiene que ver con ninguna característica racial, han condicionado que nuestro país no fuera totalmente colonizado. La principal de esas razones es que toda la estructura capitalista del país se ha basado en la producción, para el mercado mundial, de productos agropecuarios que son competitivos de la producción norteamericana. De ese antagonismo insoluble surge una incompatibilidad orgánica entre el imperialismo yanqui y la economía capitalista nacional.

A esta incompatibilidad se le suma la diversificación del comercio exterior argentino y de la producción capitalista, lo que dio a los gobiernos argentinos una amplia base de maniobras. Otra razón de importancia es que nuestro país ha sido explotado en forma preponderante por el imperialismo inglés, aunque no en forma total. Esta situación de semicolonias inglesa ha durado aproximadamente hasta la nacionalización de los ferrocarriles o hasta la expiración, por muerte natural, del pacto Roca-Runciman.⁸ La nacionalización de los ferrocarriles demuestra el retroceso y debilidad general del imperialismo inglés en el mundo, reflejado en particular, en Latinoamérica y en nuestro país. Independientemente de ello, los acuerdos entre el imperialismo inglés y el gobierno peronista, sobre todo la compra de los ferrocarriles, subjetivamente representan un triunfo del imperialismo británico, ya que éste se debilitó de acuerdo a sus planes y conveniencia momentáneos y no según una ofensiva antiimperialista. No por eso dejaron de ser un extraordinario retroceso. A partir de ese momento se abre un período de ligero dominio inglés, dominio que es de amistad y sociedad, en un plano defensivo por parte de los británicos. Concretamente, el socio mayor de una firma quebró y el socio menor trató por todos los medios de que esta quiebra fuera lo más leve posible prestándose a los planes del socio mayor. Pero, no por eso, la quiebra dejó de ser quiebra. Es así como el imperialismo inglés, por sus buenas relaciones con el peronismo, consiguió pactos colonizantes (explotación mixta de los ferrocarriles, prolongación del pacto Roca-Runciman, firma del pacto Andes, etc.), pero fue incapaz, por su debilitamiento general, de hacerlos cumplir. La década infame, de sometimiento total al pacto Roca-Runciman y al imperialismo inglés, fue enterrada con la nacionalización de los ferrocarriles por agotamiento británico y no por la voluntad antiimperialista del gobierno.

Nuestra tendencia se dejó llevar por el análisis unilateral de los convenios diplomáticos y comerciales, sin ver debajo del agua las verdaderas relaciones entre el imperialismo, el país y el gobierno. Era correcto denunciar las capitulaciones gubernamentales, pero mucho más correcto hubiera sido subrayar las verdaderas relaciones y, lo que es más importante, los cambios en las relaciones inter imperialistas y con el país. Mucho más favorable aún, para el país y la burguesía, han sido las relaciones con los otros imperialismos europeos, que han salido de la guerra prácticamente liquidados. Es decir que para Latinoamérica, inclusive para nuestro país, la guerra tuvo una consecuencia: el único imperialismo que quedó en una actitud francamente ofensiva, colonizante, fue el imperialismo yanqui.

La contradicción para nuestro país es que la guerra significó objetivamente —no subjetivamente— una mayor independencia, ya que el imperialismo inglés no ha sido reemplazado todavía por el yanqui, aunque éste ya ha logrado dos pasos importantes para hacerlo y tiende con todas sus fuerzas a lograrlo. El peronismo está a mitad de camino entre el debilitamiento del imperialismo inglés y el sometimiento al imperialismo yanqui. Justamente el debilitamiento del

7 **Roberto Marcelino Ortiz** (1886–1942) fue un político argentino, presidente de su país entre 1938 y 1942. Poco después de que asumiera como presidente, Ortiz enfermó seriamente de diabetes, enfermedad que luego lo dejaría completamente ciego. A raíz de este acontecimiento, delegó el cargo al vicepresidente Ramón S. Castillo.

8 El **Pacto Roca-Runciman** fue un acuerdo de comercio internacional celebrado entre la República Argentina y el Reino Unido, el 1 de mayo de 1933. Fue firmado por el vicepresidente de Argentina, Julio Argentino Roca (hijo) y el encargado de negocios británico Walter Runciman.

imperialismo inglés explica, en última instancia, dos hechos decisivos del peronismo: la necesidad de recurrir a una demagogia social para lograr el apoyo de la clase obrera y el que haya derrotado sistemáticamente, como consecuencia de ese apoyo, a los agentes internos del imperialismo yanqui y de la colonización.

Hasta el año 1944, la resistencia gubernamental al imperialismo yanqui sigue la tradicional línea de apoyarse en el imperialismo inglés, los imperialismos europeos y los sectores burgueses amigos de ellos. Este frente antiyanqui tradicional se debilitaba día a día: decadencia de su columna vertebral, el imperialismo inglés, y desertión de sectores fundamentales de la gran burguesía, oligarquía financiera, gran burguesía industrial, casas cerealistas, que pasan al otro campo, al pro yanqui. El frente antiyanqui tuvo que derrotar al socialismo y comunismo al servicio del imperialismo yanqui en el movimiento obrero. Esa derrota fue fácil, facilísima. Dos factores la condicionaron: las traiciones de los viejos partidos del proletariado y las nuevas camadas obreras no educadas en la tradición de aquellos partidos. La facilidad de la derrota posibilitó el ulterior apoyo de toda la clase obrera al frente antiyanqui, aunque la clase obrera fue sumada a ese frente gracias a la demagogia o concesiones sociales que efectúa el gobierno, merced a la extraordinariamente buena situación económica de la burguesía.

El apoyo de la clase obrera, en bloque, como clase y en todo el país permitió al peronismo derrotar por medio de las urnas a la Unión Democrática y posteriormente al radicalismo como avanzada de la colonización yanqui en el país. Estas derrotas forzaron al imperialismo yanqui y los sectores de la burguesía a él ligados, a tratar de zanjar el problema a través de golpes militares. La utilización amenazante de la clase obrera, por un lado, y la solidez del desarrollo económico del país, por otro, permitieron al peronismo triunfar en la etapa golpista del imperialismo yanqui.

El debilitamiento del imperialismo inglés, la crisis latente de la economía nacional, han ido obligando al gobierno peronista, a llegar, o tender a llegar, a importantes acuerdos económicos con el imperialismo yanqui, en su afán de salvar las grandes ganancias capitalistas y ganaderas. Este, derrotado políticamente, sabe que es, o será, imprescindible en el terreno económico y busca imponer condiciones cada vez más colonizantes. Todo esto explica las importantes capitulaciones efectuadas por el gobierno, que no han sido, por otra parte, de entrega total. El pacto de Río de Janeiro y el empréstito, por una parte, entran dentro de esa relación; al mismo tiempo, el hecho de que no se firme todavía el pacto bilateral, y de que la entrega no sea total, por otra parte, condicionan la situación contradictoria actual.

Los triunfos peronistas produjeron indirectamente una profunda crisis en el radicalismo. El frondicismo, como nueva corriente política que refleja a la moderna clase media urbana no presta la misma utilidad al imperialismo yanqui que el unionismo. De acuerdo con los sectores más reaccionarios de la burguesía, trata de utilizar a la Iglesia para formar un gran partido Popular que le sirva para estructurar una nueva Unión Democrática, colonizante, para las elecciones de 1958 o para acompañar, si es necesario, los futuros golpes de estado.

La derrota política del imperialismo yanqui dentro del país, lo obligó a cambiar su táctica con el gobierno y con el país. Pero no cambió su estrategia. Con buenas o malas relaciones diplomáticas, el plan es el mismo: sometemos totalmente o imponemos si es posible un Castillo Armas. Hoy día, el casi triunfo yanqui en Latinoamérica contrasta con su situación en la Argentina.

El imperialismo trata de solucionar esta contradicción en favor de sus planes, tratando de utilizar la crítica situación económica argentina a fin de obligar al gobierno a llegar a un acuerdo colonizante.

Unámonos con otras corrientes, para denunciar y frenar los planes de colonización de Latinoamérica y nuestro país

Es nuestra obligación denunciar sistemáticamente los planes y avances del imperialismo yanqui. Por otro lado, tenemos que destacar toda actitud independiente de los gobiernos

latinoamericanos y toda vacilación o claudicación de los mismos, es decir, debe ser factor permanente de nuestra actividad, la denuncia de los planes yanquis de colonización latinoamericana.

Nuestras primeras denuncias deben ser sobre las visitas de diplomáticos y las tratativas secretas. Los trabajadores deben saber cuáles son las propuestas y las negociaciones que se llevan a cabo con el siniestro imperialismo yanqui. ¡Nada de tratativas secretas!

Esta campaña contra el plan yanqui de colonización debe ser amplia, amplísima, sin sectarismos: acuerdos para hacer actos comunes donde se denuncien esos planes, acuerdos técnicos con quienes resisten tímidamente estos planes, etc. Todo ello debe hacerse en forma audaz, sin limitaciones. Todo lo que sea coincidencia, en este aspecto, debe ser desarrollado sin ningún sectarismo. Que todo el mundo sepa que los luchadores más consecuentes contra el plan yanqui de colonización de Latinoamérica, somos nosotros; que independientemente del antagonismo que nos separa de todos los gobiernos latinoamericanos y corrientes burguesas o pequeño burguesas, como de nuestra intransigente crítica de clase a ellas, estamos por la unidad e independencia de nuestros países contra la colonización yanqui.

A escala norteamericana, debemos desarrollar todo lo que una a las corrientes obreras y antiimperialistas. Nuestra crítica debe ser para desarrollar esa unidad y no para frenarla. Los acuerdos diplomáticos de Santiago de Chile, en su formulación son positivos. Nuestra crítica no es a su formulación sino a su aplicación por la burguesía y la burocracia. ¡Que la Comisión encargada de aplicar los Acuerdos de Santiago esté formada por representantes de la clase obrera chilena y argentina, democráticamente elegidos!

Es decir, nuestro objetivo estratégico en esta etapa es: lograr un amplio Congreso antiimperialista de trabajadores latinoamericanos que discuta el plan económico para toda América latina, que paralice la crisis y evite la miseria creciente, que se dé un programa de lucha contra los terratenientes y los explotadores nacionales, pero sobre todo, contra el plan yanqui de colonización latinoamericana. Si el peligro inmediato es no comprender la necesidad de una audaz unión contra los planes del imperialismo yanqui en Latinoamérica y en cada uno de nuestros países, el peligro opuesto es el de capitular, hacerle concesiones a las tendencias burguesas que se resisten, que tienen roces o que se oponen abiertamente a los planes yanquis de colonización. Este aspecto de la lucha antiimperialista, como todos los de menor importancia, no nos pueden desviar de nuestro objetivo histórico: liquidar la explotación en cualquiera de sus formas o manifestaciones, con nosotros a la cabeza como representantes de la clase obrera.

Así como estamos por la defensa del país, de todos sus habitantes, contra el plan colonizador yanqui, estamos también por la defensa incondicional del chacarero o campesino, contra la ofensiva del terrateniente. Con el objetivo de defender al campesino estamos dispuestos a unirnos con quien sea, periodistas, comerciantes de pueblitos, políticos radicales, funcionarios o técnicos del gobierno. Pero lo que nunca aceptaremos será que, por luchar contra el terrateniente unidos a otras corrientes o personalidades, debamos abandonar nuestra lucha intransigente contra la explotación en todas sus formas, y principalmente, la explotación que sufre nuestra clase, la clase obrera, del propio chacarero. Ninguna conciliación en este aspecto. El que esté dispuesto a marchar unido con nosotros por un objetivo común, la lucha contra el plan yanqui, que sepa que jamás abandonaremos, ni por un instante, nuestra infatigable lucha contra la explotación que sufre la clase obrera por parte de los explotadores nacionales.

En esa forma fortaleceremos a la clase obrera y en última instancia a la lucha contra el imperialismo y los terratenientes, ya que la clase obrera es la única capaz de solucionar de verdad los problemas de las otras clases trabajadoras. Si abandonamos la lucha de los obreros o peones contra su estanciero o industrial, es posible que ganemos la tímida simpatía de estos últimos o de un sector de ellos hacia la unidad con nosotros para ir contra el plan colonizador, pero perdemos inevitablemente la confianza del obrero o del peón que comprueba que, en nombre de la lucha contra el imperialismo, su patrón anda en Cadillac y él debe morirse de hambre.

Estamos dispuestos a unirnos al estanciero o al industrial contra el plan colonizador del imperialismo e inclusive llegaremos, en circunstancias excepcionales, a acuerdos delimitados. Pero

que sepan todos, tanto el estanciero como el peón, que somos el partido que refleja los intereses históricos e inmediatos de los peones y que, en ese sentido, alentamos y educamos a los peones para que combatan económica y políticamente a su patrón como a su enemigo natural, ya que se enriquece a costa de la miseria de los trabajadores. Esto no impide que en una lucha o choque circunstancial entre los planes imperialistas y el estanciero o industrial, lleguemos a un acuerdo limitado con nuestro enemigo (la patronal), para combatir al enemigo en el país (el imperialismo).

La misma táctica debemos y podemos emplearla en relación a los gobiernos latinoamericanos, entre ellos el peronista. Este todavía no se ha transformado en un gobierno a lo Castillo Armas, Ofrece, por otra parte, sería resistencia a ser controlado totalmente por los yanquis, a pesar de las capitulaciones. Estamos dispuestos a llegar a un acuerdo con el gobierno para explicar a los trabajadores por qué no se firma y por qué no debe ser firmado, el pacto bilateral con EE.UU. Hoy día, coincidimos tibiamente con el gobierno y sus organizaciones en que es necesario luchar contra el golpe militar y los planes de la Iglesia.

Pero estos acuerdos no deben confundirnos con la política peronista, que es diametralmente opuesta a la nuestra. Mientras el peronismo respeta y alienta las ganancias capitalistas, para nosotros no hay salvación y organización de la economía nacional si no se atacan de lleno las ganancias capitalistas e imperialistas. Mientras el peronismo cree que a través de funcionarios se puede y se deben arreglar los conflictos entre el capital y el trabajo, como así también llevar adelante los planes económicos, nosotros creemos que solamente la clase obrera a través de sus representantes democráticamente elegidos debe gobernar al país para solucionar de verdad los problemas económicos en beneficio de los trabajadores y de la nación. Nuestra posición, no por simple, deja de ser correcta: ninguna confianza a la burocracia gubernamental ni a los capitalistas nacionales, aunque coincidamos con ellos en algún punto del programa y en algún momento determinado; sólo la clase obrera puede gobernar para frenar de verdad los planes yanquis de colonización y para superar la economía nacional en beneficio de los trabajadores.

La importancia social y política del proletariado es decisiva

La influencia del moderno desarrollo capitalista en el país ha abarcado un ámbito casi total. No porque el proletariado industrial sea mayoría, sino por la influencia y desarrollo de la industria capitalista en el país. Todas las clases ligadas a la producción industrial capitalista —burguesía industrial, nueva clase media y el proletariado industrial— han adquirido un enorme peso en sus relaciones con las otras clases. Pero este crecimiento y mayor importancia han adquirido dimensiones colosales en el proletariado industrial. Se ha transformado en la clase decisiva, fundamental por su número y su peso en el país. La clase media, en sus formas antiguas y modernas, juega un rol de gran importancia, pero secundaria, de la misma forma que la revolución agraria. Este cambio, de fundamental importancia, en las relaciones entre las clases en el país, va unido a la fundamental importancia de la zona urbana industrial: el Gran Buenos Aires. Con sus cinco millones de habitantes, lo que significa un poco más de $\frac{1}{4}$ de todos los habitantes del país, esa colosal concentración urbana industrial demuestra directamente la importancia, el peso decisivo de la producción capitalista y del proletariado en las relaciones generales del país. Al mismo tiempo, también su atraso, porque sigue siendo una importante concentración pequeño burguesa.

El peronismo no es más que una confirmación y demostración indirecta de este hecho. Dentro de la Argentina moderna solamente dos gobiernos tuvieron una amplia base popular: el radicalismo y el peronismo. El radicalismo se apoyó fundamentalmente en el pueblo, en la clase media más pobre de las ciudades y los pueblos. El peronismo, por el contrario, logró el apoyo como clase del moderno proletariado industrial. Este es un acontecimiento de carácter histórico, que demuestra que el peso relativo del proletariado en el ámbito de todo el país ha pasado a ser decisivo.

Pero, este apoyo de los obreros al peronismo se ha hecho en condiciones históricas completamente favorables para el peronismo y la burguesía, de enriquecimiento general. Sectores importantes del proletariado se han pequeñoaburguesado en su nivel de vida o lo han mejorado sustancialmente. Como consecuencia de ello y de su relativa reciente formación social,

el proletariado industrial, como la nueva clase media e inclusive los nuevos sectores burgueses, todavía no se han estratificado socialmente y no se han sedimentado políticamente.

Las clases, los sectores de clase y la vanguardia de esos sectores, sobre todo de la más importante: la clase obrera, no se han dado su organización política. La vida política del país ha girado, en los últimos años, alrededor de la ofensiva colonizante yanqui, del contrerismo, o de la defensa del país tal cual se encontraba (burgués y estancieril), y del peronismo. El enriquecimiento general, la reciente formación o fortalecimiento de las clases modernas, han provocado la falta de delimitación política de las distintas clases. El empobrecimiento general, al acentuar todas las contradicciones económicas y sociales, pone a la orden del día la sedimentación y actuación política de cada clase y su vanguardia. El proletariado, que ya ha votado como clase por el peronismo, es decir, por quién refleja y defiende la Argentina burguesa y estancieril, buscará su propia representación política y sindical superando al peronismo como representación extraña. La formación del Partido obrero es la más importante tarea histórica.

Sólo el gobierno de la clase obrera argentina podrá evitar el peligro de crisis que se cierne sobre el país y los trabajadores

Desde el punto de vista capitalista, la Argentina es el país más desarrollado de Latinoamérica, aunque la Independencia trajo el reparto de la tierra, el surgimiento de la gran propiedad terrateniente. No heredó, de la época colonial, relaciones semifeudales de importancia.

Las revoluciones agraria e industrial, que comienzan a fines del siglo pasado y que se complementan y son paralelas hasta la primera Gran Guerra Mundial, en cierto sentido, hasta la gran crisis tuvieron la rémora de la gran propiedad terrateniente. Como consecuencia, no se logró un asentamiento masivo, una colosal colonización de agricultores independientes, sino una relativamente pequeña y esporádica. Esa es la razón de que no surgiera un extraordinario mercado interno que hubiera posibilitado el ulterior desarrollo de una poderosísima industria. A pesar de ello, la colonización agrícola en la Argentina fue la más importante de Latinoamérica y creó el mercado interno más poderoso de todo el sur de nuestro continente. Es por eso que la colonización agrícola es acompañada por el surgimiento de la industria moderna, tanto para el comercio exterior como interior.

Este proceso de desarrollo general capitalista, ascendente, paralelo —revolución agraria e industrial, desarrollo del comercio mundial e interno—, es interrumpido a partir de la primera Gran Guerra Mundial, para entrar en profundas contradicciones.

Hasta la gran crisis de 1929, se produce un desarrollo relativo de la colonización agraria y un desarrollo técnico importante de la producción industrial. A partir del año 1929, la producción agraria argentina entra en una profunda crisis en oposición a la industria que comienza a desarrollarse en una forma extensiva protegida por la política semiproteccionista de los gobiernos conservadores. Ese desarrollo industrial tiene el límite de un mercado interno restringido, empobrecido por la crisis agraria. Es decir, el desarrollo industrial ya no es más paralelo al desarrollo de la colonización y producción agraria, sino su contrario. Esta contradicción será, a partir de entonces, una de las básicas de la estructura capitalista de la nación. El desarrollo industrial no se asienta más en el mercado interno de los pequeños productores (chacareros, agricultores, etc.), sino en la crisis de ellos y su posterior proletarización. Aumenta el poder adquisitivo del mercado interno por la incorporación de estas capas proletarias, pero da las condiciones para una violenta crisis de superproducción como jamás hemos visto, dado que las nuevas capas incorporadas a la producción industrial han sido quitadas al campo, no reemplazadas por nuevas camadas de pequeños productores, es decir, compradores independientes. La importación de maquinarias y capitales extranjeros le permitieron a la burguesía, desarrollar la producción industrial sin recurrir a la utilización en masa de los trabajadores agrarios desocupados. La década infame es la década de la desocupación y de la miseria, del desarrollo industrial y de la crisis agraria, es la década del empobrecimiento general del país, a pesar del desarrollo industrial.

Este proceso de decadencia general de la producción agraria y de desarrollo industrial, continúa al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, pero con un cambio importante: la utilización en masa de los trabajadores del campo, sin trabajo por la crisis agraria.

Se produce también un relativo enriquecimiento, como consecuencia de dos hechos. Por un lado, la carencia total de competencia extranjera y, por otro, el que no se utiliza durante la guerra, y en los años que le continuaron inmediatamente, casi ninguna parte de la renta nacional para renovar y superar el nivel técnico del aparato productivo. Es decir, ese enriquecimiento general era, en cierto sentido, un desgaste acelerado de las máquinas y de las técnicas heredadas y un hipotecamiento del futuro. El desarrollo industrial se lleva a cabo utilizando mayor cantidad de mano de obra y no a través de la superación de la técnica y de la incorporación de nueva maquinaria.

La posguerra, con los colosales precios de los productos agropecuarios, permitió la renovación de los equipos de industria liviana que se necesitaban, con urgencia, pero la técnica del aparato de producción y transporte del país no fue substancialmente renovado. Para el año 1949, esta situación comenzó a hacer crisis. La guerra de Corea permitió postergar esa crisis al elevar los precios de la materia prima, aunque no se superó, y se siguió arrastrando, lo que crea cada día más graves problemas al país y a los trabajadores.

Los intentos de superarla haciendo una nueva colonización agraria, han fracasado. De la misma forma que los que se han hecho para lograr inversiones “humanitarias” del imperialismo yanqui, ya que éste hará esas inversiones con el objetivo de colonizarnos totalmente. La burguesía y el gobierno ven la salida, en estas condiciones, en una política de austeridad de la clase obrera, de mayor explotación de ésta y de desarrollo de ramas de la producción marginales o improductivas, como petróleo, altos hornos, etc. Se ha abierto una etapa de empobrecimiento general que se caracterizará por la utilización de partes importantes de la renta nacional en la adquisición de las máquinas y la técnica que el aparato de producción necesita, y en desarrollar ramas de producción muy costosas para ahorrar divisas, como altos hornos o petróleo. Esta grave situación, esta tenaza económica, bajo el régimen capitalista actual será inexorable.

Nosotros alertarnos a la clase trabajadora. Si bien la crisis todavía no se ha manifestado con intensidad y, por el contrario, circunstancias excepcionales como el desarrollo capitalista relativamente intenso y la importante diversificación del comercio exterior, han permitido evitar la plena manifestación de esa crisis orgánica, la clase obrera tiene que preguntarse: ¿por qué desde hace dos o tres años el nivel de vida bajó sistemáticamente? ¿Por qué desde hace cuatro años se tiende a un acuerdo económico decisivo con el imperialismo yanqui? Sencillamente, porque la patronal y el gobierno son conscientes de las graves contradicciones que roen la economía nacional.

El imperialismo yanqui trata de utilizar estas contradicciones para arrancar, al país y al gobierno, pactos colonizantes. La patronal trata de superar esas contradicciones “capitalizándose”, término que, en buen criollo, significa obtener mayores ganancias súper explotando a los trabajadores. El gobierno tiende a llegar a un acuerdo con los yanquis, pero evitando capitular completamente a los pactos colonizantes y ayudando al plan de “capitalización” de la burguesía, y tratando de salvar la paz social y el apoyo de la clase obrera.

Nuestro partido, que refleja los intereses históricos del proletariado y del país, discrepa y se opone a todas las soluciones ya citadas, ya que dejan en pie la explotación imperialista, la renta del terrateniente, las ganancias de los estancieros e industriales, que dejan en pie la división económica y política de Latinoamérica. Nosotros creemos que, justamente son esas las razones de la crisis que arrastra el país y de la violenta crisis que inevitablemente se producirá. Las buenas cosechas y precios en el mercado mundial no han hecho más que demorar la crisis, pero las verdaderas razones de ellas son las que hemos referido. Toda la estructura y política económica está dirigida, en nuestro país, a garantizar las ganancias capitalistas e imperialistas y la renta de los terratenientes. Por eso no hay unión latinoamericana, porque lo mismo ocurre en todos los otros países latinoamericanos: los terratenientes, capitalistas y empresas imperialistas defienden su “mercado”, de la competencia de otros capitalistas. Por haber garantizado, durante años, las ganancias crecientes de las empresas imperialistas ganaderas e industriales, es que no está equipada la industria nacional.

Es por eso, que solamente soluciones de fondo superarán o evitarán la crisis de fondo que todavía no salió a la superficie, pero que los trabajadores ya sentimos. Esas soluciones de fondo son:

- Planificar la economía nacional teniendo en cuenta principalmente a los otros países latinoamericanos y el creciente aumento del salario real de los trabajadores.
- Eliminar radicalmente la renta agraria, se la pague al terrateniente o al Estado. El chacarero actual o del futuro debe ser dueño, sin pagar nada de la tierra que trabaja. Esto permitirá una amplificación masiva de la colonización agraria y de la inmigración, y una ampliación insospechada del mercado interno.
- Aumento sistemático del salario real de todos los trabajadores. Este aumento se llevará a cabo gracias a un impuesto brutal progresivo que recaerá única y exclusivamente sobre las ganancias capitalistas y estancieriles.
- Control obrero ultra democrático de las grandes empresas, para evitar las “mulas”.
- Congreso para elaborar planes de colaboración económica latinoamericana y frenar la ofensiva del imperialismo yanqui, de todas las organizaciones obreras del continente.
- Nacionalización inmediata de las grandes empresas extranjeras y de los grandes consorcios financieros. La CADE [Compañía Argentina de Electricidad] y los Frigoríficos deben ser del país y como ya están pagos no deben ser abonados.
- Ruptura del pacto de Río de Janeiro y todos los otros que nos atan al imperialismo yanqui.

Solamente una clase en el gobierno es capaz de aplicar estas medidas: la clase obrera apoyada en todos los trabajadores.

La clase obrera no cree en esto, ni tampoco cree que hay graves contradicciones en la economía nacional. Es nuestro deber insistir desde ya, sistemáticamente, en que debe gobernar al país para salvarse y salvar a la nación.

Como hoy día no hay ningún organismo verdaderamente representativo de la clase obrera que tenga posibilidades remotas de tomar el poder, nuestra campaña en ese sentido debe tener un carácter propagandístico y no agitativo.

No podemos creer seriamente que la CGT pueda tomar el poder ya que es parte de él (y no precisamente porque participe en él, sino porque es controlada por el gobierno). Es decir, no hay ninguna posibilidad de que la CGT tome íntegramente el gobierno. Por eso, si bien podemos insistir en que representantes cegetistas vayan a ministerios, o tomen todo el gobierno en beneficio único y exclusivo de la clase trabajadora, debemos ser conscientes de que eso es imposible por el carácter de la CGT y que, por consiguiente, corresponde agregar a las consignas tácticas la descripción de la verdadera democracia e independencia del movimiento obrero que harían esa consigna factible. No plantaremos ministerio económico de la CGT en forma aislada, sino elegido democráticamente en un Congreso, previa una amplia discusión entre todas las tendencias del movimiento obrero para saber qué programa económico aplicará la clase obrera, a través de sus representantes en la conducción económica del país.

De cualquier forma que sea, nuestra tendencia abre con este informe, un diálogo de carácter histórico con nuestra clase y con cada obrero. Para solucionar la crisis se necesitan medidas de fondo y sólo la clase obrera en el poder podrá adoptarlas.

Frenemos la ofensiva de la Confederación General Económica (CGE) contra los trabajadores

La crisis latente de la economía argentina es encarada por la patronal, hoy día organizada sólidamente en la CGE, con un plan sencillo: explotar lo más posible a la clase obrera. No porque la patronal esté en contra de la tecnificación de la producción, sino porque, siguiendo los objetivos de la producción capitalista que es obtener ganancias, beneficios, trata de obtenerlos por todos los medios y el más fácil y más expeditivo es, justamente, aumentar la explotación. Es por ese medio que la CGE encara la tecnificación de la producción.

El gobierno peronista ha hecho y hace los mayores esfuerzos por controlar, y en lo posible frenar, esa ofensiva patronal, para garantizar la paz social que le es tan necesaria a la propia patronal. Al mismo tiempo, defiende el poder adquisitivo del mercado. Pero estos intentos de canalizar la ofensiva capitalista contra la clase obrera para evitar una violenta reacción de ésta, no impide, ni la ofensiva de la CGE, ni que el mismo gobierno apruebe, oficialice, las medidas más importantes de esa ofensiva. Por órdenes del gobierno, la CGT hace lo mismo.

La CGE tiende a lograr una legislación que la beneficie directamente. En la actualidad, solicita que las divisas provenientes del comercio exterior le sean otorgadas, para ser ella quien las reparta entre las empresas. Este pedido significa solicitar que todo el comercio exterior del país sea controlado por la burguesía industrial. La CGE se atreve a solicitar esto, porque ya ha hecho avances importantísimos.

Durante los dos últimos años, la patronal ha obtenido triunfo tras triunfo. El más importante de ellos ha sido los últimos convenios, con los importantes aumentos de precios a que dieron lugar. Efectivamente, durante los últimos años, el gobierno autorizó importantes aumentos que encarecieron la vida y disminuyeron el salario real del obrero. Los últimos convenios plantearon el problema: los aumentos de salarios serán pagados por la misma clase obrera perjudicándose en última instancia, disminuyendo su salario real. La CGE propugnaba esa política y el gobierno, atemperando las pretensiones de la CGE, en última instancia, dio la solución que ésta solicitaba: aumentar los salarios pero aumentando mucho más los precios.

Pero no sólo hubo ofensiva capitalista en relación a los salarios reales, es decir, con la carestía de la vida, sino también dentro de la fábrica en el ritmo de trabajo, como en el servicio médico, como así también el trato inhumano que se da a los obreros dentro de la fábrica, en todos estos aspectos la patronal ha hecho avances y los obreros han retrocedido.

Es decir, los importantes avances que el peronismo ha otorgado a los obreros han comenzado a perderse durante los últimos años. El que no reconoce que bajo el peronismo la clase obrera mejoró extraordinariamente en su nivel de vida, inclusive se pequeño aburguesó en su nivel de vida y mentalidad, no comprende nada de la realidad nacional. Pero quien, al mismo tiempo no comprende que estamos viviendo un momento en que la patronal, con la autorización tibia del gobierno, está arrebatando esas conquistas una tras otra, aunque ese proceso recién haya comenzado, no comprende nada de lo que está pasando. Debemos demostrarles pacientemente a los trabajadores, sobre todo a los peronistas, que hay una colosal ofensiva capitalista contra el nivel de vida y la forma de trabajo de la clase obrera, ofensiva que si esconde bajo la consigna equívoca de la productividad.

Nosotros estamos a favor de una productividad creciente en beneficio único y exclusivo de la clase trabajadora y del país, y no en beneficio único y exclusivo de las grandes empresas imperialistas y capitalistas. Es por eso que estamos por una productividad controlada y dirigida por la clase obrera, como única garantía de que la productividad no será utilizada para aumentar las ganancias capitalistas. Negamos a la CGE el derecho a sentarse en un plano de igualdad con los representantes obreros en cualquier Congreso que sea. Los 50 millones de ganancias anuales de la familia Di Tella no valen para nosotros lo mismo que los 6.000 obreros de su empresa. Para nosotros el bienestar y el control de los 6.000 obreros de la empresa Di Tella valen, las ganancias de Di Tella no nos importan nada.

Es por eso, que creemos que es tan urgente discutir la situación económica y el problema de la productividad como que el movimiento obrero en su conjunto, con la CGT a la cabeza, discuta la ofensiva patronal.

Pero, se haga o no un Congreso democrático del movimiento obrero para discutir los problemas económicos que afronta el país y **la ofensiva patronal**, es necesario que ya, en cada sección, en cada fábrica, en cada gremio, **enfrentemos la ofensiva patronal todos unidos, dirigentes y base obrera**, peronistas y antiperonistas. El enemigo principal, en cada gremio o fábrica, es la patronal y no nuestros compañeros de trabajo.

Hoy día, se ha abierto toda una campaña patronal a favor del trabajo a destajo. Oponernos a ello y explicar pacientemente a nuestros compañeros y delegados de lo que esa monstruosidad significa y cómo ella es parte de la ofensiva patronal, es nuestra obligación. Nuestros militantes luchan en primera fila contra la ofensiva de la CGE.

El gobierno y el movimiento peronista, en una encrucijada

A diez años del golpe de estado del 4 de junio [1943], podemos efectuar una síntesis del nuevo período que se inauguró en el carácter del gobierno.

El golpe del 4 de junio fue provocado por la terrible presión yanqui sobre el gobierno y el país. El 4 de junio es la respuesta de los sectores antiyanquis del país y del ejército en su conjunto, a la grave escisión de la oligarquía argentina, en pro yanquis y antiyanquis. La condición política del 4 de junio fue, indiscutiblemente, la crisis de la Concordancia⁹ justista.

El gobierno del general Justo¹⁰ no significó otra cosa que el dominio del país por la oligarquía, es decir, por los sectores acomodados de la burguesía unidos íntimamente a la gran oligarquía financiera, a su vez, íntimamente ligada al imperialismo británico. El imperialismo yanqui, que fue quien más tardó en recuperarse de la crisis y que como consecuencia de ello no podía tener una actitud francamente ofensiva en relación a los países latinoamericanos dada la magnitud de la crisis en su propio país, aceptaba el predominio inglés y se acomodaba a él. A partir de la guerra de 1939, el imperialismo yanqui comienza a aplicar con todo rigor su plan de colonización de Latinoamérica y de la Argentina. La situación no puede serle más favorable: Europa se desangraba y perdía, día a día, su influencia económica, mientras que los Estados Unidos, gracias a la guerra, podía, por fin, superar la gran crisis del año 1929.

Este cambio en las relaciones inter-imperialistas se reflejó dentro de las propias filas de la oligarquía: sectores importantes de ésta comenzaron a querer predominar sobre los otros a través de un acuerdo total con el imperialismo yanqui. La banca Bemberg comenzó a orientarse en ese sentido, lo mismo que los grandes consorcios cerealistas, que al peligrar el mercado europeo veían en la colaboración estrecha con los yanquis la única posibilidad de copar el mercado cerealista latinoamericano. A la burguesía industrial le pasaba lo mismo, veía a EE.UU. como al imperialismo que podía facilitarse los capitales necesarios para desarrollar su industria. Los terratenientes ligados a la industria pensaban lo mismo.

Para la burguesía ganadera, fundamentalmente la de la provincia de Buenos Aires, esta penetración yanqui era casi fatal, lo mismo que para el imperialismo inglés o alemán.

El 4 de junio impide que el poder caiga en manos de los sectores de la oligarquía que están por una supeditación completa al imperialismo yanqui. El golpe surge para evitar que los viejos sectores dominantes de la estructura económica y política del país sean barridos, arrinconados, por la ofensiva yanqui sobre el país y [evitar] el acuerdo de aquél con otros sectores de la oligarquía. El golpe es para evitar que SOFINA,¹¹ los frigoríficos, los ferrocarriles y la producción ganadera, dejen de ser la base de sustentación de la estructura burguesa del país. Defienden esa estructura arcaica, de la colonización yanqui. De ahí, la contradicción permanente que dará origen a la peculiar dinámica del régimen que surge el 4 de Junio de 1943. Es reaccionario en la medida que defiende la vieja estructura del país, es progresivo en la medida que defiende al país y al gobierno

9 La **Concordancia** fue una alianza política argentina formada en el año 1931 entre el Partido Demócrata Nacional (también conocido simplemente como Partido Conservador), la Unión Cívica Radical Antipersonalista y el Partido Socialista Independiente que gobernó el país durante la llamada década infame entre 1932 y 1943, a través de los presidentes Agustín P. Justo (1932-1938), Roberto M. Ortiz (1938-1942) y Ramón Castillo que debió completar el período por muerte del presidente Ortiz (1942-1943).

10 **Agustín Pedro Justo** (1876–1943) fue un militar, diplomático y político argentino, presidente de Argentina entre 1932 y 1938.

11 **SOFINA**, (Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles), una empresa belga con casa central en Bruselas y en esa época principal accionista de la compañía de electricidad y la red de tranvías en Buenos Aires y Rosario.

de la colonización yanqui. Este fenómeno es ya conocido por el marxismo. El régimen de Chiang Kai-shek, militarmente tenía una situación parecida frente a los japoneses: defendía al país tal cual era, feudal y semicolonial, de la colonización japonesa. Una situación histórica especial ha tenido como consecuencia que el proceso de colonización yanqui en Latinoamericano no se manifestara militarmente, sino política y económicamente, pero el proceso ha existido y existe. Los regímenes del 4 de junio se han caracterizado por haber defendido al país con la vieja estructura de esa colonización.

La debilidad progresiva del imperialismo inglés y el colosal poderío que había ido tomando el imperialismo yanqui —lo mismo ocurría entre la burguesía ganadera y la industrial (gran amiga de los yanquis)—, la derrota alemana y la completa decadencia europea, forzaron al régimen del 4 de junio a apoyarse en la clase obrera como sostén del gobierno, frente a la ofensiva yanqui y de la burguesía a él ligada. La política del gobierno frente a la clase obrera merece un capítulo aparte ya que es, en última instancia, la que caracteriza al gobierno peronista frente a todos los gobiernos anteriores.

La división de la oligarquía en yancófila y antiyanqui, se había reflejado en la propia burocracia sindical y en las organizaciones obreras, en la división de la CGT anterior al peronismo en dos organizaciones: una, apolítica, que le hacía el juego al gobierno de Castillo y otra, pro yanqui en extremo, formada por la burocracia que respondía a la Casa del Pueblo y al PC. El gobierno del 4 de junio continuó en esto, como en tantas otras cosas, la política del gobierno de Castillo, pero en forma mucho más contundente. Liquidó a la CGT pro yanqui y apoyó de lleno a la CGT antiyanqui. Al mismo tiempo, tendió a controlar drásticamente al movimiento obrero, estatizándolo. Esto le provocó choques profundos con la vieja burocracia sindical que había fundado la CGT antiyanqui y que, por tal motivo, rompió con el gobierno de Farrell¹² y con el Coronel Perón.

Perón pudo barrer con facilidad a la CGT pro yanqui y desarrollar enormemente a la CGT y sindicatos que no simpatizaban con los yanquis o no dependían de ellos, por circunstancias históricas especiales:

1) El colosal aumento de la renta nacional, de las ganancias de todas las clases productoras del país y desarrollo de la producción capitalista, lo que le permitió al peronismo hacerle concesiones importantes a la clase obrera.

2) Surgimiento de un nuevo proletariado venido del campo, y pequeño aburguesamiento del educado en las peores tradiciones reformistas del Partido Comunista y del Partido Socialista.

Aquí también, el peronismo juega una dinámica altamente contradictoria. Para defenderse del imperialismo yanqui y de sus agentes en el país, dada la debilidad de los sectores imperialistas y burgueses antiyanquis, le resulta imprescindible apoyarse en la clase obrera; pero, dado que defiende la estructura burguesa ya existente, necesita controlar totalmente a la clase obrera. Apoyándose en el aparato totalitario desarrolla la organización sindical en todos los rincones y gremios del país, los levanta, les habla a muchísimos trabajadores por primera vez, de organización sindical y de clase. Pero, al mismo tiempo, estatiza; inaugura un rígido control estatal del movimiento sindical, crea una fabulosa, riquísima y privilegiada casta burocrática íntimamente ligada al Estado.

La inmejorable situación económica evitó el choque del peronismo con su aliado maniatado y esposado: la clase obrera. Es que se dio la paradoja de que a la clase obrera argentina se le puso un esbirro a su lado, para que no se haga nada sin autorización oficial. Pero, ese mismo esbirro le otorgó conquista tras conquista económica. Desde 1952, esta situación ha cambiado radicalmente con el cambio de la situación económica. Este cambio no ha sido catastrófico, no ha sido un cambio brutal, pero existe, y cada día será más notorio. La defensa de la estructura burguesa del país, obliga, a la patronal y al gobierno, a llevar una ofensiva contra la clase obrera para súper explotarla y a tender a un acuerdo con el imperialismo yanqui. Concretamente, hay que reequipar el aparato de

12 **Edelmiro Julián Farrell** (1887–1980) fue un militar y dictador argentino. Fue el tercero de los llamados “presidentes de facto”, gobernó desde 1944 a 1946 durante la llamada Revolución del 43. Farrell tuvo una gran influencia en la historia argentina posterior al introducir a su subordinado Juan Perón en el gobierno y allanar el camino para la posterior carrera política de Perón.

producción del país en condiciones de bajo precio en el mercado mundial de los productos básicos del país: cereales y carne. En esas condiciones, si el reequipamiento no sale de las ganancias, tiene que salir de la explotación obrera.

3) El gobierno peronista que gracias al apoyo de la clase obrera derrotó al imperialismo yanqui en las elecciones, y después en los golpes militares, se encuentra con que las necesidades de la producción burguesa que defiende, lo obligan a un acuerdo con el gigante, al que ha derrotado políticamente dentro del país: el imperialismo yanqui. Pero acuerdo no significa entrega, y el imperialismo tiende a ello, inevitablemente. De ahí que el peronismo, como frente burgués que resistió la colonización yanqui con base obrera, al mismo tiempo que como régimen bonapartista que estatizó al país, ha entrado en crisis.

No puede seguir contando con un apoyo entusiasta de la clase obrera, porque permite la ofensiva contra ella, por el contrario, aquélla se distanciará de él; no puede contar con que el imperialismo yanqui limitará sus pretensiones, por el contrario, éstas irán en aumento. El gobierno y su movimiento se encontrarán frente a la ofensiva yanqui sin el respaldo entusiasta, en un principio, y la oposición después, de la clase obrera, por los planes de mayor explotación y miseria de la CGE autorizados por el peronismo.

Nuestra tendencia debe alentar, destacar y tender a un acuerdo técnico con el gobierno en toda resistencia de éste a los planes yanquis de colonización. Pero no debemos olvidar que somos el partido que defiende los intereses de la clase obrera y que, por consiguiente, nuestra tarea de defensa del país de la colonización yanqui va acompañada, indiscutiblemente unida, al movimiento clasista independiente de la clase obrera, y que no tenemos confianza ni en los métodos peronistas ni en la política peronista de defensa de la estructura actual del país. Por eso, cuando coincidamos técnica o políticamente con el gobierno, deberemos saber destacar que esa coincidencia es completamente parcial y que no es de política general. Es decir, seguimos, como desde el primer día, luchando contra la falta de libertades democráticas y contra la estatización sindical, pero, sobre todo seguiremos atacando irreconciliablemente la vieja estructura estancieril, frigorífica, burguesa, del país, cuya defensa encarnizada es la razón de ser del peronismo.

La crisis del radicalismo obliga, al imperialismo yanqui y a la burguesía a organizar un nuevo partido: el católico

El radicalismo alvearista¹³ junto con el socialismo reppetuno,¹⁴ se transformaron en los mejores agentes políticos de los planes yanquis de colonización del país. Cerrado el camino de las urnas por el gobierno de la concordancia que respondía a la oligarquía y al pacto colonizante Roca-Ruciman, el alvearismo se orientó a la colaboración cada vez más estrecha con el imperialismo yanqui. Su vieja vinculación con la oligarquía financiera, las grandes casas cerealistas y la gran burguesía industrial, hizo orientar al alvearismo, junto con todos estos sectores, en favor del coloso del Norte. La corriente popular contra los conservadores en el poder, contra el fraude, en el fondo completamente progresiva, al ser canalizada por el alvearismo respondía en última instancia a los planes yanquis de colonización de Latinoamérica y el país.

Esta contradicción surgirá con claridad, ya desaparecido Alvear, con la Unión Democrática de 1946. Los radicales, socialistas y comunistas, estuvieron íntimamente unidos a Braden. Acaudillaron a viejos sectores de la clase obrera y de la clase media contra el peronismo, bajo el lema de la libertad política, pero sirvieron, en última instancia, al plan yanqui de colonización del país.

13 Por **Marcelo Torcuato de Alvear** (1868–1942), abogado y político argentino, presidente de Argentina entre 1922 y 1928. Fue uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical junto con Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen. Luego fue dirigente de la fracción anti-personalista opuesta a las políticas del presidente Yrigoyen. Alvear fue uno de los miembros de la aristocracia argentina.

14 Por **Nicolás Repetto** (1871–1965), uno de los dirigentes más importantes del Partido Socialista en Argentina.

El triunfo del peronismo inicia la crisis del radicalismo, como de todos los sectores pro yanquis. Inmediatamente después del triunfo, surge, en forma organizada, el Movimiento de Intransigencia y Renovación, que al poco tiempo llega a la dirección del Partido.

Esta nueva corriente desde su comienzo da surgimiento a dos alas: la que se nuclea alrededor de la Provincia de Buenos Aires y la Capital Federal y la que responde a Sabattini¹⁵ y al interior del país.

El frondicismo está formado por los nuevos cuadros dirigentes y su base de sustentación está en las grandes ciudades. Lebonsohn en Junín, Balbín en Eva Perón, Larralde en Avellaneda, y Frondizi en la Capital Federal. Las nuevas capas de la clase media, profesionales, empleados, técnicos, el estudiantado, forman la intransigencia frondicista. Es una manifestación incipiente, pero manifestación al fin, del importante cambio que se operó en el país en los últimos 20 años y que se reflejó en la estructura de la clase media, e indirectamente, en el Partido Radical.

El sabattinismo se recluyó entre los “viejos” yrigoyenistas o los viejos caudillos de parroquia. En última instancia, reflejaba los viejos sectores de la burguesía rural que se resistieron al dominio del partido y del gobierno por parte del imperialismo yanqui o la oligarquía financiera. En las ciudades, el sabattinismo se acentuó, lo mismo que el yrigoyenismo, en los sectores desclasados o más pobres de la pequeña burguesía o en algunos sectores de la clase obrera. Incapaz de llevar a cabo una política determinada por su ligazón con la gran o mediana burguesía agraria, el sabattinismo, al igual que el yrigoyenismo o pueyrredonismo, se caracterizó por el carácter personalista, caudillesco, de su organización y de su política.

Los últimos años nos han mostrado una violenta lucha de tendencias dentro del radicalismo, Los unionistas se han esforzado por reconquistar el partido, para que sirva a la gran burguesía y al imperialismo yanqui. El frondicismo y el sabattinismo, se han disputado la dirección de la intransigencia y, por ende, del partido. Ha triunfado el frondicismo, como consecuencia del mayor peso de las relaciones capitalistas en la actualidad.

En un sentido, esa corriente es progresiva, aunque sufre todas las contradicciones de la pequeña burguesía, siendo incapaz de una política independiente. Vota contra el peronismo, por odio pequeño burgués a la clase obrera, a quien observa con envidia por su nuevo peso político y social. Las luchas de la pequeña burguesía contra el imperialismo yanqui en Latinoamérica son observadas con simpatía por el frondicismo pero, al mismo tiempo, éste no se atreve a ir contra la Iglesia por su influencia entre la clase obrera.

Las contradicciones que roen al radicalismo y a la dirección frondicista han eliminado al radicalismo como una herramienta política útil de la burguesía y del imperialismo yanqui. La burguesía tiene, hoy día, una fuerte organización económica a la que debemos denunciar implacablemente en sus planes económicos reaccionarios: la CGE. Pero carece de una organización política popular. En la misma situación se encuentra el imperialismo yanqui.

La Iglesia católica se ha transformado en la organización de esa nueva corriente política que necesita la burguesía y el imperialismo. Hasta fecha reciente, la Iglesia católica ha sido antiyanqui en Latinoamérica y en el mundo. Íntimamente ligada a sectores burgueses rurales, atrasados, miraba con horror la penetración financiera yanqui en la industria que deshacía las bases objetivas de su dominio. De ahí, los contactos de la Iglesia con el radicalismo y el Peronismo: su ligazón con los grandes estancieros y terratenientes que, a su vez, eran los grandes amigos de la Iglesia y los enemigos naturales de los yanquis y del desarrollo industrial desmedido.

Desde la terminación de la última Gran Guerra, la Iglesia ha comprendido la necesidad de una cruzada general contra la revolución en el mundo y se ha puesto incondicionalmente al servicio del jefe de la moderna Santa Alianza: el imperialismo yanqui. La Iglesia está, en el mundo, en primera fila al lado de Estados Unidos y de sus planes de dominio mundial.

15 Amadeo Sabattini (1892–1960) fue médico y político argentino, miembro de la Unión Cívica Radical y Gobernador de Córdoba entre 1936 y 1940.

Es así como los barones industriales y financieros yanquis, se han acomodado a la liturgia medieval católica, y, esta última, a los “horrores” del desarrollo industrial protestante, tanto en la Argentina como en el mundo.

Este cambio en la política de la Iglesia y del imperialismo yanqui se reflejó con claridad en Europa. Los grandes partidos católicos de Francia, Italia, Alemania, están al servicio de la gran burguesía, pero principalmente, al servicio incondicional de los planes ultra reaccionarios yanquis. Estos partidos, en el afán de conseguir una base popular para los planes yanquis, son capaces de sacrificar importantes intereses de su burguesía, pero siempre sirven a los intereses y planes ultra reaccionarios yanquis. La Iglesia todo lo supedita, con su instinto de conservación desarrollado durante siglos, a la derrota de la revolución en el mundo y por consiguiente, a la ejecución de los planes yanquis.

En Brasil, han organizado en San Pablo un tremendo movimiento popular alrededor de Janio Quadros,¹⁶ que ha desplazado, en pocos años, a los políticos tradicionales de ese Estado. Independientemente de la demagogia social de Quadros, es indudable que ese movimiento sirve a los planes yanquis de colonización del Brasil.

El intento de creación, en nuestra república, de un importante partido católico, responde a la política combinada del imperialismo yanqui y la burguesía por darse un partido popular. Este partido se apoyará en una amplia demagogia social dentro de la pequeña burguesía y la clase obrera para mejor servir al imperialismo yanqui y a la burguesía. Es decir, la formación de ese nuevo partido es un peligro terrible para el proletariado argentino y como tal hay que combatirlo y denunciarlo ante la clase obrera, sin caer en el juego de la política peronista que se limita a medidas parciales, pero secundarias, contra la Iglesia. Sin combatir de lleno a la burguesía y al imperialismo, es inútil combatir a la Iglesia que se asienta, en estos momentos, en esa base económica y social: imperialismo yanqui y burguesía nacional.

Nosotros, sin dejar de apoyar las medidas gubernamentales que vayan contra la Iglesia, plantaremos las verdaderas medidas de fondo que van contra ella, que son las que van también contra la CGE y el imperialismo yanqui.

Los últimos convenios cierran una experiencia y abren otra

Desde el año 1952, según dijimos nosotros, se abrió todo un nuevo período en el aprendizaje del proletariado argentino: el del peronismo y la estatización sindical. Este aprendizaje se asentaba en el cambio de la situación económica del país. La relativa desocupación del año 1952 produjo la primera manifestación de ese aprendizaje y de la superación de la clase obrera en su actividad. El gremio que inició esa movilización y ese aprendizaje fue el textil. Justamente, el que más sufrió la desocupación. Como consecuencia de ello, en diciembre de 1952, el gremio repudió a la lista Azul y votó por una nueva experiencia, la lista Verde. La falta de organización de la lista Verde, producto de la falta de experiencia y combatividad de los mejores activistas sindicales, produjo su inmediata burocratización, sin resistencias serias por parte de los activistas.

El gremio del caucho, después de una magnífica huelga, logró una dirección independiente y poderosa, que hizo, guardando ciertas formas peronistas, una auténtica política clasista. En cierta medida, lo mismo ocurrió con el gremio del tabaco.

El gremio metalúrgico, en Avellaneda y la Capital, se orientó hacia la formación de una nueva dirección clasista: surgían camadas de delegados combativos y buenas comisiones internas. Este fenómeno era general y la burocracia se vio obligada a tomarlo en cuenta. En ferroviarios se votaba para puestos directivos medios a activistas de la huelga fracasada.

Todo esto ocurrió hasta las tratativas de los convenios. Es decir, la clase obrera buscaba una salida al problema económico de diferentes maneras en cada fábrica y cada sindicato, pero lo importante era que la buscaba. La vanguardia sindical hacía un colosal aprendizaje.

¹⁶ **Jânio Quadros** (1917–1992) fue Gobernador de San Pablo en 1953-1955 y luego Presidente de Brasil en 1961.

La atomización y el peronismo de la clase obrera por un lado, y la política pro patronal del gobierno y la CGT, por otro lado, caracterizaron a estos movimientos y en última instancia, llevaron todo este flujo a un fracaso. Todos estos movimientos se llevaron a cabo bajo un fuerte matiz peronista, dirigidos generalmente por los comunistas que, comprendiendo el rol del gobierno, fueron capaces de jugar el rol de dirigentes sindicales. La inevitable ligazón entre lo sindical y lo político provocado por el carácter totalitarizante del gobierno adquirió, por atraso político y sindical de la mentalidad obrera, una combinación curiosa: los movimientos fueron peronistas por sus expresiones públicas y en su carácter sindicalista, pero fueron políticos por el carácter de sus direcciones y por la dinámica del movimiento sindical que los llevaba a chocar con el gobierno. Esa contradicción fue producto, insistimos una vez más, de la confusión del propio proletariado peronista.

Esta curiosa combinación, este atraso del proletariado y la vanguardia provocaron el triunfo del gobierno y la patronal durante los últimos convenios y la espantosa aventura metalúrgica.

La derrota metalúrgica fue acompañada por la del tabaco y la brutal intervención al sindicato del caucho y poco después, por la derrota de las dos listas más progresivas de Alpargatas.

Estas derrotas, han significado: la derrota de la clase obrera en la renovación de los convenios, el cierre de la etapa que se abrió en 1952 y la iniciación de una nueva etapa que trataremos de precisar.

El proceso molecular, el aprendizaje de la clase obrera y fundamentalmente de su vanguardia, los activistas sindicales, ha sido extraordinaria. Respecto a esto debemos distinguir los activistas que han asimilado las derrotas de los que, asustados, han desertado de la lucha. Tamet es el mejor ejemplo. Su mejor activista durante el ascenso no quiere saber nada, pero otro, desde una población del exterior, escribe para seguir la lucha sindical. El que sigue, el que asimiló la derrota, ya es cualitativamente un activista de su clase infinitamente superior al que era antes de la derrota. Conoce mucho mejor la ofensiva capitalista y los procedimientos de la burocracia. Sabe cómo combatir a una y a otra. Ese activista vale hoy día, mucho más que dos o tres activistas sin experiencia. En ese sentido, los activistas sindicales que no han abandonado la lucha han aprendido enormemente sobre el gobierno, la CGT, la patronal y la burocracia. Por otra parte, la clase obrera, en las distintas fábricas y secciones, está aprendiendo que hay una terrible ofensiva patronal. Este aprendizaje no es parejo, pero es general. Y se ve o se verá obligada a defenderse, y las experiencias Verde, metalúrgica, tabaco, etc., le son o le serán utilísimas.

La propia burocracia se ve obligada, para no desprestigiarse del todo, a rechazar algunas de las pretensiones patronales en las fábricas, las menos importantes, aunque respalda la política general del gobierno y la patronal. Debemos comprender este fenómeno para desarrollar la acción unida y confiada de la clase obrera. Desarrollar la unidad y la acción de la clase obrera, si es posible, a partir de las pequeñas escaramuzas contra la ofensiva patronal que se suscitan todos los días y que a veces, la, propia burocracia encabeza. Al mismo tiempo debemos ser conscientes de que, como lo demostraron exhaustivamente los últimos movimientos, la dirección cegetista no sirve para acciones de alguna importancia contra la patronal, y desarrollar, cuando las condiciones son favorables, nuevas formas de organización creadas por la propia clase obrera.

La atomización obrera se manifiesta en dos hechos evidentes: 1) la clase obrera reacciona en forma dispar frente a la ofensiva capitalista en cada fábrica o sección, sin ninguna coordinación; 2) los activistas sindicales asimilan la experiencia, pero sin ninguna ligazón entre ellos, sin formar ninguna tendencia.

El retroceso provocado por la derrota de los convenios se reflejó en el hecho de que los esbozos de formación de tendencias de clase sindicales han fracasado, se frustraron. Tanto la clase obrera como la vanguardia siguen sufriendo la ofensiva patronal y se defienden aisladamente. La vanguardia asimila estas luchas lo que lleva a un plano superior la comprensión de la clase obrera y la vanguardia para el nuevo surgimiento de corrientes de clase. Por un tiempo deberemos conformarnos con batallas parciales, inclusive algunas importantes, hasta que vuelva a surgir una corriente de clase en algún sindicato de importancia. Sin embargo la presión se ejerce sobre la

formación de esa tendencia de clase en los sindicatos más importantes. Es muy posible que la elección textil, en forma distorsionada, de origen a esa corriente de clase, repitiéndose la experiencia Verde en un plano mucho más elevado. Lo mismo ocurrirá en los otros sindicatos y gremios.

Para superar la atomización, se imponen nuevas formas de organización para la clase obrera que superen la disciplina cegetista, cuando las condiciones se presten a ello. Esto no se da en el actual momento. Desde ya, debemos tender a crear las oposiciones sindicales, como a la organización de la tendencia de clase en el terreno sindical.

Partido laborista u organización política de clase inmediata de los activistas sindicales

La clase obrera argentina no tiene un partido que la organice. De la misma forma que no tiene un gobierno obrero y campesino. Lograrlos, es una gran tarea histórica, pero debemos ser conscientes de que no son tareas que se puedan lograr en esta etapa. La CGT es incapaz, por su estructura, de independizarse del gobierno peronista y su aparato estatal para hacer un partido independiente, como de tomar el poder en oposición al peronismo. No se puede hacer en nuestro país una asimilación mecánica de la consigna del Partido Laborista, del *Socialist Workers Party*. La razón es sencilla: los sindicatos y las centrales obreras norteamericanas no están sometidas al Estado, en cambio la CGT sí lo está. De aquí surge un hecho y una combinación en las tareas: en Estados Unidos hay que formar el Partido Laborista para tomar el poder con él. La consigna Partido Laborista es inmediata, agitativa, está a la orden del día, no se interpone para llevar a cabo el cumplimiento de ninguna otra tarea general. Entre nosotros no es así, para lograr un Partido Laborista se interpone lograr la independencia de los sindicatos, del Estado. Pero para lograr esto, se necesita antes la organización independiente sindical y política de los activistas sindicales. Por eso, las dos tareas urgentes, inmediatas, agitativas, son la formación de oposiciones sindicales y la organización política de la vanguardia obrera.

La consigna Partido Laborista, al igual que la de gobierno obrero y campesino, adquiere entonces un carácter propagandístico. Esta combinación propagandística y agitativa de las consignas, no significa que ellas, en determinadas circunstancias históricas —tremenda crisis económica y violenta crisis revolucionaria—, no se combinen en forma inmediata y agitativa como consecuencia del proceso histórico. Entre el planteamiento de las distintas consignas no es necesario que haya etapas enormes de tiempo. Pero la importancia de la consigna refleja la relación de la clase obrera con la burguesía, el imperialismo y el gobierno, en una etapa determinada, y hoy se impone luchar porque los activistas sindicales tengan su organización política.

El Partido Comunista no puede ser el partido de los activistas sindicales

Si aceptamos que hay un elemento decisivo en la comprensión de la realidad latinoamericana y Argentina que es la ofensiva colonizante yanqui, tenemos que reconocer que el Partido Comunista ha estado, durante un período importante de los últimos 15 años, al servicio de ese intento de colonización.

La agencia obrera de la Unión Democrática fueron los socialistas repetidos y, fundamentalmente, los comunistas. En lugar de defender una línea de clase consecuente y de luchar por la libertad de nuestra nación del imperialismo inglés y yanqui, el comunismo stalinista le hizo el juego, en nombre de la libertad, a la ofensiva del imperialismo yanqui en el país. Codovilla¹⁷ y el Partido Comunista planteaban, durante 1945 y 1946, la firma de los pactos interamericanos que nos ataban al carro del imperialismo yanqui. La Unión Democrática tenía un programa de política exterior que no significaba otra cosa que la entrega lisa y llana a Wall Street.

La guerra fría y el triunfo del peronismo hicieron cambiar la política al Partido Comunista argentino. El imperialismo yanqui, el gran amigo de Rusia, se transformó en su más importante

17 **Victorio Codovilla** (1894–1970), fue un dirigente político comunista que llegó a ser el dirigente más importante del comunismo argentino y sudamericano.

enemigo. Como consecuencia de ello el Partido Comunista argentino cambió radicalmente su línea en el país.

“El principal enemigo es el imperialismo yanqui y el peronismo tiene muchos lados buenos, positivos, principalmente porque resiste a los yanquis”.

En esta etapa, que se abre en el año 1947 aproximadamente, el Partido Comunista entrega a la CGT los sindicatos todavía no copados por aquellos. Así como la anterior etapa fue de capitulación a la ofensiva del imperialismo yanqui, a partir de su cambio pasan a servir los planes reaccionarios del gobierno sin ninguna crítica o resistencia.

Como la presión del peronismo se hacía muy fuerte, la burocracia que controla al partido aspiraba a mantenerlo independiente y, al mismo tiempo, controlar al movimiento obrero argentino, la tendencia a la supeditación al peronismo chocaba con las propias necesidades de la burocracia stalinista. El peronismo, dentro del movimiento obrero, aparece para la dirección del Partido Comunista como su más importante enemigo. Si desapareciera el peronismo, el stalinismo tiene probabilidades de llegar a controlar —¡por fin!— al movimiento obrero argentino para con él presionar a la burguesía argentina y al imperialismo. El Partido Comunista, sin controlar al movimiento obrero no es nada, controlándolo puede conseguir y lograr concesiones. Esta es una de las razones más poderosas por las cuales el Partido Comunista volvió a caer en el contrerismo más completo, después de su coqueteo con el peronismo.

Por otra parte, la posición de Unidad Nacional lleva al Partido Comunista y a su dirección, a buscar aliados políticos, y lo único que encuentran es el partido radical, como única fuerza importante en condiciones de formar el gran frente que propugnan. Es así como caen víctimas de sus propios errores teóricos.

Después de expulsar a la tendencia Real, que capitulaba ante el peronismo, el Partido Comunista se ha orientado abiertamente hacia el contrerismo puro. En los hechos, luchan por organizar un gran frente contra el peronismo, frente que no tiene programa y que no puede tenerlo porque estaría formado por los peores elementos de la burguesía y de la Iglesia. El Partido Comunista ha defendido de hecho a la Iglesia, en los roces de ésta con el gobierno, al reivindicar el derecho de los católicos a construir su movimiento y su partido sin aclarar a qué fuerzas en el mundo responden los curas en el país.

Al proceder así, el Partido Comunista ha cometido una traición contra los intereses de los trabajadores, ya que la Iglesia es la avanzada de la reacción mundial y nacional.

Por otra parte, el Partido Comunista, se contradice entre su definición del peronismo y la política que lleva frente a él. Mientras que reconoce que el peronismo lleva a cabo una política contradictoria que no es de sometimiento total al imperialismo yanqui y que goza del apoyo de la clase obrera y que por otro lado, el imperialismo trata de colonizar al gobierno y al país, su política frente al gobierno es como si éste ya se hubiera sometido al imperialismo yanqui, tratando de unir a todas las fuerzas contrarias al peronismo, entre ellas a la Iglesia.

Nosotros creemos que hay que unir urgentemente a todos los que se oponen a la ofensiva yanqui contra el país. Incluso unirse al gobierno y al peronismo cuando éste choca en algún sentido con los planes imperialistas sin dejar por ello de criticar la política burguesa peronista como radicalmente opuesta a la nuestra. Pero no sólo hay que unirse con los que se oponen a la ofensiva yanqui contra el país, sino que hay que unir a los trabajadores contra la ofensiva capitalista; fundamentalmente, tenemos que unirnos a los trabajadores peronistas. Pero no podremos jamás unirnos a ellos si despreciamos, maltratamos, insultamos y desconocemos, las colosales conquistas que el peronismo otorgó a la clase trabajadora. Tenemos una política radicalmente distinta a la peronista; pero no podemos desconocer las conquistas que otorgó a la clase trabajadora, ya que esa es la razón del apoyo de que goza en el proletariado.

La unidad de todos los trabajadores es fundamental para nosotros y la comprensión y unidad con nuestros compañeros peronistas es decisiva. Nuestra consigna es: ¡Defendamos de la ofensiva patronal las conquistas que otorgó a los trabajadores el peronismo! Para el Partido Comunista la

consigna fundamental es otra: ¡Unamos a todos los contreras, no a todos los trabajadores, contra el gobierno peronista!

Construyamos el gran partido de la vanguardia obrera formando ya un partido centrista de izquierda legal

Distintas formas políticas y sociales tienden a superar la atomización y apoliticismo del movimiento obrero. El peronismo es la etapa histórica en que se pierden las organizaciones políticas del proletariado en el país. Esta etapa que se abre es la de la organización política de la clase obrera y su vanguardia. Este proceso será largo y dificultoso pero ya se ha comenzado a dar. Debemos comprenderlo e integramos de lleno en él.

Sin perder el contacto fundamental con la lucha de clases, con las fábricas y los sindicatos, debemos y podemos utilizar las corrientes progresivas del estudiantado para fortalecer la corriente de integración y formación del partido de la vanguardia obrera. Lo mismo ocurre con la legalidad, puede y debe ayudarnos en una forma increíble a tocar y organizar políticamente a la vanguardia obrera.

Nosotros somos extremadamente débiles para utilizar la legalidad en todas sus posibilidades, incluso para ganarla por nuestro solo esfuerzo, pero, al mismo tiempo, somos los únicos que podemos establecer un nexo, por nuestra estructura y programa, entre el partido legal y la vanguardia obrera. De esa contradicción surge la necesidad, para nosotros, de utilizar la legalidad al máximo, de ligarnos, con ese fin, con corrientes que conceptuamos centristas de izquierda para conquistar en común la legalidad. La unidad con los grupos centristas para lograr en conjunto la legalidad a través de un partido único, es completamente progresivo.

Esa legalidad, esa unidad, y ese partido, se basará en su trabajo en la clase obrera, fundamentalmente en nosotros. Seremos su espina dorsal.

Eso es lo que explica que, en el momento actual, seamos el polo de atracción de los grupos de izquierda estudiantiles y de la vanguardia obrera.

El **Partido Socialista de la Revolución Nacional** no es más que una etapa en la formación del partido centrista de izquierda legal, nuestro principal objetivo político organizativo en el actual momento. En ese sentido debemos buscar una solución. El Partido Socialista de la Revolución Nacional debe transformarse en una corriente centrista de izquierda a corto plazo, o debemos buscar otro acuerdo o unión que cree esa organización.

Esa organización política legal centrista de izquierda es progresiva fundamentalmente por su legalidad y su carácter nacional. Sabemos conscientemente que esa organización es lo opuesto de una proletaria bolchevique, y que nuestra tendencia, por medio de ella y luchando en ella contra las tendencias pequeño burguesas, tiende a construir una organización bolchevique y no centrista.

Concretamente, hay que formar por medio de acuerdos con centristas y grupos progresivos un partido de izquierda centrista legal que nos permita llegar mejor a la vanguardia obrera. La experiencia del **Partido Socialista de la Revolución Nacional** debe ser liquidada a corto tiempo: o sirve para ese fin o, no sirve, y entonces nos vamos.

¿Quiénes supieron luchar contra la “revolución libertadora” antes del 16 de septiembre de 1955?

Prólogo a la primera edición

Cuando este folleto salga a la calle, habrán transcurrido 720 días —¡dos años!— desde que cayó el primer gobierno argentino a quien la clase obrera consideraba su gobierno. Ya es tiempo de averiguar qué hicieron para combatir el asalto patronal-clerical-imperialista, las distintas corrientes que aspiraban a ser la dirección revolucionaria de nuestra clase obrera. Es obvio que no se trata aquí de pura curiosidad histórica, porque esas corrientes continúan existiendo, siguen pretendiendo ser la vanguardia de la clase obrera, y aspiran a constituirse en su dirección revolucionaria. Pero para que los obreros sepan quiénes tienen derecho a reclamar ese título y quiénes no son más que impostores, es básico sacar a la luz cómo actuó cada tendencia antes del 16 de septiembre de 1955.

Dos corrientes fundamentales se disputaban antes del 16 de septiembre, entre sí y con la burocracia peronista, la dirección de la clase obrera argentina. Una —expresada en las distintas publicaciones periodísticas y libros editados entre 1946 y 1955 por Rodolfo Puiggrós,¹ Jorge Abelardo Ramos, muchos alias, Eduardo Astesano,² Enrique Rivera³ alias Peñaloza, y otros que giraban en torno a ellos— sostenía que el gobierno peronista realizaba una Revolución Nacional y la clase obrera debía apoyarlo mediante la estrategia del Frente Nacional, o sea, mediante la colaboración entre los obreros y los patrones que apoyaban al peronismo. Según esta corriente la clase obrera tenía que apoyar al peronismo hasta que Perón hubiera realizado —al cabo de toda una etapa histórica— la industrialización del país. Recién entonces, sólo después de eso, la clase obrera podía pensar en gobernar al país.

La otra corriente, trotskista, socialista revolucionaria, se expresaba por el periódico *Frente Proletario*, y a partir de 1954 hasta la Revolución estranguladora por el periódico *La Verdad*, órgano de la Federación Bonaerense del Partido Socialista Revolución Nacional. Sostenía que el peronismo era un gobierno patronal, relativamente anti yanqui, que se apoyaba en la clase obrera. La “Revolución Nacional” de que se hablaba —decía el trotskismo— sólo existe en las palabras porque ni la independencia económica (es decir, la liquidación de la influencia imperialista en la economía argentina) ni la industrialización del país, ni la soberanía política (o sea, liquidar los compromisos y pactos que nos atan a Washington y Wall Street) pueden lograrse sin que la clase obrera tome el poder en sus manos y liquide a la patronal nativa, que es socia y agente del imperialismo.

Frente a la amenaza del golpe de estado contra el peronismo, la estrategia de la corriente trotskista, socialista revolucionaria, no era la del “Frente Nacional”, es decir, apoyar al gobierno peronista y colaborar con la patronal y los agentes patronales peronistas como el ejército, sino la táctica marxista revolucionaria del Frente Único Antiimperialista. Es decir, luchar junto al peronismo contra los golpes de Estado, pero sin depositar ninguna confianza en la política de la dirección peronista y explicando constantemente a la clase obrera que sólo ella, armada, confiando en sus propias fuerzas, actuando independientemente de la Presidencia de la Nación y del Ministerio de

1 **Rodolfo José Puiggrós** (1906–1980) fue un escritor, historiador, periodista y político argentino. Entre sus obras hay numerosos libros y artículos sobre historia argentina y latinoamericana y sobre historia de la filosofía.

2 **Eduardo B. Astesano** (1913-1991) político e historiador argentino afiliado al Partido Comunista.

3 **Enrique Rivera** fue un militante trotskista de Argentina ubicado en las corrientes opuestas a la Segunda guerra mundial. Formó parte del Partido Socialista de la Revolución Nacional.

Guerra, sólo ella, podría aplastar las intenciones patronal-imperialistas y defender las conquistas logradas con Perón. Pero, señalaban los socialistas revolucionarios, trotskistas, la única forma de aplastar definitivamente a la oligarquía y el imperialismo es que la clase obrera tome el poder, porque un gobierno como el peronista, que gobernaba con un pie apoyado en los obreros y otro en los patronos y los generales, a la larga iba a capitular ante la oligarquía y el imperialismo, dejando a la clase obrera desarmada frente a sus enemigos.

La principal preocupación de los apóstoles del Frente Nacional era no contrariar al gobierno peronista y convencer a la clase obrera de que cada paso de la dirección peronista era correcto desde el punto de vista de la lucha contra la oligarquía y el imperialismo y debía ser apoyado por la clase obrera. ¿Decía el gobierno peronista que había que confiar en el ejército? Perfecto, repetían Puiggrós, Ramos y Cía. Esa es la táctica correcta para impedir el golpe de Estado. ¿Decía el gobierno que en las fábricas era preciso trabajar más y no molestar a la patronal? Correctísimo, agregaban Puiggrós, Ramos y Cía. Esa es la forma de no romper el frente nacional y de conseguir que los industriales apoyen a Perón. Y así suma y sigue. Por el contrario, los trotskistas, sin dejar de luchar junto con el peronismo contra el golpe de Estado, se esforzaban por mostrar a la clase obrera que la política de la dirección peronista llevaba fatalmente a la derrota, a la pérdida de todas sus conquistas y al desastre del propio peronismo. Porque la política de la dirección peronista se basaba en colaborar y conciliar con la patronal, con la oligarquía, con el imperialismo, con el ejército; en amenazarlos con discursos pero dejar su poder real intacto, y ese poder iba a servir para aplastar a la clase obrera y al peronismo bajo la dictadura oligárquico-imperialista. Agreguemos que por alertar de este modo a la clase obrera sobre los errores de la dirección peronista, los socialistas revolucionarios trotskistas recibían de los señores Ramos y Cía. las amables acusaciones de “divisionistas”, “agentes del imperialismo”, “extremistas”, “sectarios”, etcétera. Ramos y Cía. eran los realistas; los sagaces teóricos y políticos de la “Revolución Nacional” peronista. Ya veremos cómo se comportó cada cual en el momento decisivo. Porque el valor de una línea política, como el saber nadar, se prueba en la acción.

El “putsch” del 16 de junio de 1955 formó parte de la lucha desencadenada en 1954 entre el gobierno peronista y la Iglesia católica. Desde el primer momento, los militantes socialistas revolucionarios trotskistas dijeron con claridad cuál era el sentido real de esa lucha y su posición en la misma. Y desde el primer momento previeron el “putsch” y alertaron contra él a la clase obrera. Ya en noviembre de 1954 *La Verdad* decía: “*La creación de un partido social católico responde a los planes yanquis de colonización del país.*”⁴ Y luego, hasta el día antes del “putsch”, siguió insistiendo en esta posición, y explicando el dilema ineludible: o el peronismo arma a la clase obrera o el ejército y la marina desnucan a la clase obrera y al peronismo.

Las sectas

A lo largo de este folleto veremos cuál fue la actitud frente al golpe de estado del 16 de septiembre de los distintos sectores políticos del país y del movimiento obrero. A través de ese análisis retrospectivo demostraremos cómo los trotskistas ortodoxos previmos los acontecimientos con exactitud y esbozamos una línea correcta para enfrentarlos. Veamos ahora cuál fue la actitud de las sectas que actúan en torno del movimiento de izquierda y obrero.

La falta de un partido revolucionario de masas en Argentina ha facilitado la existencia de sectas revolucionarias o pseudo-revolucionarias que pululan en la periferia del movimiento de izquierda. La forma en que se desarrolló el trabajo teórico en Argentina durante el peronismo, en forma clandestina y aislada, posibilitó la existencia de las sectas, cuyas posiciones no fueron públicamente sometidas a confrontación.

El Grupo Cuarta Internacional (GCI, hoy Partido Obrero Revolucionario Trotskista, POR-T, dirigido por Jorge Posadas), que edita *Voz Proletaria*, es la secta más importante, cuyo evangelio es el Programa de Transición de la Cuarta Internacional y el respeto por los dirigentes internacionales. Debido a su “internacionalismo”, GCI, hoy POR-T, pudo seguir existiendo, aunque su labor teórica más importante consistió siempre en traducir la publicación de la Internacional que llegaba desde el extranjero.

Luego vienen algunas sectas de menor importancia como la que dirige el profesor Silvio Frondizi —el grupo Praxis—, que después de septiembre de 1955 edita el órgano *Revolución*, y la Unión Obrera Revolucionaria (UOR), dirigida por Oscar, disuelta y reorganizada ya más de 17 veces, que sacó, con intermitencias, el periódico *El Militante*.

4 *La Verdad*, Avellaneda, noviembre 10 de 1954. MP

Todas estas sectas, que se agrupan en torno a un gran sacerdote (el francés Michel Pablo), han tenido una posición uniforme frente al 16 de junio y el golpe de estado que se avecinaba. Ni GCI-PORT, ni el grupo Praxis, ni la UOR, **dijeron una sola palabra antes del 16 de junio sobre la posibilidad de un golpe de estado y sobre la forma de impedirlo, y además no hicieron absolutamente nada ni prepararon a su gente para el 16 de septiembre.**

Y es así como hoy en día plantean que hay que trabajar sobre el Partido Comunista, porque esa es la vanguardia del movimiento obrero. Ellos son muy revolucionarios y sus soluciones son muy revolucionarias. Es así como ante cualquier problema —reorganización del movimiento sindical, gobierno tripartito en las universidades, legalidad para el partido peronista— tienen una solución mágica: “gobierno obrero y campesino”. Y así, de tan revolucionarios que son, llegan a posiciones coincidentes con la reacción. Tal es el caso de la legalidad para el partido peronista. Ellos están en contra de luchar por ella porque es un partido burgués. Ellos defienden, al igual que el estalinismo, la legalidad de su propio partido; la del peronismo que la defiende la burguesía, puesto que es un partido burgués. Mayor esquematismo, imposible. A pesar de su “revolucionarismo” a ultranza, y de su muletilla: “gobierno obrero y campesino”, no comprenden que la principal tarea democrático-burguesa que hay en el país es la legalidad para el partido mayoritario, que es una consigna que equivale a la del sufragio universal, y que sólo los trabajadores podrán conquistarla, pues es del “ABC” del marxismo que en la época del imperialismo la burguesía abandona sus propias tareas y que debe ser el proletariado quien debe realizarlas. Su sectarismo los lleva a abandonar las consignas que movilizarán a la clase trabajadora, para limitarse a su tarea minúscula de consejeros del Partido Comunista, como se desprende de los números de *Voz Proletaria*.

Afortunadamente, la lucha de clases intensísima que hay desde hace dos años ha reducido a estas sectas a su mínima expresión. Su influencia en relación a la del trotskismo ortodoxo es cada vez menor, y los trabajadores, por millares, se guían de nuestras consignas y actúan en función de ellas.

A pesar de esto, nos vemos obligados a escribir estas líneas sobre GCI, por la importancia que esta secta tiene. Esta es una secta internacional dirigida por Pablo, que agitando el nombre del trotskismo y llamándose trotskistas, dividieron a la Internacional en 1952, diciendo que el Programa de Transición de la Cuarta Internacional había sido superado, y que había que disolverse en el estalinismo, ya que éste iría cada vez más hacia la izquierda, transformándose poco a poco en un partido revolucionario. Esta capitulación vergonzosa ante el estalinismo los ha llevado a posiciones cada vez más absurdas y fuera de la realidad. Y es así como Posadas, dirigente máximo del pablismo en Latinoamérica, cometió errores gravísimos en Bolivia al hacer apoyar críticamente a Paz Estenssoro, o en Chile al disolver el partido en el Partido Socialista Popular, o aquí en Argentina que actúan como consejeros del estalinismo y no alertaron contra el golpe del 16 de septiembre, y hoy día se niegan a luchar por la legalidad del partido peronista.

Los documentos que se publican en este libro fueron escritos por Nahuel Moreno para diversas publicaciones del socialismo revolucionario trotskista, agrupado en la Federación Bonaerense del Partido Socialista de la Revolución Nacional. Esta fue la corriente política que más lúcida y consecuentemente advirtió las fuerzas motrices de la conspiración antiperonista. Y ella fue también la única corriente política que, luchando codo a codo junto al peronismo contra la marea montante del golpe clerical-patronal-imperialista, supo conservar su independencia frente al gobierno peronista y denunciar ante la clase obrera el tremendo desastre a que conducía la desastrosa política de la dirección peronista. Esto, los mejores hombres de la clase obrera y del peronismo obrero, no lo ignoran ni lo olvidan.

Esta posición ha tenido una consecuencia lógica, posteriormente, en estos dos años de lucha. La UOR se disolvió, el grupo Praxis continúa con sus planteos propagandísticos, y el GCI posadista ha seguido firme en su línea de capitulación frente al estalinismo.

Al terminar este trabajo el almanaque marca 20 de agosto. Hace 17 años que un agente de Moscú asesinó a León Trotsky. En la Argentina de 1957 el mejor homenaje a la memoria del gran conductor revolucionario está en las palabras que hace poco (en ocasión del Congreso de Trabajadores organizado en mayo por el Instituto de Cultura Obrera) oímos de un dirigente obrero peronista refiriéndose a la tendencia que editaba *La Verdad*: “*deseo declarar públicamente que yo, dirigente peronista, hubiera querido tener la claridad y la valentía con que los compañeros trotskistas señalaron los errores del peronismo mientras combatían a la revolución libertadora.*”

El trotskismo ortodoxo ha sido la única organización que previó el golpe de estado del 16 de junio y del 16 de septiembre, y luchó en consecuencia para enfrentarlos, preparando a sus militantes para la acción. Posteriormente, fue la única organización que hizo intensísimos esfuerzos para reorganizar al movimiento sindical, y se esforzó

porque no se boicotearan las elecciones sindicales; fue la única organización que tiró 100.000 volantes en Capital y Gran Buenos Aires llamando a la huelga el 17 de octubre de 1955. Los activistas obreros y todos los revolucionarios deberán reconocer al trotskismo ortodoxo como la única organización revolucionaria del país, y deberán exigir a cualquier secta que trate de influenciarlos, pruebas de que tuvieron las mismas posiciones que nosotros frente a hechos de tan gran trascendencia. Los trabajadores volverán las espaldas a las sectas, pues éstas nada tienen que ver con la clase trabajadora y se agruparán en torno del trotskismo ortodoxo.

Milcíades Peña

20 de Agosto 1957

1. La Iglesia Católica al servicio del golpe de estado del imperialismo yanqui

(*La Verdad*, 3 de diciembre de 1954)

Solo la movilización de la clase obrera detendrá el golpe de estado y la colonización del país

El discurso pronunciado por el presidente de la Nación ante los gobernadores marcó la apertura de una campaña contra el clero de la que se hacen amplio eco la prensa y los organismos oficialistas. En su exposición, Perón dijo que se trataba sólo de 15 o 20 curas que estaban complotando contra el gobierno unidos a determinados sectores políticos bien conocidos. Aparentemente, con aplicarles la ley todo quedaba solucionado. Pero la violenta y difundida campaña periodística que no se hace ya contra determinados curas sino contra toda la Iglesia católica, demuestra que el problema es mucho más grave de lo que el propio Perón lo presentó.

La gran importancia del problema reside en que detrás de toda la actividad de los católicos y los sectores contreras que están en combinación, está la mano del imperialismo yanqui. Y esto no lo dicen ni Perón ni la prensa oficialista, ni los organismos peronistas.

En el discurso pronunciado en Plaza de Mayo el 17 de Octubre, Perón advirtió contra lo que llamó los “emboscados”. En ese momento hacía la defensa de los organismos partidarios que lo apoyan. El discurso a los gobernadores se manifiesta como una continuación y al mismo tiempo una diferenciación de aquél. Continuación en el sentido que la alocución de Plaza de Mayo es un prólogo al segundo. Diferenciación porque el gobierno señala en el discurso a los gobernadores un viraje a la izquierda.

En el último número de *La Verdad* dijimos que el imperialismo yanqui necesita tener en nuestro país una fuerza política lo más coherente y popular posible que le facilite los intentos de colonización económica y política. La quiebra de los radicales unionistas y socialistas reppetunos, agentes de Wall Street, han impulsado al imperialismo a llenar con un partido católico el vacío que aquellos dejan.

Las negociaciones del gobierno argentino con los yanquis se hacen largas y dificultosas, no llegándose aun a ningún acuerdo. En esta situación el imperialismo procura obtener a través del complot lo que no consigue por las tratativas. No es que el gobierno peronista no quiera llegar a un acuerdo con el imperialismo yanqui. Pero las condiciones que impone el capitalismo norteamericano son muy elevadas y el gobierno argentino trata de que el acuerdo le signifique la menor cantidad posible de compromisos políticos y sujeción económica.

En medio de este estado de cosas, el imperialismo promueve y alienta a todos los que estén dispuestos a crear una situación interna que facilite la entrega sin reticencias de Perón. Este es el verdadero fondo del problema católico, y ni Perón ni la prensa oficialista dicen una sola palabra de esto.

No concordamos, ya lo hemos dicho en otra oportunidad, con la política que el gobierno lleva en sus tratativas con los yanquis, porque éstas se hacen en secreto. Las últimas actitudes del gobierno insisten en negar a los trabajadores un papel consciente en las conversaciones con el imperialismo. Con su discurso, Perón quiere decir a los yanquis que tiene los hilos bien tomados y que no podrán voltearlo por el golpe de estado. El viraje a la izquierda es entonces una especulación para frenar el ataque a fondo de los yanquis y mantener las tratativas en el terreno que le pueda resultar más ventajoso.

El gobierno peronista no denuncia el verdadero instigador y sostenedor del golpismo: el imperialismo yanqui, ni llama tampoco a la clase obrera a jugar un papel combativo contra el imperialismo.

Un Bloque sin principios

La actitud de los católicos coincide con la última huelga universitaria y la actividad de los sectores contrerros. El Partido Comunista, que se dice antiimperialista y se manifiesta contra el golpe de estado. presta su colaboración activa a todos los que quieran crear un clima de desprestigio del gobierno, así sean curas, oligarcas, pro imperialistas, o lo que fueren. En la última huelga universitaria, lo más selecto de la juventud pro yanqui, lo mejor de la juventud chupacirios y el stalinismo estrecharon filas en un bloque sin principios. El partido comunista da la espalda a la clase obrera y entra en enjuagues con los sectores más reaccionarios, haciéndole, quiera o no, el juego al imperialismo yanqui que es el primer interesado en crear el desconcierto para ver facilitada su penetración.

Nosotros denunciaremos y denunciaremos violenta e incansablemente a estos sectores como enemigos del país y de la clase obrera.

Nosotros, socialistas, sostenemos con Marx que la religión es el opio del pueblo. Los sacerdotes de todas las religiones componen una casta parasitaria, improductiva que sirve a la clase explotadora tratando de inculcar en la mente de la gente el principio del sometimiento y el conformismo.

El gobierno peronista ha protegido al máximo a la Iglesia católica, abriéndole las puertas de la enseñanza al implantar la religión en las escuelas. Por otra parte, la Constitución argentina dispone el sostenimiento de la Iglesia católica por el Estado.

En el entredicho del gobierno con los católicos no está en discusión el papel que debe cumplir la religión. El entredicho obedece a que el catolicismo está en abierto acuerdo con el imperialismo yanqui y pretende forzar las posiciones del peronismo para facilitar la entrega del país a los colonialistas de Washington.

Insistimos una vez más en decir que el gobierno argentino también necesita y busca el acuerdo, pero tiene todavía un margen bastante amplio de maniobra como para tratar de salir de las tratativas con el mayor dominio posible de la situación interna del país.

El discurso del 25

El acto realizado el día 25 [de noviembre 1954] en el [estadio] Luna Park constituyó una demostración de fuerza del gobierno frente a la amenaza del golpe de estado. Aun cuando todos los discursos estuvieron dirigidos contra el clero y las organizaciones católicas, el gobierno quiso demostrar indirectamente al imperialismo que es dueño de la situación y que todas las tratativas deberán realizarse teniendo en cuenta esta relación de fuerzas.

Al mismo tiempo el discurso de Perón, medido en todas las palabras y de tono explicativo y no agitativo, es el mejor indicio de que el gobierno no está interesado en movilizar a las masas más allá de los actos formales que pueda controlar. Sin embargo solo la movilización amplia de la clase obrera fortalecerá al país frente a los intentos de colonización del imperialismo yanqui.

Una amplia movilización de la clase obrera significa el planteamiento de reivindicaciones tales como la de frenar la ofensiva patronal, expropiar las empresas imperialistas, dar participación en el gobierno a la clase obrera, etcétera.

El gobierno peronista que está embarcado en una política de colaboración de clases y se inclina cada vez con mayor evidencia del lado patronal, no está dispuesto a ceder a ninguna de las reivindicaciones que la clase obrera pudiera plantearle. Por consiguiente, una movilización amplia de las masas debilitaría la posición del gobierno. Este es el motivo fundamental por el cual el gobierno prefiere llevar por su cuenta las tratativas con el imperialismo y no impulsar la movilización de la clase obrera.

La política del gobierno peronista es peronista y la nuestra es socialista, es decir, son distintas, y muchas veces antagónicas. Por ejemplo, no concordamos con los intentos de acuerdo que lleva a cabo el gobierno con el imperialismo yanqui porque no se consulta ni da participación directa en ellas a la clase trabajadora, que es la única capaz de defender hasta sus últimas consecuencias los intereses del país en toda tratativa económica y política.

Pero no es verdad que Perón se haya entregado ya a los yanquis. Perón busca el acuerdo con ellos pero este se hace difícil, no se concreta. La posición del gobierno y la prensa y organismos oficialistas frente a la amenaza de golpe de estado dice bien a las claras que las posibilidades de acuerdo no son fáciles y que Perón quiere impedir que los yanquis fueren las tratativas.

Nosotros, como partido anticapitalista y antiimperialista, queremos dejar aclarada nuestra posición en tomo a este problema. Pero no una posición enunciativa sino afirmativa y de lucha.

A pesar de todas nuestras divergencias con el gobierno peronista, a pesar de nuestras críticas, queremos manifestar públicamente que, mientras el gobierno no se entregue al imperialismo yanqui, frente al peligro de golpe de estado fomentado por Wall Street, ofrecemos al gobierno un acuerdo de carácter técnico bien delimitado, público y sin compromisos políticos a fin de detener todos los intentos del imperialismo por colonizar al país y súper explotar nuestra clase obrera.

Es en ese sentido que coincidimos en este momento con el gobierno que el mayor peligro para el país y la clase obrera es la organización de una nueva unidad democrática, al servicio político del imperialismo y capitalismo nacional, que se estructura alrededor de la Iglesia católica. Contra ese peligro proponemos una amplia movilización de la clase obrera y el pueblo, ante todo de los organismos peronistas, pero sin excluir a ninguna organización político o sindical que opine como nosotros —y el peronismo en este momento— que los problemas urgentes son el golpe de Estado y la movilización política de la clase obrera. Las organizaciones que intervengan en esa movilización tendrán completa libertad para hacer todas las críticas que consideren conveniente o necesario hacer a las otras organizaciones; la lucha será en común contra la Iglesia, su organización política y su actual influencia.

2. El partido comunista oculta los objetivos del plan de la Iglesia

(*La Verdad*, 19 de mayo de 1955)

¿Quién prepara el golpe de Estado que ellos anuncian?

Después de muchos meses de desconocer en su prensa y en su acción las maniobras de Iglesia tendiente a crear el Partido y el clima propicio para el golpe de estado, el Partido Comunista en el número 261 de *Nuestra Palabra* declara: “nos oponemos también con fuerza, a los que buscan la solución por las vías del golpe de Estado”. Pero por desgracia para ese Partido y para aquellos obreros que aún confían en él, ese “descubrimiento” no impedirá sin embargo que ellos —que todos los días hablan en contra del imperialismo yanqui— actúen en primera fila en los disturbios estudiantiles, silencien los líos callejeros promovidos por los católicos, y sigan sin decir que es la Iglesia quien busca el golpe de estado para el sometimiento total al imperialismo yanqui.

El gobierno combate a “los malos curas” pero no denuncia que es el Imperialismo Yanqui quien mueve los hilos de la acción de la Iglesia; el Partido Comunista dice que “con el golpe de Estado, se aceleraría la entrega del país al imperialismo yanqui”, pero no dice que es la Iglesia quien prepara ese golpe. Tanto unos como otros insisten en mantener a la clase obrera alejada de los alcances del plan de la Iglesia, y de su significado. Están trabajando inconscientemente por su triunfo.

Las consecuencias de una falsa caracterización política

Los compañeros obreros stalinistas tienen que hacer un esfuerzo y comprender que la política capitulante que ha llevado y lleva su Partido frente a la Iglesia parte de la falsa caracterización política que hacen del gobierno peronista. El Partido Comunista define al gobierno de Perón como “Corporativo Fascista”, y dice que “está entregado a los yanquis”.

Nosotros, no queremos convencer a nadie que el gobierno de Perón sea un gobierno obrero. Por el contrario nosotros somos los primeros en decir que el actual gobierno tiene un carácter reaccionario y sirve a los capitalistas. Pero esto no basta. El gobierno radical de Yrigoyen también era un gobierno de la burguesía, pero el golpe de Uriburu,¹ con serlo también sometió aún más los destinos del país a los capitalistas y al imperialismo. Es decir, ni Yrigoyen con sus características “democráticas”, ni Perón con sus intentos de organización total, son los gobiernos que ayer u hoy necesita el imperialismo.

El gobierno de Perón hace cada vez mayores concesiones al imperialismo yanqui, pero aún así no es el Castillo Armas que ellos necesitan para sus planes de colonización latinoamericana.

El Partido Comunista caracteriza al régimen de Perón como “el gobierno de monopolios” (*Nuestra Palabra*, número 245) y para poner un último ejemplo bastante ridículo de por sí, dijeron en un volante que la prisión para Osvaldo Pugliese fue planeada por el Departamento de Estado Yanqui. Esa caracterización que aparece como ultra revolucionaria es, por el contrario, completamente falsa y fatal para sus propios afiliados, pues los desarma políticamente para enfrentar la realidad. Si el Gobierno de Perón está totalmente entregado, ¿por qué el Partido Comunista dice ahora que el imperialismo yanqui alienta el golpe de estado?

Pero aún hay más. El Partido Comunista dice: “Así como nos hemos opuesto y nos oponemos con toda fuerza al Estado de tipo Corporativo Fascista, nos oponemos también con fuerza a los que buscan la solución por las vías del golpe de Estado” (*Nuestra Palabra*, núm. 261). Es decir que el stalinismo no solamente no dice a sus afiliados quien va a dar el golpe, sino que le asigna la misma importancia, como peligro inmediato, al gobierno de Perón que al golpe de estado. Eso es el significado de “nos oponemos con la misma fuerza”, a unos que a otros. Esta posición es totalmente falsa. El principal enemigo en 1930 no era Yrigoyen sino el golpe uriburista. En 1955 el principal enemigo es el golpe debitado pro yanqui, que como ellos mismos dicen “aceleraría la entrega del país al imperialismo.” Nosotros, con ese criterio, no sacamos la conclusión de que la clase obrera debió apoyar a Yrigoyen, o deba en la actualidad hacerlo con Perón. Nosotros de allí extraemos una conclusión mucho más sencilla: el gobierno peronista, con ser un gran enemigo de los trabajadores, no es en este momento el peligro fundamental. El enemigo fundamental de los trabajadores es el imperialismo yanqui y el golpe que prepara. Esto es lo que no entiende o no quiere entender y la dirección stalinista.

“Frente Democrático Nacional” y capitulación ante la Iglesia

Así como para poner en un mismo saco el peligro del golpe de estado con las características del gobierno actual, el Partido Comunista se vale de una falsa caracterización política; la capitulación a la Iglesia, a los radicales y a todos los contreras, está íntimamente ligada al punto fundamental del programa de los stalinistas, es decir, al Frente Democrático Nacional. Se podría aún aceptar la caracterización que ellos hacen del gobierno, sin creer por eso que para combatirlo hay que hacer una “Santa alianza” con los sectores más reaccionarios, sin pedir que se reedite la fenecida “Unión Democrática”. Nada de esto hace el Partido Comunista.

Una vez caracterizado el gobierno de Perón como el “gobierno de los monopolios”, de lo que se trata entonces es de crear el gran “Frente Democrático” para voltearlo. En lugar de combatir a Perón con una política obrera, para formar ese frente, para incorporar a él todos los “demócratas”, es necesario hablar de los “miles de católicos amantes de la paz y la Democracia”, y tirarles besitos y flores a los radicales.

¹ **José Félix Uriburu** (1868–1932) fue un militar argentino, Presidente de la Nación Argentina, el primero de facto desde el 8 de septiembre de 1930 hasta el 20 de febrero de 1932.

El Partido Comunista dice: “hay también gente democrática que se suma irreflexivamente a la idea del golpe de estado, pues no tiene confianza en la clase obrera”. (*Nuestra Palabra*, núm. 261). Pero... ¿dónde milita esa gente “democrática” que quiere el golpe de estado...? No son acaso los católicos que junto a todos los contreras están promoviendo líos, quienes tienen esas inclinaciones...? No es acaso la Iglesia quien encabeza el movimiento por el golpe de estado?

Esta pregunta tan sencilla que cualquier obrero puede responder fácilmente, es contestada por el Partido Comunista con un montón de evasivas, que tratan de ocultar su capitulación a la Iglesia.

En el mismo número de su periódico, los stalinistas dicen que no ignoran “que en los círculos dirigentes de la Iglesia hay sectores derechistas y reaccionarios”. Muy bien, pero ¿son ellos los que buscan el golpe de estado? ¿Sí o no? El Partido Comunista no responde esa pregunta, pero está tan entusiasmado tratando de juntar “demócratas” para su “gran Frente”, que para que no se le escape ninguno y para confundir aún más a sus militantes, más adelante dice:

“Pero sería un grave error confundir a esos círculos dirigentes reaccionarios con las masas católicas, que están animadas de sentimientos democráticos y progresistas.” Más demostración de adonde conduce la línea del “gran Frente”, imposible.

Nosotros les planteamos a los compañeros stalinistas, que se hagan las siguientes preguntas: ¿Si el gobierno de Perón ya está entregado a los yanquis, por qué estos buscan el golpe? ¿Quién alienta a los católicos sino el imperialismo yanqui, a que sigan creando el clima propicio para el golpe de estado? ¿Quién, sino los católicos, son la avanzada del golpe de estado?

Creemos que estas preguntas pueden ayudar, mejor que cien consignas de “Frentes”, a que los trabajadores descubran a sus enemigos, rompan con sus falsos líderes, y se unan a la gran tarea de formar el gran Partido Obrero que los trabajadores y el país necesitan.

3. Un solo frente obrero para frenar al imperialismo, a los curas y a los capitalistas

(*La Verdad*, Avellaneda, 6 de Junio de 1955)

Todas las fuerzas de la clase obrera argentina deben ponerse en tensión para enfrentar el golpe de estado que prepara la Iglesia a encargo del imperialismo yanqui, con el visto bueno activo de los capitalistas, sobre todo los industriales, que ven la salida a sus problemas en la superexplotación de la clase obrera y en una entrega total a EE.UU. a sus empréstitos e inversiones de capital. Nosotros creemos que la clase trabajadora debe estar alerta para deshacer todo cuartelazo militar o clerical, porque en la actualidad es éste su principal peligro. Insistimos e insistiremos aún más sobre esto, porque creemos que la clase obrera no está preparada para ello, que no es consciente de la existencia de esta peligrosa Santa Alianza del imperialismo, los curas y los capitalistas, y de lo que se proponen. Veamos porqué.

El obrero que milita en los partidos que son ante todo antiperonistas (radicales, stalinistas, etc.) es decir, aquel obrero que cree que a la Argentina hay que dividirla en peronistas y antiperonistas, piensa que el lío con los católicos se debe y a una ingeniosa medida del gobierno, para distraer la atención de la población trabajadora. Mientras las figuras más reaccionarias de su Partido se ponen en movimiento bajo la batuta de la Iglesia, que ha llegado a polarizar a los sectores de clase media y burgueses más anti obreros del país, este obrero espera que termine lo que considera “una farsa”. Está convencido honestamente que sus intereses no están en juego en esta disputa, y si ya no mira con simpatía las tibias medidas que tomó el gobierno contra la Iglesia, saca la conclusión de “que se las arreglen por su cuenta”. Su actitud no puede ser más funesta: con su indiferencia o pasividad está permitiendo que levanten cabeza en el país las fuerzas más reaccionarias que ellas hagan revivir la Unión Democrática con sus actos y manifestaciones, ahora en la persona de chupacirios y adoradores de la “democracia” yanqui de todo pelaje. Está permitiendo lo peor: que siga siendo el gobierno, con sus tibias medidas y con la acción policial, el que se opone a la reacción clerical. Está impidiendo o no participando en la movilización de la clase obrera, que es la única garantía de desbaratar los planes de la “Santa Alianza”.

A estos trabajadores nosotros les decimos: su actitud no puede ser de indiferencia o expectación. Sus intereses están en juego. Desde hace mucho tiempo el imperialismo yanqui está tratando, acá y en todos lados, de implantar gobiernos dóciles que secunden sus planes de aplastar el movimiento obrero en el mundo, recuperar aquellos países que han escapado a su control, y dominar a fondo a todos para satisfacer sus necesidades de mayores mercados y nuevas fuentes de inversión para sus capitales.

Al gobierno peronista, al que usted considera el peligro fundamental, hay que combatirlo — nosotros siempre insistimos que no es el gobierno de los trabajadores— pero sabiendo que en estos momentos puede ser suplantado por otro peor.

Nosotros les decimos a los trabajadores antiperonistas, que comprendan que la división en el país no es entre peronistas y antiperonistas sino entre explotadores (nacionales, extranjeros, peronistas o contreras) y los explotados, es decir los trabajadores.

En situación similar está el obrero peronista. Él cree que el gobierno es un gigante que cuando quiere desbaratar golpes, poner en vereda a los revoltosos sean curas u otros, no tiene más que mover un dedo y se acabó. Para él, el gobierno es todopoderoso, y cada vez más piensa que con la policía y el Ejército todo lo puede. Confía en el gobierno, en su política, en su aparato, y aunque él estaría dispuesto a apoyarlo en una situación de emergencia, cree que el gobierno no lo necesita para tanto. Por otro lado, piensa... ¿Quiénes son los curas para poner en peligro nuestras conquistas?

¿Que el imperialismo yanqui está detrás de los curas? ;No, no puede ser porque si no el gobierno ya lo habría denunciado! ¿Que los capitalistas también están metidos en el lío? ;Tampoco, recién acaban de reunirse amigablemente con nuestros dirigentes en el Congreso de la Productividad!

El compañero peronista está totalmente confundido. Como la prensa peronista no ha informado nunca la verdad, como no se informó que en el Congreso de la Productividad, por ejemplo, los patrones quisieron barrer las comisiones internas y los convenios, él cree que todo anda bien. Él no cree mucho en lo que dice constantemente el diario *La Prensa* de que por fin los patrones son buenos, pero tampoco cree que las cosas son para preocuparse. No alcanza a ver la importancia de los aumentos constantes de los precios que permite el gobierno. No cree que con ellos los capitalistas no se conformen, que quieran más aumentos y aun barrer con el gobierno, que por no perder su apoyo popular regula los aumentos de precios. Él no ve que la ofensiva que llevan adelante todos los días los capitalistas contra el nivel de vida y las conquistas de los trabajadores, debe ser respondida con la formación de un gran Partido Obrero, para que el debilitamiento del Peronismo no fortalezca a la reacción clerical.

El no comprende que las mismas razones que hicieron que la prensa peronista no diera a conocer la actitud de los capitalistas en el Congreso de la Productividad, son las mismas que ahora la mueven a no denunciar al imperialismo yanqui como el que maneja los hilos en la “Santa Alianza”. La prensa no denunció a los capitalistas porque en último término está con ellos, en lo que se diferencian es en el ritmo con el que se le sacarán las conquistas a los trabajadores. En la misma situación se encuentra frente al imperialismo yanqui. El gobierno sabe que con su política de salvar las ganancias de los explotadores, y de solucionar los problemas del país con una política capitalista y no obrera, necesita y necesitará cada vez más de los capitalistas imperialistas. Por eso es que no lo denuncia, porque quiere llegar a un acuerdo con él. Un acuerdo que no signifique un rompimiento directo con los trabajadores. Su política está condenada al fracaso. El imperialismo yanqui se siente cada vez más fuerte ante cada concesión que le va haciendo el gobierno (Petróleo, ley de radicación de capitales, etc.) y como los capitalistas se orientan al golpe de estado.

El obrero peronista como el antiperonista debe convencerse que solamente su movilización es, entonces, la garantía del triunfo frente al golpe que preparan el imperialismo, los curas y los capitalistas. Debe convencerse que ni el gobierno, ni el ejército ni la policía, pueden ser guardianes de sus intereses una vez puestos en juego. Debe tener en cuenta la experiencia de Guatemala donde el Ejército finalmente se puso del lado de las tropas mercenarias comandadas por el Departamento de Estado Yanqui.

¡Un solo frente obrero para frenar al imperialismo, a los curas y a los capitalistas! ;Preparémonos desde ya para rechazar un nuevo Castillo Armas!

4. Movilización obrera: única respuesta contra el golpe de estado clerical-patronal-imperialista

(*La Verdad*, Avellaneda, 10 de Junio de 1955)

Las manifestaciones realizadas por los católicos el último 25 de mayo a la salida de las iglesias de todo el país, fue una nueva demostración de fuerzas de la reacción pro yanqui. Pretendieron así repetir la movilización del 6 de mayo cuando atacaron en el centro a varios obreros del transporte, como si de este modo hubieran querido demostrar por anticipado cuáles son sus verdaderas intenciones hacia la clase obrera.

En esta ofensiva que han abierto los católicos, y que ya ha pasado de los volantes y las publicaciones agresivas a la agresión de hecho, se ha enganchado toda la “contra” pro imperialista y aun el Partido Comunista que se pone así al servicio del imperialismo yanqui.

En nuestro país, sin desdeñar las concesiones que le otorga el gobierno peronista, el imperialismo trata de suplantar por otro que responda al pie de la letra a sus aspiraciones de colonizar al país, que no tenga miramientos con la clase obrera, que le arranque de cuajo sus conquistas, que liquide las comisiones internas. Un gobierno que firme los pactos bilaterales, que suministre bases militares al imperialismo y aporte con todos sus hombres y su economía a cualquier guerra que libre en cualquier parte del mundo.

Este gobierno no puede ser otro que el de la Iglesia y los más reaccionarios elementos del país. Y ellos no podrán llegar al poder sino mediante el golpe de estado.

Todos los pasos de la peor reacción se encaminan a crear el clima propicio para el golpe. La clase obrera debe meditar sobre este hecho y considerar que la suerte del país y la suya propia se hallan ligadas al resultado del golpe de Estado.

Frente a la ofensiva católica, el gobierno se ha conformado hasta ahora con movilizar a la policía y poner a los curas y beatos que detiene a disposición de los jueces. Aun esto, lo ha realizado sin mucha decisión ya que en la manifestación católica del 6 de mayo los autos de la policía retiraban a los agentes de las esquinas dejando que a los católicos se les hiciera más todavía el campo orégano.

El gobierno no desconoce que en estos momentos se juega su propia suerte. Tampoco ignora que la única manera de aplastar a la movilización católica es con la movilización de la clase obrera. Sin embargo se conforma con los comunicados de apoyo que los sindicatos y otros organismos le otorgan y cuyos textos leemos a diario, mientras se dirige a la clase obrera instándola a que permanezca en la mayor pasividad, dándole la consigna “de casa al trabajo y del trabajo a casa”.

El golpe de estado será el peor de los males

Creemos necesario insistir una vez más en que el peligro de golpe de estado no afecta sólo al gobierno. Las fuerzas que puedan surgir de él concentran el odio más feroz contra la clase obrera. Lo peor de la reacción anida en ellas. Si la situación de los trabajadores no es hoy muy halagüeña, será mil veces peor si triunfa un golpe de estado.

La tensión entre la Iglesia y el gobierno no es una cuestión que atañe sólo a esas dos fuerzas. Es una cuestión que interesa a toda la clase obrera. Cada paso que da la reacción católica es un avance de los capitalistas y el imperialismo contra los trabajadores y el país. Cada volante, cada publicación, cada manifestación clerical significarán también aumento en los precios, más horas de trabajo, expulsión de los obreros más luchadores, peores servicios médicos en las fábricas, más destajo, mayor explotación, más y más máquinas para cada operario y significarán también mayores ganancias de las patronales y más concesiones al imperialismo yanqui.

El proletariado, y en especial sus sectores más conscientes, deben tener esto bien presente.

Como debe movilizarse la clase obrera

Las declaraciones de los dirigentes de la CGT y los sindicatos no bastan. Mientras la discusión del problema de los católicos y el golpe que preparan no baje a la clase obrera, las declaraciones serán muy bonitas pero el problema no se habrá hecho carne en los trabajadores. Mientras no haya discusión en las secciones, la cuestión no habrá salido de la esfera de un tira y afloje entre el gobierno y la Iglesia.

La clase obrera debe encarar el enfrentamiento de la movilización católica a través de su propia movilización, ¿Cómo debe realizarse esta movilización? En todos los lugares de trabajo debe ser discutido el problema de los católicos. La movilización clerical, las manifestaciones, la separación de la Iglesia y el estado, el peligro de un golpe, deben ser discutidos, empezando por cada sección, amplia y democráticamente, con entera libertad de opinión para todos los obreros, incluso católicos o comunistas. Por sobre las diferencias políticas, los obreros de cualquier tendencia, aún de aquellas cuyas direcciones respondan al imperialismo, sabrán orientarse, estamos seguros, por una posición que represente los intereses de la clase obrera en este momento.

Esta discusión en una sección, en un sector de una sección, ya es un principio de movilización de la clase desde el momento que ella comienza a tomar conciencia de un problema que la afecta y manifiesta su preocupación por el mismo.

La extensión de esta discusión a todo el turno, a toda la fábrica, de fábrica a fábrica, de sindicato a sindicato, señalará ya la movilización de toda la clase obrera. Este cambio de ideas, pondrá a los trabajadores en situación de clarificar el problema que se presenta tan oscuro y los convertirá en verdaderos jueces de los acontecimientos que afectan su futuro inmediato. De todas las asambleas de sección, de fábrica o de gremio, de todos los cuerpos y congresos de delegados, deben salir pronunciamientos contra la movilización católica y el golpe de estado.

La intervención activa de la clase obrera irá forjando así la unidad que podrá impedir el avance del imperialismo y la ofensiva patronal.

Solo a través de esta unidad podrá responderse golpe por golpe a la movilización clerical. Y sólo en la medida en que la clase obrera haya comprendido la verdadera esencia de la ofensiva católica podrá encontrarse lista después de responder al golpe que prepara la reacción con una carta de triunfo, la huelga general que es la máxima demostración de unidad y disciplina de la clase en torno a un objetivo: defender al país del imperialismo yanqui a través de la defensa de sus propias conquistas.

5. El imperialismo yanqui y la Iglesia preparan un golpe de estado

(*La Verdad*, Avellaneda, 19 de mayo de 1955)

¡Unidad de la clase obrera para aplastarlo!

El Parlamento acaba de sancionar la derogación de la enseñanza religiosa en las escuelas. Al mismo tiempo se ha resuelto aplicar impuestos a los colegios religiosos de los que hasta ahora se hallaban eximidos y ha entrado a la Cámara de Diputados el proyecto de elección de constituyentes que reformarán la Constitución separando la Iglesia del estado.

Por otra parte, los diarios nos enteran todos los días de detenciones de curas en distintos lugares de la República y de complots frustrados en los que tendrían participación elementos clericales. Todas estas noticias van acompañadas, en la prensa peronista, por una campaña anticlerical en la que se ridiculiza a los frailes y se resucitan todos los roces que ha tenido la Iglesia con el estado desde los tiempos de María Castaña hasta hoy.

Pero, ¿cuál es la razón de esta tirantez entre la Iglesia católica y el gobierno que se acentúa desde hace siete meses, y que adquiere hoy formas virulentas que evidencian que se está preparando un golpe de estado?

Las razones son más profundas. La propia política del imperialismo trata de ocultarlas y esto es lo que oculta a los ojos del pueblo los motivos del mismo.

¿Es que los curas se han vuelto malos de la noche a la mañana? ¿O como dicen los “contreras”: los curas están enojados por la sanción de las leyes de divorcio y profilaxis? Nada de esto. Los curas son los mismos reaccionarios de siempre, defensores de todos los principios de los explotadores, aliados a las ideas más retrógradas. En cuanto al divorcio, en países donde éste existe no hay ninguna cuestión entre la Iglesia y el gobierno.

En el mes de noviembre del año pasado, Perón dijo en un discurso a los gobernadores que no había conflicto con la Iglesia y que sólo se trataba de 15 o 20 curas que estaban complotando contra el gobierno. En el número 6 de *La Verdad* aparecido el 3 de diciembre de 1954 y en subsiguientes ediciones, señalamos que los motivos del conflicto eran más amplios. Que la Iglesia trataba de formar un partido que favoreciera el plan de colonización del imperialismo yanqui abriendo el país a su conquista. Que el gobierno quería llegar a un acuerdo con Washington pero en las mejores condiciones posibles en tanto que los yanquis, sin desechar las tratativas, querían imponer al país un gobierno servil tipo Castillo Armas.

Desde entonces hasta ahora, las relaciones del gobierno con la Iglesia se han vuelto cada vez más tirantes. Las misas y sermones se han convertido en mítines “contreras”, las procesiones en manifestaciones y las manifestaciones como la del 6 del corriente en verdaderas demostraciones de fuerza dotadas de un carácter agresivo, organizadas con grupos de choque y métodos terroristas.

Después de siete meses de tensión el gobierno sigue dando razones secundarias al conflicto con la Iglesia. En declaraciones formuladas por el General Perón a un periodista italiano, dijo, entre otras cosas, que no hay ninguna cuestión con la Iglesia; que “lo que hay es un conflicto entre una parte del clero y las organizaciones del pueblo argentino”. Es decir que, aún hoy se sigue insistiendo en que la tirantez obedece al capricho de algunos curas a quienes, vaya a saber por qué causa se les ocurrió crear organismos similares a los peronistas pero de carácter católico. Y, no se sabe por qué, renunciando a las enormes ventajas, que les había otorgado el gobierno, se colocan en situación de perderlas.

El peronismo, efectivamente, confirmando su carácter reaccionario, había otorgado a la Iglesia católica posiciones inmejorables y una preeminencia que no había tenido ni aun con los más reaccionarios gobiernos conservadores. El propio Perón declaró al mencionado periodista que la enseñanza religiosa costó al estado 87 millones de pesos durante el año pasado.

La resistencia del gobierno a entregarse atado de pies y manos al imperialismo yanqui es la causa esencial del conflicto con la Iglesia

El imperialismo yanqui no se niega a tratar con el gobierno todo el plan de inversiones. Más aun, por medio de las tratativas ya ha logrado algunas conquistas. Pero éstas no satisfacen al imperialismo, Washington necesita tener en los países latinoamericanos gobiernos que no ofrezcan resistencia a sus aspiraciones sino que se las faciliten y le otorguen día a día mayores ventajas. El gobierno peronista no es de esos. Perón quiere llegar a un acuerdo con los yanquis pero tratando de defender en lo posible su estabilidad basada en el apoyo de las masas que perdería si procediera a una entrega total del país.

Todas las conquistas del imperialismo que logra en nuestro país le dan aliento para conseguir otras nuevas y con mejores condiciones. Es por ello que, en la medida en que va lográndolas la Iglesia, que responde a las intenciones yanquis, se hace más agresiva.

Del mismo modo, en la medida en que el gobierno no permita una movilización de la clase obrera para frenar al imperialismo y sus agentes nacionales, se debilitará la posición del país frente a los avances imperialistas y se acrecentará la insolencia y la impunidad de la Iglesia y sus sostenedores proimperialistas, en la preparación del golpe de estado.

¿Por qué entonces, el gobierno no actúa con decisión frente a la Iglesia si en ello le va su propia suerte? En primer lugar, porque quiere llegar a un acuerdo con el imperialismo. En segundo lugar, porque el gobierno es consciente de que la movilización de la clase obrera desbordará los límites de su control y planteará todos los problemas a que está enfrentado el proletariado: ofensiva patronal, aumento

de precios, disminución del nivel de vida. Y hoy, el peronismo ya no puede otorgar concesiones a los trabajadores sin ganarse la oposición de toda la patronal, con la cual mantiene muy buenas relaciones.

Pero no sólo el gobierno no dice al pueblo cual es el motivo real del conflicto con los católicos. El interés por mantener dentro de un plano cordial las tratativas con los yanquis obliga a ocultar el fondo del asunto y a señalar vagamente a los que preparan la entrega del país.

La CGT y las organizaciones obreras tienen la obligación de denunciar el golpe de estado y preparar a la clase obrera para enfrentarlo

Vuletich² dijo el 1° de Mayo que la triple alianza ha vuelto a manifestarse y que está integrada por el clero, la oligarquía y el capitalismo. Creemos que ese lenguaje tan general no puede ser el de la CGT. La Central Obrera tiene la obligación de señalar claramente y sin tapujos cuáles son las verdaderas relaciones entre la Iglesia, la patronal y el imperialismo yanqui y debe ser la CGT la que impulse en todos los terrenos en que se imponga.

La CGT debe denunciar ya mismo el peligro del golpe de estado y preparar a la clase obrera para impedirlo.

Tenemos que ser conscientes del significado de un golpe de estado y de sus consecuencias. Lejos de solucionar los problemas de los trabajadores y el país en su conjunto, las fuerzas que puedan dominar después del golpe de estado serán más reaccionarias que las actuales, ejercerán un poder que responderá directamente a la orden de los patronos y el imperialismo. Aplastarán las comisiones internas, liquidarán a corto plazo las conquistas de los obreros, barrerán con toda organización e independencia obreras, y entregarán al imperialismo yanqui las palancas de comando de la economía nacional y cercenarán la soberanía del país otorgándole bases militares.

¿Cómo debemos enfrentar este peligro? Ni la oposición burguesa ni el gobierno ofrecen garantías para detener el plan de colonización del imperialismo yanqui y frenar el golpe de estado. La clase obrera necesita una política independiente, libre de compromisos con los capitalistas, que le permita enfrentar con éxito y hacer retroceder al imperialismo y sus aliados dentro del país que preparan ese golpe de estado. Esta política independiente debe expresarse a través de un partido obrero. Los activistas sindicales que hoy luchan contra la patronal. Los obreros conscientes de los peligros que suponen los avances del capitalismo y el imperialismo contra sus conquistas tienen que unirse en torno a un programa que refleje los intereses de su propia clase. Esta unidad es la única salida que tiene el país y la clase obrera para frenar el plan de colonización yanqui y la ofensiva patronal.

Frente a este plan y esta ofensiva que se orientan hoy hacia el golpe de estado, que flota ya en el ambiente, que se traduce por la tirantez creciente en las relaciones con la Iglesia que es alentado en las radioemisoras del exterior, debe actuar rápidamente la central obrera organizando su aplastamiento en sus propios focos de origen. Y no sólo con discursos o comunicados. Las bombas y las cachiporras no se combaten sino con armas. Es necesario que la CGT y todas las organizaciones que se reclaman de la clase obrera discutan democráticamente esta necesidad, en las secciones, en las fábricas, en los sindicatos.

Solamente la movilización de la clase obrera detendrá el golpe de estado, la tarea más importante en el momento actual es preparar esa movilización. No basta con que las direcciones sindicales se pronuncien contra la Iglesia. Es preciso que toda la clase obrera se manifieste. Debemos preparar ya mismo asambleas en todas las fábricas del país en las cuales debe haber amplia libertad para que todos los obreros, sean de la tendencia política que sean incluso los católicos, tengan la posibilidad de presentar libremente sus mociones. Posteriormente la CGT debe publicar todas las mociones y los votos que saquen. Esta será la mejor manifestación de la voluntad obrera y de preparar a la clase contra el golpe de estado y el plan de colonización del imperialismo yanqui.

6. Después del primer golpe el imperialismo yanqui y sus aliados siguen

2 Eduardo Vuletich fue el Secretario General de la CGT en 1952–1955.

firmes en su ofensiva para colonizar el país

(*La Verdad*, 25 de junio de 1955)

Preparemos la defensa de nuestras conquistas y organizaciones de los ataques de la reacción

El 16 de junio no ha terminado. Siguen planteados los mismos problemas y la lucha sigue en pie. El golpe de estado no ha triunfado. Pero las fuerzas que lo realizaron están mejor colocadas que antes del golpe, y han logrado una serie de concesiones importantes. Los capitalistas y el imperialismo siguen tratando de instaurar su propio gobierno. Para ello tratarán de derrotar a la clase obrera.

Las causas del golpe siguen en pie

Los capitalistas y el imperialismo yanqui, junto con su aliada la Iglesia y algunos sectores de las fuerzas armadas, prepararon la conspiración para barrer al gobierno peronista, a la CGT, a las comisiones internas y a los delegados y de esa manera poder suprimir las conquistas logradas por la clase obrera y permitir una mayor penetración del imperialismo yanqui en la economía nacional.

El gobierno peronista constituyó y constituye la principal traba para el logro de este programa. Ellos quieren la lucha de clases que no le permite el peronismo, para suprimir conquistas y las organizaciones obreras. Nosotros desde estas columnas señalamos desde hace muchos meses estas intenciones de la burguesía y el imperialismo y su golpe de estado. Los capitalistas y el imperialismo actuaban con un programa claro:

- a) en el terreno económico: aplicación del programa patronal en el Congreso de la Productividad;
- b) mayor penetración del imperialismo yanqui en la economía nacional;
- c) derrota del peronismo y de la CGT, y subida al gobierno de un partido político de derecha con base popular que podría ser dirigido por la Iglesia o los radicales unionistas.

Las causas de esta actitud las debemos buscar en la situación económica nacional. En primer lugar una reducción de la renta nacional (menos bienes para repartir) producida por la baja de los precios de los productos argentinos en el mercado mundial, lo que hizo que la burguesía se fijara como objetivo reducir el nivel de vida de la clase obrera. Junto a esto la situación de toda la industria nacional, que por la pésima política de los capitalistas tiene todas sus máquinas viejas lo que hace que el poder productivo de la industria argentina sea muy bajo.

Para los capitalistas hay una sola solución a estos problemas. Por un lado apretar el torniquete a la clase obrera para que produzca más cobrando menos y por otro lado, con la penetración del imperialismo yanqui mediante préstamos e inversiones.

El peronismo no se opone a esta política. Simplemente trata de llevarla poco a poco, para evitar divorciarse de la clase obrera, mientras que los capitalistas la quieren llevar a cabo de golpe y apoyándose en una mayoría que le proporcionaría la clase media.

Por otra parte, el peronismo le hace el juego a la oposición burguesa no alertando a la clase obrera y al país sobre los móviles de aquélla.

La política de conciliación es la política de la burguesía

Y así llegamos al 16 de junio. Fecha trágica para los trabajadores y el país, en que murieron muchos de nuestros hermanos, víctimas de la reacción imperialista. La situación del 16 de junio no se ha definido, el peronismo sigue en el poder, pero con otro carácter, y las fuerzas opositoras se hallan envalentonadas y dueñas de la situación.

En el seno del gobierno, el ejército es la fuerza preponderante, y aunque no domina la situación, gravita en forma más intensa, una posición similar a la que tenía la CGT antes del golpe. Perón dice que

la revolución ha terminado, que el gobierno llama a la conciliación porque cree que se han logrado los objetivos de la revolución peronista y se impone un nuevo período democrático en que todos aportaremos.

No aclara el presidente cuáles son los objetivos logrados. Creímos y creemos que el peronismo no llevó a buen término su consigna de “independencia económica, soberanía política y justicia social”.

Independencia económica, no tenemos. El imperialismo es dueño de las principales empresas del país. (CADE, frigoríficos, Alpargatas, SIAM, etc.). Soberanía política, está por ser cercenada en parte por los acuerdos sobre el petróleo, y en cuanto a la justicia social, si bien es cierto que el peronismo trajo a la clase obrera una serie de conquistas, no es menos cierto que esas mismas conquistas se van perdiendo poco a poco con la carestía de la vida y con todas las manifestaciones de la ofensiva patronal.

Discrepamos con que el peronismo haya triunfado en sus objetivos políticos y por eso abandona la etapa revolucionaria para entrar en el período constitucional y de libre examen de todas las cuestiones, la verdad de la convivencia pareciera estar en que se quiere unificar a todas las fuerzas capitalistas del país. El peronismo tiene de similar con el radicalismo o con los conservadores en que son partidos no obreros, que defienden la propiedad privada capitalista y el orden burgués. La misma unidad lograda por los capitalistas en la CGE, se tiende a lograr en el terreno político.

Ante el empuje de la clase obrera, sus futuras luchas por defender su nivel de vida y sus conquistas, y ante la pésima situación de la economía capitalista argentina, que le impide a la burguesía darle mejoras a los obreros sin perjudicar gravemente sus intereses, se impone una política de unidad o de colaboración de todos los partidos políticos de la burguesía para detener a la gran movilización de la clase obrera que se prepara para frenar los apetitos capitalistas.

Cuando la clase obrera está tranquila, los capitalistas y sus distintos partidos pueden darse el lujo de tener diferencias y luchar entre sí. Pero frente a la clase obrera se unen.

Pero también la conciliación tiene otro significado. El peronismo no puede enfrentar como antes la presión combinada de los capitalistas y el imperialismo yanqui. La amenaza de un nuevo golpe de estado pesa aún sobre su cabeza. La única forma de frenarlo es movilizándolo a la clase obrera, y eso lo sabe muy bien el gobierno. Por eso cede ante la presión del imperialismo yanqui y sus aliados, que le exige darle libertades a los partidos que defienden sus intereses y el peronismo, ante la alternativa de capitular ante el imperialismo o movilizar a la clase obrera se inclina por lo primero, pues sabe muy bien que una vez que la clase obrera se haya levantado en defensa de sus intereses, continuará hasta la liberación final, y entonces trastabillará todo el régimen capitalista.

Por otra parte, la contra y la burguesía quieren la conciliación para unificar sus efectivos. Para crear su gran partido que apoyándose en la clase media, le permita mediante una mayoría hacer bajar la cabeza a la clase obrera. La burguesía quiere liquidar la influencia de la CGT, y de la clase obrera, y para ello necesita derrocar al peronismo, y sacar a Perón de la presidencia. Las manifestaciones radicales y clerical tiene ese significado, hacer que Perón renuncie, para iniciar ya la nueva era, la era de la entrega total del país al imperialismo yanqui, la era de la ofensiva patronal y del aplastamiento de la clase obrera, la era del hambre y de la miseria. En ese sentido la conciliación es ya un paso importante, los partidos de la burguesía tendrán oportunidad de organizarse y preparar la batalla contra la clase obrera.

Sin embargo, no debemos ser pesimistas, las armas que utilizan contra nosotros los capitalistas, tarde o temprano se vuelven contra ellos mismos. La clase obrera debe saber utilizar esas libertades para darse su gran partido obrero que acaudille no sólo a la clase obrera sino también a todas las masas explotadas.

7. Petróleo y golpe de estado³

Pero la ofensiva imperialista sobre el país no actuaba únicamente mediante la agitación clerical que se inicia a fines de 1954. Ya desde 1953 el capital yanqui y sus agentes nativos presionaban

³ Este subcapítulo y el siguiente formaban parte del capítulo 6 en la reedición de Editorial Pluma de 1974. Los presentamos como capítulos aparte, y hemos agregado subtítulos, para facilitar la lectura, sin alterar en nada la totalidad del material reeditado entonces.

sobre el gobierno peronista desde dentro, a través de los ministros del equipo económico, que cada vez más imprimían a la política peronista un carácter entreguista ante las exigencias de Washington y Wall Street y de creciente apoyo a la campaña patronal contra las conquistas obreras. Tanto éxito tenía esta presión yanqui, que algunos de los principales agentes del capital norteamericano en el país no vacilaron en proclamar que el peronismo se estaba regenerando y llegaría a ser un buen gobierno patronal y pro yanqui. Así Guillermo Kraft, notorio agente del capital yanqui invertido en la Argentina, declaraba en 1954 que “una profunda transformación se está operando en nuestro país. Se reconoce a la empresa privada y se confía en el hombre de empresa. Los bienes que alguna vez fueron nacionalizados se están devolviendo unos tras otros a las entidades privadas. Se nos invita a participar en la dirección de las organizaciones estatales. Y todo ello con absoluta libertad de opinión y total independencia política. Sin embargo, estos son los primeros pasos. Piensa nuestro gobierno aflojar paulatinamente los resortes burocráticos y dar a las actividades privadas no solamente el rol de su propia existencia, sino, además —y de eso ya tenemos signos inequívocos—, hacer desaparecer su intervención en nuestras actividades.”⁴ Y ésta era también la opinión de Federico Pinedo, quien confiaba en que esa evolución del peronismo hiciera “innecesario el golpe de estado”.⁵

En verdad, el imperialismo tenía motivos para festejar el éxito de su ofensiva desde dentro contra el peronismo, porque había obtenido ventajas importantes tales como la ley de radicación de capitales extranjeros, el contrato Káiser, y el estrangulante contrato con la California Standard Oil, amén de los intentos de aumentar la explotación de la clase obrera con el cuento de la “productividad”. Ante todas estas medidas del gobierno peronista —que fueron otros tantos triunfos de la ofensiva yanqui contra el país y contra el propio peronismo, ya que lo minaban desde adentro—, la tendencia de Puiggrós, Ramos y Cía. se apresuró a expresar su aprobación, afirmando que así el gobierno peronista afianzaba... la independencia del país. De este modo colaboraban con Guillermo Kraft y Federico Pinedo —es decir, con Wall Street— en vendar los ojos a la clase obrera y moverle el piso al peronismo, quien a fuerza de hacer concesiones al capital yanqui iba quedando maniatado y perdiendo libertad de acción frente a la oposición pro imperialista que, agrupada en torno a la Iglesia, comenzaba a ganar la calle. Los socialistas revolucionarios trotskistas, por el contrario, indicaron ante la clase obrera la carrera hacia el abismo que emprendía la dirección peronista y explicaron este concepto básico: si la política económica no es dirigida por la clase obrera a través de ministros obreros designados por la CGT, cualquier concesión al capital imperialista sólo servirá para hundir al país, a la clase obrera y al peronismo.

Decía La Verdad el 4 de marzo de 1955:

La Argentina ante el plan de colonización

La Argentina ha sido el país de América Latina más alejado de la dominación del imperialismo yanqui y quien mejor ha resistido al plan de colonización. Por varias razones: 1.- Por tener economías no complementarias, es decir, que ambos países producen más o menos los mismos productos, lo que impide un gran intercambio; 2.- Por tener nuestro país una economía diversificada, es decir, que produce y exporta muchas mercancías distintas lo que da a la burguesía y al gobierno un mayor margen de maniobras.

Esta situación mantuvo a nuestro país ligado estrechamente a los imperialismos europeos a quienes se les vendía carnes, cueros y cereales a cambio de sus productos manufacturados (cosa que no se podía hacer con EE.UU.), lo que permitió a Inglaterra controlar nuestra economía: transportes, energía y frigoríficos estaban controlados desde Londres.

4 *La Argentina en la VII Reunión Plenaria de Consejo Interamericano de Comercio y Producción* (México, 1954), p. 126. NM

5 Federico Pinedo, *El fatal estatismo*, Kraft, Buenos Aires 1956), p. 17. NM

El estallido de la segunda guerra mundial trajo como consecuencia el debilitamiento del imperialismo inglés, quien comenzó a retirarse ordenadamente del país. La venta de los ferrocarriles se realizó por agotamiento del imperialismo inglés — incapaz de renovar el material rodante— y no por voluntad antiimperialista del gobierno, que no nacionalizó —por ejemplo— ni la CADE ni los frigoríficos que siguen dando pingües ganancias al imperialismo.

El retiro del imperialismo inglés y la buena situación de la burguesía argentina, permitieron al gobierno adoptar poses antiimperialistas y manifestar cierta independencia. Pero hoy la buena situación se terminó. Las ventas a Europa a precios elevadísimos se acabó y el gobierno y la burguesía se encuentran con que tienen que solucionar otra vez los graves problemas de la economía del país.

En primer lugar, el bajo rendimiento de la mano de obra en la industria, producto del atraso de la maquinaria. Y el bajo rendimiento del trabajo agrícola, producto de la falta de mecanización de la agricultura y de la existencia del latifundio. ¿Cuál es la solución que los capitalistas dan a estos problemas? La venida de capitales yanquis al país que traigan máquinas y capitales y el aumento de la explotación de la clase obrera.

Los trabajadores no deben aceptar estas soluciones porque son soluciones capitalistas, es decir ajenas a los intereses del país y de la clase obrera. Los trabajadores deben exigir soluciones que convengan al país y que no signifiquen un aumento de la explotación.

En primer lugar, si se necesitan capitales yanquis que vengan, pero que sea la clase obrera quien negocie y que las tratativas sean públicas para que todo el pueblo pueda participar en su discusión.

En segundo lugar, debe eliminarse el latifundio en el campo y la tierra entregada a los campesinos.

En tercer lugar debe exigirse la expropiación de empresas que ya están pagas y que sabotean la marcha de la economía nacional, como la CADE y los frigoríficos. Esta es la mejor manera de enfrentar la ofensiva imperialista y la ofensiva patronal.

Y el 19 de agosto de 1955, luego del primer intento de golpe, decía *La Verdad*:

Hay que rechazar el colonizante acuerdo del petróleo: el bloque parlamentario de la CGT debe obrar en tal sentido

En el número 15 de *La Verdad* hablábamos sobre el significado de algunas cláusulas del acuerdo petrolífero con la Standard Oil, firmado ya por el Poder Ejecutivo y puesto a consideración de las cámaras. No nos equivocábamos al afirmar que la suerte de los intentos Yanquis por colonizar el país dependía en la actualidad de dicho Convenio, pues el Imperialismo Yanqui ha forjado éste como el mejor instrumento para lograr su objetivo básico, es decir, controlar la zona sur del Continente como paso previo para el manejo y la defensa del Estrecho de Magallanes.

El Canal de Panamá —la “llave de la defensa del Hemisferio Occidental”, como lo llaman los yanquis— peligra ante la posibilidad inmediata de un desmoronamiento y ante el fácil blanco que ofrece a posibles bombardeos. Si el manejo de la zona del Canal por los yanquis les costó a los colombianos una revolución, el imperialismo yanqui —esta vez con métodos más refinados— nos trata de arrebatar una zona del territorio argentino bajo el manto de un acuerdo petrolífero. A medio siglo de la rapiña de EE.UU. en Centroamérica que provocó la repulsa de todos los trabajadores latinoamericanos, el plan yanqui de colonización se orienta a repetir un nuevo atropello a la soberanía, esta vez de nuestro país.

La “contra” se equivoca: no es el petróleo lo que quieren los yanquis

Los argumentos de la prensa peronista para defender el convenio del petróleo se basan en las reales necesidades que tiene el país de solucionar el problema de la energía. Planteado el problema en ese terreno se podría discutir la conveniencia de entregarles a los yanquis la tarea de perforación y extracción del petróleo. Es decir, pese a que las inversiones de capital extranjero son un importante puente para aumentar el número de empresas que el imperialismo controla y con ello hacer sentir más aún su presión para controlar el país, no se puede estar en principio en desacuerdo con utilizar los capitales y la técnica

extranjera. ¡Pero lo importante es que de acuerdo al contrato la Standard Oil no tiene ninguna obligación de extraer petróleo en la zona que se le cede!

Hacer girar el problema en torno al único asunto del petróleo es confundir a los trabajadores. La “contra” gime por la “muerte” de YPF. El peronismo contesta con razón, de que los Gobiernos radicales y conservadores fueron los que hicieron posible que ya ahora empresas extranjeras controlen una parte de nuestra producción petrolera, como la ESSO, etc. Lo que todos olvidan es que el petróleo es lo que menos interesa a los yanquis, que disponen lo suficiente de Venezuela, Perú y otros países.

Junto al palabrerío sobre el petróleo, cada vez se nota con mayor evidencia la justeza de la afirmación hecha por nosotros en números anteriores, acerca de que por el artículo 64 del Convenio se retrocede 100 años en el trato dado a las empresas extranjeras, al aceptar que las disputas que pueden entablarse entre la Standard Oil y el Estado deban ser resueltos por un tribunal extranjero, que al final controla la misma empresa contratante. Los argumentos de la prensa peronista son ciertos en el sentido de denunciar el palabrerío antiimperialista de los radicales, y su pasado plagado de entregas y chanchullos, pero esa misma prensa e incluso altos funcionarios del Gobierno no pudieron desmentir el significado colonizante de las cláusulas del acuerdo petrolero. El doctor Gómez Morales, secretario de asuntos económicos del Gobierno, manifestó el 9 de agosto a los periodistas: “Personalmente considero inadecuada la parte del contrato que resuelve la designación de un árbitro... para solucionar diferencias que pueden surgir entre el Estado y la empresa”.

Como vemos, las propias autoridades han reconocido gran parte del vergonzoso acuerdo petrolero; pero no son esas solas las cláusulas colonizantes, ni se las puede tachar de inadecuadas; hay que decir la verdad, el acuerdo petrolero contempla la máxima aspiración del imperialismo yanqui, y ni de lejos resuelve los problemas reales que tiene el país. ¡Hay que rechazarlo!

La clase obrera debe movilizarse por el rechazo del convenio petrolero

Las concesiones cada vez mayores del gobierno al capitalismo y al imperialismo —sin llegar a ser aún el Castillo Armas que ellos quieren— plantean el problema de la actitud de la clase obrera en el escenario Político cada vez con mayor urgencia. El visto bueno del Gobierno a la ofensiva patronal y las importantes concesiones que como la del acuerdo del petróleo se le hacen al imperialismo yanqui, la postergación de la Asamblea Constituyente y de la urgente necesidad de separar la Iglesia del Estado; pero sobre todo el retroceso frente al principal explotador de nuestro país: el imperialismo yanqui, plantea la necesidad de una política obrera independiente.

Desde la aparición de *La Verdad* venimos insistiendo en la necesidad de formar un partido obrero de romper con la dirección burguesa peronista sin volver a caer tampoco nuevamente en el charco radical. Este planteamiento nuestro no es un imposible ni tampoco un consejo para nuestros biznietos. Ya ahora es necesario unir a los mejores activistas sindicales tras una política obrera independiente, en el momento actual centrada en la denuncia del acuerdo del petróleo y la lucha por los próximos convenios.

Esos compañeros que ya existen en los gremios, y en el país y que quieren llevar una política de oposición consecuente frente a los patronos y al capataz de patronos: el imperialismo yanqui, deben ponerse en movimiento en sus fábricas y en sus gremios por el rechazo del pacto del petróleo sabiendo que con ello están luchando en primera fila contra el plan yanqui de colonización latinoamericana. Hay que presionar para que en cada fábrica, en cada gremio, los trabajadores se expresen contra el acuerdo colonizante y exijan a los diputados de la CGT. que dicen representarlos, que ellos voten en Diputados en contra del acuerdo. La próxima asamblea o congreso de delegados del gremio textil, ferroviario, metalúrgico, etc.; la primera asamblea de fábrica o de sección que se realice debe discutir este problema para que los diputados cegetistas conozcan la posición que ellos deben representar en el parlamento.

La CGT, que en el último tiempo ha resuelto en varias ocasiones reunirse aparte del bloque del partido peronista y tomar posiciones a veces distintas a la de ellos, debe también hacerlo en el presente con el problema del acuerdo petrolero y resolver una posición que contemple el pensamiento de los que fueron sus electores. No basta con tener independencia y reunirse aparte para resolver el problema de las autoridades de la cámara o problemas pequeños. Frente a todos los problemas hay que adoptar esta actitud. Esta posición encontrará el supremo inconveniente que la propia CGT es parte del “movimiento

peronista”. Mientras no se modifique esta situación y no se corten los lazos que la unen al Estado y a su ideología, seguirá existiendo una valla que la separa de la auténtica representación de una política obrera independiente.

8. Contrapunto con la “izquierda nacional” peronista

Por supuesto, la oposición pro imperialista se colocó de lleno al lado de la Iglesia Católica, en favor del putsch imperialista. En noviembre 27 de 1954 el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical (Río Bamba 582, Capital Federal) sacó un indigno volante, firmado por Arturo Frondizi y Federico Mojardin, titulado “*Solidaridad con los católicos perseguidos*”, donde se decía: “El Régimen inició una nueva persecución. Se añade ahora la presión ejercida contra un vasto sector del pueblo argentino, cuya fe religiosa es convertida por el Régimen en problema político, para servir a los propósitos de intimidación, sobre los que basa su poder.”

El radicalismo se opuso en el Parlamento a todas las medidas progresivas que el peronismo tomó contra la Iglesia Católica. Y el 13 de junio —tres días antes del putsch— el presidente del bloque radical en la Cámara de Diputados de la Nación (Alende) decía: “Estamos con los católicos que sufren persecuciones y cárceles, estamos con la libertad de profesar cualquier culto, para los hombres de todas las religiones; estamos con la libertad de los judíos cuando les llegue el turno; estamos con la libertad de los protestantes cuando les llegue el turno.”⁶ Así se cubría la acción pro imperialista de la Iglesia Católica!

Por su parte, el stalinismo se acopló al putsch con toda el alma. ¡El Partido Comunista Argentino apoyó a la Iglesia Católica! Días antes del golpe de estado pro imperialista su órgano oficial, *Nuestra Palabra*, afirmaba: “Es innegable que la reforma de la Constitución al objeto de plantear la separación de la Iglesia del Estado es una cortina de humo: se quiere que el pueblo olvide la entrega del petróleo, de la siderurgia, de la metalurgia, que olvide la carestía, que olvide la política de guerra y la línea reaccionaria.”⁷

Así estaban las cosas antes del 16 de junio. La oposición oligárquica (incluido su furgón de cola stalinista) desplegaba su frente único con el imperialismo. El socialismo revolucionario trotskista concretaba su frente único antiimperialista con el gobierno peronista, al estilo bolchevique, sin apoyar al Gobierno, sin confiar en él, sin quitar ni una coma a sus críticas, sin dejar de denunciarlo, exigiendo ante todo la independencia del proletariado y la lucha intransigente por sus objetivos de Clase. Como decía *La Verdad*: “Jamás hemos dejado de caracterizar al gobierno peronista como ajeno a los intereses de la clase obrera, jamás hemos dejado de subrayar que no tenemos la más mínima confianza en este gobierno, pero al mismo tiempo jamás hemos dejado de insistir en que hay que combatir a muerte el contrerismo que está a favor del golpe de Estado.”

Pero, ¿cuál era la posición de los agentes “marxistas” de la dirección peronista? ¿Qué decían los Ramos, Puiggrós, Astesanos y toda la compañía de escritores sensibles a los intereses del Ministerio de Propaganda de Apold?⁸ Sus palabras y sus actos en esos días tienen el innegable mérito de evidenciar a gritos la forma en que los agentes de la dirección peronista y apóstoles de la sumisión del obrero a la Presidencia de la Nación y el Ministerio de Guerra, son agentes indirectos del imperialismo en los momentos decisivos. En abril de 1955, los socialistas revolucionarios trotskistas escribían:

“La Iglesia, como agente del imperialismo yanqui y de los explotadores, está a la vanguardia de la ofensiva yanqui para colonizar el país. En estos momentos, en que el gobierno hace concesiones al imperialismo yanqui, la Iglesia ve la oportunidad para debilitarlo, y junto con todos los elementos “contreras”: radicales, conservadores, socialistas reppetunos y comunistas, que por un raro fenómeno se están convirtiendo al catolicismo, trata de formar un gran frente con base

6 República Argentina, Cámara de Diputados de la Nación, *Diario de Sesiones*, Junio 13. 1955, pág. 561. NM

7 *Nuestra Palabra*, órgano del Partido Comunista Argentino, mayo 24, 1955, p.2. NM

8 **Raúl Apold** (1898–1980) fue un periodista y político peronista que se hizo conocido por su labor en la Subsecretaría de Prensa y Difusión durante las presidencias de Perón.

popular que derrote al peronismo e implante una dictadura tipo Castillo Armas y que entregue al país atado de pies y manos al imperialismo yanqui. Un gobierno que haga todo lo que la patronal quiere: que se anulen las conquistas obreras, que los convenios colectivos se arreglen entre el directorio y el jefe de personal.”⁹

Entretanto, Rodolfo Puiggrós decía en un *Informe a la primera Asamblea Nacional del Movimiento Obrero Comunista* (Cap. XI Conflicto Clerical): “La lucha contra la reacción clerical es parte de la lucha por la industrialización, por la planificación, por el aumento de la productividad... La Iglesia Católica es el poder político más poderoso del mundo capitalista. Decimos ‘poder político’ puesto que hasta el imperialismo yanqui le cede la misión de encabezar a la reacción, como su mejor agente, en algunos países como Italia, España, Francia, Alemania Occidental y los propios Estados Unidos.”¹⁰

Estas pocas palabras hablan más que cientos de páginas. La lucha por el aumento de la productividad, es decir, la ofensiva de la burguesía para aumentar la explotación de la clase obrera, que formó parte de la preparación del putsch clerical-patronal-imperialista, aparece descripta como... lucha contra la Iglesia! En momentos en que la Iglesia Católica se convierte en el partido político del imperialismo yanqui en la Argentina, Puiggrós no ve nada, y dice que la Iglesia es el mejor agente del imperialismo en algunos países (Italia, España, Francia, Alemania, Estados Unidos), ¡¡¡¡pero no en la Argentina!!!!

Todavía en junio de 1955, días antes del putsch, el periódico puiggrosista dedicaba más de tres páginas al conflicto entre el peronismo y la Iglesia, pero no decía ni una palabra de que la Iglesia era el agente del imperialismo yanqui, ni sobre la inminencia del putsch. Cuando hasta los ciegos veían que se acercaba el golpe pro imperialista contra la clase obrera y el país, el periódico *Clase Obrera* permanecía sordo y mudo, y no prevenía ni alertaba a la clase obrera. Pero esto no es nada, o mejor dicho, esto no es todo. En el mismo número, el talentoso marxista Eduardo Astesano daba una muestra de cretinismo como no se ha visto en el país desde hace mucho tiempo. En momentos en que toda la burguesía argentina se galvanizaba en tomo a la Iglesia, puntal del imperialismo; cuando la chusma oligárquica de los barrios distinguidos se volcaba a las calles, dirigida por los curas, para demostrar que por fin, después del fracaso de la Unión Democrática, la burguesía argentina había hallado en la Curia su partido político, el señor Astesano escribía —fíjense bien!—: “Es evidente que una Democracia Cristiana, punta de lanza del imperialismo, no corresponde a la situación real del país.” Y agregaba este genio político: “La Religión Católica es un factor geopolítico de unidad continental desde Méjico a la Argentina que no debe subestimarse y que puede ayudar a oponerse a la penetración del imperialismo inglés o yanqui vinculado al protestantismo.”¹¹

Lo menos que puede hacer una persona que escribió esto en la Argentina, en junio de 1955, es suicidarse o ingresar a un convento. Hasta entonces, habíamos creído que el señor Astesano era un asalariado de Apold, pero ahora dudamos. Quizá se trate de un amateur que trabaja por su cuenta. Al fin y al cabo, Apold no podía ser tonto hasta el extremo de tomar a su servicio un imbécil tan manifiesto... Lo cierto es que de ese modo *Clase Obrera* servía objetivamente al imperialismo, ayudándolo a engañar y confundir al proletariado mientras la Iglesia preparaba el golpe de Estado.

¿Qué hacía entretanto el señor Jorge Abelardo Ramos, varios alias, ese combativo antiimperialista que vivía a sueldo de los diarios peronistas y distraía sus ocios en escribir libros para la editorial de la UCR? Escribía en *Democracia* artículos de palpitante actualidad sobre la revolución de 1890, en los cuales “demostraba” que esa revolución había sido un golpe clerical–oligárquico–imperialista contra el gobierno nacionalista de Juárez Celman–Roca. Sin embargo, en 1949 el mismo señor Ramos escribió que “con Roca y Juárez Celman la clase terrateniente copia el mapa económico que el imperialismo dibujaba desde Londres para sus colonias”.¹²

9 *La Verdad*, Avellaneda, abril 21, 1955. NM

10 *Clase Obrera*, Buenos Aires, abril, 1955. NM

11 Eduardo Astesano, en *Clase Obrera*, Buenos Aires, junio 1955, pág. 10. NM

12 Jorge Abelardo Ramos, *América Latina*, ob. cit., p. 133 134. NM

Un sujeto capaz de afirmar en 1955 sin sonrojarse, sin explicación ni autocrítica todo lo contrario de lo que decía en 1949, no merece siquiera que se lo cite y, por otra parte, no es esto lo que aquí nos interesa. Lo que queremos señalar es que en junio de 1955 el señor Ramos no tenía nada que decir acerca del carácter de la lucha entre el peronismo y la Iglesia ni sobre la inminencia del golpe clerical-patronal-imperialista .

Eso sí, el 17 de junio, al día siguiente del putsch, el señor Ramos se despachó con un artículo encabezado por el originalísimo título de “Buenos Aires ciudad abierta” donde decía:

“La clase obrera ha dado su inmediata réplica. Distribuidas en abanico en la superficie de los tiroteos, sus vanguardias entraron de lleno, a pesar de la desigualdad de los medios técnicos, en la batalla. El ejército fundado por San Martín, templado en las guerras gauchas y organizado por Roca y Riccheri cumplió hasta el fin con su deber, apuntalando con su acción las conquistas fundamentales del proceso revolucionario.

“La aristocracia vacuna, desplazada del poder político, los pelucones de la oligarquía sobreviviente y las cohortes de las sectas antinacionales crearon la atmósfera del golpe.”¹³

Véase cómo una prostituta intelectual “cumple hasta el fin con su deber” de confundir a la clase obrera y prepararla para nuevas masacres. Ni una palabra de crítica para la dirección peronista, que envió a los obreros desarmados a la Plaza de Mayo para servir de blanco inerte a las bombas y la metralla. El saludo retórico a la clase obrera no es para sus acciones vigorosas de clase revolucionaria —el incendio de las iglesias, el asalto a las armerías para armarse—, sino a su debilidad preparada por el gobierno y la CGT. En cambio, se hace la apología del ejército “organizado por Roca”. Dejemos de lado que el ejército de Roca sólo sirvió para asesinar indios y su campaña guerrera fue calificada por el propio Ramos de “paseo militar por el desierto con los laureles marchitos de unos pocos centenares de indios pasados por las armas”.¹⁴ Lo importante es que con la frase rimbombante de “cumplió hasta el fin con su deber” el señor Ramos oculta prudentemente que el ejército estaba comprometido en el putsch y salió a última hora sólo para impedir que el proletariado argentino tomara por su cuenta el Ministerio de Marina y acabase allí no más con los traidores como Olivieri¹⁵ y los “leales” como Isaac Rojas.¹⁶ Lo dijo el propio ministro de Guerra “peronista” justificando la actitud del ejército: “Estamos seguros de que hemos hecho un bien a la Nación, y en el devenir de los tiempos ha de reconocerse que nada pudo ser más feliz para la suerte de la patria y de sus instituciones que la postura asumida por el ejército. Nuestros conocimientos profesionales nos permiten deducir el caos que reinaría ahora en el país si hubiésemos seguido otro camino. Y fácil les será meditar sobre las consecuencias gravísimas de la guerra civil, con el desconcierto internacional y la tragedia de luchas sangrientas entre hijos del solar patrio común” (*La Nación*, julio 12, 1955).

Finalmente, después de su apología del ejército, el señor Ramos indica como gestores del putsch a la aristocracia vacuna y la oligarquía sobreviviente. Airosamente olvida así a la burguesía industrial, que en las fábricas, desde 1954, y en especial desde la convocación del Congreso de Productividad, preparó el camino para el putsch con una intensa ofensiva contra las conquistas obreras.

Mientras los miserables Castillo Armas argentinos masacraban a los trabajadores desarmados, mientras las prostitutas alquiladas por el peronismo se sumaban a ellos objetivamente, confundiendo y engañando a la clase obrera, los militantes socialistas revolucionarios trotskistas repartían en la tarde del 16 de junio el siguiente volante, que sintetiza toda su táctica de frente único antiimperialista:

13 Jorge Abelardo Ramos: alias Víctor Almagro, en *Democracia*, Buenos Aires, junio 17, 1955. NM

14 Jorge Abelardo Ramos, *América Latina*, ob. cit., p. 133. NM

15 Aníbal Olivieri (1903–1984) fue Ministro de Marina durante la presidencia de Perón, y en 1955 tomó parte en la sublevación para derrocarlo.

16 Isaac Rojas (1906–1993) fue un almirante argentino, que se desempeñó como vicepresidente de facto desde 1955 a 1958. Encabezó junto a Eduardo Lonardi el golpe de estado —autodenominado “Revolución Libertadora”— contra el gobierno de Perón en septiembre de 1955.

Volante del 16 de junio 1955

Compañeros trabajadores:

La Verdad hace un llamado a todos los trabajadores, peronistas y no peronistas, y les dice: **unidos aplastemos el golpe de estado reaccionario de la Iglesia y el imperialismo yanqui.**

A los compañeros peronistas les decimos: el golpe quiere liquidar todas las conquistas que otorgó el peronismo a la clase obrera y quiere imponer un gobierno dictatorial que firme el pacto bilateral con el imperialismo yanqui.

A los compañeros no peronistas les decimos: no se trata de **defender** al gobierno actual, sino de evitar que triunfe un gobierno ultra reaccionario y antiobrero.

Todos a luchar contra el golpe, a aplastarlo, formando grupos de obreros que deben armarse para combatirlo. Es preciso evitar un nuevo gobierno a lo Uriburu que liquide las organizaciones obreras, imponga el terror e implante la dictadura del capital y el imperialismo.

¡UNIDAD EN DEFENSA DEL PAIS Y DE LA CLASE OBRERA, DE NUESTRAS CONQUISTAS Y DE NUESTRAS ORGANIZACIONES!!!

¡VIVALAUNIDADDELACLASEOBRERA!;MUERALAREACCIÓNCLERICAL-PATRONAL-IMPERIALISTA!!

Después del 16 de junio vino el 16 de septiembre. Entre ambas fechas el señor Ramos inició la publicación de una revista llamada *Izquierda*. Su primer número apareció en agosto, cuando era perfectamente evidente que la Santa Alianza del Vaticano, el imperialismo yanqui y la burguesía argentina preparaban un nuevo putsch para acabar con Perón. Ramos escribió un editorial de varias páginas haciendo la apología del gobierno peronista. Pero en todo el editorial no hay ni una sola línea alertando a la clase obrera contra la inminencia del putsch. En agosto de 1955 todo lo que el señor Ramos tenía que recomendar al proletariado era “agruparse alrededor de la revista *Izquierda* para preparar la construcción de un gran partido independiente de la clase trabajadora”.

Mientras el señor Ramos divagaba así en torno a cuestiones generales, eludiendo el problema ultra concreto del putsch, los socialistas revolucionarios trotskistas escribían en *La Verdad* el 19 de agosto de 1955:

¡¡La calle para los obreros!! La reacción prepara un nuevo 16 de junio: Todos unidos para aplastarla!

El Ministerio del Interior ha informado que un sector de la reacción amenazó con un nuevo 16 de junio. Nosotros hemos denunciado estos planes en números anteriores, señalando que mientras un sector de los capitalistas acepta la pacificación, abandonando —al menos momentáneamente— sus planes de golpe de estado, otro sector, fundamentalmente apoyado en una parte de la clase media, la más desesperada, que cuenta con la participación del clero y de los peores nacionalistas, sigue firme en su plan de preparación civil del golpe de estado.

Frente a esta amenaza permanente que pesa sobre la cabeza del país, de la clase obrera, sus organizaciones y sus conquistas, es necesario que todas las organizaciones obreras, fundamentalmente la CGT, se preparen para ganarle la calle a la reacción clerical-patronal-imperialista, impidiendo así la consumación de un nuevo golpe de estado.

Por estas razones, propugnamos: que así como la reacción tiene armas y se prepara para usarlas contra la clase obrera, es preciso que ésta también se arme. Sólo así frenaremos a la reacción.

Hay que tener bien claro que: sólo la movilización de la clase obrera frenará los planes de la reacción. Por lo tanto, invitarnos a la CGT que inicie una campaña en todas las fábricas, seccionales y gremios para preparar la movilización. Y ante todo, como medida de carácter urgente, estimamos que la CGT debe convocar a todos los obreros a concentrarse, ante el menor rumor de movilización reaccionaria, en los lugares donde sea citada ésta, para ganarles la calle y darles la leña necesaria para que comprendan de una vez por todas que la clase obrera no está dispuesta a dejarse arrancar las conquistas pasivamente.

¡Todos unidos en defensa de nuestras conquistas!!

Y cuando la oposición pro imperialista comenzó a exigir la renuncia de Perón, los trotskistas plantearon que era la clase obrera quien debía decidir si Perón continuaba en el gobierno (criterio que el propio Perón adoptó el 31 de agosto, cuando presentó su renuncia ante la CGT), y pedían que la vicepresidencia del Senado fuera ocupada por un representante de la CGT, para que, en caso de renunciar Perón y Teisaire, el gobierno pasara legalmente a manos de la CGT. Decía *La Verdad*, el 5 de agosto de 1955:

Un sector de la reacción exige la renuncia de Perón. No son ellos sino los obreros quienes deben resolver

En el número anterior (el 25 de junio), señalábamos que existía una campaña reaccionaria tendiente a lograr la renuncia de Perón. Poníamos dos ejemplos o manifestaciones de esta campaña: los gritos de los manifestantes católicos contra Eva Perón, y la declaración tendenciosa del Comité de la Provincia del Radicalismo. Desde esa fecha nuevos hechos se han agregado a los mencionados en el número anterior de *La Verdad*. Por un lado nuevas organizaciones —como la Unión Demócrata Cristiana— exigen la renuncia de Perón como condición a la pacificación; pero la línea de acción que se han dado los sectores reaccionarios que quieren lograr este objetivo se ha concretado últimamente en un hecho: el rumor.

El primer hecho a aclarar para comprender la magnitud de esta campaña es la razón misma, el porqué de la intensidad de este movimiento. ¿Cómo explicar que a pocos días todavía — menos de dos meses— del fracaso del golpe de estado, la reacción se anime a pedir la renuncia de Perón? ¿Es que acaso sus avanzadas, lanzadas a la calle el 16 de junio no han sido derrotadas? Podríamos buscar mil interpretaciones a este fenómeno, y quizá de las mil los más “despiertos” se queden con la de que la reacción sigue agitando la calle porque son valientes, que por pura valentía de los católicos, etc. Sin embargo, la explicación es falsa. Ni aún los clericales que hace días vitoreaban en la puerta del Centro Naval los nombres de los cabecillas del golpe actúan solamente en función de su valentía. Las razones son otras, y no tampoco muy difíciles de entender: la movilización clerical-patronal-imperialista que culminó en el alza miento de la Marina no ha sido aplastada por la movilización de la clase obrera.

El hecho es claro. La falta de armas en manos de la clase obrera y la posterior salida del ejército “para mantener el orden” impidieron “que la clase obrera jugara ella misma el partido”, como pidiera días antes Di Pietro.¹⁷ La participación de la clase obrera fue importantísima, pero no decisiva. Con la actitud del ejército salió fortalecida la movilización reaccionaria, ya que ésta no fue aplastada por la movilización triunfante de la clase obrera. Por eso hoy los clericales siguen haciendo manifestaciones, y la reacción, sobre todo en la clase media, se siente envalentonada.

Pero, ¿y la convivencia? ¿No entra la reacción por las vías de la “convivencia”? Este es el otro problema a aclarar. Un fuerte sector de la burguesía, los industriales y los grandes gerentes de empresas, se han convencido de la necesidad de la “convivencia”. Pero no por eso han abandonado ellos sus fines. Si hoy entran por esa variante, es porque temen tremendamente la reacción de la clase obrera si estallara un nuevo golpe, y porque el propio peronismo le está haciendo concesiones importantes, como la relativa libertad de prensa. Ellos, que se sienten fuertes, seguirán presionando en gran forma al gobierno para que termine con la demagogia social, para que se le den nuevas concesiones, todo con el objetivo mínimo de tener asegurado el triunfo en las futuras elecciones nacionales.

Toda la reacción está firme en llevar al gobierno un hombre que responda fielmente a sus intereses. Pero mientras unos se han dado, como dijimos, la línea de la convivencia, otros se movilizan tras la línea de inmediata renuncia de Perón o nuevo golpe. Ahora nos referimos a estos últimos.

Evidentemente, la clase media es el verdadero centro de los que exigen la renuncia de Perón. Esto no significa que estén solos. Las mismas fuerzas que intervinieron el 16 de junio son un hervidero de conspiraciones y atentados. Pero el apoyo de la clase media le da fisonomía amplia y popular a este movimiento. Como dijimos antes, ellos se sienten más fuertes que nunca. Exigen la renuncia de Perón

¹⁷ Héctor Di Pietro fue Secretario General interino de la CGT cuando Eduardo Vuletich renuncia el 4 de julio 1955.

porque, pese a que desde el golpe el gobierno tiene una política cada vez más de derecha, saben que no hay nadie mejor que ellos para aplicar esa línea y aún mucho más. Su medio actual es el rumor. Quieren mantener latente el estado de subversión reaccionaria. A través de él quieren crear la convicción de que “hasta que no renuncie el tirano” no habrá paz en las calles de Buenos Aires.

Sólo la movilización podrá frenarlos

A la campaña de rumores y al objetivo a que ésta responde no se le pueden oponer comunicados radiales ni artículos especiales en los periódicos. A las manifestaciones clericales y a su intento por ganar las calles en demostraciones de fuerza tampoco se le pueden oponer acciones policiales. Ellos no solamente tienen odio contra los trabajadores; también les tienen miedo.

Claro está que no a los obreros aislados o desorganizados. Ellos temen a la movilización de la clase obrera, y por otro lado la clase obrera no tiene otra salida que su propia movilización. La respuesta a la movilización clerical reaccionaria debe ser respondida por la movilización de la clase obrera. No hay otra salida. ¿Pero qué significa esta movilización y qué objetivos debe darse?

En las fábricas, en todos los lugares de trabajo, en las secciones y en los sindicatos deben votarse resoluciones contra el plan reaccionario que quiere la renuncia de Perón. Esta línea deben votarla todos, peronistas y no peronistas, porque el plan reaccionario no quiere que sean los trabajadores los que decidan el problema del gobierno. El segundo problema es prepararse para que si el plan triunfa y se consigue la renuncia de Perón, ésta sea discutida y resuelta democráticamente por los obreros en sus sindicatos.

Pero hay una sola forma de impedir desde ya que la presidencia caiga en manos de la reacción, y ésta es nombrar ya a un senador de la CGT para la vicepresidencia primera del Senado, que en caso de renuncia de presidente y vicepresidente, pase a regir los destinos del país y a cumplir el programa que la clase obrera democráticamente elabore.

Nosotros siempre hemos dicho que el gobierno actual no representaba a los trabajadores, y que su política de pretendido árbitro favorecía a los capitalistas. Supongamos que la clase obrera debe decidir el destino de la renuncia de Perón, entonces nosotros votaremos, consecuentes con nuestras ideas, porque el gobierno pase a manos de los trabajadores. No tuvimos ni tenemos confianza en la política y en los métodos del actual gobierno, pero acataremos disciplinadamente a la mayoría. Un representante directo de los trabajadores es mucho más efectivo que un gobierno que quiere seguir una línea de árbitro. Los dos grandes contrincantes en la lucha que se desarrolla en el país son: por un lado la reacción, encabezada por el imperialismo yanqui, y, por el otro los trabajadores. La movilización de la clase obrera debe culminar con un paso adelante hacia el objetivo de un auténtico gobierno obrero.

Por fin, cuando el 31 de agosto Perón conmueve al país con la noticia de su renuncia, los socialistas revolucionarios trotskistas se hacen presentes en Plaza de Mayo con un volante que dice:

Compañeros:

El general Perón ha ofrecido su renuncia al país “si ello contribuye a la pacificación del mismo”.

Los únicos que tienen derecho a decidir si se le acepta o no son los trabajadores, quienes con su apoyo en las elecciones de 1946 y 1951 lo han llevado a la presidencia.

Estamos en contra de que el presidente se vaya por imposición de los que prepararon el golpe de estado del 16 de junio: la Iglesia, la patronal y el imperialismo yanqui.

Solamente un Congreso Nacional de Trabajadores, que represente fielmente el sentir y el pensar de la clase obrera, debe decidir en democrática discusión si Perón se va o se queda.

Si los trabajadores resuelven aceptarle la renuncia, el gobierno debe pasar a manos de la clase obrera a través de uno de los senadores de la CGT.

Por todo ello, la Federación Socialista Bonaerense R. N., que edita el periódico *La Verdad*, llama a los trabajadores a luchar:

¡Por el respeto a la voluntad popular!

¡Contra las disposiciones antidemocráticas y reaccionarias del imperialismo yanqui, la patronal y la Iglesia!

¡Por la convocatoria de un Congreso Nacional de Trabajadores que decida democráticamente sobre la renuncia!

¡Por la elección de un senador de la CGT para el cargo de presidente en caso de aceptarse la renuncia de Perón!

Federación Socialista Bonaerense R. N. Lea, *La Verdad*.

Y en el último número de su periódico anterior a la caída del gobierno peronista, el 5 de septiembre de 1955, el socialismo revolucionario trotskista decía:

¡Leña a la reacción clerical–patronal–imperialista!

¡¡Manos libres a la clase obrera!!

La actitud del presidente de la República sienta un precedente histórico: por primera vez en la vida del país un presidente de la República presenta su renuncia, no a las autoridades de la Nación, sino a los trabajadores, a través de la CGT.

Este es el reconocimiento de que por encima de los poderes de la Constitución existe un poder supremo: el de la clase trabajadora, apoderada legítima de los intereses nacionales y sociales más importantes y respetables de la Nación.

La renuncia del general Perón hubiera significado en este caso un triunfo de la reacción, un triunfo de los instigadores y realizadores de la masacre del 16 de junio: la Iglesia católica, la patronal y el imperialismo yanqui, quienes luego del 16 de junio tuvieron como consigna, expresada en las manifestaciones de pitucos chupacirios, la renuncia de Perón.

Este plan fue denunciado ya por nuestro periódico en su número 15, de fecha 25 de junio de 1955. Decíamos entonces: “Este es el nuevo plan de la ‘santa alianza’ clerical-patronal-imperialista. Los radicales, ¡cuándo no!, se apresuraron a tomar esta bandera de la reacción. Nosotros no tenemos ninguna confianza en el gobierno peronista. Muchas veces hemos insistido en que no es el gobierno que los trabajadores necesitan. Pero frente a la maniobra de la reacción nosotros planteamos: ¡Que en caso de presentar Perón su renuncia, ésta sea discutida y resuelta democráticamente por los trabajadores en las fábricas y sindicatos! Nosotros nos someteremos a la decisión de la mayoría de los trabajadores, pero nuestra posición es desde ya: ¡Impidamos que el gobierno caiga en manos de la reacción! ¡Impidamos el triunfo del plan reaccionario!”

(...) Nosotros proponíamos un Congreso de todos los trabajadores para decidir sobre la posible renuncia de Perón, pero creemos que la asamblea de ayer manifestó la voluntad de los trabajadores de que Perón siga ocupando el cargo de presidente. Somos disciplinados a la voluntad de la clase obrera y aceptamos el veredicto popular, respetamos y haremos respetar la voluntad de los trabajadores de que Perón siga siendo presidente de la República.

El hecho de que aceptemos la voluntad de la mayoría de los trabajadores no significa que seamos peronistas, ni tampoco el ala izquierda del peronismo, ni siquiera aliados del peronismo. Somos una organización distinta del peronismo. Nuestro partido es un partido obrero, el peronismo, en cambio, es un partido burgués, es decir, que está por la defensa del actual orden de cosas: que los patrones sean dueños de las fábricas, que los terratenientes sean dueños de las tierras, y que éstos sigan viviendo del trabajo de obreros y campesinos. Nosotros luchamos por otro orden de cosas. Queremos que los obreros sean dueños de las fábricas y los campesinos de sus tierras, pues son los trabajadores los únicos productores de riqueza. Luchamos porque el gobierno actual sea sustituido por los trabajadores exclusivamente, que sean obreros y campesinos, ellos solos, los que rijan los destinos del país. Lo que hace que en algunos

hechos estemos junto al gobierno peronista, y frente a la oposición, se debe a que, si bien estamos a favor de la sustitución del actual gobierno por un gobierno de la CGT de todas las organizaciones obreras y campesinas, estamos en contra de que el actual gobierno sea reemplazado por un gobierno de los curas, los patrones y el imperialismo yanqui.

En ese sentido respetamos la voluntad de los trabajadores sindicalmente organizados en la CGT, pero seguiremos luchando por nuestros postulados y por atraer a los obreros peronistas a nuestro programa, pero combatiendo cada vez más contra la reacción y sus planes de implantar un gobierno de fuerza clerical-patronal-imperialista que aplaste a las organizaciones y conquistas de la clase obrera.

¡Todos unidos contra los planes de la reacción! ¡Todos unidos en defensa de nuestras conquistas y organizaciones!!

Abelardo Ramos en septiembre de 1955

El segundo número de *Izquierda* apareció en septiembre de 1955. Salió a la calle el lunes 19, día en que la dirección peronista capitulaba, prefiriendo perder el poder a conservarlo merced al armamento del proletariado. Este número de *Izquierda* constituye un documento de inestimable valor, que comprueba la extremada sagacidad política del señor Ramos y su notoria capacidad para servir hasta el fin a los Apold. Según él, el 16 de junio el gobierno peronista había salido fortalecido. Sin embargo, era evidente para cualquiera —menos para el retardado cerebro de las prostitutas intelectuales— que después del 16 de junio “el peronismo sigue en el poder, pero con otro carácter, y las fuerzas opositoras se hallan envalentonadas y dueñas de la situación. En el seno del gobierno el ejército es la fuerza preponderante, y aunque no domina la situación, gravita en forma más intensa.” En cambio, el señor Ramos escribía —¡en septiembre de 1955!— que “los desplazamientos administrativos del aparato estatal eran objeto de hondas cavilaciones”. Perón “estaba en manos de los militares”, la Marina “seguía sublevada” (el señor Ramos también creía que esto eran “rumores”); el ejército “imponía condiciones”; la era de la CGT “había concluido”; al traducir sus deseos por realidades, “el imperialismo y sus agentes nativos no cometían ni el primero ni el último de sus errores fatales”. Como puede observarse, al traducir en análisis político su deseo que el peronismo no cayera y desapareciesen sus sueldos, el señor Ramos cometió no el primero ni el último, pero sí uno más de sus numerosos errores, que no son fatales sólo porque la clase obrera argentina no hace de él el menor caso

El número de septiembre de *Izquierda* llevaba a todo lo largo y ancho de la tapa un vigoroso título que reza: “Las Milicias Obreras Armadas: Baluarte de la Revolución Popular Argentina”. Dejando de lado la charla sobre la “Revolución Popular” (?), ¿es que Ramos se había atrevido a dar —tarde y mal, pero dar al fin— la consigna de armamento del proletariado para enfrentar al putsch clerical-patronal-imperialista, según reclamaban desde mucho antes los marxistas revolucionarios? Nada de eso. Es que el propio gobierno peronista, a través de la CGT, había amagado la formación de milicias obreras, por cierto sin la menor intención de concretarlas efectivamente. La CGT ofreció al ministro de Ejército las reservas de los trabajadores, y el ministro de Ejército respondió que, como lo establecía la ley, en caso de necesidad las reservas serían convocadas. Eso fue todo, y por eso triunfó el putsch del 16 de septiembre.

Ante esa comedia en torno al armamento de la clase obrera, lo primero que correspondía hacer era desenmascarar el juego y exigir el efectivo armamento de milicias obreras. Pero Ramos, “cumpliendo hasta el fin” con su tarea de confundir a la clase obrera para beneficio de la inepta dirección peronista, hizo la apología de la comedia enviando “a la poderosa central sindical de nuestro país nuestro ardiente saludo de combate”.

Los trotskistas revolucionarios ante el golpe triunfante: tres volantes históricos

Durante el putsch del 16 de septiembre, y después de su triunfo, los socialistas revolucionarios trotskistas aplicaron decididamente la política de frente único con el peronismo, como lo indican los tres volantes que reproducimos:

Volante del 17 de septiembre de 1955

Trabajadores:

La Federación Socialista Bonaerense (Revolución Nacional), que edita el periódico *La Verdad*, les lanza un urgente llamado:

Apoyad la instrucción de la dirección de la CGT, defended la situación actual contra la reacción que quiere implantar un gobierno militar reaccionario!

No se trata de defender a un gobierno: el peronista, sino de impedir que triunfe un gobierno abiertamente procapitalista y antiobrero.

Nosotros, por ejemplo, no estamos a favor de la política peronista, ni de los manejos de los dirigentes sindicales que se enriquecen a costa de los obreros y suprimen la democracia sindical; pero, en este caso, ponemos en primer lugar la unidad de la clase obrera y del movimiento sindical, contra el ataque, que le lleva a cabo la reacción para implantar su gobierno. Si el golpe militar triunfa, el movimiento obrero perderá sus organizaciones sindicales y su unidad, y los patronos, el imperialismo y el clero serán los dueños completos del país.

Por eso creemos que hay que apoyar la acción de la CGT contra el golpe. Esto no impide que alertemos fraternalmente sobre los siguientes peligros:

- si no se moviliza a la clase obrera,
- si no se pone en práctica la resolución de la CGT, sobre milicias obreras...
- se puede perder TODO.

No debemos olvidar que el 14 de junio la dirección del movimiento sindical aseguró que no pasaba nada, y dos días después estallaba el golpe. No debemos olvidar tampoco que hasta hace pocos días se dijo que nada pasaría y que había que guardar tranquilidad yendo “del trabajo a casa y de casa al trabajo”. Esta política se ha revelado como un grave error; si la clase obrera se hubiera movilizado, no habría sufrido en tres meses dos golpes de estado.

Lo que veníamos diciendo desde hace un año lo repetimos nuevamente ahora:

Sólo la movilización e iniciativa de la clase obrera puede aplastar de una vez por todas los golpes reaccionarios. Por eso, disciplinadamente, solicitamos y presionamos a las direcciones sindicales para que se ponga en práctica la resolución de las milicias obreras.

Compañeros: Todos los obreros unidos, sin excepción, debemos luchar contra el golpe de estado de la reacción y debemos exigir que se ponga en práctica la resolución sobre las milicias obreras única forma de aplastar DE UNA VEZ POR TODAS a la reacción clerical, patronal, imperialista.

Federación Socialista Bonaerense (R. N.), 17 de septiembre de 1955. Lea *La Verdad*

Volante del 17 de septiembre de 1955

Huelga general para el 17 de octubre

La Federación Bonaerense del Partido Socialista Revolución Nacional, que edita el periódico *La Verdad*, asume la responsabilidad histórica, ante el silencio de las direcciones que se reclaman del movimiento obrero, de llamar a todos los trabajadores a una huelga general, en forma pacífica, para el 17 de octubre.

Recogemos así la voluntad mayoritaria de la clase obrera argentina, que considera al 17 de octubre su día de protesta y de lucha contra la patronal y el imperialismo.

No se trata de discutir con los compañeros radicales, comunistas, apolíticos o anarquistas si corresponde o no ese día como protesta. Se trata de un hecho indiscutible: la amplísima mayoría de los trabajadores argentinos consideran al 17 de octubre como su día de protesta, y nuestra organización así lo acepta, llamando a la huelga general en forma pacífica de todos los trabajadores del país, para llevarlo a cabo.

No se trata, por otra parte, de ir a la huelga para voltear al actual gobierno, sino de poner en práctica las promesas sobre libertad y democracia para el movimiento obrero proclamadas reiteradamente por ese gobierno. Dado que el ejército y los tanques están en las calles, debemos evitar cuidadosamente caer en trágicas y sangrientas aventuras, aunque ello no signifique abandonar las conquistas obtenidas por la clase obrera, siendo, el 17 de octubre una de ellas.

Este año, al igual que los anteriores, el paro del 17 de octubre debe cumplirse como siempre: en los servicios no esenciales los trabajadores no deben concurrir a sus lugares de trabajo. En los servicios considerados esenciales el paro debe ser simbólico, de 10 minutos: de 17 horas a 17.10 horas.

Para lograr que esta huelga sea general por un lado y pacífica por otro lado, es preciso:

- Llevar a cabo asambleas de fábricas y secciones, en los mismos lugares de trabajo, para votar la huelga general y nombrar comisiones y piquetes que la garanticen.
- Presionar a todas las direcciones sindicales de la CGT para que asuman la responsabilidad, como lo hemos hecho nosotros, de proclamar la huelga general y pacífica.

Compañeros: la huelga general es hoy día la única forma de demostrar que estamos todos unidos por la defensa de nuestras conquistas sociales y nacionales, que las mantendremos las profundizaremos.

¡Nada de aventuras y provocaciones!

¡Todos a la huelga general!

Federación Bonaerense del Partido Socialista (R. N.).

Lea *La Verdad*. Octubre 15, 1955

Volante del 14 de noviembre de 1955

Viva la huelga general

La Federación Bonaerense del Partido Socialista de la Revolución Nacional, que edita *La Verdad*, se solidariza plenamente con la huelga general indefinida decretada por la CGT.

Desde que cayó Perón, la clase obrera argentina ha sufrido atropello tras atropello con el pretexto de democratizar su vida sindical. Los tanques y las tropas del ejército han masacrado repetidamente a los trabajadores, como en Gerli, Piñeiro, Villa Jardín, Rosario y Tucumán, para enseñarles las maravillas de la actual democratización.

Se prometió que no se atacaría para nada la estructura sindical de la CGT, y se violó esa promesa, permitiéndose que bandas armadas asaltaran los locales sindicales. El gobierno militar juró una y mil veces antes del 17 de octubre que si las organizaciones sindicales no hacían ninguna huelga, se respetarían los sindicatos, y después que pasó esa fecha se volvió a la carga contra los sindicatos, deteniéndose a obreros y dirigentes sindicales, asaltándose locales y, lo que fue fundamental, decretándose un estatuto tipo para todos los sindicatos que hacía, caducar a todas las autoridades al declararse a los gremios en estado de asamblea. Este estatuto no significaba otra cosa que dejar a merced de la patronal a todo el movimiento obrero, ya que los delegados, comisiones internas, comisiones sindicales y de la CGT caducaban por cuatro meses como mínimo. Esto hubiera significado el derrumbe del movimiento obrero argentino.

Los dirigentes sindicales, que habían capitulado una y mil veces a la prepotencia gubernamental, al ver que el agua les llegaba al cuello resolvieron apelar a la base obrera llamando para el 2 del corriente mes a una huelga general, para que salvaran a las organizaciones y a las conquistas sociales, y de paso se salvaran ellos.

El apoyo entusiasta, decidido, de los explotados, obligó al gobierno a retroceder y a levantar el estado de asamblea en los gremios y en la CGT, aceptándose que hasta tanto se elijan nuevas autoridades, las actuales mantengan la integridad de la organización. Si el éxito no fue completo, ello se debió a que la dirección de la CGT levantó la huelga inesperadamente, tratando de salvarse ella, y no la organizó debidamente.

Después de la huelga general del 2 del corriente los “dirigentes sindicales libres” volvieron a las andadas asaltando la CGT de La Plata y fundando una nueva CGT, con la aprobación del gobierno militar, que intervino a su vez la CGT de Rosario. Su objetivo era y es claro: romper la organización cegetista.

Esta nueva huelga general indefinida es la última oportunidad que le queda a los trabajadores para defender a sus organizaciones y a sus conquistas, ya que en caso contrario la patronal, junto con los “dirigentes libres” y el gobierno militar, obtendrán una victoria dividiendo el movimiento obrero, a la CGT y a los sindicatos.

Los errores de la dirección cegetista

El movimiento obrero está que se sale de la vaina para frenar al gobierno militar, a la patronal y a los dirigentes libres que quieren romper la organización cegetista.

Desgraciadamente, la dirección de la CGT, ni antes ni ahora ha estado a la altura de las circunstancias.

Una huelga se organiza y se informa con suficiente tiempo.

Nada ha hecho en ese sentido la dirección de la CGT. No se han organizado ni comités de huelga, ni piquetes. Tampoco se ha informado con tiempo y en forma completa de los poderosos e impostergables motivos que exigen que la huelga general se lleve a cabo. Se trata de frenar la ofensiva patronal y gubernamental contra el movimiento obrero, la organización sindical y las conquistas de la época peronista. No se trata de hacer una huelga general para defender a los malos dirigentes, sino solamente para frenar la ofensiva patronal militar contra el movimiento obrero.

La existencia de dirigentes matones y acomodados con la patronal es utilizada por los “dirigentes libres” para confundir a los trabajadores diciéndoles que se sale a la huelga general para defender a esos dirigentes.

Nosotros, que tenemos centenares de militantes y simpatizantes perseguidos y apaleados por esos dirigentes matones, aseguramos a la clase trabajadora que lo que está en juego es si el gobierno y la patronal harán lo que quieran con el movimiento obrero argentino.

Nosotros, que hemos criticado a las direcciones de la CGT porque no declaró por cobardía, la huelga general durante la revolución de septiembre y para el 17 de octubre último, apoyamos con todo fervor esta huelga general indefinida porque queremos salvar al movimiento sindical argentino de sus enemigos.

Para ganar la huelga general debemos organizarnos

Hay que parar los transportes y la electricidad para ganar la huelga. Para lograr esta victoria es necesaria una férrea organización que supere la organización sindical. Creemos que los mejores activistas deben organizarse por barrios y por fábricas para organizar comités de huelga (un delegado por cada fábrica del barrio) y piquetes que desarrollen la huelga. Los comités de huelga deben sacar todos los días un boletín informativo que impida que la prensa en manos de la patronal confunda a los trabajadores.

Por eso nuestro consejo para ganar la huelga es:

- Parar los transportes y la electricidad.
- Organizar piquetes de tres a cinco activistas dependientes del comité de huelga.
- Organizar comités de huelga barriales (un delegado por cada fábrica).
- Sacar un boletín informativo diario por barrio o localidad.

¡Vivan las conquistas del movimiento obrero argentino!

¡Abajo los divisionistas del movimiento sindical!

¡Fuera la intervención militar gubernamental en los sindicatos! ¡Viva una CGT unida y democrática!

¡Viva la huelga general indefinida!

Noviembre 14, 1955

¿Y después de Perón qué?

Introducción

El peronismo ha sido un fenómeno nuevo en el país; su caída un hecho histórico. Tan grande es su importancia que el análisis de su significado constituye una cuestión decisiva para cualquier activista sindical o político. Nosotros hicimos un análisis certero de aquel fenómeno. No conformes con ello alertamos a lo largo de un año sobre lo inevitable de la caída del gobierno peronista si no apelaba a la movilización de las masas. Precisamente por esto creemos necesario comenzar el presente documento analizando las consecuencias más importantes, para el país y la clase obrera, de la caída del actualmente denominado “régimen depuesto”.

Si dejamos de lado las profundas razones nacionales e internacionales, económicas, sociales y políticas que provocaron el peronismo, para subrayar los aspectos más evidentes que lo caracterizaron, tendremos que reconocer que el peronismo fue el primer gobierno argentino que contó con un total apoyo de la clase obrera y que, también, fue el primer gobierno argentino que logró ejercer un control total sobre la vida nacional en todas sus esferas. Si no nos asustamos de las palabras podemos sintetizar al peronismo como un gobierno totalitario (que todo lo controlaba), que contó con el apoyo masivo de la clase obrera porque fue quien mayores concesiones le hizo.

Dado que los contreras al servicio del actual gobierno definen al peronismo igual que nosotros, como totalitario, se nos hace una obligación demostrar las profundas diferencias que tenemos en la interpretación del fenómeno peronista. Que para nosotros es una definición científica y no insultante el calificativo de totalitario, como lo es para el contrera, lo revela el hecho que el propio activista sindical peronista vio con claridad que aún en los casos en que el gobierno peronista se ponía de su parte frente a la patronal, controlaba su acción impidiéndole una actividad independiente. Miles de veces hemos oído de sus labios aquello de “...no hay caso, no se puede seguir adelante sin orden de arriba”. Este fenómeno de control se extendió a todas las actividades del país. Alcanzó a la prensa regimentada, como a las emisoras de radio y demás órganos de expresión. Sin embargo, esto no significa que cantemos loas a la “revolución libertadora” diciendo que ahora todo es mejor. Lejos de ello, considerado en bloque, el actual régimen es mucho más reaccionario, o sea mucho peor que el anterior. Pero esto no impide que señalemos los hechos tal como ocurrieron. El peronismo, por un lado, fue el gobierno que mayores conquistas otorgó a la clase obrera y, por otro, fue un aparato totalitario de control de toda la actividad nacional.

Es inevitable que nos preguntemos ¿cuáles fueron las razones que motivaron la existencia de un gobierno tan contradictorio y, al mismo tiempo, de formas claramente totalitarias? Varias.

Primero: evitar que el imperialismo yanqui con sus inmensos recursos, embarcado en un amplio plan de colonización del país y Latinoamérica, utilizara las libertades democráticas para crear una corriente que preparara la liquidación del peronismo. Segundo: impedir que la clase obrera, sin el freno totalitario, liquidara la tutela peronista y siguiera una política independiente contra los patrones ligados al peronismo. Estas son las razones fundamentales, pero no las únicas

que existieron. Con el control general se impedía además que la lucha de clases tomara un aspecto franco y abierto con las consecuencias que ello supone. Se impedía también que la patronal, apoyándose en sus partidos y secundada por la clase media, se lanzara brutalmente contra la clase obrera, base de sustentación del régimen. El aparato totalitario del peronismo es cosa del pasado y no tendrá repetición. Ya no podrá haber en el futuro un gobierno totalitario, con el apoyo masivo de la clase obrera, como lo fue el peronismo. Precisamente, es al liquidar la posibilidad de su repetición como gobierno totalitario con base de masas que la caída del peronismo inaugura una nueva etapa histórica en el país, caracterizada por dos hechos decisivos: la clase obrera considera al actual gobierno como a su enemigo mortal y el imperialismo yanqui, por el contrario, lo cree su agente incondicional. Esta nueva etapa tiene entre sus características fundamentales las siguientes; primera: el imperialismo hará sentir de ahora en más su plan de colonización. Este adquirirá claridad para todo el mundo. Hasta el presente, el totalitarismo peronista escondió a los ojos de las grandes masas el verdadero carácter de la ofensiva yanqui sobre el país. Ello se vio facilitado por el tradicional dominio ejercido por el imperialismo inglés. Pero hoy día, con el nuevo gobierno adicto a los yanquis, se levanta el telón sobre la escena real. Esta mostrará a los trabajadores argentinos, cada vez con mayor claridad, los verdaderos objetivos del imperialismo. Al mismo tiempo les hará ver que su suerte no es distinta a la de los restantes pueblos latinoamericanos.

Segunda: la ofensiva económica y política del imperialismo yanqui, lejos de frenar la lucha de clases le dará nuevo impulso. Y será así por tres razones: a) porque el imperialismo tratará de llegar a acuerdos con los sectores más importantes de la patronal y de la clase media contra la clase obrera; b) porque la propia patronal tratará de desviar el peso de la ofensiva yanqui cargándolo sobre la clase obrera mediante una mayor explotación; c) finalmente, porque —libre ya del freno totalitario del peronismo— la lucha de clases tomará por caminos amplios y asumirá un carácter violento, categórico y tajante. Este será el tono de la lucha futura.

Tercera: bajo el peronismo la clase obrera y la clase media estuvieron separadas y divididas entre sí. La clase media no podía tolerar el papel predominante del proletariado en la escena social, como tampoco su mayor participación en la renta nacional. Precisamente por esto llegó a ser la base más firme del contrerismo pro yanqui. Al mismo tiempo, el totalitarismo peronista —frenando a la clase obrera— impidió que ésta se aliara y dirigiera a la clase media contra el imperialismo y los patrones. Pero esta situación ha cambiado. Antes, la clase obrera veía en el peronismo a su gobierno. En cambio ahora, ve en el actual gobierno a su máximo enemigo. La clase media, por el contrario, mira en el actual gobierno a su gobierno. Pero ésta no es una clase homogénea y fatalmente los sectores más bajos de ella se verán perjudicados por el plan del imperialismo y de la patronal. Estos sectores, una vez hecha su experiencia sobre el gobierno actual, se aproximarán a la clase obrera. Se irán dando, de esta forma, los elementos para una situación revolucionaria en la que la clase obrera y los sectores más pobres de la clase media, exigirán un cambio en un sentido anti imperialista y anti patronal.

Cuarta: la liquidación del totalitarismo peronista dará lugar a la cristalización política de todas las clases. Desarrollarán éstas su ideología y lograrán el reflejo político en sus distintas capas. Es decir, se acelerará el desarrollo ideológico y político de las distintas clases.

Quinta: el proceso señalado en el punto anterior, es particularmente importante en el caso del proletariado.

Aquí tenemos que señalar un doble resultado. Por un lado, la clase obrera ha sido derrotada en sus últimos movimientos; por otra parte, el hecho de que estas derrotas le fueran infligidas después de una lucha heroica, aceleró su experiencia especialmente en cuanto a su antigua dirección. Los obreros no solo pusieron en práctica nuevos métodos de lucha sino que, al mismo tiempo, vieron con claridad el fracaso estrepitoso de su antigua dirección burocrática peronista. De este modo comienza a surgir, aunque no en forma contundente, una nueva dirección para el movimiento obrero. Esta nueva dirección que hace un rápido aprendizaje en el terreno sindical y político, da pie para la formación de la futura dirección revolucionaria de las masas. Vale decir, que el proceso de radicalización iniciado bajo el férreo control peronista, se ha acelerado actualmente bajo el fuego

del enemigo de clase. De esta manera surge una vanguardia que constituye un magnífico paso adelante en el logro, por parte del proletariado, de su futura dirección.

Sintetizando: el período peronista significa, desde el punto de vista de las relaciones de clases, una época de colaboración de clases. La buena situación económica del país permitió, al totalitarismo peronista, amortiguar las contradicciones. Se trata de un período en el que —bajo una forma totalitaria y en base a una magnífica situación económica— la lucha de clases no toma un carácter agudo, y no se dan grandes batallas.

Con la caída del peronismo, todo esto termina. La ofensiva del imperialismo contra el país y de la patronal contra los obreros, toma las formas más crudas y los aspectos más claros. Se hace patente para todo el mundo. En materia de resultados, la clase obrera pierde las primeras escaramuzas. Pero su lucha heroica sirvió para pertrecharla no sólo de nuevas experiencias en cuanto a los métodos de lucha, sino también en relación a su anterior dirección burocrática. Comienza a surgir una nueva dirección combativa, que hace una experiencia sindical y política acelerada. Sin embargo no debemos llamarnos a engaño. Lo fundamental de esta etapa es que la clase obrera se defiende ante una ofensiva violenta del imperialismo y de la patronal. Esto es lo decisivo. Las actuales luchas del proletariado son de tipo esencialmente defensivo. No toma la iniciativa, simplemente se defiende.

Este proceso, que puede ser de meses o años, prepara el advenimiento de una nueva etapa que será revolucionaria y caracterizada —ahora sí— por la ofensiva de los obreros y los sectores pobres de la clase media contra los planes imperialistas y patronales. La ofensiva cambiará de manos. En la actualidad son el imperialismo y la patronal quienes avanzan y la clase obrera retrocede defendiéndose; en la próxima etapa, serán las masas las que tomarán la ofensiva y el imperialismo y la patronal los que retrocederán ante su movilización. Tal es el panorama que deja al descubierto la caída del peronismo. Dentro de él toma carácter predominante la clase obrera, dado el rol decisivo que jugará. Su capacidad combativa queda descontada a partir de la jornada de junio, septiembre y noviembre del 55. Como incógnita, en la que nuestra tendencia tiene un importante papel que jugar para que se despeje con éxito, se plantea la de su futura organización y dirección.

1. El peronismo cayó por no ser un auténtico gobierno obrero

El peronismo fue un frente de la patronal nacional antiyanqui que adquirió formas totalitarias y se apoyó en la clase obrera. Aunque respondió a los intereses generales del imperialismo y de la patronal, osciló entre los distintos sectores de ésta. Al mismo tiempo osciló entre el imperialismo yanqui y la clase obrera. Pero el hecho de que uno de los polos de esa oscilación fuese la clase obrera, explica al mismo tiempo su fundamental contradicción y su caída.

Perón ganó las elecciones presidenciales bajo la consigna “Braden o Perón”. Esto, naturalmente, no es una casualidad y no lo es porque el peronismo surgió como un frente de resistencia al imperialismo yanqui.

Veamos: el imperialismo yanqui, desde el año 1939— fecha en que supera su crisis económica de diez años— trata de penetrar a fondo en el país y desalojar a su rival inglés. Trata al mismo tiempo de incorporarlo a su esfera de influencia como así también a su dispositivo de defensa. Visto esto, la oligarquía ganadera argentina y su aliado —el imperialismo inglés— implantan un gobierno conservador fraudulento para impedir que el Alvearismo llegue al poder; y quieren impedir esto, porque el Alvearismo se había pasado del lado de los yanquis. Al mismo tiempo, la segunda guerra mundial produce dos fenómenos contrarios y paralelos: el imperialismo inglés se debilita, mientras se fortalece el imperialismo yanqui. Poco a poco nuestro país comienza a reflejar en su economía y en su política esta nueva situación. La propia oligarquía nacional comienza a fraccionarse polarizada por los distintos intereses particulares. Los grandes industriales y terratenientes con intereses en la industria, necesitados de máquinas y equipos, desean la colaboración con los yanquis puesto que estos son los únicos que pueden abastecerlo. Los trusts de cereales, Bunge y Born y Dreyfus, tradicionales amigos de los europeos, comienzan a colaborar con el imperialismo yanqui para que éste les deje vender cereales en América ante el cierre del mercado europeo debido a la guerra. Los

famosos banqueros Bemberg, que tenían su base de operaciones en Suiza y Francia, trasladan su sede a Nueva York por el mismo motivo.

Como consecuencia del cambio de frente que van realizando estos sectores de la oligarquía argentina, los sectores antiyanquis de ésta, tales como los ganaderos y los dependientes del imperialismo inglés y alemán, se encontraron extremadamente débiles. Todo esto se expresa en el partido conservador. En primer lugar en su división, y en segundo lugar en el traspaso de su dirección a manos proyanquis.

Ante el cambio producido, los sectores de la patronal que resisten a la penetración yanqui se echan en manos del ejército para impedir que el gobierno caiga en poder del ala proyanqui de la oligarquía conservadora. Surge así el 4 de Junio como una reacción indirecta al fortalecimiento del imperialismo yanqui y a su ofensiva contra el país.

El gobierno del General Ramírez¹ trató de seguir la línea del último gobierno conservador sin base de masas. Olvidaba el pobre general, que la fortaleza del gobierno conservador residía en la unidad casi completa de la patronal del país con el imperialismo inglés. Precisamente ese elemento de fuerza ya no existía, y fue esa ausencia la que explicaba la presencia del ejército y la suya misma. El ejército había salido de los cuarteles precisamente porque el imperialismo inglés estaba débil y la patronal argentina no estaba unida como en otros tiempos. Pero el enemigo actual era demasiado fuerte; no se podía enfrentar con éxito al imperialismo yanqui sin una fuerte base de masas. Es entonces cuando se busca el apoyo de éstas y se rodea a quien puede lograrlo: Perón. Estos sectores, a regañadientes porque no había otra solución, dejan hacer al hombre que ganó el apoyo de la clase obrera, no porque les gustara sino porque no había otra solución. Sus antiguos sostenes —el imperialismo inglés y el alemán— no constituían ya una garantía frente al fortalecimiento de los yanquis.

Esta política de ganarse a la clase obrera pudo llevarse a cabo por la buena situación económica del país. El peronismo surge así como el gobierno de la patronal antiyanqui, pero no antiimperialista. Se trata de los sectores que resisten a la colonización yanqui, apoyándose en la clase obrera para defender —con sus métodos y no con los de la clase obrera— la independencia del país.

El Frente Popular, lo mismo que el fascismo, son dos formas de dominio de la patronal. No obstante los caracteriza una distinta relación de clases. Son al mismo tiempo fenómenos nuevos en la historia del capitalismo, ambos se producen luego de la guerra del 14. Cuando una situación crítica pone en peligro el orden patronal, éste trata de fortalecerse por la base llamando a colaborar a los organismos obreros. Se da entonces el llamado Frente Popular. El fascismo en cambio se produce cuando la patronal, cerrada cualquier otra salida, resuelve aplastar a la clase obrera con el apoyo de la clase media. Para esto liquida toda organización obrera, inclusive las que colaboran con la patronal. Es una guerra de clases para el aplastamiento de una de ellas: la obrera.

Sin embargo el fascismo y el frente popular —aunque son fenómenos opuestos— tienen un origen común en cuanto se explican en última instancia por la crisis general y sin salida del régimen capitalista e imperialista, al mismo tiempo que por la fortaleza de la clase obrera que, aunque carente de una dirección revolucionaria, hace peligrar o puede hacer peligrar el orden establecido. Son, pues, en última instancia, formas defensivas del capitalismo.

En los países atrasados, donde los polos más fuertes son la clase obrera y el imperialismo, todo gobierno burgués que quiera resistir a aquel con alguna posibilidad de éxito, necesita apoyarse en el movimiento obrero. No hay otra salida. De ahí que se encuentre obligado a realizar un régimen especial de Frente Popular.

En ese sentido podemos decir que el peronismo fue una manifestación de Frente Popular aunque no revistió una forma clásica. Llamamos forma clásica a la que se dio por ejemplo en Francia. Allí se unieron en el gobierno las organizaciones tradicionales de la clase obrera, sus partidos y sindicatos, con los partidos de la patronal. Lo mismo ocurrió en Chile; allí las organizaciones

¹ **Pedro Pablo Ramírez** (1884–1962) fue un general y dictador argentino. Fue el segundo de los llamados “presidentes de facto”. Gobernó entre 1943 y 1944 durante la llamada Revolución del 43.

tradicionales, los sindicatos y los partidos socialista y comunista, colaboraron en el gobierno junto a los partidos de la patronal. Fue un Frente Popular al servicio del imperialismo yanqui y de la patronal. En Norteamérica, en cambio, se dio el Frente Popular en otra forma: el gobierno y un partido patronal —el Demócrata— lograron el apoyo de una organización nueva: el CIO [Congreso de Organizaciones Industriales]. Lo nuevo aquí es que la organización obrera colabora con el gobierno patronal, pero no interviene en él. Es decir lo que caracteriza al frente popular no es la forma que adquiere en uno u otro lugar, sino su contenido de clase: la clase obrera colabora con un gobierno o con un partido patronal. En ese sentido, el peronismo logró el apoyo de la clase obrera. Pero no bajo la forma clásica a través de sus organizaciones tradicionales, sino mediante organizaciones nuevas creadas y protegidas desde el Estado. Lo logró bajo formas abiertamente totalitarias. Esta contradicción confunde a muchos observadores superficiales que creyeron ver en el peronismo un régimen fascista. En realidad el apoyo de la clase obrera al peronismo, así como el afán de éste por lograrlo y mantenerlo; lo mismo que el objetivo de esa relación: frenar al imperialismo yanqui aunque con métodos patronales, tiene una significación opuesta a la del fascismo. Es por eso que el peronismo fue un frente popular antiyanqui que adquirió formas totalitarias. Gracias a este apoyo de la clase obrera, pudo resistir y en algunos casos obtener triunfos parciales frente al imperialismo yanqui. Esto, como se ha dicho, fue pagado al precio de un control totalitario de toda la actividad del país. Y fue así porque la patronal antiyanqui, para impedir que cualquier resquicio democrático facilitara el plan yanqui de penetración, no tuvo otro medio que el ya señalado de controlar férreamente toda la vida nacional, desde la actividad obrera hasta la patronal o imperialista.

Esto hace que el peronismo se encuentre en una contradicción permanente. Por un lado da mejoras continuas a los obreros para mantener su adhesión. En ese sentido, ensancha y amplía constantemente la organización sindical del proletariado; pero por otro lado se ve obligado a controlarlo férreamente. Esta contradicción, sin embargo, no es la única; el peronismo, al dar conquistas a la clase obrera y fomentar su organización sindical extendiéndola a todos los sectores, es el gobierno socialmente más democrático que han conocido los obreros. Vale decir, que en los talleres y en las fábricas, en lo íntimo de las relaciones del trabajo, fue un régimen democrático. Pero esta característica termina en la puerta misma de los lugares de trabajo para dar lugar, fuera de ella, a un totalitarismo cerrado.

Este totalitarismo fue fuerte mientras la situación económica le permitió la adhesión entusiasta de los trabajadores, haciendo tolerable la falta de libertades en el país. Pero el comienzo de la época de las vacas flacas señala el aislamiento del peronismo y el agudizamiento de sus contradicciones. Este va quedándose solo. Entre los años 47 al 49, debido a la debilidad del imperialismo inglés, pierde su apoyo activo: se nacionalizan los ferrocarriles y se obtiene una mayor independencia del país frente a los británicos. Pero los sectores ganaderos, como los sectores de la burguesía que habían apoyado a Perón, comienzan a abandonarlo. No es que Perón no quiera superexplotar a las masas, sino que quiere hacerlo mediante la convicción, para mantener su base popular. Se trata de distintas tácticas. La patronal que apoyó al peronismo quiere una definición rápida y absolutamente favorable; ellos exigen una política de hierro con los obreros y los peones, liquidando toda conciliación. El peronismo trata de conformar a todos; esto ya no es posible, dada la disminución relativa de la renta nacional.

Trata de convencer a la clase obrera, para que se deje explotar más mediante el Congreso de la Productividad. Al mismo tiempo trata de canalizar la ofensiva patronal para evitar que la patronal, en sus desmanes, vaya más allá de lo que a él le conviene. Llega a acuerdos parciales con los yanquis pero no a un acuerdo definitivo; esto disgusta a los proimperialistas que quieren un acuerdo definitivo con la entrega lisa y llana del país. También se enojan los antiimperialistas por entrar en tratativas capitulantes. Así es que aunque firma el pacto de Río de Janeiro y recibe un préstamo yanqui, no ratifica el pacto de la OEA, como tampoco hace aprobar el del petróleo.

Trata de llegar a un acuerdo con la patronal y la clase media tratándola de organizar como lo hizo con la clase obrera; estos son los objetivos de la Confederación General Económica [CGE] y la Confederación General de Profesionales. Al mismo tiempo se opone a las tentativas de la

Iglesia de formar un partido opositor en base a la misma clase media y la patronal, porque serviría incondicionalmente a los intereses yanquis.

Trata de llegar a un acuerdo con la patronal y la clase media y entra en conversaciones con sus partidos. Pero el acuerdo es imposible porque estos exigen precisamente la liquidación del peronismo por su conciliación con los trabajadores. Ellos desean el acuerdo con los yanquis y el aplastamiento de la clase obrera para descargar sobre ella todo el peso de la crisis. Es decir, están contra el peronismo todos los sectores —incluso los que lo habían apoyado— que están en oposición a continuar la colaboración con la clase obrera para no capitular completamente ante el plan yanqui y mantener al menos un intento de independencia nacional.

A pesar de su fachada fabulosa y de sus intentos de organizar y negociar con las fuerzas adversarias, el peronismo cayó.

Nosotros, los únicos que predijimos la inevitable caída del peronismo, si persistía en su método patronal de no movilizar a las masas; que dijimos que no teníamos confianza en los métodos de Perón, ni en su conducción; que a pesar de ello combatimos en primera fila junto a los obreros peronistas contra la movilización católica, tenemos de sobra el derecho, hoy día, de analizar quién tenía razón.

Comencemos diciendo que hay muchas formas de tratar de defender la independencia del país. Un terrateniente puede querer defender la independencia del país; un patrón también. Pero ellos la defenderán a su manera, porque además y por sobre todo tienen que defender su ganancia. El peronismo fue eso. Un intento patronal de defender la independencia del país, defendiendo las ganancias de la patronal. Para defender la independencia nacional tenía que utilizar el apoyo de la clase obrera. Esto inevitablemente lo hacía caer en una contradicción cuando, al mismo tiempo que trataba de apoyarse en el movimiento obrero, defendía las ganancias patronales que surgen, precisamente... de la explotación de los obreros. En esta pugna salían ganando los patrones, justamente porque —aunque a veces chocara con sectores de la patronal— el gobierno peronista era en el fondo, un gobierno patronal. El gobierno peronista fue un gerente de la patronal, con la peculiaridad que le dio un buen trato a los obreros, porque necesitaba de su apoyo para defender a su empresa (el país) contra adversarios muy poderosos (el imperialismo yanqui que quería colonizarnos).

Este carácter patronal del gobierno peronista lo perdió. Perón quiso combatir la conspiración imperialista-patronal por medio del ejército y la policía que están organizados para servir justamente a la patronal y al imperialismo. Perón no quiso darle las armas a la clase obrera, porque una vez que ésta las tuviera a mano no sólo liquidaría a los enemigos de Perón sino también a sus propios enemigos: los patrones y el imperialismo.

Por otro lado el peronismo no extrajo las mejoras obreras de las ganancias patronales. Otorgó esas mejoras perjudicando a la clase media, lo que hizo surgir un tremendo antagonismo entre ambas clases trabajadoras. Este antagonismo fue utilizado en gran forma por el imperialismo y por la patronal.

La mala situación económica le hizo perder al gobierno peronista el apoyo de la patronal y aceleró la oposición de la clase media; incluso algunos sectores de la clase obrera comenzaron a ver con apatía el curso político del país. La Iglesia aprovechó todas las debilidades del gobierno. El peronismo en lugar de armar a la clase obrera, en lugar de formar un gabinete integrado por representantes obreros democráticamente elegidos; en lugar de hacer que la economía y las fuerzas armadas fueran dirigidas por la clase obrera, es decir, en lugar de hacer todo lo que señalamos, permitió que los técnicos militares y económicos al servicio de la patronal gobernarán el país. No fue entonces un milagro que esos técnicos respondieran a la Iglesia y al golpe de estado, en lugar de responder al gobierno elegido por la amplia mayoría del país.

El peronismo fue derrotado por la Iglesia porque no era un gobierno obrero, ni gobernaba con un programa obrero, ni con funcionarios elegidos democráticamente por los obreros. Si en lugar de respetar las ganancias y los intereses del capitalismo y del imperialismo, hubiera sido realmente un gobierno obrero, en lugar de caer se hubiera fortalecido cada vez más.

El actual gobierno reconoce que con la expropiación de las fortunas peronistas se solucionaría el problema de la explotación del petróleo y la construcción de viviendas para todos los trabajadores. Pues bien: si Perón hubiera expropiado además de esas, todas las grandes fortunas y empresas extranjeras; si hubiera planificado la economía y la hubiera puesto bajo el control democrático de la clase obrera no hubiera tenido ningún problema económico, ni social, serio. En una palabra el país, la clase obrera y el propio Perón, como gobierno, hubieran mejorado su situación día a día. Pero justamente Perón no hizo nada de eso porque no podía hacerlo, porque era un gobierno patronal y no obrero.

Para hacer lo que nosotros indicamos se necesitaba un gobierno que estuviera al servicio único y exclusivo de los trabajadores y no al servicio de los capitalistas, como lo fue el peronismo: esa es la gran conclusión a la que hemos llegado hace tiempo y que los activistas sindicales deben grabarse en su memoria. Perón cayó por no ser un gobierno obrero, el país y los obreros no tienen otra solución que imponer un gobierno obrero que barra a los capitalistas y al imperialismo para asegurarse el futuro.

2. La experiencia de las últimas grandes huelgas

El resultado de tres meses de grandes luchas de la clase obrera ha sido la pérdida de sus organizaciones más primarias, las sindicales y fabriles, así como la total desorganización de sus efectivos y un estado de desaliento y derrota que puede a corto plazo ser superado.

Todo esto, pese a que la clase obrera se batió en forma heroica y tuvo en repetidas oportunidades el triunfo en sus manos. La culpa exclusiva de esta derrota histórica para la clase obrera la tiene la dirección política y sindical del peronismo. Esta derrota tiene su historia y sus etapas que trataremos de reseñar.

Desde que la situación económica comenzó a empeorar, la patronal y el imperialismo se lanzaron a una ofensiva redoblada. El peronismo tiende a frenar esa ofensiva haciéndole concesiones importantes a aquéllos. Los activistas sindicales y antiimperialistas saben que el peronismo dio conquistas a los trabajadores y al país hasta 1949 y que desde esa fecha disminuyen o desaparecen esas conquistas.

A partir de entonces las concesiones son para la patronal y el imperialismo. Sin embargo estos últimos no se conforman y exigen el aplastamiento de la clase obrera y la entrega del país. Es decir, las concesiones que se le otorgan no son suficientes para conformarlos, pero sí para acelerar la ofensiva patronal imperialista. Incapaces de derrotar a la clase obrera en una sola batalla, desarrollan su ofensiva en diferentes etapas; ellas fueron:

Primera: culmina con la liquidación del gobierno de Perón, que —aunque defendía las ganancias de la patronal— colaboraba también con la clase obrera, no permitiendo una ofensiva franca contra los trabajadores.

Segunda: liquidado el peronismo como gobierno que tuvo el apoyo masivo de la clase obrera, se pasó a otra etapa: liquidar y destruir la organización sindical centralizada. Es decir, la liquidación de la CGT como central única y la de un solo sindicato por gremio. Los obreros se defienden con dos colosales huelgas generales en las que son derrotados.

Tercera: liquidada la CGT y los sindicatos de gremios nacionales, la patronal —auspiciada por el gobierno— se fija como objetivo suprimir las comisiones internas y los cuerpos de delegados; es decir, la estructura fabril. Naturalmente que esta batalla, caracterizada por infinidad de escaramuzas, le resulta más difícil porque tiene que enfrentar directamente a los personales. Requiere, además, un gran número de funcionarios o sirvientes para abarcar todos los establecimientos. En general ha logrado liquidar las comisiones internas o controlarlas, aunque no hayan obtenido lo mismo con los cuerpos de delegados.

Esta ofensiva antiobrera ha llevado a la desorganización sindical, y a la pérdida de las organizaciones sindicales por parte de la clase obrera. Al mismo tiempo, el completo fracaso de la

dirección sindical peronista aceleró el aprendizaje intenso de los activistas sindicales y una nueva dirección comienza a reemplazar a la anterior.

Aun estando el gobierno peronista próximo a su caída, tuvo buen cuidado de no movilizar a la clase obrera; lo mismo hizo la dirección cegetista. Ambos, en lugar de apelar a la huelga general, prefirieron engañar a los trabajadores diciéndoles que no pasaba nada. Por este motivo triunfó el golpe contra Perón. Ningún obrero consciente puede ni debe olvidar el acto realizado el 14 de junio de 1955. En él, Di Pietro le planteó a Perón que dejara la cuestión a cargo de la CGT. Perón le contestó que ese partido lo iba a jugar él sólo. Los resultados están a la vista. Ni Perón, ni la dirección cegetista, quisieron movilizar a la clase obrera para parar el golpe de estado y, por sí solos, fueron incapaces de hacerlo.

Pasada la primera impresión y caído el peronismo, no sólo se aflojó el freno para la lucha de clases en el país sino también para las energías y la iniciativa de la clase obrera que hasta ese momento había sido obligada a esperar.

En el momento en que Lonardi² asume el mando, Rosario y el cinturón obrero de Buenos Aires quedan prácticamente en manos de la clase obrera. Ahora ya no sirven de nada los esfuerzos de las direcciones sindicales para frenar el movimiento. Es decir que, el mismo día de la derrota de Perón, se da el primer paso en la superación de las direcciones sindicales peronistas por parte de los trabajadores, aunque por el momento no se dé una nueva dirección. Precisamente esta falta de una nueva dirección que centralizara la lucha, impidió que el movimiento se transformara en insurrección contra el gobierno de Lonardi. Rosario peleó e hizo la huelga por su cuenta. Los barrios del Gran Buenos Aires salieron a la lucha completamente desconectados; Gerli salió el viernes y Lavallol el sábado. No hubo piquetes de huelga, ni nadie que indicara como frenar a los tanques. Las direcciones sindicales, oponiéndose a los obreros, aconsejaron calma y el retorno al trabajo. Pero la actividad de la clase obrera ya había encontrado el camino. A partir de allí, y aunque sin una dirección que la acaudille, va a dar batalla tras batalla. La dirección cegetista trató de acomodarse con sectores del ejército y del nuevo gobierno. La clase obrera, en cambio, demostró con la huelga general que estaba dispuesta a frenar la ofensiva patronal y gubernamental. En este caso, la desobediencia a la dirección cegetista fue altamente progresiva.

Hasta el 17 de octubre, y actuando con gran habilidad, el gobierno promete respetar las organizaciones sindicales. A cambio de esto, la dirección política y sindical peronista pide calma al movimiento obrero para ese día.

Nuestra tendencia fue la única que no cayó en la maniobra del gobierno y proclamó para ese día la huelga general pacífica. Pese a las órdenes de los dirigentes sindicales y a la fabulosa presión del gobierno, hizo huelga el 70% de los obreros industriales; de haberlo querido la dirección cegetista, hubiese parado el cien por cien.

El gobierno, comprendiendo la cobardía de esa dirección, saca un estatuto tipo para el movimiento sindical. Entre otras cosas se planteaba en él que todos los gremios quedaban en estado de asamblea. El 2 de noviembre, viendo peligrar su propia existencia, la dirección cegetista declara la huelga general contra el estatuto tipo. Con el paro triunfante y en pleno desarrollo, la dirección vuelve nuevamente a traicionar el movimiento y lo da por terminado a las 2 de la mañana. Pese a esta capitulación, amplios sectores de trabajadores continuaron el movimiento y sólo gracias a ello el gobierno retrocedió respetando la estructura sindical y levantando el estado de asamblea, aunque manteniendo a los interventores administrativos.

Sin embargo los “gremialistas libres”, elementos al servicio de la patronal y del imperialismo yanqui, se lanzan al asalto de los sindicatos cegetistas protegidos por el ala proyanqui del gobierno.

2 **Eduardo Ernesto Lonardi** (1896–1956) fue un militar argentino que encabezó el golpe de estado contra el gobierno de Perón el 16 de septiembre de 1955, que terminaría en la implantación de la autotitulada Revolución Libertadora. Ejerció el cargo de Presidente el 23 de septiembre de 1955 y el 13 de noviembre de 1955. Fue obligado a renunciar por los sectores más duros del Ejército y la Armada y reemplazado por Pedro Aramburu.

La caída de Lonardi y del ala antiyanqui —Bengoa, Uranga³— aceleró esta ofensiva contra el movimiento sindical; esto provocó la declaración de una nueva huelga general para el 15 de noviembre. Fue una huelga resuelta en seis horas; desde las dieciocho a las veinticuatro del día 14. De más está decir que no existió ninguna preparación de la base obrera ni tampoco información, es decir, fue una huelga típicamente peronista; esto explicará la fundamental razón de su fracaso. La dirección de la CGT pasó de la cobardía más abyecta, a la desesperación y al aventurerismo. Largan la huelga general sin preparación, sin dinero y sin organización, nada menos que para enfrentar al gobierno más reaccionario que ha tenido el país. La verdad, es que declararon la huelga general no por su confianza en la clase obrera sino en el ala militar antiyanqui de Bengoa—Uranga y en la posibilidad de un golpe militar.

Tal cual lo preveíamos en un volante que publicamos para ese entonces, la huelga general superó de entrada a su dirección sindical. El movimiento obrero se desplazó hacia los barrios, surgiendo formas embrionarias de organización barrial y fabril. Se forman piquetes de huelga y en algunas partes, aunque bajo nuestra influencia, aparecen boletines de huelga.

Sin embargo, al no extenderse la huelga, tenía que fracasar. No parando los transportes, ni cortando la electricidad en el Gran Buenos Aires, esto era inevitable. Se produce así la segunda gran derrota de la clase obrera y como consecuencia de ello se pierden las organizaciones primarias de la organización obrera: los sindicatos de industria y la central única que las agrupaba.

Con todo, junto con la que se hizo contra Lonardi al asumir el mando, esta huelga fue un hecho histórico. Por primera vez en 20 años la clase obrera del país enfrentó a un gobierno mediante la huelga general.

El 17 de octubre de 1945 la clase obrera enfrentó a un sólo sector gubernamental, contando con el apoyo del otro. En este caso, en cambio, enfrentó a todo el gobierno, con el ejército volcado en las calles. Demostró que la huelga general plantea inmediatamente el problema del poder y el interrogante de quién es el dueño de la situación. Mediante la lucha por hacer parar los transportes y contra los carneros, así como contra el ejército, la clase obrera aprendió que una huelga de este tipo es una lucha a muerte; que solo se puede ganar con una gran organización y una auténtica dirección obrera. Pero sobre todo, la clase obrera comprendió que la huelga general es su gran arma y que utilizándola se puede ganar en la medida que se la enfrente con una buena organización y se aprovechen las experiencias. En ese sentido es una derrota que inevitablemente prepara el triunfo: una nueva huelga general bien organizada para barrer a este gobierno y a sus planes reaccionarios.

Esta derrota produjo el desplazamiento del eje de la lucha. Este se trasladó desde los sindicatos nacionales a las fábricas. La lucha se libra entonces en la organización fabril, y es distinta para cada lugar de trabajo. Es también enfrentada en forma distinta por los obreros de cada empresa. Primero Siam y luego Philips dan, y pierden, esta batalla defensiva. La nueva experiencia demuestra a los obreros que al gobierno no se lo puede hacer ceder mediante batallas aisladas; que es preciso preparar la gran batalla de conjunto. En el caso del gremio metalúrgico el hecho de que cada dirigente quisiera conservar “su” organización fabril, dificultó la lucha y facilitó la derrota.

Nosotros, al hacer responsable de esta derrota a la dirección de la CGT y del peronismo, no discutimos la honestidad o la valentía personal de tal o cual dirigente. Lo que criticamos implacablemente es un método de acción que le costó a la clase obrera una derrota histórica.

La dirección formada bajo el peronismo fue educada en las negociaciones con jefes y funcionarios y no en la confianza en la movilización e iniciativa de la clase obrera. Es lógico, pues, que una dirección de este tipo confíe mucho más en un general como Bengoa o Uranga, o en el terror que produce el estallido de un polvorín, que en la movilización de la clase obrera.

Con el triunfo del gobierno en la huelga del 15 de noviembre, finalizan estos tres meses de heroicas luchas de la clase obrera argentina. De esa lucha que libró por defender: primero, al

3 **Justo León Bengoa** (1907–1979) fue un militar argentino que participó en el golpe de estado que derrocó Perón y la subsiguiente dictadura.

Juan José Uranga (1907–1999) fue un militar argentino, participó en la Revolución Libertadora que lo nombró Ministro de Transporte de la Nación y director de Yacimientos Carboníferos Fiscales.

gobierno que consideraba suyo; después, a los sindicatos y a la central obrera que los agrupaba y posteriormente a las comisiones internas y cuerpo de delegados, últimos reductos de la organización sindical.

Pero lo importante es que, mientras la clase obrera retrocedió y lo que es más grave, perdió confianza en sí misma, los activistas avanzan en su experiencia sindical y política. Este proceso se ve facilitado por la desaparición del aparato peronista que no ha podido ser reestructurado hasta el momento. Se dan así condiciones excepcionales para la estructuración de una tendencia sindical revolucionaria y, en otro terreno, para la formación de un partido obrero y revolucionario con influencia de masas. Para lograr estos dos objetivos no tenemos más que trabajar sobre los activistas sindicales.

Para los activistas sindicales, la derrota significó un gran desarrollo de su conciencia de clase y de sus críticas a la dirección, como así también una magnífica selección: los que resisten, siguen en la brecha superándose cada día más. No interesa que en ese afán por empezar de nuevo la reestructuración del movimiento sindical y el repudio a la funesta dirección sindical peronista se manifieste, por el momento, como una tendencia sindicalista apolítica. Muchos activistas sindicales creen imprescindible la reestructuración sindical pero quieren lograr sindicatos que no tengan nada que ver con la política, la causante, según ellos, de todos los actuales males y derrotas obreras. Esta corriente, en un cierto sentido, es positiva: refleja el repudio a la politiquería patronal metida en los sindicatos, los acomodados, el caudillismo, las órdenes de arriba de funcionarios estatales o políticos, etcétera. Debemos saber comprender este fenómeno para elevar a esta nueva dirección del movimiento obrero argentino, los activistas sindicales, sin sectarismos o capitulaciones, a una verdadera dirección revolucionaria.

3. La tarea fundamental del presente

Es lógico que los activistas sindicales en general se sientan confundidos. Se vive de sorpresa en sorpresa y se sufre golpe tras golpe. El activista comprueba que en la empresa en la que trabaja existe una violenta ofensiva contra sus compañeros; que los dirigentes y activistas más conocidos están presos, confinados o expulsados; que el gobierno ha copado y desorganizado todos los organismos sindicales y, donde ha querido, las comisiones de fábrica; que hay un plan Prébisch⁴ para entregar el país al imperialismo y dejar a la clase obrera a merced de la patronal; que el gobierno aplasta sin misericordia toda organización política o social que se oponga a sus planes; y por último, que hay un decreto catastrófico, reglamentando los aumentos y especificando las condiciones para los próximos convenios.

Frente a esta situación el activista se pregunta: ¿cómo aclarar la situación? ¿Enfrentamos los problemas uno por uno? En caso afirmativo, ¿por cuál empezamos? Nosotros intentaremos dar una solución a estos interrogantes.

Ya hemos dicho que el peronismo fue un gobierno que contó con el apoyo de la clase obrera. Consiguió y mantuvo ese apoyo desarrollando, a la vez que controlando férreamente desde el Estado, la organización y unificación del movimiento sindical y obrero. Esta organización llegó a todos los rincones del país y se extendió a todos los trabajadores. Este fue un aspecto fabulosamente progresivo del peronismo. Desarrolló así la conciencia sindical y unitaria de la clase obrera, aunque no la revolucionaria, anticapitalista y antiimperialista. Dicho en otras palabras: convenció a los obreros que había que estar organizados sindicalmente pero, al mismo tiempo, los obligó o convenció que debían colaborar con el capitalismo y el imperialismo hasta el fin. No sólo fue progresivo el peronismo en extender la unificación y la organización sindical, sino que, por otro lado, también fue progresivo al intensificar la organización sindical al promover en cada fábrica y lugar de trabajo la creación de cuerpos de delegados y Comisiones Internas.

4 Plan Prébisch es el nombre dado al informe presentado por el economista Raúl Prébisch (1901-1981) al dictador Eduardo Lonardi el 1º de octubre de 1955 y ampliado el 25 del mismo mes. El término fue luego aplicado a todas las propuestas posteriores de Prébisch al régimen de la Revolución Libertadora.

Estos dos aspectos progresivos del peronismo tenían como objetivo lograr el apoyo de la clase obrera y controlarla como base de su resistencia patronal a la penetración yanqui. Esto no es comprendido por algunos honestos antiimperialistas; no digamos nada de los comunistas. El surgimiento de la CGT y de los sindicatos de industria fueron, en realidad, lo supieran o no sus gestores peronistas, medidas antiyanquis y antiimperialistas que fortificaban al país. El hecho de que los dirigentes de la CGT fueran unos trepadores y burócratas contumaces, que no conocían ni siquiera la palabra imperialismo esconde, justamente, el hecho de que la organización y la unificación de la clase obrera argentina en una gigantesca CGT y en gigantescos sindicatos de industria, fortificó al país frente a la penetración yanqui. El plan Prébisch no tendría hoy ninguna posibilidad si existiera una CGT todopoderosa e independiente, sea quien fuera quien la dirigiera, porque el peso de la clase obrera unificada sería decisivo.

Justamente el plan del actual gobierno es liquidar la organización unitaria de toda la clase obrera argentina. De ahí su violenta política contra el movimiento obrero, sus organizaciones sindicales y fabriles. Es completamente falso, por ejemplo, que el actual gobierno tenga como objetivo la liquidación de la organización estatal peronista. Hoy los sindicatos están más estatizados que nunca, ya que se encuentran bajo mandato militar. Esta estatización sindical llevada al absurdo de intervenir todos los sindicatos con militares tiene un objetivo obvio: ganar tiempo hasta tanto el gobierno compruebe cuál es el mejor medio para destruir la organización sindical unitaria y fabril de la clase obrera. El gobierno no sabe todavía cuál es el mejor medio para justamente liquidar esa organización sindical centralizada. Los “gremialistas libres”, que son los agentes sindicales de la colonización yanqui y del gobierno, están tan huérfanos de apoyo que el gobierno observa con terror la alternativa de transferirle en frío la dirección del movimiento obrero para que ellos cumplan la tarea de liquidar al movimiento sindical o de controlarlo en favor del plan del gobierno y del imperialismo yanqui. Por otro lado, el gobierno contempla la posibilidad que el fracaso estrepitoso de los “gremialistas libres” le hace ver como lo más factible, de dejar librado al movimiento obrero a su propia suerte presionando con todas sus fuerzas y alentando la total división del movimiento sindical.

Todos estos meses de grandes derrotas del movimiento obrero han hecho surgir corrientes autómatas e inclusive sectores de la clase obrera que no quieren saber nada más del movimiento sindical. Para la patronal y para el gobierno estos sectores desmoralizados de la clase obrera, sumados a los viejos dirigentes sindicales del peronismo, dispuestos a pactar con el gobierno, serían la base de la maniobra de dejar librado al movimiento sindical a su propia suerte para dividirlo en mil pequeños sindicatos y para destruir a la CGT unitaria. Esta maniobra tendría la ventaja de dar la impresión de una auténtica democracia y libertad sindical, eliminando a las odiosas intervenciones. Todo nos hace creer que el gobierno tendrá que inclinarse, para llevar a cabo su política de dividir el movimiento obrero sindicalmente unificado, a esta última variante.

Por otra parte, el gobierno se vería facilitado en esta maniobra por el hecho que ya ha logrado desorganizar al movimiento sindical. Muchos activistas sindicales creen que el problema grave que atraviesa la clase obrera es que los sindicatos están intervenidos. Nosotros opinamos que ese es un gravísimo error, lo que es una derrota histórica de mucha mayor importancia que las intervenciones es el hecho de que el movimiento sindical ha quedado desorganizado: sin organización, sin dirección. El movimiento obrero estaría muchísimo mejor si la organización sindical subsistiera subterráneamente, aunque oficialmente los sindicatos estuvieran intervenidos. La tragedia hoy día es que no sólo están intervenidos los sindicatos sino que hay una verdadera anarquía en la organización sindical unitaria. Para convencernos de ello no habría más que preguntarle a diez obreros o activistas sindicales de cualquier gremio, por ejemplo textil, a qué organización y dirección sindical responden. Si es de Grafa dirá que a su Comisión Interna; si es de San Martín dirá que al Consejo Directivo; si es de Alpargatas de la fábrica N° 7, Gutiérrez, dirá que al Cuerpo de Delegados de Alpargatas y si es de cualquiera de las fábricas de Patricios, que al Movimiento por la Unificación y Reorganización del sindicato. Si es de Ducilo que al Cuerpo de Delegados y a ninguna otra dirección. Si es de 4 de Junio, que a la vieja Lista Azul. Si es de la Berlanesa o Medias París, que a la vieja Lista Verde.

Esta es la verdadera derrota del movimiento obrero sindicalmente organizado, haber quedado totalmente desorganizado y anarquizado, haber llegado a un punto tal de desorganización en la que cada obrero, cada activista, cada dirigente, cada tendencia, cada fábrica, y por último cada seccional forman rancho aparte y hacen lo que les parece.

Nosotros los trotskistas, los socialistas revolucionarios, decimos a la clase obrera, a sus dirigentes, a sus activistas, a lo que resta de sus organizaciones fabriles y sindicales: la tarea principal y fundamental empieza por liquidar esa anarquía y esa desorganización, empieza por reconquistar algo mucho más importante que la legalidad del movimiento sindical, algo mucho más importante que expulsar a los Interventores, empieza por controlar nuestra propia organización sindical, los sindicatos industriales y empieza por reorganizar cada sindicato para que exista un solo sindicato para cada industria. Si logramos esto último, echar a los interventores y reconquistar la legalidad para el movimiento sindical será una tarea fácil. Si no lo logramos estaremos a merced de las maniobras del Gobierno que, aunque mañana retire las Intervenciones sindicales de los sindicatos, tendrá la suficiente fuerza para lograr que sigamos divididos y anarquizados como estamos hoy en día.

El sindicato único de industria junto con su convenio colectivo de trabajo y la organización fabril, son las grandes conquistas organizativas de la clase obrera bajo el peronismo y la razón del éxito en la lucha antipatronal. Los pequeños sindicatos de tendencias (radicales, socialistas, comunistas, anarquistas, peronistas), como el sindicato fabril independiente, son los favoritos de la patronal porque condenan a los obreros de una industria al aislamiento y facilita toda clase de maniobras patronales. Para enfrentar a un sindicato de tendencias o fabriles, la patronal no necesita más que entenderse con su cámara gremial —porque ellos sí que están organizados por industria— para aplastar fácilmente fábrica por fábrica o tendencia por tendencia.

Existiendo un sindicato industrial esto es imposible. Esto explica por qué el gobierno intervino inmediatamente todos los sindicatos industriales. Por eso, también, los mismos “gremialistas libres” agentes de la división en el movimiento obrero, llegado el caso pueden ayudarnos a tener una organización fabril. Pero no ayudarán, y además sabotearán todo intento por reconquistar o reconstruir la organización industrial nacional. Ellos plantearán inmediatamente que “cualquier grupo de obreros tiene derecho a formar su propio sindicato”; de esta forma plantearán el derecho a romper la unidad del movimiento sindical con el cuento de la libertad de agremiación.

La organización obrera debe adoptar las formas más eficaces para la lucha antipatronal. La patronal está agrupada por industrias, de modo que también la clase obrera debe agruparse industrialmente para poder defender su nivel de vida. De ahí la importancia decisiva del sindicato nacional; de ahí, también, por qué la reorganización del movimiento obrero debe comenzar por las Juntas de Emergencia, o como quiera llamárselas, que reorganicen y reconquisten los sindicatos por industria y la CGT unitaria para todos los obreros.

El problema surge cuando nos planteamos cómo reorganizar el sindicato unitario y al mismo tiempo la organización fabril también unitaria. La desorganización total y absoluta del movimiento sindical se refleja en dos aspectos igualmente fundamentales: por la base y por la dirección. Hoy día los obreros de cada fábrica o gremio no saben a qué organismo sindical deben responder, ni tampoco a cuál dirección sindical. Hay honestos activistas sindicales que plantean solucionar este problema sobre una base ultra democrática que reorganice al movimiento sindical desde la fábrica a través de comités interfabriles. Aquí surge otro problema parecido, ya que en cada fábrica se disputan la dirección distintas comisiones.

Nos encontraríamos así con que cada corriente del movimiento sindical tendría su propia organización interfabril y en lugar de una sola reorganización de cada sindicato habría tantas como comités interfabriles existan. Concretamente la división llegaría al colmo. Se trata de garantizar la reorganización unitaria, en una sola organización gremial sindical. Para lograr esto no hay otra forma que empezar por constituir comisiones de carácter gremial, general, que reestructuren todo el movimiento sindical en cada gremio. Estas comisiones de carácter general deberán ser, ya, ahora mismo, hasta tanto se lleve a cabo un congreso democrático del sindicato reestructurado, la

dirección del sindicato. Esta es la única forma de garantizar desde el principio una cierta unidad del sindicato que se está reestructurando.

En pocas palabras, se trata de que si no comenzamos las tareas de reestructuración del sindicato con una dirección sindical provisoria que centralice las tareas de reorganización, no hay ninguna posibilidad de unificar el movimiento de reorganización. La línea de reorganizar el sindicato sin una dirección provisoria lleva a que cada tendencia, fábrica o grupo de fábricas, quiera hacer lo que quiera.

Lleva a la anarquía sindical y no a la reorganización sindical. A esas comisiones provisorias nosotros, igual que el resto de la clase obrera, las denominamos Juntas de Emergencia. Creemos que esas juntas en cada gremio deben formarse no solo por arriba, por la dirección, sino también por la base. Por arriba, nos guste o no, hay que dar un ejemplo de disciplina y criterio unitario y hasta tanto se reorganice democráticamente el gremio, no hay, no puede haber, otra dirección provisoria del sindicato que la que estaba al frente de él cuando fue intervenido. Sólo si estos dirigentes se niegan a trabajar por la reorganización unitaria del sindicato habrá llegado la hora de sobrepasarlos. La política sindical de creer que nosotros, o los sindicalistas, anarquistas, comunistas o cualquier otro "ista" es la dirección indicada para reorganizar el sindicato termina de anarquizar y desorganizar el movimiento sindical. No hay, no puede haber, en este momento otra dirección provisoria del gremio mientras es reestructurado sindicalmente, que la que había cuando fue intervenido. Esto elimina un tremendo factor de desorganización: saber cuál es la dirección provisoria del gremio. A esta comisión o junta de emergencia hay que agregarle los compañeros democráticamente elegidos por la base y los otros dirigentes del gremio.

Es decir, todo activista honrado con tal de asegurar la reorganización unitaria del sindicato, reconoce como dirección provisoria de éste, a la vieja dirección sindical que dirigía el gremio cuando fue intervenido, pero esta comisión tiene la obligación, si de verdad está dispuesta a lograr la reorganización sindical, de incorporar a la comisión provisoria de reorganización a los mejores compañeros de base y a los otros dirigentes del gremio. Concretamente se trata de unificar a todas las tendencias sindicales que quieren un sindicato único alrededor de una comisión provisoria de reorganización que unifique a todos los activistas.

Además de todo lo dicho, la organización de las Juntas de Emergencia o comisiones provisorias de reorganización del sindicato industrial unitario, es actualmente la tarea más accesible desde el punto de vista de la base. La organización incluyendo a todos los obreros de la fábrica, sólo fue posible bajo el peronismo por estar garantizada y obligada desde el Estado.

Liquidado el peronismo, en las actuales condiciones de derrota de la clase obrera, es completamente imposible la vieja organización total, fabril. No significa esto que debemos abandonar la organización fabril sino que, es más fácil agrupar a los elementos activos de todo el gremio, incluyendo los fabriles, para comenzar la acción de reorganización general del gremio, sin esperar a reorganizar primero sección por sección y fábrica por fábrica. Es decir, que sin dejar de lado la organización general del gremio, sin esperar a organizar primero secciones por las fábricas, aunque al principio sean pocos y la organización sea débil, para constituir el sindicato reorganizado. Ello ayudará en la organización fabril; será la mejor forma de facilitar esa organización. La lucha contra la patronal de toda la industria facilitará la organización de los mejores elementos en todo el gremio, y se logrará antes que todos los activistas de una sola fábrica organicen ésta sección por sección. Comenzando por la reorganización gremial se eliminará el aislamiento de los mejores elementos de cada fábrica que, sobre todo al principio, serán ínfima minoría. Su relación con los de las demás fábricas les dará confianza y la sensación de sus propias fuerzas. Y sobre todo mantendrá algo muy importante actualmente: la conciencia gremial, industrial, y no solamente fabril.

Es decir que hoy día lo fundamental es formar una junta sindical de emergencia en cada gremio que luche por reorganizar el sindicato primero y por reconquistar la legalidad sindical después. No interesa cómo se llame, Junta de Emergencia u otro nombre, lo fundamental es formar una comisión amplia y unitaria que reorganice sindicalmente al gremio y que luche contra las intervenciones. Esta comisión o Junta de Emergencia estará integrada por la dirección del sindicato

y por todos los dirigentes que estén de acuerdo en mantener la organización gremial por industria contra los interventores. A ella se agregarán los delegados democráticamente elegidos en todos los grupos fabriles existentes que respondan al comité o junta de emergencia del gremio. Estos activistas reconstituirán las organizaciones fabriles y regionales.

Para evitar toda división en la tarea de reorganización sindical serán incorporados a la junta de emergencia absolutamente todos los dirigentes sin excepciones que estén por la reorganización sindical. Cuanto más divididos estén entre ellos por intereses personales o de capilla más hay que forzarlos a la unidad, so pena de quedar aislados. Una junta así estructurada obedece a una profunda razón: el sindicato debe seguir existiendo lo quieran o no los gorilas o los dirigentes.

En este sentido es un hecho importantísimo y un gran paso hacia adelante que apoyemos el surgimiento de la Junta de Emergencia de la CGT. Ella señala el camino a los activistas y dirigentes del movimiento obrero. Antes que nada, necesitamos de la unidad para realizar esta tarea gigantesca que es reconquistar la CGT para los obreros argentinos. Apoyamos con todo nuestro entusiasmo los intentos de estos dirigentes por mantener la organización cegetista y los sindicatos industriales. No nos interesa si ellos son amigos de Bengoa, Uranga o Aramburu.⁵ Lo que nos interesa es que son conocidos por la clase obrera y quieren reconquistar la CGT y los sindicatos industriales reorganizando el movimiento obrero. Planteamos que debe haber una sola Junta de Emergencia para cada gremio, una sola Junta de Emergencia para la CGT regional; una sola Junta de Emergencia para la CGT nacional. Solo así se asegurará la reorganización sindical y la reconquista de la CGT y la liquidación de los planes proimperialistas del gobierno en el movimiento sindical.

Este apoyo a la Junta de Emergencia, no significa que callemos nuestras profundas divergencias con sus dirigentes; esas divergencias existen y existirán porque tienen su origen en profundas diferencias de clase. Efectivamente, las características oportunistas, negociadoras y maniobreras que presentan sus dirigentes, así como su fe en las cumbres y no en la clase obrera, tienen una explicación objetiva. Su base social está dada por los sectores de la patronal argentina que necesitan de una clase obrera que les responda para hacer presión sobre los poderes públicos; en esa medida necesita también de una burocracia suficientemente representativa. El objetivo de esta patronal no es el aplastamiento de toda organización obrera, como en el caso del imperialismo, sino de mantener un estado de cosas que le permita el desarrollo “normal” de su actividad. Necesita entonces de elementos en los que la clase obrera tenga cierta confianza y pueda de este modo mantener “la paz social” y utilizar a la clase obrera para presionar contra los adversarios de los capitalistas argentinos. De ahí que haya sectores del propio gobierno y de la propia patronal que no miren con tan malos ojos el surgimiento de la Junta de Emergencia e incluso —como se dice en el lenguaje de nuestros trabajadores— “le den manija”.

Estos dirigentes de la Junta de Emergencia son aptos para esta tarea porque han sido educados por el peronismo en las negociaciones con los poderes públicos y la patronal. Son los dirigentes obreros de la época de colaboración con la patronal argentina. Por eso, en lugar de confiar exclusivamente en la clase obrera, la mayor parte de ellos han utilizado a la clase obrera para encumbrarse.

Tanto nuestra posición como nuestros métodos son fundamentalmente distintos. Nosotros defendemos la organización sindical con métodos opuestos; solo confiamos en la organización y movilización de la clase obrera. Actualmente, por ejemplo, mientras ellos buscan la “normalización” y la “legalidad” del movimiento obrero en base a negociaciones, nosotros planteamos como eje de nuestra actividad la reorganización por la base y por la dirección de los sindicatos y las fábricas. Ellos acuden a las alturas patronales o militares y nosotros a la base. Cuando ellos apelan a la base lo hacen como refuerzo a sus negociaciones. Nosotros negociamos únicamente como refuerzo a nuestra actividad de reorganización sindical.

5 **Pedro Eugenio Aramburu** (1903–1970) fue un militar del ejército argentino, y una de las más importantes figuras tras el golpe militar auto titulado Revolución Libertadora contra Perón. Fue de facto presidente de Argentina desde el 13 de noviembre 1955 al 1 de mayo 1958.

Algunos compañeros se preguntarán cómo, con métodos tan opuestos, podremos marchar junto a ellos en esta etapa de reorganización. Comenzaremos diciendo que para nosotros es una obligación trabajar con la Junta de Emergencia. Si sus componentes son negociadores y no revolucionarios, es porque la clase obrera argentina cuya mentalidad reflejan, tampoco está con los métodos revolucionarios sino con las negociaciones. Es un producto de la época peronista de colaboración de los obreros con la patronal. De tal suerte que si nosotros no trabajáramos con la Junta de Emergencia por estas características, significaría que renunciamos de hecho a trabajar y a convencer a miles de activistas que, con todos sus defectos presentes, son lo mejor de la clase obrera y su más firme promesa para el logro de una dirección revolucionaria. Precisamente este resultado futuro depende de nuestra actitud actual frente a este movimiento. La clase obrera actualmente es así y no como nosotros quisiéramos que fuera. Sus dirigentes también.

Tenemos que demostrar a la propia clase obrera que los métodos de esos dirigentes son errados. Trabajar junto a ella en la organización del movimiento obrero, será la mejor forma de explicárselo en los hechos y en base a su propia experiencia. Durante esta tarea la clase obrera sabrá reconocer a sus auténticos dirigentes y logrará su propia dirección revolucionaria.

Por eso, para un militante nuestro, en la actualidad no hay tarea más importante que la de reorganizar en su gremio y sector de trabajo el movimiento sindical. Todas las horas del día son pocas para lograr este objetivo. Debemos organizar las Juntas de Emergencia en todos lados. Si es preciso en la clandestinidad; pero debemos organizarlas.

Sabemos que muchos compañeros de buena fe e incluso dirigentes no creen que la tarea fundamental sea esa. Ellos creen que lo fundamental hoy día es el sabotaje y nada más que el sabotaje. Tienen todo el derecho a opinar así, de la misma forma que nosotros lo tenemos de mantener nuestra opinión. Sin embargo la realidad es una sola. Nosotros, en principio, estamos a favor de utilizar cualquier forma que nos sirva para la lucha. Pero esas formas dependen del momento de la batalla o de que estemos entablando una batalla. Durante las últimas huelgas generales estuvimos por los medios violentos, precisamente cuando los mismos dirigentes que hoy alientan el sabotaje se metieron bajo la cama. Pero entonces estábamos en la lucha callejera, y volveremos a sostener esa posición cuando se reanude la lucha.

Ahora de lo que se trata es de montar una organización que nos permita ir de nuevo a la batalla. Una organización como la que perdimos por la mala conducción de los mismos que ahora quieren, con un golpe de estado o un sabotaje, recuperar lo perdido. Por eso lo fundamental en este momento es reorganizar sindicalmente a la clase obrera, y levantar su ánimo luego de la derrota sufrida. ¿No es penoso que abnegados luchadores pierdan su tiempo, su energía y su libertad en ataques individuales cuando su tiempo, su energía y su libertad son tan importantes para forjar la organización que nos dará el triunfo, o sea la reorganización del movimiento sindical y fabril para la reconquista de los sindicatos industriales y la CGT?

El peronismo, al confiar más en la fuerza de una bomba que en la del movimiento obrero, no hace más que repetir viejos errores. Vuelve a demostrar la misma falta de confianza en la acción de los trabajadores que selló su suerte en septiembre del 55. Nosotros, al centrar nuestra actividad en la reorganización del movimiento sindical y en la reconquista de sus organizaciones, estamos diciendo que sólo confiamos en la movilización de nuestra clase. Lograda esa reorganización y planteada de nuevo la batalla, entonces sí trataremos de forjar las mejores bombas para que los tanques no hagan fácil presa de nuestros compañeros. Entonces será el momento de utilizar todas las energías en el sabotaje y el combate callejero. Porque queremos no sólo la lucha heroica sino la victoria.

Nosotros, trotskistas, socialistas revolucionarios, no sólo creemos en la clase obrera sino fundamentalmente en la clase obrera revolucionaria. Por eso para nosotros reorganizar el movimiento sindical y obrero, no significa repetir los vicios de la antigua organización peronista. Nuestro apoyo a la Junta de Emergencia no significa que renunciemos a imprimirle a los sindicatos reorganizados una orientación anticapitalista y anti imperialista. Pero queremos que esa orientación sea adoptada democráticamente por la mayoría de la clase obrera organizada. No

pretendemos copar ni pretendemos imponernos; queremos convencer. En este sentido somos los más democráticos, porque creemos en la justeza de nuestra línea y basados en ella creemos posible imprimir al movimiento obrero organizado una orientación antiimperialista y anticapitalista desde el principio.

Aunque hoy día seamos minoría dentro del movimiento obrero, creemos que podemos convencer a la mayoría y ganarla a nuestras posiciones. Pero es necesario que no caigamos en el fetichismo de las etapas. Es decir: el hecho de que no existan actualmente sindicatos en manos de los obreros ni partidos obreros de masas, no significa que primero tendrán que existir los sindicatos oportunistas y después tendremos que tratar de transformarlos en revolucionarios. No. Eso sería fetichismo. Nosotros trataremos que desde su propia estructuración ya sean organizaciones clasistas y antiimperialistas; es decir, trataremos de convencer a los obreros de que no hay que ser primero negociadores y después revolucionarios, sino que la garantía del triunfo reside precisamente en ser de entrada clasistas y antiimperialistas, tanto por nuestros objetivos como por nuestros métodos.

Concretamente, trataremos de que las organizaciones reorganizadas y reconquistadas no repitan los vicios, sino que saquen las experiencias del anterior período.

Precisamente para lograr esto es necesario demostrar en los hechos y en las tareas de reorganización sindical, que somos la auténtica dirección. Para esto, para ganarnos la confianza de la base, es que debemos trabajar con ella tal cuál es y libres de todo sectarismo. A menos que nos liberemos de él, no habrá tampoco una gran central sindical revolucionaria.

La tarea inmediata, urgente, es reorganizar el movimiento sindical. Reorganicemos los sindicatos de industria rodeando a las direcciones sindicales y formando a su alrededor Juntas de Emergencia para reorganizar los cuerpos de delegados fabriles.

4. Reorganizar el movimiento sindical

Dentro de un cuadro caracterizado por la derrota de la clase obrera, la pérdida de sus organizaciones sindicales, al mismo tiempo que por un desánimo general, el gobierno ha lanzado el decreto de aumento de salarios. Tal aumento alcanza al 10% y sus condiciones son deplorables para la clase obrera.

Esto explica por qué no ha reaccionado ante el decreto. Pero esto no significa que no le haya interesado la cuestión. Por el contrario le ha preocupado seriamente. Los revolucionarios no debemos olvidar este hecho. Aunque la clase obrera odia al actual gobierno en general, el problema que más le interesa actualmente es el de los futuros convenios.

Precisamente por eso no puede excluirse la posibilidad de que, durante el tiempo de discusión de los convenios, los trabajadores asimilen la derrota adquiriendo de nuevo confianza en sus fuerzas. Nosotros debemos tender a lograr ese objetivo. El gobierno trabaja en sentido inverso. Para él, el decreto es el primer golpe al que seguirán los otros durante las tratativas.

Lo mismo que frente a otros problemas, el peronismo había tenido frente a los convenios una actitud contradictoria. Implantando los convenios colectivos de industria y haciéndolos terminar en la misma fecha, unificaba a la clase obrera en su actividad y esto era progresivo.

Pero al no dejar que los organismos obreros discutieran independientemente, sino controlándolos estrictamente, era un factor altamente negativo. El actual gobierno trata de liquidar justamente el aspecto positivo de esta política peronista: el carácter colectivo y la discusión conjunta de los convenios. El objetivo fundamental de la maniobra es dividir a la clase obrera. De ahí que plantee los siguientes principios para la discusión de los futuros convenios. Que los convenios serán por zona y no iguales para el total de los trabajadores, que los próximos convenios se discutirán en distintas fechas para cada gremio.

Esta maniobra divisionista va acompañada de cierto palabrerío, así como de una concesión económica de importancia para las mujeres peor pagas.

Pero no solo dividir es el objetivo del decreto de marras. Lo es también el de explotar a los trabajadores. Por eso mismo establece dos condiciones previas: por la primera, da manos libres al patrón en las relaciones de trabajo; por la segunda, aquel tiene derecho a decir cómo y dónde deben trabajar los obreros dentro del establecimiento.

Se nos plantea así el problema de cómo enfrentar este decreto reaccionario. Algunos obreros revolucionarios han opinado que se debe resistir ahora mismo la aplicación del decreto. Nosotros creemos que hay que mirar la realidad tal cual es. Hoy día la clase obrera no tiene posibilidades de resistir con éxito al decreto. Por eso nuestro consejo es que no es el momento actual para rechazar el decreto. En eso discrepamos con la Junta de Emergencia. Esta plantea que todo convenio o decreto del gobierno no tiene validez por no haber sido democráticamente discutido por la clase obrera. Nosotros pensamos que rechazar el decreto sin tener fuerza para ellos es una aventura. De la misma manera conformarse con decir que las actuales negociaciones no son válidas es abstencionismo y oportunismo. En consecuencia, creemos que hay que organizar la lucha contra el decreto. En este sentido, las propias maniobras del gobierno en la tramitación de los convenios pueden significar un triunfo del movimiento obrero reorganizado. Lo lograremos en la medida que, aceptando discutir los convenios, utilicemos esa discusión para reorganizar el movimiento obrero. Nosotros le daremos a esta discusión gran importancia. Nuestro fin al intervenir en ella será desbaratar una a una las maniobras del gobierno facilitando así la reorganización del movimiento obrero. Sin esa reorganización sindical estamos perdidos. El gobierno trata de imponer sus convenios especulando con la división y desorganización de la clase obrera. Nosotros trataremos de utilizar esas discusiones para reorganizar a la clase obrera.

El hecho de que esta reorganización tenga que hacerse en general en la clandestinidad, no debe hacernos olvidar la utilización de la legalidad para todo lo que podamos. La Junta de Emergencia y las comisiones internas darán una batalla general para tratar de que los convenios sean discutidos por los auténticos delegados del personal. Aún en el caso de no poder obtener una victoria completa sobre esto, debemos tratar de infiltrar compañeros representativos, elegidos por los compañeros, en la discusión de los convenios. Estos son nuestra bomba de tiempo dentro mismo de esas paritarias antidemocráticas. Son quienes deberán desbaratar sus planes. Para ello es indispensable la publicidad inmediata y al día de la marcha de las tratativas aunque sean expulsados de las paritarias. El solo hecho de hacer posible esta información justifica su presencia. Sin embargo no terminan ahí las enormes posibilidades de estos representantes. No solo deberán informar, sino que tratarán de oponer al programa de la patronal, del gobierno y sus aliados, los “gremialistas libres”, el programa que la clase obrera necesita en estos momentos. Sentarán su protesta por el hecho de que la representación no esté integrada por compañeros democráticamente elegidos. Es decir, atacarán intransigentemente la ridícula y antidemocrática forma de elección decretada por el gobierno. Plantearán su oposición a que se aumente la explotación mediante la reforma de las normas de trabajo, pondrán en claro que todo aumento en la remuneración proveniente del aumento de trabajo, no es una conquista sino un paso atrás. Junto a todo ello y como cuestión fundamental, plantearán los siguientes puntos:

a) Aumento de salarios del 50%, masivo y parejo para todos los trabajadores

Eso es como mínimo lo que bajó el nivel de vida obrero en los últimos tiempos. Hay que evitar que se impongan aumentos desparejos por jerarquías, que es una vieja maniobra patronal para dividir a los obreros. Si, por ejemplo, en el Chaco se propone un aumento del 20% y en Buenos Aires del 50%, los trabajadores del Chaco y Buenos Aires no se sentirán identificados sino divididos y no habrá manera de enfrentar a la patronal con la unidad de todos los obreros del país. Lo mismo decimos para el caso que se propongan diferentes porcentajes para oficiales y peones. En cualquiera de los dos casos la patronal logrará dividir a los trabajadores y le resultará más fácil imponer su conveniencia. La lucha por el aumento masivo y parejo evita esta división. Los convenios únicos por gremio son un progreso pero podemos y debemos superarlos conquistando aumentos masivos y parejos para todos los trabajadores.

b) Salario mínimo y vital de 1.600 pesos y escala móvil de salarios para todos los trabajadores

Si entendemos por salario mínimo y vital lo que tiene que ganar un padre de familia con dos hijos para poder vivir, creemos que ese salario no puede ser inferior a 1.600 pesos porque en la actualidad no se puede vivir con menos. Pero para que este salario no sea burlado por los aumentos de precios, es necesario que sea acompañado por la escala móvil de salarios. Si aumentan los precios, deben aumentar los salarios. Debe aplicarse, como mínimo, la ley que obliga al reajuste trimestral de los salarios si aumenta el costo de la vida.

c) Garantía horaria de 80 horas quincenales y seguro contra la desocupación

Hay que lograr estas dos conquistas para evitar las suspensiones y despidos. Como en los frigoríficos, todo obrero debe tener asegurado el pago, trabaje o no, de 80 horas quincenales. Si es despedido, el Estado debe garantizarle el pago del salario mínimo vital.

Los “gremialistas libres”, agentes de la división y la patronal, dirán que estos puntos son una locura, dada la “mala situación” por la que atraviesa el país. Naturalmente, también nos atacarán de demagogos. Así lo ha dicho su órgano *La Vanguardia* y los interventores del gremio ferroviario.

El activista honrado, sin embargo, tendrá argumento fácil para derrotar los argumentos de la patronal, el imperialismo, los “gremialistas libres” y los funcionarios del actual gobierno. Efectivamente, si como dice este gobierno, expropiando las fortunas peronistas puede resolverse el problema del petróleo y el de las viviendas obreras, no hay duda de que expropiando además, junto a ellas, a las fortunas contreras, podremos cumplir con holgura nuestro programa.

Actuando así día por día, mediante volantes, folletos, etcétera, fortaleceremos la lucha de los compañeros que quieren reorganizar el sindicato gremial, al mismo tiempo que habremos logrado transformar una maniobra gubernamental reaccionaria en un arma de agitación obrera por la reorganización sindical.

Ese es el camino y no el del abstencionismo. No debemos esperar pacientemente, sino trabajar todos los días por la reorganización de nuestra clase, aprovechando la legalidad si es posible, pero no dejando de recurrir a la clandestinidad, si es necesario y no deteniéndonos ante los obstáculos.

El decreto reaccionario sobre salarios debe ser transformado en su contrario, en un pretexto para obtener dos grandes triunfos: conseguir magníficos convenios y reorganizar los sindicatos durante las discusiones ordenadas por el gobierno.

5. Reorganizar el movimiento obrero para liquidar al actual gobierno

Algo contrario de los rumores provenientes de algunos sectores del peronismo, en el sentido de que el gobierno es sumamente débil, nosotros creemos que goza de bastante estabilidad. Podemos decir que en toda Latinoamérica, un gobierno es realmente estable cuando se apoya en el imperialismo yanqui o en la clase obrera. No existen puntos intermedios para una estabilidad gubernativa.

En este sentido el actual gobierno es estable precisamente porque cuenta con el apoyo indiscutido del imperialismo yanqui. Junto con esto, ha logrado derrotar a la clase obrera. Podríamos definir al actual gobierno diciendo que es un frente proyanqui que trata de apoyarse en la patronal y en la clase media y en los partidos de la Junta Consultiva. El gobierno de Aramburu cuenta pues con el apoyo del imperialismo yanqui y de sus sectores coincidentes dentro del país: la clase media y la patronal; están unidos en el plan de entregar al país y aplastar a la clase obrera.

Esto no niega que existan en el actual gobierno fuertes factores de inestabilidad. Estos factores existen. Primero: por la crisis de la economía argentina. Segundo: porque cuenta con la total oposición de la clase obrera, la clase nacional más fuerte, homogénea y revolucionaria que aunque derrotada, levantará la cabeza inevitablemente. Tercero: porque la crisis se volcará no sólo sobre el proletariado, sino también sobre sectores de la clase media; este fenómeno restará al

gobierno el apoyo de esos sectores que se unirán así a la clase obrera. Se terminará así la división que separó a las dos clases bajo el peronismo. Cuarto: porque la entrega del país al imperialismo yanqui como solución de la crisis, producirá la oposición creciente, e incluso desesperada, de sectores de la patronal, a quienes perjudicará este nuevo ordenamiento del país como apéndice del imperialismo yanqui. Es por eso que podemos decir que el gobierno de Aramburu aunque relativamente estable, se asienta sobre los volcanes de la lucha de clases y la lucha anti imperialista.

No importa que en la actual etapa esa lucha esté dada por una violenta ofensiva de la patronal y el imperialismo y por lo tanto solidifique la situación del gobierno que es esencialmente antiobrero. Esta ofensiva patronal, condicionará a la vez una reacción inevitable que hará trastabillar al gobierno. En este sentido, cuando afirmamos que este gobierno es más estable, lo decimos en relación al de Lonardi.

El peronismo fue derrotado por dos sectores claramente delimitados. La vieja Unión Democrática al servicio del imperialismo yanqui y los sectores oligárquicos que —aunque antiyanquis y habiendo apoyado críticamente durante años al peronismo— se distanciaron luego de él debido a su política obrerista. Tal el caso de los sectores nacionalistas y católicos.

El gobierno de Lonardi fue inestable por su heterogeneidad. Por un lado quería defender cierta independencia de la patronal argentina frente al imperialismo yanqui, apoyándose en la clase media. De ahí nuestro pronóstico posteriormente confirmado, en el sentido de que el gobierno se dividiría en dos alas, como está dividida la burguesía argentina; un ala proyanqui (sectores cerealistas, comercio de importación y grandes grupos financieros, como los Bemberg y Cía.) y por otro lado, el sector que se opone en este momento a la capitulación total al imperialismo yanqui y que es partidario de las negociaciones (los ganaderos, industriales y los comerciantes). Rojas y Busso⁶ por un lado con las juntas consultivas y Bengoa–Uranga, por otro, reflejan políticamente esas dos alas.

El triunfo del ala proyanqui era inevitable, puesto que mientras ésta tenía todo el apoyo del imperialismo yanqui, los obreros, en cambio, no apoyaban al ala más independiente, de Bengoa–Uranga.

Lo interesante es que estos últimos, en su intento de resistir al plan yanqui, tuvieron que tender a apoyarse también en la clase obrera. Ellos coincidían con Perón en la formación de una unidad nacional de resistencia al imperialismo yanqui, pero no toleraban que dentro de ella los obreros fuesen el elemento de sostén popular dominante. Esto los alejó de Perón y los enroló en el golpe. Sin embargo, una vez libres de Perón, no tuvieron otro remedio que apelar, como lo había hecho éste, a una política de colaboración con la clase obrera para esbozar una política de defensa nacional, no porque les gustara, sino porque no había otra salida. Es que una cosa son los deseos y otra muy distinta la dinámica real de la lucha de clases. Una vez más se cumplía la premisa que en toda Latinoamérica, la colaboración de un sector burgués con los obreros no es una cuestión de deseo, sino de necesidad cuando aquel desea esbozar resistencia al imperialismo yanqui. Esta situación se vio precipitada por el hecho de que el ala yanqui copó el gobierno.

Comienzan entonces las negociaciones del ala Bengoa con la burocracia sindical ya que, en la misma medida en que necesitaba el apoyo de los obreros, le resulta indispensable el control más estricto sobre ellos, para impedir cualquier desborde que ponga en peligro los privilegios de los estancieros y demás sectores patronales que lo apoyan. Dentro de este tono se prepara el putsch del ejército contra el gobierno. Los cuadros que están por el golpe de Bengoa–Uranga, son precisamente los que reflejan los sectores estancieriles y patronales que aspiran a una cierta independencia del país.

La Junta de Emergencia de la CGT refleja esa necesidad en el campo obrero, de la misma manera que el ejército lo refleja en el campo de las fuerzas armadas. Pero la discrepancia con el ala proyanqui termina aquí. Lo que une a todos los que hicieron el golpe contra Perón —incluso al ala Bengoa–Uranga—, es el convencimiento de que no debemos volver a la “arbitrariedad” del

⁶ **Eduardo Bernardo Busso** (1898–1983) fue un político y jurista especializado en Derecho Civil. Lonardi lo designó Ministro de Interior y Justicia, cargo que asumió el 23 de septiembre de 1955.

peronismo. Ellos llaman “arbitrariedad peronista”, a la política de concesiones al movimiento obrero que llevó a cabo el peronismo.

En lo que se refiere al rol de la clase media, digamos que así como el peronismo dependió del apoyo de los obreros, en el sentido de que aún con métodos patronales amplió su participación en la renta nacional, el actual gobierno es fundamentalmente un gobierno que cuenta con el apoyo de la clase media, porque tiende a corregir esa “arbitrariedad”; tiende a restituir a la clase media o a grandes sectores de ella su antigua situación. Por eso la clase media constituye el apoyo masivo del gobierno reaccionario. En la misma medida en que el peronismo defendía la clase obrera, este gobierno, en su intento de mantener su base social, tiene que hacer concesiones a la pequeña burguesía fundamentalmente en el terreno de las libertades democráticas. De ahí que se permitan las críticas o la oposición al gobierno, siempre que no partan del movimiento obrero o de los sectores peronistas afines a él. Por otra parte, el hecho de que el imperialismo yanqui trate de otorgar a su gobierno en el país una base popular electoral más o menos democrática que le dé estabilidad, robustece esa política. De la intención y la necesidad por parte del gobierno de mantener esa base social, es que depende la posibilidad de que sigan existiendo resquicios legales. La gran heterogeneidad de la clase media, con sus infinitos sectores y matices, acrecienta esa posibilidad.

Claro que esta posible política del gobierno tendrá vigencia en la medida que ella no se oponga a lo fundamental de su objetivo: asegurar el plan de colonización del imperialismo yanqui. En caso de producirse esa contradicción, está claro que serán liquidadas las libertades democráticas, para asegurar la vigencia de los planes reaccionarios del gobierno. Precisamente los sectores de la pequeña burguesía que rompan con el gobierno por su oposición a esos planes, serán los primeros en sentir las consecuencias del cambio.

Hemos dicho que el apoyo de la clase media al actual gobierno se explica por la intención de impedir la vuelta del peronismo, que disminuyó la participación de esta clase en la renta nacional, en beneficio de los obreros. Esto une a todos los sectores de la clase media. Pero mientras unos quieren esa mejora entregándose a los yanquis, otros la buscan mediante una política de independencia nacional. En el primer sector figuran los socialistas, los demócratas cristianos y los radicales unionistas; el segundo, la intransigencia radical. El hecho de que también ésta coquettee como Bengoa–Uranga con la clase obrera, confirma lo anteriormente dicho, que solamente de esta clase puede llegar la solución del problema nacional. La presión del ala Noblía⁷ dentro de la intransigencia, refleja la desesperación de sectores de la patronal y la clase media que no han encontrado ninguna solución a los problemas que los aquejaba bajo el peronismo.

Este gobierno cuenta con el repudio del 90 por ciento de los obreros, y del 70 por ciento de la población del país. Sobre esto hay una anécdota que si no es cierta merece serlo. Se la ubica como sucedida en el diálogo entre un dirigente sindical peronista y un alto dirigente radical intransigente. El primero preguntó al otro cómo iban las cosas, éste contestó que iban exactamente igual que antes. A esto el peronista replicó: “No, doctor, si nosotros, que somos el 60 por ciento de la población estamos mucho peor que antes y ustedes, que tienen casi el resto están igual, significa que las cosas no están igual que antes; sino mucho peor.”

Efectivamente, el actual gobierno es oligárquico en la más pura acepción de la palabra. El problema es cómo lograr otro que, reflejando la mayor parte del pueblo haga un gobierno favorable a los trabajadores y a la clase media, contra el imperialismo y la patronal.

Hay quienes plantean que la solución está en el llamado a una asamblea constituyente o a elecciones nacionales. Esto significa que quien va a organizar una y otra es el actual gobierno oligárquico y pro imperialista que se apoya en una ínfima minoría de la población. Eso naturalmente, no soluciona absolutamente nada. De lo que se trata, es de lograr la forma de echar al actual gobierno para que se llame a una constituyente y elecciones democráticas. De lo contrario, le hacemos el

7 **Héctor Virgilio Noblía** (1901–1977) fue un médico y político argentino, que ejercería el cargo de Ministro de Asistencia y Salud Pública durante la presidencia de Arturo Frondizi.

juego al gobierno; porque lo reconocemos y además lo consideramos capaz de llamar a elecciones y de reunir una constituyente democrática.

No olvidemos que este gobierno ha mandado a la ilegalidad al partido peronista, partido ampliamente mayoritario en el país. ¿Es que puede ser democrática una elección en la que no intervenga el partido peronista, actualmente mayoritario? De ahí que lo previo sea barrer al actual gobierno. La consigna de asamblea constituyente y elecciones, sin aclarar previamente que hay que liquidar al gobierno para lograr la realización de esa consigna, es oportunismo puro.

Esto no quiere decir que si el gobierno da elecciones, aunque sean fraudulentas, nosotros no intervengamos. Hemos de intervenir si es que la clase obrera para entonces no tiene la fuerza suficiente para liquidar al gobierno. Pero lo haremos para aprovechar la elección en la reorganización del movimiento obrero. Nuestra consigna estratégica fundamental no es, pues, asamblea constituyente o elecciones nacionales, sino, reorganizar el movimiento obrero y sindical para poder echar al gobierno y poner en su lugar uno que represente a la mayor parte de los trabajadores.

La actual situación es revolucionaria en potencia, y así lo entendemos nosotros al proponer como tarea la liquidación del actual gobierno. Si este es el gobierno de la colonización del país por los yanquis y si la amplia mayoría de la población y el 90 por ciento de los trabajadores quieren liquidar al gobierno, no hacemos más que expresar esa necesidad histórica, y ese sentido deseo de la clase trabajadora, al plantear como la tarea fundamental de esta etapa histórica la liquidación del actual gobierno.

Esto no significa que en esa lucha no se utilice la legalidad. Pero esa utilización, sea cual fuere, queda supeditada al objetivo central: voltear al gobierno. Toda utilización legal es solamente un medio para el logro del resultado estratégico. No puede ser de ninguna manera un fin en sí, ni tampoco un reemplazante del objetivo de toda una etapa: la liquidación del gobierno reaccionario. La organización del movimiento obrero es la herramienta fundamental para esta tarea.

Nuestra tarea, pues, no puede ser otra que reorganizar al movimiento obrero para liquidar al actual gobierno antidemocrático y oligárquico.

Desde este punto de vista resulta risueño el intento de que el actual gobierno llame a elecciones democráticas o a una constituyente que sirva para algo. Quienes piensen lograr esto mediante la presión obrera contra el gobierno, son ilusos y oportunistas. Ilusos porque, mediante simple presión —por más grande que sea— nadie podrá hacer que un gobierno oligárquico deje de ser... oligárquico. De la misma manera que por presión no puede lograrse que un gobierno burgués deje de ser burgués. Hoy en día es tan difícil que el gobierno de Aramburu de legalidad al peronismo —fundamental tarea democrática para una elección o constituyente— como pedirle al gobierno de Eisenhower que deje de ser imperialista. Precisamente ser oligárquico, es la razón de ser y no una característica más del gobierno actual; de ahí su política de feroz persecución al movimiento obrero.

Pero decimos que además de ilusos son oportunistas, porque si la movilización o la presión fueran tan grandes como para obligar al gobierno a hacer todo esto, entonces sería puro oportunismo conformarse con un llamado a elecciones o a constituyentes, ya que sobraría fuerza para liquidar lisa y llanamente al gobierno. Efectivamente, se requiere la misma fuerza para liquidarlo que para lograr de él un llamado a elecciones o a constituyentes más o menos democráticos. Y nosotros no podemos luchar por otra forma de constituyentes que no sea democrática... sólo que para ello el primer obstáculo es el gobierno.

En cuanto a las posibilidades de la presión, diremos que se puede presionar a un gobierno que tiene base de masas para arrancarle ciertos objetivos mínimos; pero que de ningún modo se puede presionar a un gobierno que se apoya en la flota y en el imperialismo yanqui para que deje de ser proyanqui y oligárquico. Esta es, además, la experiencia internacional; los revolucionarios rusos aprovechaban las posibilidades legales del zarismo pero en ningún momento pensaron en reemplazar el objetivo, que era la liquidación del zarismo. Utilizaron esas posibilidades legales para

ayudar a la liquidación del zarismo, y no porque piensan que el zarismo iba a dejar de ser zarismo por simple presión, o por simple utilización de los medios legales permitidos por el propio zarismo.

Utilizar las posibilidades legales, no significa capitular ante esas posibilidades, ni olvidar en el caso argentino la experiencia de los trabajadores, así como el carácter de clase del actual gobierno. Otro tanto podríamos decir del gobierno de Castillo Armas. Independientemente de los recursos legales que pueda utilizar el pueblo guatemalteco, su tarea decisiva no es presionar al gobierno para que deje de ser un gobierno carnicero al servicio del imperialismo, sino que sigue siendo su liquidación lisa y llana.

En el caso argentino, la liquidación del gobierno puede ser cuestión de meses o años, pero eso no cambia el carácter de la tarea; ésta sigue siendo voltear al gobierno en base a la insurrección de los obreros, y los sectores pauperizados de la pequeña burguesía.

Todas las horas del día son pocas para recordar a la clase obrera que el hecho de utilizar un llamado a constituyentes, como el de intervenir en elecciones sin el peronismo, aunque sean fraudulentas, o el de hacer contra ellas el boicot activo según el caso, tienen un sólo fin: la utilización de todos estos medios para organizar la liquidación del gobierno. Precisamente porque sólo su liquidación en base al movimiento obrero organizado podrá acelerar el llamado a una constituyente democrática; constituyente que incluirá la legalidad de todos los partidos incluso el peronismo.

Los intransigentes y los comunistas critican al gobierno pero no creen en la necesidad de voltearlo como cuestión previa. Los radicales piensan coparlo en base a los militares jóvenes; su táctica es presionar al gobierno para que dé elecciones y luego ganar éstas, libres del peronismo.

Junto con los stalinistas hay otros grupos de izquierda que plantean como fundamental tarea política las elecciones. Estos grupos son, pese a su lenguaje revolucionario, la oposición izquierdista al gobierno, sus agentes en el movimiento obrero.

Nosotros estamos de acuerdo con el peronismo y el 90% de la clase obrera, en que hay que voltear al gobierno; pero discrepamos en sus métodos. El peronismo trata de hacer un golpe militar, preparando el ambiente mediante el sabotaje. Los mejores elementos obreros con que cuentan, son utilizados como auxiliares de los militares en el sabotaje y nada más. Nosotros tratamos de ver las cosas como son. Hoy día, no se puede voltear al gobierno. Recién estarán dadas las condiciones para hacerlo, cuando los sectores pobres de la clase media se unan a los obreros y estén dispuestos a jugarse. Será además necesario que la clase obrera no se sienta derrotada como actualmente. Ese será el momento.

Para nosotros lo fundamental actualmente, es dar un nuevo impulso a la clase obrera, armarla nuevamente para la lucha. Para ello es preciso liquidar la ofensiva patronal gubernamental, imperialista. Sólo el movimiento obrero organizado podrá frenar esa ofensiva y liquidar al gobierno. Además de eso, tendrá que reemplazar al actual gobierno reaccionario; tendrá que ser la base del gobierno futuro. Sólo un gobierno así podrá llamar a una auténtica asamblea constituyente, a una verdadera elección democrática.

Los obreros peronistas pueden decirnos que están de acuerdo en reorganizar al movimiento obrero, pero para la vuelta de Perón. A ellos, amplísima mayoría del movimiento obrero, nosotros les proponemos lo siguiente: reestructurar juntos el movimiento sindical para liquidar al gobierno; realizado esto, nosotros acataremos cualquier resolución que tome el movimiento obrero organizado, reservándonos el derecho de criticar lo que nos parezca errado. Si para entonces los obreros quieren que vuelva Perón, acataremos lo resuelto, aunque lo creamos un enorme error.

Queremos para el futuro gobierno un equipo obrero elegido democráticamente por los obreros, para que apliquen un programa obrero contra la patronal, los terratenientes y el imperialismo. Si estamos en contra de Perón y el peronismo, es porque tienen un programa que en el fondo es patronal.

Nuestra consigna es, por consiguiente: ni elecciones nacionales, ni asamblea constituyente llamada por el gobierno reaccionario oligárquico.

Reorganización del movimiento obrero para la liquidación del gobierno reaccionario odiado por el pueblo trabajador, para que gobiernen quienes quieren los trabajadores de acuerdo al programa elaborado por los obreros organizados a través de sus organizaciones de clase.

Esto no impedirá que en todo momento nos reservemos el derecho, aun acatando a la mayoría de los obreros organizados, de discrepar y criticar a esa mayoría por no tener un programa consecuentemente anti-patronal y antimperialista.

6. El movimiento sindical reorganizado debe oponerse al Plan Prébisch

El informe Prébisch ha tenido la virtud de provocar una viva polémica alrededor de los problemas de la economía argentina. Esta polémica ha girado alrededor de los mismos dos frentes en que se divide el país: contreristas y peronistas. Prébisch, al asegurar en su informe que el país atraviesa por la peor crisis de su historia, sirve al contrerismo. Los peronistas, cuando afirman que lo que dice Prébisch es totalmente falso, defienden, lógicamente, al peronismo. Y cuando los radicales intransigentes aseguran que ni Prébisch ni los peronistas tienen razón, lo único que hacen es confirmar su medianía, su incapacidad y su cobardía.

Nosotros creemos que, a su modo, Prébisch y los peronistas tienen razón. Y no es un chiste. Prébisch tiene absoluta razón cuando dice que esta crisis de la economía argentina es gravísima, pero miente hipócritamente, cuando por salvar la responsabilidad de Wall Street le echa toda la culpa al peronismo.

Los peronistas tienen razón al señalar los progresos económicos que se lograron bajo el peronismo y cuando aseguran que éste no es culpable de la actual crisis; no tienen razón cuando afirman que Prébisch exagera y que la situación económica es buena.

La verdad es que la economía argentina está en crisis, en una gravísima crisis, y que el peronismo no es el principal culpable. Cuando uno lee los informes de Prébisch o de otros técnicos sobre los países latinoamericanos, se encuentra con que todos dicen lo mismo: tremenda crisis, falta de productividad, pobreza, bajo rendimiento, crisis agraria, moneda débil y necesidad de capital. Si exceptuamos a Venezuela, Cuba, posiblemente a México, a todos los países latinoamericanos les pasa lo mismo. Y sin embargo, Perón no gobernó en todos ellos, sino solamente en Argentina. Es decir, la causa de la crisis económica de toda Latinoamérica es de carácter general y no parcial. El motivo hay que buscarlo en causas que se presentan en todos los países. La causa fundamental es el dominio que sobre su vida política y económica ejerce el imperialismo yanqui. Este impide un desarrollo armónico de las economías nacionales latinoamericanas, al impedir la unión de esos países en el terreno económico, y al orientar el desarrollo de la industria de cada país de acuerdo a sus necesidades o a las del mezquino mercado interno de cada país.

Pero eso no es todo. El imperialismo desarrolla o protege la más tremenda rémora de los países latinoamericanos: el latifundio agrícola-ganadero. Todos los países latinoamericanos, en mayor o menor escala, sufren una tremenda crisis agraria. La producción es mínima por hombre y por hectárea. Esta crisis agraria se combina con la presión y el control del imperialismo yanqui y ocasiona permanente atrasos, desniveles y contradicciones en las economías latinoamericanas.

El desarrollo industrial más o menos avanzado en todos los países de Latinoamérica, acelera las contradicciones de su economía bajo el peso y el control de los terratenientes y del imperialismo. Este desarrollo industrial de Latinoamérica hace indispensable la unidad económica de estos países; pero ni los terratenientes, ni el imperialismo yanqui, ni los patronos industriales, quieren esa unidad, porque los perjudica.

El mismo desarrollo industrial necesita de la solución del problema agrario para el aumento de la producción; pero el respeto a la renta agraria de los terratenientes, grandes amigos y socios del imperialismo y los industriales, impide la solución de la crisis agraria. Por otra parte, esa misma producción agraria está a merced del mercado controlado por el imperialismo.

Esas son las razones reales de la crisis de estructura que sufren, en general, todos los países latinoamericanos y no sólo nuestro país.

Pero que esa sea la base general de la crisis no quiere decir que no existan en cada país causas particulares. Argentina no es una excepción.

Hasta la crisis del año 1929 nuestro país pudo combinar el desarrollo de la producción agraria con la producción industrial. A partir de esa fecha se produce un hecho de importancia decisiva en la economía del país: la crisis agraria. La Argentina moderna es hija de la colonización agrícola. Una parte de los inmigrantes iba al campo, alquilaba un pedazo de tierra y cosechaba cereales que se vendían fácilmente en el exterior. Estos chacareros fueron la base del desarrollo del comercio y de la industria nacional. Otros inmigrantes se quedaban en Buenos Aires y trabajaban en la industria naciente.

Este desarrollo general de la economía argentina se vio facilitado por el desarrollo general de la economía mundial, aunque retardado desde el principio por el monopolio de la tierra por los terratenientes: Anchorena, Pereyra Iraola, etcétera.

Los altos arrendamientos cobrados por estos terratenientes impidieron una más profunda colonización agraria. Se impidió así que 50 millones de campesinos europeos se asentaran y colonizaran de punta a punta el país. La crápula terrateniente y estancieril, en su afán de gastar millones en el París de fin de siglo, impidió una colonización agraria completa y eficaz. Si a pesar de eso ésta existió, aún con todas sus limitaciones, se debe al gran desarrollo del mercado mundial de cereales. Este permitió vivir al chacarero pese a la expoliación de que era objeto. A partir de la crisis del año 1929, ya no quedó la posibilidad de que el chacarero gane para él y además para el terrateniente.

Tampoco subsistió esa posibilidad en relación al pequeño hacendado, explotado por los frigoríficos. Estalló así la crisis que fue el producto combinado del chantaje del imperialismo y del terrateniente.

Para compensar la crisis, que los propios terratenientes sufrían, toda la patronal argentina —menos los importadores— se lanzó a una campaña de protección a la industria. Este relativo proteccionismo industrial permitió invertir capitales en la industria a los terratenientes, y al mismo tiempo absorber los brazos que quedaban libres en el campo. En el afán de superar la crisis, los terratenientes y los estancieros no sólo tienden a desarrollar la industria sino que también tratan de entregar el país al imperio británico para que éste les garantice las compras de sus carnes. Los terratenientes nos transforman por esta razón en una semicolonia británica.

Esta dependencia del imperio británico va a ser fatal para la economía nacional. Justamente, genio y figura hasta la sepultura, uno de los técnicos que reestructuraron el país como semicolonia británica fue míster Prébisch, integrante del trust de los cerebros de la oligarquía conservadora.

Esta dependencia va a hacer que el país, sin intervenir en la guerra, participe de las pérdidas del imperio británico. Durante los años de guerra, Argentina, por los acuerdos que firmaron Prébisch y sus amigos, no cobró nada por las ventas de sus carnes. Sumada a la crisis agraria esto es lo que ha dado origen a la actual crisis.

Durante la guerra, el país, en lugar de recibir las máquinas, repuestos, y materias primas que necesitaba, no recibió absolutamente nada a cambio de la carne, principal producto de su exportación. Fueron siete años sin recibir máquinas, tractores, vagones, etcétera.

El peronismo no fue culpable de esa situación. No hizo más que heredarla. Pero sí es culpable de no haber luchado para sacar al imperialismo lo que la economía del país necesitaba. No obstante eso, es preciso reconocer que Perón hizo mucho más que Prébisch y sus amigos para remediar la situación. El peronismo no es el culpable de que la industria se quedara sin máquinas, ni tampoco de la crisis agraria; de eso tienen la culpa los conservadores. Pero es el culpable de no haber encarado esos dos problemas con soluciones de fondo, habiéndolo hecho, en cambio, mediante métodos patronales, errados o aventureros. Es también culpable de haber capitulado ante el

imperialismo inglés y los terratenientes, haciéndoles miles de concesiones. Es culpable también de haber permitido las fabulosas ganancias de los Jorge Antonio, Juan Duarte, y Miguel Miranda.⁸

Para compensar la falta de maquinarias el peronismo desarrolló la industria empleando más mano de obra, hasta un grado peligroso. Por eso descendió el promedio de la productividad relativa y la tecnificación del país quedó enormemente atrasada. Pero el culpable de que no llegaran las máquinas necesarias a cambio de las carnes exportadas no fue Perón, sino el imperialismo que exprimió al país antes de que llegara al gobierno el “régimen depuesto”.

Caído el peronismo, que hacía de árbitro entre el imperialismo yanqui y los capitalistas por un lado y la clase obrera por otro, se han dado las condiciones políticas para que el imperialismo y la patronal encaren un plan económico de conjunto que solucione sus problemas. Toda la patronal del país, pide a gritos préstamos y maquinarias yanquis. No es para menos.

Tanto la industria como el campo necesitan urgentemente renovar o modernizar su maquinaria. Para lograr esto no hay más que dos salidas: entregarse al capitalista más fuerte, que tenga máquinas y capitales, el imperialismo yanqui, o planificar la economía nacional ligándola al resto de las economías nacionales latinoamericanas. Esto último significaría liquidar la producción en beneficio de los patrones y planificarla de acuerdo a los intereses reales de un pueblo. No hay otras salidas. Durante un cierto tiempo se puede vivir sin depender del imperialismo pero, luego, se necesitan capitales y maquinarias y entonces si no se toma el camino de la planificación total en beneficio del país y del pueblo, se tiene que capitular ante aquél. Esta es la situación actual, y a esa situación es a la que da respuesta el plan Prébisch.

Este economista hace un plan perfecto para satisfacer los intereses generales de la patronal y el imperialismo. Su objetivo fundamental es sencillo: crear las condiciones económicas para un acuerdo total con el imperialismo. Prébisch les dice a todos los capitalistas tanto como a todos los imperialistas: “Señores, estamos ordenando la economía argentina para que pueda ser explotada por los capitales de ustedes; de modo que ahora ayuden ustedes a este ordenamiento económico”. Los objetivos fundamentales del plan Prébisch son:

Primero: la libertad de cambios para que los capitales extranjeros, especialmente los del imperialismo yanqui, puedan entrar y salir cuando quieran; al mismo tiempo desvaloriza el peso para que los exportadores, como los frigoríficos y los trusts cerealistas, obtengan mucho más dinero argentino aunque obtengan menos moneda extranjera. Una consecuencia indirecta del libre cambio, será que las materias primas extranjeras para la industria nacional van a valer mucho más en pesos argentinos.

Segundo: conseguir préstamos e inversiones extranjeras, especialmente norteamericanos garantizando una moneda estable. Así, con el pretexto de las necesidades económicas, obliga al gobierno a aceptar todos los pactos colonizantes. Ya ha ratificado el de la OEA y se ingresó al Fondo Monetario Internacional.

Tercero: aumentar fabulosamente la explotación de la clase obrera y levantar un poco el nivel de vida de la clase media. Tender a que la misma producción se realice con el trabajo de menos obreros y que si estos sobran unos se hagan competencia entre si y otros vuelvan al campo.

Cuarto: desarrollar la producción agraria en detrimento, si es necesario, de la ganadería y la industria. Este aumento de la explotación agraria fortifica a los terratenientes, a los cerealistas e indirectamente al imperialismo yanqui, que domina el mercado mundial de cereales.

Este programa, al beneficiar —o tratar de hacerlo— a los sectores de la patronal argentina relegados por el peronismo, ha provocado y seguirá provocando la resistencia de sectores importantes de la propia patronal. Fundamentalmente de los industriales y los ganaderos que se

⁸ **Jorge Antonio** (1917–2007) fue un empresario y asesor político argentino ligado al presidente Perón.

Juan Duarte (1914–1953) fue un político argentino, hermano mayor de Eva Perón que se desempeñó como secretario privado del presidente Perón.

Miguel Miranda (1891–1953) fue un político, empresario y economista argentino que ocupó el cargo de Presidente del Banco Central de la República Argentina durante las presidencias de Farrell y Perón. Posteriormente este último, lo designó al frente del Consejo Económico Nacional, donde lo asesoraba constantemente.

ven seriamente amenazados por el resurgimiento de los terratenientes (dueños de tierra que no la explotan sino que la alquilan), los grandes trust cerealistas y principalmente por la lacra que el peronismo consiguió barrer: los grandes consorcios financieros, sobre todo el de los Bemberg. Justamente, todo el plan Prébisch está previsto para facilitar el copamiento de la economía argentina por el gran capital financiero argentino-extranjero de los Bemberg, Tornquist, etcétera. Estos harán de intermediarios entre el imperialismo y el país, entre los capitales financieros neoyorkinos y el capital nacional.

Es por eso que el imperialismo yanqui ve en este plan a su plan. El plan Prébisch es igual en líneas generales, al que recomiendan las misiones yanquis a los otros países latinoamericanos.

Se repite aquí la historia de la crisis. Perón gobernó solamente en Argentina, pero planes como el de Prébisch se le sugieren o se lo imponen a todos los países latinoamericanos. Es que el imperialismo yanqui necesita dominar a todos los países de Latinoamérica para facilitar, entre otras cosas, el libre movimiento de sus capitales. A Ford le interesa invertir capitales en Argentina y Bolivia sin ningún control por parte de los gobiernos criollos. Desea sacar las ganancias o invertirlas en el momento que se le ocurra. Los yanquis en general, quieren completa libertad para sus capitales y productos con el fin de controlar las economías latinoamericanas sin rendir cuentas a nadie. Si lograran sus objetivos —y ya los van logrando— las economías latinoamericanas divididas en 20 mercados distintos y con 20 monedas distintas se encontrarían a merced del chantaje imperialista yanqui. Ford, con solo amenazar con que se llevará sus capitales, podrá lograr la baja de la moneda en el país que entre, logrando así todas las concesiones que quiera. Al mismo tiempo el imperialismo orientará definitivamente las economías para su exclusivo beneficio. Pero eso no es todo: los capitales yanquis acelerarán la explotación más “científica” de nuestros obreros y campesinos. El plan Prébisch es en esencia el plan económico N° 20 del Departamento de Estado Norteamericano; el plan de la colonización económica de Argentina por el imperialismo yanqui.

Durante un pequeño lapso puede mejorar un tanto la economía nacional, pero al precio de su total dependencia del imperialismo yanqui, y del empeoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. Esta dependencia se revelará como fatal en la futura crisis económica yanqui.

Los radicales intransigentes y los peronistas hablan y hablan contra el plan Prébisch, pero son incapaces de dar salidas concretas para solucionar la situación. Esto es lógico, porque tanto el peronismo como el radicalismo intransigente defienden en forma más o menos directa los intereses de la patronal y los terratenientes nacionales. Y precisamente para la patronal no hay otra salida económica, aunque les duela, que el acuerdo con los yanquis. Por eso Perón capituló ante el problema del petróleo y los radicales intransigentes, en una actitud servil, no denuncian el pacto de la OEA o el del Fondo Monetario Internacional.

Solo la clase obrera puede solucionar sus problemas y al mismo tiempo los del país. Actualmente carece de una dirección, así como de órganos estructurados que la capaciten para estudiar y solucionar los problemas de la economía nacional. De ahí que la lucha contra el siniestro plan Prébisch pasa necesariamente por la reorganización de la clase obrera. Solo mediante ella podrán los obreros planificar la economía una vez derrotado el actual gobierno proimperialista.

El movimiento obrero organizado planteará que, si para Prébisch lo sagrado son las ganancias de los capitalistas, para los trabajadores hay una sola cosa sagrada: el bienestar del pueblo trabajador. Ese deberá ser el objetivo del plan. Antes que nada hay que liquidar la influencia del imperialismo yanqui. Para ello es necesario elaborar un plan conjunto de todos los países latinoamericanos. Ya, ahora mismo, las organizaciones sindicales de Chile, Bolivia y Uruguay, junto con la dirección ilegal de la CGT argentina, deben llevar a cabo un Congreso para reemplazarlo. El solo hecho de que se lleve a cabo la unión económica de esos países significará una superación económica impresionante de todos. Al plan Prébisch en favor del imperialismo debe oponerse un plan regional y latinoamericano contra la ofensiva del imperialismo yanqui.

Pero aquí no termina la cuestión. El peronismo desarrolló una serie de esbozos de defensa de la economía argentina: el control de cambios y el control del comercio exterior. Nosotros creemos que esas medidas no fueron de gran utilidad por dos razones: porque eran incompletas y, además,

porque eran aplicadas por funcionarios al servicio de los grandes patrones y no de los trabajadores. A la maniobra de Prébisch, de volver a la libertad absoluta de comercio para entregar el país al imperialismo, el movimiento obrero organizado deberá oponerle las siguientes medidas:

– Defensa del control de cambios y del comercio exterior y su completa nacionalización: todo lo que se vende y se compra en el exterior, lo vende y lo compra el gobierno.

– Control democrático por parte de la clase obrera del control de cambios y del comercio exterior.

Pero para superar la crisis no sólo es necesaria la unidad con Chile, Bolivia y Uruguay, así como el control obrero de los cambios y del comercio exterior, sino que son necesarias también medidas económicas internas.

– Nacionalización de la CADE, los frigoríficos y las grandes empresas cerealistas. El país, en esa forma, ganaría millones de pesos en divisas.

– Defensa de todas las nacionalizaciones hechas por el peronismo, pero asegurando su eficiencia mediante su control por la clase obrera.

Pero aquí no termina la cuestión. Ahora que se está hablando de robos peronistas, debemos aclarar que estamos a favor de que se expropien las fortunas peronistas; pero mucho más importante que esto es que sean rescatadas, para el país y los trabajadores, las tierras robadas al Estado durante 150 años. Esta sería, no sólo una medida de estricta justicia, sino la única y verdadera solución al problema agrario argentino; nacionalizando las tierras sin pagar nada a los terratenientes. Entonces sí que será fácil aumentar la producción agraria mediante la política inmigratoria y agraria audaz, que dará los terrenos gratuitamente a quienes deseen trabajarlos. No hay otra forma de eliminar a esos tremendos parásitos nacionales: los terratenientes, que han frenado el desarrollo de la economía nacional durante un siglo.

Todos estos son elementos del plan económico que proponemos para superar la actual crisis económica y que sintetizaremos así:

1) Unidad económica con toda Latinoamérica e inmediata con Uruguay, Chile y Bolivia a través de un plan de conjunto elaborado y controlado por las organizaciones obreras de los cuatro países.

2) Control estatal del comercio exterior y de cambios, bajo administración de las organizaciones obreras.

3) Nacionalización, sin pago, con control obrero de la CADE, frigoríficos y grandes empresas cerealistas. Lo mismo se puede hacer con los grandes trusts o consorcios: vino, azúcar, Tornquist, etcétera.

4) Las nacionalizaciones peronistas serán respetadas y se las dejará bajo control obrero.

5) El problema agrario se solucionará haciendo que las tierras vuelvan a manos del Estado al cual pertenecían hace algo más de un siglo.

Estas y no otras son las bases de un plan de conjunto a elaborar por la clase obrera y su movimiento sindical reorganizado en su beneficio y en el de los trabajadores. Este plan es justamente el opuesto del Plan Prébisch: superará la economía nacional y latinoamericana, hundiendo a las empresas imperialistas, a los grandes trusts nacionales y a los terratenientes, elevando, al mismo tiempo, el nivel de vida de los trabajadores. El movimiento sindicalmente reorganizado debe analizar lo más pronto posible este plan y hacer una propaganda intensa en el seno de la clase obrera, aclarando que sólo un nuevo gobierno, basado en la reorganización del movimiento obrero, podrá llevar a cabo este plan.

7. El plan yanqui de colonización de Latinoamérica

A pesar del triunfo del imperialismo yanqui sobre Argentina, el orbe entero está viviendo un proceso revolucionario. Todo obrero de vanguardia tiene la obligación de estudiar el mapa geográfico y social del mundo desde 1914 hasta la fecha. Este es el mejor antídoto contra el pesimismo. Este mapa le indicará que después de la Primera Guerra Mundial un solo país se liberó del capitalismo: Rusia. Diez años después de la primera guerra, el capitalismo y el imperialismo estaban relativamente sólidos en todo el mundo y especialmente en Europa. Hoy, a diez años de la Segunda Guerra Mundial, la situación se presenta en forma totalmente distinta. Ya no es sólo Rusia la que saltó el charco de los países dominados por el capitalismo, sino también China y el este de Europa. Por otra parte, la mitad de Corea e Indochina se han liberado de la explotación de los terratenientes y el imperialismo y la mayor parte de los países asiáticos han obtenido su independencia política, o están en vías de obtenerla.

El mismo proceso ha llegado con toda intensidad al Norte de África y a Kenya, donde se libran gigantescas batallas por la independencia nacional. Europa no va en zaga; el proceso revolucionario en Italia y en Francia, si bien se posterga, ha adquirido un carácter crónico. A esta crisis se suman, en el momento actual, Chipre y España, que hacen trastabillar el equilibrio europeo. Completando el cuadro y para colmo del capitalismo, los grandes países árabes dirigidos por Egipto, aspiran a una política de independencia nacional: desafían el pacto de Bagdad y al mismo tiempo esbozan una unión política y militar que, aunque condenada al fracaso bajo la dirección política de esos gobiernos patronales, plantea un problema que las masas árabes se encargarán de llevar hasta el fin.

América en su conjunto y Latinoamérica, no pueden presentar dentro del panorama revolucionario mundial, una hoja de servicios tan brillante y revolucionaria como las otras zonas del mundo.

Si exceptuamos Bolivia, pequeña isla revolucionaria en un continente “responsable”, Latinoamérica no ofrece, en la actualidad, grandes guerras de liberación nacional, como tampoco inmensas luchas contra los terratenientes y el capitalismo.

Por el contrario, las tentativas de una tímida política de independencia nacional no han adquirido, en ningún lugar, características revolucionarias tales los casos de Guatemala, con Arévalo⁹ y Arbenz; México, con el partido nacionalista; Argentina, con Perón; Brasil, con Vargas; Chile, con Ibáñez,¹⁰ Ecuador, con Velasco Ibarra,¹¹ y Bolivia, con Villarroel.¹²

Estos tímidos intentos han sido castrados, aplastados o desviados por el imperialismo yanqui. Es preciso preguntarse: ¿qué pasa con nuestro continente, que mientras la revolución avanza en todo el mundo, en Latinoamérica retrocede?

La explicación de este fenómeno confunde a los sectarios quienes, de la premisa de que la revolución triunfa o se mantiene en todo el mundo, sacan la conclusión de que lo mismo ocurre en Latinoamérica. Latinoamérica pertenece al mismo continente que el centro de la contra revolución mundial; está aliado al cuartel general de los explotadores del mundo entero. El avance de la revolución mundial multiplica el afán de los yanquis de dominar, aún más de lo que lo han

9 Juan José Arévalo (1904–1990), fue un educador y político guatemalteco. Fue electo presidente de Guatemala de 1945 a 1951 tras la Revolución de 1944, siendo el primer presidente popularmente electo en ese país. Se definió a sí mismo como un socialista espiritual e impulsó numerosas reformas para integrar a las clases más pobres de la sociedad guatemalteca, basado en el *New Deal* del presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt.

10 Carlos Ibáñez del Campo (1877–1960) fue un militar y político chileno, presidente de la República en dos ocasiones: en los periodos 1927-1931 y 1952-1958.

11 José María Velasco Ibarra (1893–1979) fue un político ecuatoriano. Presidente en cinco ocasiones, incluyendo el periodo 1952–1956. Velasco lideró la escena política ecuatoriana durante gran parte del siglo XX.

12 Gualberto Villarroel López (1908–1946) fue un militar y político boliviano, presidente de la Junta Militar de Gobierno (1943-1944), presidente provisorio (1944-1945) y presidente constitucional (1945-1946). Un reformista, a veces evaluado por sus simpatías fascistas, otras por sus vínculos con el presidente argentino Juan Domingo Perón y sus alegatos de tercer posicionismo.

hecho, a los países latinoamericanos que controlan. El temor a la revolución lanzó a un sector del imperialismo yanqui, el del senador McCarthy, a la peregrina idea de imponer un gobierno fascista en los Estados Unidos, para aplastar a los trabajadores más aún de lo que ya lo están bajo Eisenhower. Las concesiones que le hicieron los stalinistas al imperialismo —frenar la guerra de Indochina, la del Norte de África, las huelgas de Francia—, y principalmente el ascenso revolucionario de Asia y el triunfo de la revolución china, convencieron a ese sector del imperialismo yanqui que era peligroso y apresurado, en este momento, cambiar al gobierno ultra reaccionario de Eisenhower por el gobierno fascista de McCarthy. Este ejemplo demuestra a las claras que el proceso histórico es contradictorio ya que el ascenso revolucionario mundial trajo el peligro del fascismo en Estados Unidos. El avance revolucionario en el mundo ha acelerado y no disminuido el afán de los yanquis de explotar Latinoamérica. Quieren asegurarse esta zona del mundo. Norteamérica se proyecta, hoy día, con mayor fuerza y más poderosas razones contra Sudamérica. Esta es la única que, en caso de guerra, no podrá sufrir los bombardeos estratégicos. Además no puede quedar separada de los Estados Unidos.

Pero esto no es todo. El Canal de Panamá ya no puede prestar los servicios de antes. Los grandes buques no lo pasan, algunos sectores se derrumban y una bomba bien arrojada, puede terminar con él. Estas razones obligan al imperio del Norte a encaminar sus vistas al Estrecho de Magallanes como paso obligado entre los dos océanos. El imperialismo yanqui necesita inevitablemente de la Patagonia chilena y argentina. Los yanquis quieren dominar el mundo, pero en casi todos los continentes están a la defensiva. Antes de dominar tienen que aplastar la revolución. Pero allí donde están a la ofensiva, ésta se revela brutal. Los coreanos ya han sufrido las consecuencias de la ofensiva en su aspecto militar. Los latinoamericanos sufrimos esa ofensiva, por el momento, en su aspecto político y económico.

Los trabajadores y los países latinoamericanos pagan caro el privilegio de no haber sufrido la guerra en sus territorios; son los únicos que en esta hora de liberación nacional están siendo colonizados. Las revoluciones sociales en curso y las guerras de liberación nacional de Europa, Asia y África, son producto de la guerra y de la violenta colonización militar sufrida por esas regiones. Los trabajadores latinoamericanos deberán dar la batalla ahora.

Los propios trabajadores yanquis que no padecieron la guerra en su territorio, cancelan hoy ese privilegio con la disminución de sus salarios reales y con el aumento de la explotación para pagar la carrera armamentista más fabulosa de la historia. Y esta producción de armamentos llevará a la ruina, no sólo la economía de los trabajadores, sino la propia economía yanqui.

A pesar de la revolución mundial, el imperialismo yanqui ha obtenido un gran triunfo en Argentina al voltear a Perón.

Pero este último triunfo yanqui de haber quebrado a Argentina, el más independiente de los países latinoamericanos, presenta también su contrapartida.

Toda Latinoamérica está siendo colonizada y por lo mismo, también, toda Latinoamérica va siendo unida contra su enemigo común y resistirá, así unida, a los planes de colonización. Efectivamente: antes, las disputas antiimperialistas, así como la relativa fortaleza de algunos países latinoamericanos, dividían la lucha antiimperialista por países y por zonas. Durante la década del 30, por ejemplo, era muy distinta la lucha antiimperialista de Centroamérica comparada con Argentina. En ésta, la lucha fundamental era contra el imperialismo inglés y el pacto Roca–Runciman; en Centroamérica era fundamentalmente contra el imperialismo yanqui. México, durante la misma década, luchaba contra el imperialismo inglés. Vale decir que antes del éxito total de la colonización yanqui, cada país era un caso aparte en su lucha antiimperialista. Hoy día hemos sido todos los latinoamericanos, sin excepción, centroamericanizados, colonizados por el mismo imperialismo y en lo esencial con las mismas herramientas. La lucha por la independencia nacional latinoamericana adquiere una igualdad, uniformidad y unidad casi total. Algo más todavía: las clases obreras más avanzadas y numerosas de Latinoamérica, la chilena, argentina, brasileña y mexicana, que se habían dado la espalda, unas con otras, se encuentran ahora con que los problemas más

agudos que soportan cada uno de sus países, las llevan a unirse con los trabajadores de los otros países latinoamericanos.

Si los yanquis tocaron campanas para festejar el triunfo sobre Argentina, nosotros creemos que esas campanas sonaban a réquiem más que a triunfo. Los yanquis con este triunfo han unido a toda Latinoamérica en la lucha antiimperialista. Y lo que es fundamental, han unido a los trabajadores latinoamericanos con sus sectores más fuertes: mexicanos, brasileños y argentinos.

La integración de Argentina en el imperio americano yanqui termina el proceso de formación de ese imperio. Este proceso, si bien fortifica relativamente al imperialismo, prepara su propia tumba, porque unifica y combina en la lucha antiimperialista a países como Guatemala y México, Venezuela y Brasil o Bolivia y Argentina. Concretamente, el imperialismo yanqui, al incluir en su imperio a los países más desarrollados refuerza la resistencia a su dominación. Los formidables trabajadores bolivianos pueden estar tranquilos. El imperialismo yanqui al voltear a Perón les ha hecho un favor; los hechos convencerán a los obreros argentinos de que su situación no es una excepción en Latinoamérica y que la suerte de la revolución boliviana está unida a la suya propia al subrayarles el enemigo común: el imperialismo yanqui.

Esta situación revolucionaria y los planes de colonización plantearán a nuestro movimiento obrero en proceso de reorganización sindical, la forma de enfrentar esos planes.

Sólo la clase obrera argentina en nuestro país, a través de sus organizaciones, es la que puede encarar esta situación. Deberá planear una Conferencia de Organizaciones Obreras Latinoamericanas para constituir una verdadera Central Obrera Latinoamericana. La tarea mencionada puede comenzar con la organización de Conferencias Regionales de las organizaciones obreras más representativas, para discutir planes comunes a los trabajadores y pueblos de los países involucrados en esa Conferencia. Los trabajadores argentinos y chilenos se encuentran con que hay un pacto de complementación económica que no se aplica. Las organizaciones obreras argentinas y chilenas pueden y deben llevar a cabo una Conferencia para ver la forma de aplicar ese pacto. Esta aplicación sería de inmensa utilidad. Frente a la crisis económica de Uruguay, Bolivia, Chile y Argentina, sería fundamental una Conferencia del mismo tipo para discutir un plan de acción que beneficie las economías de estos países. La condición para llevar a cabo esas Conferencias no deberá ser que cada dirección sindical sea necesariamente antiimperialista. Basta que sean organizaciones auténticas de trabajadores. El sólo hecho de reunir al movimiento sindicalmente organizado de Latinoamérica para que discuta en forma libre y democrática los problemas nacionales comunes, es más antiimperialista que cien declaraciones antiimperialistas. Es decir, la táctica del Frente Único Obrero la llevamos a la práctica en escala latinoamericana o regional; planteamos la necesidad de una unión de las organizaciones obreras más representativas para acciones comunes sobre los problemas que más la preocupan. Esto no impide que nosotros liguemos esos problemas inmediatos a nuestro programa antiimperialista.

Paralelo a este esfuerzo por ligar a las organizaciones obreras latinoamericanas a un programa inmediato y común, desarrollaremos una intensa campaña para que se lleve a cabo un Congreso antiimperialista de las organizaciones obreras y populares, sindicales y políticas, que estén en contra de la colonización yanqui. Así desenmascaramos el carácter oportunista de las tendencias antiimperialistas de la patronal y la clase media. Es decir, nuestra lucha contra el plan yanqui de colonización latinoamericana empieza por organizar sindicalmente a la clase obrera de nuestro país y por tratar de desarrollar la unión del movimiento obrero latinoamericano. Esta tarea es en realidad la verdaderamente antiyanqui aunque, en un principio, en sus declaraciones no lo fuere. Junto a esta tarea, combinada con ella, plantearemos la necesidad de una Conferencia o Frente Único de todas las organizaciones que se reclaman antiimperialistas. Todas estas tareas se combinan entre sí, pero la decisiva en los hechos es la que tiende a la reorganización y unidad del movimiento obrero argentino y latinoamericano, porque sólo la clase obrera latinoamericana será capaz de derrotar al imperialismo yanqui.

8. Luchemos por reconquistar nuestra independencia nacional

El gobierno actual ha ratificado el pacto de la OEA que Perón había firmado. Esto tiene una importancia histórica: significa entrar de lleno en la estructura jurídica y política montada por el imperialismo yanqui para explotar y dominar a los países latinoamericanos. Con este pacto y el que lo completa —el bilateral—, nuestro país, igual que los otros países latinoamericanos, pierde los atributos más importantes de su soberanía política y económica.

El atributo más importante de la soberanía es tener el derecho y la independencia para pronunciarse cuando se es agredido o cuando debe entrarse en guerra. Justamente hemos perdido esos atributos. Pero no terminan ahí las concesiones hechas por el gobierno de Aramburu. Quién dictaminará las líneas generales del comercio nacional, más tarde o más temprano, serán organismos extranacionales.

Se tendrán que dar bases militares al imperialismo dentro del territorio nacional si se firma el pacto bilateral. Todo esto significa, lisa y llanamente, que nuestro país ha perdido ya gran parte de su soberanía y su independencia política y, además, está en vías de perder lo poco que le resta. Es decir, ha sido transformado en una semicolonía y está bastante cerca de transformarse en colonia. Esto es trágico para nuestra nación, que consiguió y defendió su independencia nacional hace más de 150 años.

Latinoamérica fue colonizada principalmente por dos imperios: el español y el portugués. Esta colonización fue una consecuencia del desarrollo capitalista europeo; de ahí que toda Latinoamérica hayo sido un apéndice de ese capitalismo: ésta fue su fuerza y su debilidad. Al revés de Asia o África, desde un principio Latinoamérica organizó toda su producción fundamental para el mercado mundial. Latinoamérica se estructuró como una región semicapitalista que producía para el mercado mundial en cantidades muy superiores a otras regiones atrasadas del mundo. Esta situación permitió el surgimiento de una clase capitalista nacional formada por los estancieros o mineros, que conquistó, junto con los comerciantes, la independencia de los distintos países latinoamericanos.

Aunque relativamente fuertes, estos patrones mineros, ganaderos o comerciantes, no lucharon por la unidad de nuestros países porque eran extremadamente regionalistas, ya que se conformaban con vender al exterior. Si en Latinoamérica hubiera habido un gran desarrollo industrial y una patronal industrial, esta patronal hubiera luchado y conquistado, posiblemente, la unidad latinoamericana. Pero no se trataba de una región industrializada, sino relativamente adelantada. Este adelanto relativo permitió a nuestras regiones transformarse en países independientes; pero el atraso impidió que nos unificáramos como en Norte América, en un sólo gran país. Si eso se hubiera hecho, hoy día los Estados Unidos de Latinoamérica serían tanto o más potentes que los Estados Unidos de Norteamérica.

La relativa fortaleza de nuestros países latinoamericanos, impidió que fueran copados en el reparto del mundo llevado a cabo por las grandes potencias imperialistas desde mediados del siglo pasado. Esta relativa fortaleza permitió no sólo resistir a la presión imperialista, sino maniobrar entre los distintos imperialismos para defender la independencia nacional.

Pero desde comienzos de la década de 1880, aparece en la escena de cada país latinoamericano el verdadero imperialismo: el capital financiero. Desde esa fecha los grandes imperios entran en nuestro país no sólo con mercaderías o con barcos de guerra, sino con capitales. La influencia de estos capitales penetra en todas las esferas. Es así como logran gobiernos dóciles que les hacen fabulosas concesiones.

En nuestro país el imperialismo inglés logra la mayor parte de los ferrocarriles; posteriormente arrebatará la famosa ley Mitre, que concede vergonzosos privilegios a los ferrocarriles ingleses. Nuestro país pasa a ser dependiente de Inglaterra. Somos independientes y democráticos, pero en la realidad, gobiernan, con o sin fraude, los intereses económicos y financieros del Reino Unido.

Estados Unidos y otros imperios le disputan a Inglaterra la supremacía en Latinoamérica y en nuestro país. Pero, con altibajos, seguimos siendo una dependencia británica hasta 1933.

En esa fecha se produce un acontecimiento de gran importancia histórica, aunque no tanto como el de ahora al integrarse al pacto de la OEA. El gobierno del general Justo, controlado por los conservadores, resuelve entrar al imperio económico británico y firma el pacto Roca–Runciman.

Fuimos, así, transformados en una semicolonía británica. Hoy día se firma el pacto de la OEA y pasa desapercibido. Para que nos demos cuenta de la importancia del cambio producido, recordemos que cuando Yrigoyen se comprometió a entregar las cosechas a los países europeos durante la guerra, sin cobrarlas inmediatamente, toda la patronal argentina se agarró la cabeza y puso el grito en el cielo, por lo que consideraba una verdadera entrega. Y no digamos nada de lo que se dijo del acuerdo que firmó en su segunda presidencia Yrigoyen, garantizándole a los británicos la compra de rieles en Inglaterra para un ferrocarril en construcción, se consideró esa cláusula como una capitulación de la soberanía argentina.

Poco después, en 1933, se firmaba el pacto Roca–Runciman. Ya no se trataba de los rieles de un ferrocarril, sino de la entrega de la economía nacional al imperialismo inglés. Se garantizaba la entrada al país —sin pagar impuestos— de más de la mitad de los productos británicos, además del trato de nación más beneficiada. Con aquel tratado, el país fue incorporado, sin vuelta de hoja, al imperio colonial británico, desde el punto de vista económico. El pacto originó una verdadera tormenta nacional.

Hoy día la historia se repite, pero en forma mucho más trágica: nadie, a excepción de nosotros, dice o hace gran cosa contra la entrega. Y a pesar que no sólo entramos en la esfera económica del imperialismo yanqui, sino en la de su esfera de influencia política y en su dispositivo defensivo. El gobierno conservador no comprometió políticamente al país; éste podía mantener las relaciones y el gobierno que quisiera; no había, al efecto, ningún pacto que se lo impidiera. El pacto Roca–Runciman fue de carácter meramente económico. Catorce años duró esta situación de nuestro país como semicolonía británica.

A partir del año 1947 la debilidad del imperialismo inglés, sumada a nuestro desarrollo económico, permitió que el pacto Roca–Runciman muriera por inanición sin pena ni gloria. Acompañaron al pacto Roca–Runciman en su entierro los ferrocarriles y otras propiedades del Imperio Británico. Queda dicho que todas estas pérdidas se produjeron dentro del mayor orden, y mediante toda clase de concesiones que Perón hacía a los británicos. Es decir, en ningún momento hubo lucha ni cosa que se le pareciera. Pero de cualquier forma, el hecho de que el imperialismo inglés se debilitara y nuestro país se fortaleciera permitió dejar atrás nuestra situación de semicolonía británica.¹³

A partir de entonces se abre un curso dinámico y fluido: entre 1947 y 1949 todavía sigue teniendo influencia preponderante Inglaterra, pero su extrema debilidad, como así también la presión del imperialismo yanqui, modifican esa situación. Entre 1949 y 1951 Argentina pasa de

¹³ Los marxistas no han delimitado con absoluta precisión las diferencias entre un país dependiente y semi colonial. Esto no es casual. Solamente ahora, en plena época de revoluciones coloniales y semicoloniales se plantea la necesidad de la más estricta precisión terminológica. Un país colonial es el que es gobernado por otro país. La India cuando era gobernada por un Virrey, y hoy día las Honduras británicas, son ejemplos claros de un país colonial: el gobierno no pertenece al país en cuestión. Un país semicolonial es el que tiene cercenadas, pero no alienadas totalmente, su independencia económica o política.

Los países centroamericanos durante años tuvieron tratados con Norteamérica que le otorgaban al imperialismo el derecho a controlar la aduana y la economía de esos países. Eran países semicoloniales ya que, aunque el gobierno no era puesto por los yanquis, los tratados cercenaban casi totalmente su soberanía política y económica.

Cuando un país es dominado por el capital extranjero pero no tiene pactos que cercenen su independencia política y económica es dependiente (se ha empleado también la expresión semicolonía económica). Todas estas formas se combinan. Un país puede dominar a otros políticamente, es decir, ser imperialistas, y a su vez ser dominado económicamente por otro. El zarismo o el imperio turco, son ejemplos claros de esto. Por el contrario se puede ser una gran potencia económica como Canadá, pero, al mismo tiempo, ser una semi colonia política del Imperio Británico. Aunque lo que prima siempre, no es la forma política, sino el contenido económico, éstas entran a menudo en contradicción dando combinaciones contradictorias. NM

la esfera económica del imperialismo inglés a la órbita yanqui. Esto se concreta en el hecho de que Estados Unidos se transforma en el principal país en el intercambio económico argentino y el único país que le facilita un préstamo de importancia. En la etapa en que nos independizamos de Inglaterra se recuperó la deuda externa; pero a partir de 1950 el país comienza a ser hipotecado por los Estados Unidos.

Toda esta etapa es contradictoria porque el peronismo intenta —aunque con métodos patronales— frenar en todo lo posible la colonización yanqui. Pero, incapaz de planificar y organizar la economía nacional, así como de realizar la unidad de Latinoamérica, va entrando ineludiblemente en la órbita yanqui. La firma del pacto de la OEA, como el pacto del petróleo y el préstamo de 60 millones de dólares para los altos hornos, preparan las condiciones para la colonización yanqui.

El gobierno de Eisenhower, al mismo tiempo que tiene relaciones con el peronismo, realiza una política destinada a su liquidación. Las concesiones que Perón le hizo a los yanquis no le favorecieron como él creía, sino por el contrario lo hundieron.

Con la caída de Perón se dan las condiciones para la entrega casi total del país. Es así como se ratifica la OEA. Y no hay duda que a éste seguirá el pacto bilateral que reglamenta el de la OEA.

Estamos mucho peor que cuando fuimos colonizados por los ingleses, ya que si desde 1949 hasta 1955, hemos sido un país dependiente del imperialismo yanqui, desde el punto de vista económico, a partir de la caída de Perón nos hemos transformado también en una semicolonía económica y política del mismo. Ya no se trata —como el pacto Roca–Runciman— de la entrega de la economía del país, sino también de haber perdido el derecho a decidir cuándo debemos ir a la guerra. Hemos entrado en el dispositivo de defensa de un imperio extranjero: Estados Unidos de Norteamérica.

La lucha por reconquistar la independencia nacional —que mal perdimos entre los años 1880–1890 primero, y durante 1930–1933 después— pasa hoy día a primer plano. No queremos estar atados a Norteamérica: queremos ser libres y estar unidos a nuestros hermanos de Latinoamérica.

Para lograr esto es necesario romper los pactos que nos unen al imperialismo yanqui y unirnos a todos los países que luchan por su independencia. (Los latinoamericanos en primer término, y luego los de todo el mundo.)

La lucha será dura; el imperialismo yanqui no renunciará a sus presas fácilmente. Pero esto merece un capítulo aparte, en el que estudiaremos los planes políticos del imperialismo yanqui y la mejor forma de frustrarlos.

9. El movimiento obrero reorganizado debe oponer un frente antiyanqui

La república democrática fue un lujo del régimen capitalista e imperialista en su época de esplendor. El imperialismo, gracias a las super ganancias que obtenía de los países atrasados, pudo aristocratizar a sectores de la clase media y obrera de su país, lo que le permitió contar con el apoyo “democrático” de su pueblo para los proyectos imperialistas.

Esas superganancias que el imperialismo obtenía en los países atrasados, las utilizaba no solo para aristocratizar a los trabajadores de su propio país, sino también para buscarse un apoyo en los países dominados. Cuando más pobre era un imperialismo, en peores condiciones estaba para “democratizar” su dominio en los países que explotaba.

En la actualidad, la mayor parte de las potencias imperialistas están completamente empobrecidas y no tienen ninguna posibilidad de aristocratizar sectores de trabajadores del país dominado, e incluso de su propio país. Una excepción es el imperialismo yanqui que es fabulosamente rico y que no saca la mayor parte de sus ganancias del mercado mundial o de sus inversiones en él, sino de su propio mercado interno. Esta situación no lo exime sino por el contrario le refuerza la tendencia a conquistar el mundo. Los yanquis necesitan conquistar y dominar todos los países del mundo porque su mercado interno le queda cada día más chico y al mismo tiempo no pueden frenar la producción ya que su objetivo es la obtención de cada vez mayores ganancias. Esta

situación peculiar del imperialismo yanqui, es decir, que necesite cada vez más de los mercados de todo el mundo pero al mismo tiempo, obtenga sus principales y fabulosas ganancias de su propio mercado interno, condiciona la política exterior del mismo.

Su tendencia a dominar todo es irrefrenable, pero puede combinar esta tendencia en épocas de grandes ganancias, con otra de ayuda y de concesiones jamás visto. Este aspecto de la colonización yanqui es la contrapartida exterior de la política de ayuda interna de Roosevelt, (los gobiernos yanquis se dieron el lujo de pagarles un subsidio a los desocupados y a sus chacareros). Los planes de Roosevelt de ayuda a la economía interna en adelante solo fueron posibles para los patrones de Estados Unidos por sus fabulosas ganancias. Lo mismo ocurre hoy día con los planes yanquis de colonización. Estos pueden ser combinados con cierta ayuda o protección del país que va a colonizar. Pero esta ayuda es trágica para quien la recibe. Tiene que atarse de por vida a los planes yanquis y cuando la crisis estalle en Norteamérica, estos países serán los primeros en sufrirla.

De allí que el imperialismo yanqui se empeñe en llevar una política liberal con las capas privilegiadas del proletariado y clase media de los países que controla. Aristocratizando a estos sectores tiende a darse una base de masas para su dominación económica y política. Pero no debemos olvidar que solo el imperialismo yanqui es capaz de llevar a cabo esta política, y solo en esta etapa de enorme desarrollo económico de la economía yanqui. No puede ser por lo tanto una política permanente del imperialismo yanqui; su única política permanente es la de dominio completo; con o sin base de masas, con o sin colaboración de clases. Concretamente hoy día, en el mundo entero no hay otra posibilidad de llevar a cabo una política de colaboración de clases que depender del imperialismo yanqui y de las limosnas que arroje de sus fabulosas ganancias. Sectores importantes de la clase media que odian a la clase obrera y al comunismo, están dispuestos a llegar a un acuerdo con los yanquis; esto le ha permitido al imperialismo ser la base de sustentación de concentraciones centristas y liberales, en Alemania, Italia y Francia. El imperialismo yanqui con su ayuda económica y la preparación para una guerra contrarrevolucionaria, es la única salida que ve la clase media para no caer en manos del movimiento obrero. El stalinismo ha facilitado este proceso al impedir con su política, que enormes sectores de la clase media se inclinen hacia el movimiento obrero.

La táctica del imperialismo yanqui es hábil; deja que los partidos de la clase media se peleen entre ellos por problemas secundarios —si tiene que existir o no la enseñanza laica, etcétera— mientras los hace formar una coalición que coincide en lo esencial, con las necesidades políticas yanquis: pactos pro-yanquis, etcétera. De esta forma mata dos pájaros de un tiro: distrae a la opinión pública de sus verdaderos planes, haciendo que esos partidos y la clase obrera discutan sobre problemas secundarios, y al mismo tiempo los hace votar a todos juntos en su favor en las cuestiones fundamentales. Esta es la razón y la base de las grandes coaliciones partidarias que gobiernan permanentemente Italia, Francia y Alemania.

En nuestro país, el imperialismo yanqui lucha desde hace 20 años por llevar al gobierno una coalición democrática que le dé una base popular a su colonización. En un principio su maniobra se vio favorecida tanto por el carácter oligárquico de los gobiernos conservadores al servicio de los ingleses, como por la política de frente popular del stalinismo.

El radicalismo alvearista, que tenía cerrado el camino del gobierno, así como los sectores de la oligarquía que se pasaban a los yanquis, fortificaron enormemente el embrión de frente popular. En un principio el partido socialista, sirviente de la oligarquía en las filas de la clase media y de los obreros porteños, no quiso entrar en el frente popular proyanqui. Los radicales alvearistas, los comunistas, y Concentración Obrera fueron la base del frente popular. El pueblo y la clase obrera, confundidos por sus direcciones como por su odio a los gobiernos conservadores, apoyaron con todas sus fuerzas ese frente popular. El mérito histórico de haberse opuesto a este frente por razones antiimperialistas le cabe a FORJA [Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina], ala izquierda del radicalismo, aunque no haya sido del todo consciente de la ofensiva colonizante yanqui y mantuviera una política abstencionista.

El imperialismo yanqui, al fortalecerse, fue nucleando cada vez mayores sectores del conservadorismo, es decir, de la oligarquía y junto con estos a sus sirvientes en Buenos Aires: los socialistas repetunos.

El famoso misterio político de la ceguera del presidente Ortiz, adquiere así absoluta claridad. Ortiz es el primer miembro del equipo gobernante conservador que se pasa al imperialismo yanqui. De ahí que fuera apoyado por sus enemigos de siempre, los radicales y los socialistas, y repudiados por sus amigos, los conservadores pro-ingleses. Los sectores antiyanquis de la oligarquía liquidaron a Ortiz para impedir que éste, apoyándose en los partidos populares, entregara el país al imperialismo yanqui. Pero no sólo fue él quien saltó el cerco; poco más tarde, es el ministro Pinedo¹⁴ quien aconseja el acuerdo con los radicales, y es echado del gobierno; a éste le sigue el gran político y militar de la oligarquía argentina: el general Justo apoya a Brasil en su entrada en la guerra y hace furiosas declaraciones proyanquis. Los comunistas comienzan a hacerle el juego como hombre del Frente Popular.

Son demasiadas casualidades; tres políticos conservadores y fraudulentos se vuelven al mismo tiempo “democráticos” y “proyanquis”. La verdad es que entraron en la combinación yanqui para dominar al país. Ortiz y Justo mueren, pero la lucha por la estructuración del frente popular proyanqui continúa; la oligarquía se va quedando cada vez más sola y los conservadores gobiernan solamente con sus más rancios sostenes: los terratenientes más colosales del país, y con el gobierno de Castillo. Pero también aquí se refleja la presión del imperialismo yanqui y un sector de los terratenientes los ligados a la gran industria quieren, un arreglo con el imperialismo yanqui para recibir capitales y maquinarias. Producto de toda esta presión, es el candidato que con el apoyo de Castillo lanza el partido conservador: Robustiano Patrón Costa.¹⁵ Pese a que este triunfo del imperialismo fue indirecto, ya que siguen gobernando los grandes terratenientes conservadores, el ejército sale a la calle e impone el gobierno de Ramírez el 4 de Junio de 1943, para impedir que los conservadores proyanquis lleguen al gobierno.

Pero el forcejeo por el frente popular continúa entonces bajo otra forma: como “lucha democrática antifascista” contra el gobierno militar. Estas luchas proyanquis son llevadas a cabo como siempre por los stalinistas y los radicales alvearistas.

Este frente popular proyanqui fue nacional, no fue una prolongación del frente popular internacional formado para aplastar, primero al nazismo y después a la revolución europea y mundial. Pero hay un cambio en la situación: la clase obrera está cansada de las direcciones socialistas y comunistas y su composición ha variado, son obreros nuevos, recién llegados del campo. Esta clase obrera empieza a apoyar entusiastamente la demagogia social del gobierno militar que al sentirse débil ante la presión económica y política yanqui, apela a los obreros y a sus organizaciones sindicales, independientes del stalinismo y socialismo proyanqui.

Desde esta fecha será la nueva clase obrera argentina la que a través de su apoyo político y sindical al peronismo, frenará los planes del imperialismo yanqui y a su engendro político, a su intento de frente popular: la Unión Democrática, los contreras.

Para las elecciones de 1946, los yanquis logran por fin organizar su frente popular con el apoyo de todos los partidos tradicionales. Sin embargo la clase obrera derrota a ese frente y con él nuevamente al imperialismo yanqui.

Que el peronismo llegue al gobierno no arredra al imperialismo yanqui, que sigue alentando a los contreras. Como estos no pueden llegar al poder por la vía electoral, preparan el golpe de estado contra el peronismo. Pero dentro del contrerismo se produce un fenómeno perjudicial para los planes imperialistas; el partido radical no puede dejar de reflejar los profundos cambios que se

14 **Federico Pinedo** (1895–1971), fue un abogado, político, historiador, parlamentario, y economista argentino. Se desempeñó como Ministro de Hacienda en los gobiernos de Agustín P. Justo y Roberto Marcelino Ortiz durante la llamada Década Infame.

15 **Robustiano Patrón Costas** (1878–1965) fue un político y empresario argentino. Fue Gobernador de Salta, senador provincial, y senador nacional. Además, presidió el Partido Demócrata Nacional, del que fue su principal inspirador, ideólogo y primer presidente y por el cual fue candidato a presidente de la Nación en 1943.

han producido en la estructura de la clase media, así como en sus sectores más bajos, y se divide. Los intransigentes, ligeramente nacionalistas, logran controlar la dirección partidaria. A partir de entonces, la Unión Democrática proyanqui considera a la intransigencia como una aliada poco segura. Posteriormente, la Unión Democrática se ve fortalecida por la adhesión de la Iglesia a los preparativos del golpe, ya que ésta se pasa con armas y bagajes del lado del imperialismo yanqui.

A partir de 1949 las fuerzas del golpe se ven reforzadas por los sectores de la patronal, incluso los anti yanquis, que discrepan con la política obrerista de Perón en esta nueva época de “vacas flacas”. Estos sectores, lo mismo que los intransigentes, son aliados poco seguros para el plan de colonización yanqui y para su plan de coalición centrista popular proyanqui. Es que tanto los intransigentes como los nacionalistas católicos, —con su odio de patrón o de empleados a “los negros”—, estaban contra el peronismo, pero no por un servilismo total a los yanquis.

El eje de la Unión Democrática han sido los radicales unionistas y los socialistas de Repetto; a éstos se les ha sumado últimamente el Partido Demócrata Cristiano que se alinea firmemente con el imperialismo yanqui contra la URSS y las masas de todo el mundo. Esta fue la base del golpe de estado contra Perón. Esa es también la base del nuevo gobierno. La Junta Consultiva es el intento de todos los sectores de brindar un apoyo electoral “democrático” a la colonización yanqui. Es con este objeto que [la Unión Democrática] fomentó pacientemente todo odio hacia el gobierno peronista por su odio a los obreros, y toda simpatía con los Estados Unidos hacia una política de unidad contrera, de amplio frente popular antiperonista. Después de tanto bregar, los yanquis lograron su objetivo: voltear a Perón, tratando posteriormente de darle una base popular al nuevo gobierno a través de la Junta Consultiva.

El imperialismo yanqui se esforzará por estructurar una corriente centrista, o si puede lograrlo también dos, para, las próximas elecciones. Si logra estructurar dos corrientes centristas por él controladas estará en la gloria, y su maniobra dará amplio resultado. Es decir, en “libérrimas elecciones democráticas” logrará, por cualquiera de las dos vías, un gobierno servil proyanqui.

Por eso, todos sus objetivos tienden en este momento a lograr que a la Unión Democrática gobernante se le oponga una corriente política amiga. De ahí su objetivo de eliminar la corriente frondizista o domesticarla. La variante más posible es que el Departamento de Estado logre sus objetivos y oponga, a la Unión Democrática proyanqui, un candidato en última instancia también proyanqui. En pocas palabras, el imperialismo yanqui ha logrado imponer su coalición centrista en el gobierno, la Unión Democrática, su frente popular, pero como no está seguro de su triunfo electoral trata de lograr oponer a su coalición centrista gobernante otra corriente política que también le sirva. Todos los titubeos y demoras del gobierno en materia electoral tienen dos objetivos: robustecer la coalición democrática popular proyanqui (socialistas, radicales unionistas, demócratas cristianos) y lograr oponerle otra corriente que le sirva en un futuro proceso electoral. Logradas estas condiciones, y solamente así, el gobierno de Aramburu y su mentor el Departamento de Estado darán elecciones. Esas son sus intenciones, pero la lucha de la clase obrera y del pueblo contra el imperialismo yanqui, como la oposición de sectores burgueses al plan yanqui, pueden obligar al gobierno a cambiar sus planes, como posibilitar la derrota de éstos.

El movimiento sindical argentino reorganizado tiene que defender la independencia nacional con las mismas armas: hay que unir alrededor del movimiento sindical a todos los que se oponen a la colonización yanqui y a su plan político; hay que desarrollar todo roce de una personalidad o institución con el imperialismo, para que se transforme en una firme oposición antiimperialista. Para que el frente sea sólido, es preciso que todas las organizaciones que lo forman tengan absoluta independencia política para criticar a quien quieran; además el frente deberá estructurarse en base a objetivos claros y precisos. Hoy día por ejemplo, hay que proponer ése frente a todas las personalidades y organizaciones que de una u otra forma han criticado los pactos firmados con los yanquis.

La clase obrera y sus organizaciones deben comprender que la colonización yanqui es la causante principal de todos los males que sufre el país y los trabajadores. Deben en su actividad trazar una línea demarcatoria y precisa en todo el país: pro y anti yanqui. Como campeones de

la lucha antiyanqui por la defensa de la independencia nacional, surgirán la clase obrera, sus organizaciones y nuestro partido, el único que desenmascaró la colonización yanqui. Ligada a la lucha contra los yanquis, pero sin identificarse con ella, está la lucha por las libertades democráticas.

10. Luchemos por la derogación del estado de sitio y por conseguir la libertad de presos políticos y sociales

La lucha por las libertades democráticas debe ser comprendida por los trabajadores en su significado real, para que se tenga una noción exacta de su importancia.

La democracia burguesa con sus postulados de igualdad, amplia libertad de palabra, prensa, reunión, etcétera, es en la actualidad prácticamente desconocida. Tenemos que comenzar diciendo a qué se debe este fenómeno. De una manera general, al hecho que esos derechos y libertades democráticas, de ser toleradas por los gobiernos burgueses en toda su vigencia, o por lo menos en lo fundamental, traerían como consecuencia un peligro de muerte para su dominio. En cuanto a los países semicoloniales o coloniales, se puede afirmar que en ningún momento han gozado de las libertades democráticas. Esto ha sido así, porque el imperialismo, factor dominante en la economía y la política de los países atrasados, junto a los sectores patronales reprime, ya sea directa o indirectamente las libertades democráticas, porque son un arma terrible en manos de las masas para su movilización anticapitalista y antiimperialista. El imperialismo unido a la oligarquía, controla las agencias noticiosas, el abastecimiento de papel, etcétera, de modo que todo cuanto se sabe en estos países, o poco menos, es aquello que el imperialismo y la oligarquía quieren que se sepa. Los patrones nacionales vendidos y cómplices del imperialismo, no son los más indicados para luchar por ellas, como lo hicieron cuando, como clase oprimida, tuvieron que abrirse camino en su lucha contra el absolutismo de la monarquía.

De ahí que fundamentalmente en los países coloniales y semicoloniales, con el doble control patronal-imperialista, las libertades sean echadas en saco roto. Para impedir la movilización de las masas, así como su organización y su expresión sindical o política, la patronal y el imperialismo, casi constantemente atropellan las libertades democráticas así como los tan cacareados “derechos del hombre”. Esta es pues la razón por la que las libertades democráticas en estos países prácticamente no se conocen, a la vez que se ven cada día más retaceadas en las propias metrópolis imperialistas.

Argentina no ha sido una excepción a esta falta de libertades democráticas. Por el contrario, ha sido uno de los países que ha vivido casi permanentemente sometido a la arbitrariedad presidencialista. Si exceptuamos los 14 años de gobiernos radicales, no se ha vivido ningún otro período ampliamente democrático. Es que a la combinación de la explotación de los terratenientes, la patronal y el imperialismo, que sufrieron todos los países latinoamericanos —y que en líneas generales aplastaron toda posibilidad de vida democrática— se le sumaron condiciones específicas.

El hecho que toda la vida económica nacional haya girado alrededor de una gigantesca ciudad-puerto, Buenos Aires, pero que los sectores patronales y terratenientes existentes en el país fueran muy numerosos e inclusive antagónicos, obligó y permitió que surgiera desde un principio —para regularizar las relaciones contradictorias de los distintos sectores de la patronal, entre ellas y con el imperialismo— gobiernos fuertes y centralizados que aplastaron toda posibilidad democrática.

El imperialismo yanqui y sus tendencias afines en el país, han planteado constantemente el problema de las libertades democráticas. El más grave cargo que le hacían al peronismo era, precisamente, el de ser un enemigo acérrimo de las libertades democráticas y de la democracia. ¿Qué significan para el imperialismo yanqui y sus agentes nacionales: unionistas, socialistas, demócratas cristianos, las libertades democráticas? Veamos. Dentro de los Estados Unidos impera la democracia como sistema político pero es bueno aclarar que esto no impide que ese gobierno no tenga nada que ver con los intereses de los trabajadores, ni los sectores explotados del pueblo. Por el contrario, el reinado de la democracia va acompañado de la más grande tiranía del gran capital y los monopolios. La democracia, tal como la entienden los yanquis tampoco impide que los negros sean tratados apenas un poco mejor que los animales salvajes. No impide tampoco que

durante las huelgas decretadas democráticamente en asambleas de obreros, estos huelguistas sean apaleados e incluso muertos por las fuerzas del gobierno democrático. Tampoco que se trabe de mil maneras la actividad de las tendencias revolucionarias, o que se aplique la Ley Taft–Hartley¹⁶ contra las organizaciones obreras. O que las patronales multimillonarias equipen verdaderos ejércitos de terroristas contra los obreros en huelga. De la misma forma permite que sus tropas tan “democráticas” sostengan a los más grandes asesinos antidemocráticos, como Castillo Armas, Franco, Chang Kai-shek, o que apoyen al gobierno de Aramburu. Eso sí, no se olvidan de señalar que en Rusia, no existe la democracia.

Así pues que vayamos de a poco. En general la democracia o las libertades democráticas significan el derecho de cualquier persona a publicar lo que quiere mediante la prensa, la radio, etcétera, así como de elegir y ser elegido para gobernar, o de votar al partido que quiera, también el de formar uno. Significa también el derecho de asociarse con gente que tenga intereses comunes para la defensa de esos intereses, sin que nadie se lo impida. De todos estos derechos, ¿cuáles son los que defendió el imperialismo yanqui en el país durante años, con el cuento de que es democrático? Fundamentalmente el de la libertad de prensa, y el de la libertad de elegir para el gobierno a los elementos “democráticos”, o sea a los elementos que van a practicar desde el gobierno una política favorable al imperialismo. Tanto es así que la palabra “democrático” se ha hecho sinónimo de proyanqui, y sobre todo de anticomunista. De esta forma, mediante la libertad de prensa, o sea, mediante el derecho de que le dejen usar todo el papel que puede pagar —y esto no tiene límite pues tienen dinero suficiente—, el imperialismo yanqui quería penetrar en todos los poros y en todas las actividades del país, desalojando a la oligarquía proinglesa primero y después al peronismo. Como controla, además, todas las sugerencias informativas, puede hacer que el país se entere de lo que él quiere, y que ignore todo lo que él está dispuesto a mantener ignorado. Así, el imperialismo yanqui, puede llevar una campaña a fondo contra todo gobierno que se le resista, controlando las informaciones de todo el mundo, comprando políticos para darle un aspecto “democrático” a su penetración y a sus planes de colonización. De ahí que el imperialismo yanqui haya exigido libertades democráticas en todos los países que no dominaba completamente, como el nuestro, para poder mejor penetrar y dominarlos. En los países ya dominados, en cambio, impone si es necesario una dictadura espantosa y llega al asesinato de los mejores luchadores antiimperialistas y revolucionarios.

Concretamente, podemos decir que los yanquis se esfuerzan por conquistar fundamentalmente dos tipos de libertades en los países que no dominan: la libertad de prensa y la electoral. Justamente estas dos libertades son las menos efectivas, las más hipócritas. Porque la libertad de prensa, en esta sociedad gobernada por los grandes capitales, beneficia fundamentalmente a quienes tienen enormes rotativas y papel. Así se puede fabricar una opinión pública. Los yanquis son campeones en ese oficio. La libertad electoral no le va en zaga: los partidos necesitan platales para sus campañas que solo los grandes intereses imperialistas pueden suministrarlo. Así se ofrece una parodia de democracia cada cuatro o cinco años.

Esta es la forma de democracia que defiende el imperialismo yanqui y los partidos políticos que secundan sus planes dentro y fuera del país. Pero en cuanto son atacados por los obreros en sus movimientos políticos y sindicales, se olvidan completamente de toda democracia. Cuando *La Prensa* fue expropiada, todos los órganos proimperialistas pusieron el grito en el cielo. Pero cuando al mismo tiempo no existían en el país libertades para la prensa obrera, o se encarcelaba o suprimía a los huelguistas, nadie se acordaba de mencionarlo. Actualmente el gobierno “democrático” y proimperialista, le ha quitado sus publicaciones a la GGT, que no tiene un solo órgano legal. Al mismo tiempo ha liquidado al partido Peronista, que representa el 90% de la clase obrera y un 70% de la población; pero esto no les parece un ataque a las libertades democráticas, sino una medida de saneamiento democrático y antitotalitaria. Es decir, una medida favorable a los sectores “democráticos” proyanquis. Quiere decir que el imperialismo yanqui está a favor de las democracias

16 La *Ley de Relaciones Obrero-Patronales* de 1947, más conocida como la **Ley Taft-Hartley**, es una ley federal de los Estados Unidos que restringe las actividades y el poder de los sindicatos. La ley, aún vigente, fue patrocinada por el senador Robert A. Taft y el representante Fred A. Hartley, Jr., y se convirtió en ley el 23 de junio 23 de 1947.

y las libertades democráticas mientras mantiene frenado el movimiento obrero o antiimperialista; pero en cuanto estos comienzan a ser un peligro, entonces el significado de la palabra democracia cambia: a partir de entonces, ya no quiere decir que cada uno tenga derecho a decir lo que quiera, sí no que tiene que decir lo que no perjudique el dominio imperialista. Queda explicado así porque en nombre de la democracia, el imperialismo lucha contra las “barbaridades del fascismo” y al mismo tiempo cumple la humanitaria función de matar miles de hombres y mujeres con una sola bomba atómica. Por eso Perón no era democrático cuando obstaculizaba la acción de los partidos opositores y este gobierno si lo es, cuando no solo hace eso, sino que suprime lisa y llanamente el partido mayoritario, y liquidó a las organizaciones obreras. Sintetizando: el imperialismo de todos los principios de las libertades, defiende aquellos que aseguran su dominio, y en esa misma medida; superada esa medida, ya entonces la democracia para ellos se transforma en fascismo o en demagogia.

Nosotros en cambio defendemos las libertades democráticas, y lo hacemos con un criterio consecuente. Por eso cuando Perón liquidaba las libertades democráticas nosotros planteamos la lucha por ellas, así como la libertad de los presos políticos y sociales sin discriminación. Exigíamos completa libertad de prensa, incluso de los órganos burgueses, lo mismo que absoluta libertad para la prensa obrera. No porque estuviéramos de acuerdo con la penetración imperialista, sino porque entendíamos que los métodos policiales de Perón eran la mejor forma de facilitar esa penetración. Efectivamente, no teníamos la menor confianza en el gobierno peronista que hacía enormes concesiones al imperialismo, y por lo mismo tampoco le íbamos a permitir que fuera él quien estableciera qué órganos eran proimperialistas y cuáles no. De haberse tratado de un gobierno obrero la situación hubiese sido distinta. De esta forma defendiendo las libertades democráticas más amplias, luchábamos para que la prensa obrera también las tuviera y pudiera así frenar la ofensiva yanqui sobre el país, que los métodos policiales y patronales de Perón facilitaban. Es decir, que no defendimos las libertades democráticas más amplias por las razones y con los métodos con que lo hizo Gainza Paz,¹⁷ sino por los opuestos. Él defendía el derecho del imperialismo a penetrar en el país y a colonizarnos; nosotros defendíamos en cambio esa libertad para la prensa obrera, para una auténtica lucha contra esa penetración. Desgraciadamente, se han cumplido esos pronósticos nuestros. Actualmente se considera “francamente subversiva” y se la secuestra, a toda publicación que de una u otra manera atente contra los planes yanquis de colonización auspiciados por el gobierno.

El problema de la “democratización” ha sido explicado por un militar interventor a los dirigentes gremiales que le pedían elecciones libres y democráticas, en estos términos: “... No señores; democratizar los sindicatos no significa dar elecciones democráticas, sino poner al frente de ellos a elementos ‘democráticos’ es decir, antiperonistas y anticomunistas.” No tenemos nada más que agregar.

Algunos sectores de la clase obrera, como la amplia mayoría de la clase media, han chocado con el peronismo no solo por razones económicas —al verse relegadas por la clase obrera—, sino también por razones políticas: la falta de libertades democráticas. Este hecho no podemos dejar de tenerlo en cuenta para reafirmar que si ayer fuimos los campeones de la lucha por las libertades democráticas, hoy lo seguimos siendo. A ese respecto haremos los mayores esfuerzos por obligar a los que estaban contra Perón de verdad por razones democráticas, a que sean consecuentes y se unan a nosotros, en el actual momento, en la lucha por las más elementales libertades democráticas que el actual gobierno ha cercenado.

Por eso nosotros exigimos a esos sectores contrerías, que sean auténticamente democráticos, planteando la legalidad del partido peronista y luchando junto a nosotros por conseguirla. Exigimos a esos “democráticos” así entre comillas, que sean verdaderamente democráticos.

Para nosotros fue tan democrático luchar bajo el peronismo por la libertad para todos los partidos, o por elecciones democráticas en los sindicatos, como lo es ahora luchar por la legalidad

¹⁷ **Alberto de Gainza Paz** (1899–1977) fue un periodista y empresario argentino. En 1943, asumió el rol de director del ultraconservador diario *La Prensa* de manos de su tío, Ezequiel Pedro Paz, quien se había retirado por motivos de salud.

del partido peronista y el retiro de las intervenciones de los sindicatos. Creemos que si fue antidemocrático bajo el peronismo, impedir la acción libre de las distintas agrupaciones, incluso la de los socialistas de Repetto aunque contara con 10 afiliados, creemos ahora que es mucho más antidemocrático suprimir de la vida pública a un partido que tiene el 90% de los obreros y el 70% de la población. Aunque esto se haga en nombre de la democracia.

Por eso llamamos a todos los que están de verdad por la democracia, y las libertades democráticas completas, a luchar por ellas. Y fundamentalmente por la libertad para la prensa obrera, revolucionaria y anti imperialista, para asegurar el triunfo contra los sectores “democráticos” proyanquis. De ahí que le demos una inmensa importancia a esa tarea. Nosotros, los trabajadores, necesitamos como nadie de esas libertades, para forjar nuestra movilización, y para nuestra lucha política. Pedimos la libertad de todos los presos políticos y sociales y luchamos por ellos, porque sabemos que de cada diez, nueve serán trabajadores antiimperialistas. Y si por casualidad el restante es proimperialista, únicamente podrá ser reprimido por los tribunales obreros y no por la burguesía y su aparato de represión capitalista y pro imperialista.

Ya hemos manifestado, en otra parte de nuestro trabajo, que el peronismo fue un gobierno totalitario que todo lo controlaba. Hemos explicado también las razones de ese control. Este doble carácter del peronismo ha producido bastante confusión. Efectivamente, nosotros llevamos al seno de la clase obrera una campaña muy grande en favor de las libertades democráticas. Nuestro planteamiento no tenía un carácter lírico ni sentimental, al contrario, nuestro planteamiento, aunque entonces no lo pareciera, se basaba precisamente en los verdaderos intereses de la clase obrera. De la premisa nuestra de que solo la clase obrera podrá resolver los problemas suyos y del país, sacábamos la conclusión de que necesitaba como ninguna de las libertades democráticas para llegar a ese resultado. Luchábamos porque la clase obrera y sus distintos sectores pudieran discutir libremente las soluciones; por eso pedíamos libertad para ella y para las organizaciones antiimperialistas. La clase obrera no es milagrosa y puede equivocarse; precisamente por eso, queríamos que tuviese libertad de discutir todos los problemas: para encontrar las mejores soluciones.

Quienes bajo el rótulo de marxistas o revolucionarios, toleraron el totalitarismo de Perón, y la liquidación de las libertades democráticas, han cometido un crimen histórico contra la clase obrera, puesto que han secundado al gobierno de Perón y al de Aramburu en el logro de sus objetivos comunes: impedir la libre movilización de la clase obrera. Al mismo tiempo renunciaron a la mejor herramienta para denunciar al peronismo en el seno del mismo movimiento obrero. Esa misma falta de libertades, nos impidió hacer una mayor agitación contra el golpe de estado que se preparaba, así como denunciar que las capitulaciones del peronismo facilitaban ese golpe.

Concretamente: las libertades democráticas son una herramienta indispensable para la clase obrera; resulta el medio de comparar diferentes posiciones y adoptar la que se considera mejor, para después rectificarse si se equivocó.

Hoy día, la situación ha adquirido claridad meridiana. Este gobierno, que continúa con todas las medidas totalitarias anteriores, ha planteado con sus medidas reaccionarias y antiobreras la necesidad de la lucha más intransigente por las libertades democráticas. La clase obrera ahora se percató de lo que significa que no haya estado de sitio en el país: tranquilidad y libertad para hacer la campaña que se quiera. Por eso hay que luchar sin cansarse hasta derogar el estado de sitio. Pero nuestra lucha por las libertades democráticas no termina ahí, sino, por el contrario, empieza. Unido al levantamiento del estado de sitio tenemos la urgente necesidad de obtener la libertad de todos los presos políticos y sociales.

A ese respecto nuestra actividad no puede pecar de sectarismo u oportunismo. Efectivamente, los revolucionarios tienen tendencia a conformarse con declarar que “solo la acción de la clase obrera será capaz de recuperar al compañero Ruanova,¹⁸ Vandor o Marranti”¹⁹ y no hacemos nada

18 **Oswaldo Ruanova**, obrero metalúrgico, dirigente de Tamet, militante del POR.

19 **Rubén Marranti**, obrero metalúrgico en Philips, en la misma sección que Vandor del cual era amigo, militante del POR.

por organizar esa acción de la clase obrera. Cuando hacen algo esos “revolucionarios” que “solo creen en la acción” de la clase obrera se transforman en oportunistas sin cuento, que solamente negocian.

El problema de los presos, el más sentido en este momento, como así también las otras tareas democráticas, debe ser motivo de que los revolucionarios demuestren que son los más capaces en la organización de la clase obrera. Esto no significa que no se negocie. Por el contrario, en el momento actual de derrota obrera es casi obligatorio negociar; pero lo que es fundamental no es eso, sino organizar a los obreros para que sean ellos los que negocien. Hay que formar comisiones obreras por fábrica y por gremio que luchen por la libertad de los compañeros. En un principio la actividad de estas comisiones será informar y negociar; esto aunque no lo parezca es un arma tremenda: tener informada a la clase obrera al día sobre los presos y su situación, significa agitar permanentemente el problema.

Esto sin embargo no es más que una parte de la tarea de reorganizar el movimiento obrero; deberá ser el movimiento obrero sindicalmente reorganizado o en vías de estarlo, quien encarará la lucha contra el estado de sitio, así como la batalla porque existan plenas libertades democráticas en el país, y se terminen los presos políticos y sociales.

11. La principal tarea democrática es conquistar la legalidad para el peronismo

Ya hemos dicho en numerosas oportunidades que el peronismo tuvo aspectos contradictorios. Nos toca ahora precisar su carácter como movimiento político. El hecho de que luchemos por su legalidad como nuestra principal tarea democrática no significa que capitulemos ante él o que callemos nuestras críticas.

El peronismo ha sido y es esencialmente patronal. Defendió en forma permanente el derecho de la patronal a seguir explotando a los trabajadores. De la misma forma, [defendió] su derecho a mantener y acrecentar sus ganancias. Estos dos hechos sobran para definirlo. Pero para una caracterización precisa no es suficiente con esto: también tenemos que ver en qué se diferencia de los demás partidos o movimientos patronales. Fue un gobierno capitalista que buscó y obtuvo el apoyo de los obreros, para lograr que sus amigos, los patrones del país, no tuvieran que repartir sus ganancias, con los patrones del imperialismo, o por lo menos que les dieran lo menos posible.

Pero hoy en día la patronal no quiere un gobierno que colabore con la clase obrera, porque la situación económica hace que desee hacerle pagar todo el gasto de la crisis. Por eso estos sectores patronales han roto con el peronismo. Tampoco quieren que esa amistad con el peronismo, les impida un acuerdo con el imperialismo yanqui, que es el único que los puede salvar de la crisis y sostener sus ganancias. No obstante, caído el peronismo, algunos de esos sectores no se llevan bien con el nuevo gobierno, porque les hace demasiadas concesiones a los imperialistas yanquis, tratándolos mejor que a ellos mismos. En sus roces con el gobierno, tratan de buscar, lo mismo que el peronismo, el apoyo de la clase obrera, aunque controlándola. Si la ruptura de esos sectores patronales con el imperialismo se produce, y tratan de defender en algo la independencia nacional, entonces el surgimiento de una tendencia nacionalista más o menos moderada es inevitable. En esas condiciones el peronismo, como corriente de la patronal semi nacionalista, puede volver a tomar nueva fuerza e incluso volver al poder, si la clase obrera se suma a esa corriente. Esto puede darse, independientemente de que Perón vuelva o no. Esta es una variante. La otra es que, ante una fabulosa presión obrera y anticapitalista, el mismo imperialismo yanqui juegue la carta de Perón, antes que perderlo todo. Debemos tener en cuenta que, para el imperialismo yanqui, Perón no es su enemigo, sino más bien un amigo dudoso; que al mismo tiempo que lo resistió, también le hizo concesiones de fundamental importancia. Además, Perón ha hecho y sigue haciendo declaraciones favorables al imperialismo.

Como el mercado argentino no es complementario del yanqui, el dominio de este no puede asentarse en ningún sector económico del país con exclusividad, exceptuando a los capitalistas

financieros representantes de los bancos yanquis. Esto es una debilidad para el imperialismo, al mismo tiempo que es su punto fuerte, ya que le permite maniobrar con todos los sectores. Hasta el año 1945 los yanquis especularon con la patronal industrial. Les prometieron capitales, materias primas, etcétera. Hoy en día le prometen tractores a los patronos agrícolas-ganaderos y fundamentalmente a los primeros. Al mismo tiempo especula con todos los sectores de la patronal nacional. Este amplio campo de maniobra del imperialismo yanqui, puede posibilitar un cambio de política del imperialismo en relación al peronismo, en caso necesario. Ante una grave situación revolucionaria en el país, el imperialismo yanqui puede jugar la carta de una vuelta del peronismo, mediante un acuerdo previo con él, para paralizar el alza revolucionaria de las masas trabajadoras. Precisamente porque el peronismo no representa directamente a una clase sino a un ansia general de independencia de la patronal argentina, puede ocurrir que la misma contradicción que lo arrojó del poder se lo devuelva en caso de una gran movilización de la clase obrera. Esta contradicción imperialismo yanqui—clase obrera, sigue existiendo y tiene plena vigencia.

El movimiento obrero no ha agotado la experiencia peronista, esto es innegable. El peronismo fue arrojado del gobierno justamente cuando comenzaba a desprestigiarse y a mostrar su verdadero rol de agente patronal. La caída del peronismo frustró esa experiencia del movimiento obrero; por eso creemos que la clase obrera debe fijar su política futura en forma ampliamente democrática. Nuestras críticas al peronismo, van acompañadas de una defensa no menos implacable del derecho que le asiste a los peronistas de tener su propia organización política; a actuar con completa libertad y a volver al gobierno si la mayor parte de la clase obrera los apoya. Esto se basa en un principio fundamental del movimiento obrero y revolucionario: convencer a los compañeros, al mismo tiempo que respetar su voluntad mayoritaria. Este planteo nuestro de luchar por la legalidad del partido peronista, no es una declaración para los primeros de mayo. Es un punto de nuestro programa y como todo nuestro programa, para la acción. Por eso planteamos el frente único a las organizaciones obreras y antiimperialistas para luchar por la legalidad del partido peronista. Esta lucha servirá para demostrarle a la base peronista la enorme importancia de las libertades democráticas que el peronismo cercenaba en forma inescrupulosa.

Esto no significa que lleguemos a acuerdos electorales con el peronismo; tampoco significa que propondremos a las masas candidatos peronistas; no tenemos absolutamente ninguna confianza política en el peronismo ni en sus hombres. Lejos de ello, combatiremos al peronismo y a su dirección. El hecho que la mayoría de los obreros sea peronista, nos obliga a jugarlos por la legalidad del partido; pero no nos obliga a capitular ante su ideología. Tenemos confianza en los obreros peronistas: eso es todo.

En el momento actual estamos, sin embargo, dispuestos a llegar a un acuerdo sindical con los dirigentes peronistas, reflejados en la Junta de Emergencia de la CGT. Nos acepten o no, nos consideramos parte de ese movimiento. En esa organización de nuestra clase, estamos dispuestos a ser disciplinados si es que ella interviene en política, como pensamos plantearlo nosotros. Es decir, acataremos la disciplina de nuestra clase en las organizaciones de nuestra clase. Pero no acataremos la disciplina del Partido Peronista ni de ninguna otra organización que no sea de nuestra clase.

12. La intransigencia radical: expresión de las contradicciones de la moderna clase media

Hace ya un año que nuestra tendencia trotskista definió con toda precisión la crisis del radicalismo. Entonces decíamos que era inevitable su división en tres alas y que no había posibilidad de un acuerdo permanente entre Frondizi y Sabattini, pese a decirse ambos Intransigentes.

Para nosotros el unionismo reflejaba los sectores más elevados de la clase media y la patronal que sirven incondicionalmente a la colonización yanqui. La intransigencia obedecía a los sectores de la clase media y la patronal que resistían, aunque en forma tibia, la colonización. A su vez, la división de la intransigencia obedecía a la división existente entre los mismos sectores antiyanquis. Parte importante de ellos cambiaron de frente y se volcaron al unionismo; otros, fundamentalmente en el

interior, conservaron su yrigoyenismo reflejado hoy en día en Sabattini. En cambio, Frondizi refleja los sectores más bajos de la moderna clase media: pequeños industriales, pequeños comerciantes, profesionales y empleados. De ahí las contradicciones del frondizismo: por un lado quiere un gran desarrollo del país; pero por otro, teme a la clase obrera.

[La Intransigencia] aspira a que la clase media sea el árbitro entre el imperialismo yanqui y el país, así como entre los obreros y la patronal. Cuando plantea que las empresas tienen que ser dirigidas por los patrones, los obreros y los empleados, pone en un pie de igualdad a los patrones y obreros —las fundamentales fuerzas económicas— con los empleados, que en relación a los anteriores no tienen ninguna fuerza. Trata de especular con el antagonismo entre la patronal y la clase obrera, para hacer de la clase media el intermediario ganancioso. Este afán de quedar bien con dios y con el diablo, con los patrones y con los obreros, caracteriza a la intransigencia lo mismo que a su base social: la clase media.

También como ésta, la intransigencia se divide cada día más. La posición de la intransigencia en relación a la Junta Consultiva refleja esta debilidad de la clase media: por un lado están en la Junta y apoyan la política reaccionaria del gobierno; pero por otro, critican a la Junta como un organismo oligárquico. Esto sucede precisamente porque odian al peronismo, tanto como a la clase obrera y a los yanquis. De ahí que colaboren con el gobierno para evitar la vuelta del peronismo. Por eso aprueban tácitamente la ilegalidad del Partido Peronista, al mismo tiempo que las intervenciones militares en los sindicatos. Para sus planes, piensan abrirse camino pactando con los sectores antiyanquis del ejército y la patronal.

El apoyo de la clase media al gobierno subsiste porque espera que la situación económica mejore para ella. Pese a eso, las sucesivas concesiones al imperialismo yanqui han provocado ya ciertas fisuras, dentro de la clase media, y dentro de la propia Intransigencia: el grupo Gelsi—Noblía²⁰ refleja esa relativa resistencia a las medidas del gobierno. Pero nosotros, aun siendo conscientes de la relativa estabilidad de la clase media, no dejaremos de trabajar sobre ella, para radicalizarla cada vez más, dada su importancia en la futura crisis revolucionaria del país. Pero para ello partimos de una premisa: solo la clase obrera organizada puede imponer respeto y una dirección a los sectores de la clase media y, al mismo tiempo, llevarla a una política consecuentemente antiimperialista.

En este sentido, nuestro trabajo sobre la clase media tiene un carácter propagandístico e indirecto. Propagandístico porque en esta primera etapa podremos convencer sólo a sus sectores de vanguardia, fundamentalmente estudiantiles, de que únicamente la clase obrera puede conseguir la independencia del país; indirecto, porque para nosotros no hay tarea más importante que la de la organización previa de la clase obrera para llevar adelante la lucha antiimperialista.

Para lograr este objetivo no hay nada mejor que el frente único: proponer tareas comunes precisas a los intransigentes sobre cuestiones democráticas o antiimperialistas: el problema del estado de sitio, de los presos, de la legalidad del Partido Peronista, de las elecciones nacionales o de la Asamblea Constituyente, la independencia del movimiento sindical, etcétera, son puntos que podemos plantearle para llevar hacia una política consecuentemente democrática y antiimperialista a sectores de la clase media, y para desenmascarar —al mismo tiempo— a la dirección cobarde y oportunista.

13. La crisis del comunismo stalinista

El Partido Comunista argentino sufre una doble crisis. La primera por haber resultado agente del plan yanqui de colonización durante un buen período, así como por la incompreensión del fenómeno peronista. La segunda proviene de la crisis mundial del stalinismo, de la cual es una manifestación el último Congreso del Partido Comunista Ruso.

²⁰ Celestino Gelsi (1915–1990) fue gobernador de Tucumán entre 1958 y 1962. Héctor Virgilio Noblía (1901–1977) fue un médico y político argentino, que ejerció el cargo de Ministro de Asistencia y Salud Pública durante la presidencia de Arturo Frondizi.

Con su posición de frente popular, el stalinismo criollo sirvió durante años al imperialismo y a su plan de colonización. Codovilla, en el año 1945, abogaba por que entráramos en los organismos panamericanos. Acusaban también de fascistas a los sectores de la patronal y la clase media que se resistían a los planes del imperialismo. Al mismo tiempo que consideraban “buena gente democrática” a los elementos alvearistas, tachaban de fascistas a los sabattinistas por su actitud ligeramente nacionalista; de lo mismo acusaban a FORJA, corriente antiimperialista de la clase media.

El partido Comunista argentino había llegado a controlar a la vanguardia de la clase obrera argentina, desplazando a los socialistas y a los anarquistas. De un partido de algunas centenas de militantes había pasado a ser el partido de la clase obrera argentina.

El golpe del 6 de septiembre liquidó al socialismo y al anarquismo; las dos grandes potencias del movimiento obrero argentino hasta entonces.

El no haberle dado importancia al golpe que se aproximaba, ni después a la formación de un aparato ilegal, liquidó el anarquismo, que dirigía el movimiento sindical.

Unido a este proceso se produjo otro de fundamental importancia: la industrialización, en especial en el ramo de la construcción, que comienza a trabajar en gran escala. El anarquismo no cuajó con el desarrollo industrial que obligó a centralizar, homogeneizar y disciplinar la acción y donde los actos de heroísmo individual no tienen mayor importancia.

El comunismo stalinista se puso al frente del movimiento obrero durante las grandes huelgas que comenzaron en él año 1933 y duraron hasta el año 1943. Esta ola de huelgas fue dirigida por los stalinistas que en esa época tenían una posición exageradamente revolucionaria: no querían unirse a ningún sector del movimiento obrero ni antiimperialista para realizar tareas comunes. Además de la ligazón con el movimiento sindical el Partido Comunista empalma con corrientes de izquierda del partido socialista. Efectivamente, en el mundo no dominado por el fascismo, el peligro de éste, así como las grandes huelgas francesas y la revolución española, produjeron corrientes de izquierda en todo el socialismo mundial. En Argentina ocurrió lo mismo: surgió una poderosa corriente de izquierda. Esta corriente comenzó a mirar al Partido Comunista como a su posibilidad revolucionaria. En un principio esta corriente comprendió, aunque no en forma clara, que era preciso unir a todas las organizaciones obreras para enfrentar al gobierno reaccionario. Esta posición chocó con el ultra izquierdismo del Partido Comunista. Pero al poco tiempo —en 1936— los partidos comunistas, por órdenes de Moscú, dan un viraje hacia la derecha y llegan a acuerdos con los partidos, incluso patronales, con tal de que no fueran fascistas. De ahí que el impulso de las izquierdas socialistas, de estructurar un frente para la lucha anticapitalista y antiimperialista es capitalizado por el stalinismo que se orienta a la unión con organizaciones patronales o con partidos incluso agentes del imperialismo.

El Partido Comunista, al copar a la izquierda socialista, impide que se transforme en un auténtico partido revolucionario, desviándola hacia la colaboración de clases. Lo mismo hace con el movimiento sindical. Es decir, que los dos fenómenos que tendían a la estructuración de un gran partido revolucionario, la izquierda socialista y el movimiento sindical en ascenso, son captados por el Partido Comunista, que desde el año 1936 las orientan hacia la colaboración de clases con la patronal y el imperialismo yanqui. El prestigio del Partido Comunista y de la Revolución Rusa, fue utilizado por Codovilla para desviar hacia la derecha las inclinaciones revolucionarias de la vanguardia socialista y sindical. El Partido Comunista se transforma así en la correa de transmisión del imperialismo yanqui en el movimiento obrero. Codovilla y Ghioldi²¹ fueron los más grandes defensores de la Unión Democrática al servicio de los yanquis. Y si esta política no los hundió enseguida, es porque los obreros odiaban a la oligarquía fraudulenta en el poder.

Pero desde el golpe del 4 de junio de 1943 la situación fue cambiando en todos los aspectos. Surge una nueva capa industrial que no ha pasado por la escuela del movimiento obrero sindical

21 **Américo Ghioldi** (1899–1984) fue un maestro y político del Partido Socialista Democrático y director del diario *La Vanguardia*. Durante la dictadura conocida como Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) fue embajador en Portugal.

de la época del 30, ni tampoco por la de la izquierda comunista. Al mismo tiempo, el gobierno ya no es más un gobierno oligárquico, antipopular y fraudulento, sino un gobierno que resiste los planes yanquis de colonización y tiene base de masas. El Partido Comunista se transforma en punta de lanza de la Unión Democrática al servicio de los yanquis, y esto lo liquida como gran partido de la clase obrera. El stalinismo, lejos de comprender el fenómeno del peronismo, lo considera fascista y moteja de matones a los obreros peronistas. Así desaparece de la escena histórica el Partido Comunista como gran partido de la clase obrera. Los numerosos virajes realizados hasta la fecha —incluso el de sacar la foto de Eva Perón diciendo que era una luchadora antiimperialista— no han logrado reforzar su situación.

Últimamente el stalinismo fue incapaz de llegar a un acuerdo con el peronismo en la lucha contra el golpe de estado. Realizó una política de abstención: el golpe era malo y el peronismo era fascismo o corporativismo. No dijo que el peronismo era malo pero que el golpe era peor; no señalaron su carácter ultra reaccionario y se lavaron las manos. Luego del golpe llevaron a cabo una política doble: *Nuestra Palabra* atacaba al gobierno, mientras *Propósitos* ponderaba al Contraalmirante Rojas y al gobierno reaccionario.

Frente a las huelgas de la CGT, lejos de aclarar que aunque estaban contra su dirección, apoyaban las huelgas, porque aunque resueltas por la directiva eran en defensa de la organización, sabotearon la del 2 de noviembre y se plegaron a última hora a la del 15 de noviembre; tampoco el 17 de octubre acataron a la mayoría de los trabajadores y carnerearon la huelga. Toda esta actuación debilitó más aún su posición ante los trabajadores. En la actualidad no llevan una lucha a fondo por la legalidad del Partido Peronista. La historia, tanto como los obreros, no perdonan “avivadas” como esta de callarse sobre la legalidad del peronismo para poder heredarlo; los obreros y activistas peronistas sabrán reconocer tarde o temprano como a su partido al nuestro, que fue el único que defendió su derecho a la legalidad como organización.

No debemos cansarnos de explicarle a los obreros de vanguardia la verdadera causa del proceso stalinista; su dependencia de las maniobras del Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia. En Argentina se ha hundido por servir a los yanquis y lo hicieron porque en esa época los yanquis eran grandes amigos de Rusia; en lugar de ayudar a Rusia haciendo que los obreros de nuestro propio país lucharán contra los yanquis, sirvieron a los amigos de la siniestra burocracia de Moscú, aunque esos amigos eran los enemigos mortales de nuestros pueblos y países.

Desde la guerra fría el stalinismo de todo el mundo y de nuestro país ha perdido el rumbo, y no sabe qué decir ni hacer. Pese a sus esfuerzos no encuentra a quién servir. El imperialismo ha cercado Rusia y le exige condiciones leoninas para un acuerdo; de ahí la política de Codovilla y Ghioldi en Argentina: por un lado amenazan a los yanquis y por otro le ofrecen sus servicios. Pero no hay duda de que el verdadero objetivo de Rusia es llegar a un acuerdo con los yanquis, que son sus auténticos enemigos.

Hoy día la crisis mundial del stalinismo ha llegado al paroxismo. Rusia ya no es el único país independizado del imperialismo; ahora existen otros. Ahora el stalinismo no puede imponer el fetiche de que Rusia es única y sus burócratas los únicos; pero además hay otro problema: el ascenso de las masas dentro de la misma Rusia y su esfera de influencia. En el año 1953 dos huelgas hicieron trastabillar a la burocracia rusa: la huelga de Alemania oriental en Berlín Este y la del campo de trabajo de Vorkuta; ésta dentro de la misma Rusia. Hubo otras en Checoslovaquia y otros países del Este de Europa; la crisis además se ha reflejado en los partidos más fuertes de Europa: el PC Francés y el PC Italiano. En ambos han surgido corrientes de izquierda; además y para colmo de la burocracia la revolución pasa hoy día por países que no son controlados por los stalinistas, como Argelia, en donde las masas son dirigidas por un partido revolucionario auténtico, que simpatiza con la IV internacional.

Los dirigentes de Moscú ven cómo se les mueve el piso incluso en su propia esfera de influencia: Europa.

El XX Congreso del partido Comunista ha tenido un objetivo fundamental: hacer que la moderna clase media rusa, cierre filas en torno al gobierno para darle una base que le permita

enfrentar a la presión de los trabajadores de la misma Rusia; de ahí que se liquide el mito de Stalin y el del jefe único y se imponga una dirección colectiva. Pero este ataque contra Stalin y su mito acelera la crisis del stalinismo en escala mundial puesto que provoca serias dudas en los mejores militantes stalinistas.

Este es el aspecto del problema que debemos señalar sin caer en el juego de la burocracia rusa: tenemos que tener en cuenta que el militante comunista lo es por su posición anticapitalista y antiimperialista, pero poseído de una honrada y profunda fe revolucionaria.

Ante la caída del mito de Stalin su fe tambalea, y nosotros somos los únicos que le podemos dar una explicación y señalar el camino.

Sólo un sector de clase enormemente privilegiado podía levantar ese mito colosal. Hoy día es ese mismo sector de clase el que, al comprobar que tampoco el mito los salva, lo liquidan. Lo tiran abajo para salvarse. Son los mismos burócratas soviéticos que fabricaron el mito los que lo tiran abajo.

Nosotros debemos atacar de lleno el mito stalinista así como su oportunismo y su colaboración con la patronal. Pero teniendo en cuenta que su material humano es valioso y sincero. Nuestro tono debe ser ajustado a su mentalidad y su desarrollo. Debemos ligarnos a esos militantes y contactarlos tratando de ganarlos, aunque sin perder mucho tiempo, ya que lo fundamental no es el trabajo sobre el PC sino la reorganización de la CGT y del movimiento sindical.

Muchos de esos militantes, los mejores, llegarán a formar parte de nuestras filas; será la mejor forma de vengar los crímenes internacionales cometidos por la burocracia stalinista.

14.¡Abajo las sectas!

En el movimiento de izquierda de todos los países pululan las sectas; estas presentan, dentro de sus más variadas formas, características comunes. Su existencia obedece a profundas razones: fundamentalmente a las contradicciones permanentes de la sociedad actual: políticas, económicas y culturales. Un hombre actual —puede ser un obrero o un estudiante— puede sufrir tremendamente al ver la miseria, las injusticias o el servilismo de la cultura o el arte. Esa comprensión pueden llevarlo a él o a sus amigos a una posición de rebeldía; en ese caso se le presenta un problema: ¿Cómo solucionar esas contradicciones?

Si busca la solución ligándose, para luchar, a grandes sectores de obreros, estudiantes, etcétera, entonces acudirá a un partido u organización amplia, aunque luego termine en el oportunismo. Pero si en lugar de tomar ese camino se encierra en sí mismo y en su grupo, tomando como cuestión fundamental, no la práctica social, sino la vida interna de ese grupo, estaremos en presencia de una enfermedad muy conocida: el sectarismo. Y de una forma de organización no menos conocida: la secta. Su carácter definitorio es el religioso, aunque sean ateos hasta la médula; tienen días de reunión fijos, un rito especial y un gran “sacerdote” que puede ser “el más grande anarquista o marxista del mundo” o “el dirigente de confianza de Pablo”²² o “el Oscar²³ más simpático de los cafés porteños”.

Para formar una secta no es preciso que éstas características sean llevadas a los extremos: se puede publicar un periódico como el del Ejército de Salvación o el del Grupo “Praxis”²⁴ y ser una secta religiosa revolucionaria hasta la médula de los huesos. Este periódico no será piqueteado ni verificado por la actividad de la clase obrera, o sea de su vanguardia, sino que será una mínima parte de los trabajos de esa secta, cuya actividad principal seguirá siendo fortificar su acción interior, ganar adeptos, etcétera.

22 **Pablo**, principal figura y dirigente de la secta revisionista “pablista” que surgió en 1952-53 en las filas de la Cuarta Internacional, y cuyas posiciones liquidacionistas fueron combatidas a muerte por nuestro partido. NM

23 **Oscar**, dirigente de la Unión Obrera Revolucionaria (UOR), pequeña secta que aún subsiste en Argentina. NM

24 El **Grupo Praxis**, dirigido por Silvio Frondizi, minúscula organización académica y profesoral que actúa en algunos sectores del estudiantado argentino. NM

Una secta de rebeldes es lo opuesto a un partido revolucionario. Este es, antes que nada, un órgano de acción clara, precisa; es el órgano consiente del proceso inconsciente de la clase obrera que lucha contra la explotación de que es objeto. En la vida de un partido obrero todo tiene un fin último exterior y no interior: ayudar al proceso de la lucha de clases y a la liberación de la clase obrera. Por eso el partido obrero es fundamentalmente un órgano de combate: ganar nuevos elementos, la formación de nuevos dirigentes, una tesis teórica, tiene un solo objetivo: fortalecer su acción exterior fortaleciendo a la clase obrera. Los militantes y dirigentes de ese partido ligán su propia trayectoria a la de la clase obrera.

Una secta, en cambio, no refleja la lucha de clases en forma real, sino que vive en función de la esencia contradictoria de esta sociedad.

La secta trata de crear, al margen de esta vida, una vida pura de tubo de ensayo, en el estudio de cualquier profesor de filosofía política, en la casa de un plenipotenciario pablísta o bien en el café uorista de turno. Dentro de las sectas las relaciones se basan en cuestiones personales: se aprecian, respetan, u odian por cuestiones que nada tienen que ver con la lucha de clases. En un partido revolucionario las relaciones personales sufren el vaivén de la lucha de clases. Un camarada que afloja en la lucha de clases deja de ser respetado; un dirigente que dirige sistemáticamente mal las huelgas, deja de ser dirigente.

Nuestro país no es una excepción: en la periferia de su movimiento de izquierda, pululan infinidad de sectas revolucionarias o seudo revolucionarias. La existencia de estas sectas, como su relativa importancia, se ve alentada por la tradición del marxismo revolucionario en nuestro país; Argentina jamás ha tenido un partido marxista revolucionario de masas. La tradición marxista en Latinoamérica y en nuestro país ha sido deplorable. Bajo el peronismo el trabajo teórico y político de las organizaciones, aunque de una riqueza enorme, fue un verdadero trabajo de topos. Esto ha favorecida la vida de las sectas, que no sufrieron así la presión de la lucha teórica y política.

Todo esto permitió la existencia de una secta que tomó como liturgia el único programa revolucionario: el de la Cuarta Internacional. Esta secta está integrada también por obreros e invocan la forma de organización bolchevique. Se llamó Grupo Cuarta Internacional (GCI), en la actualidad se llama Partido Obrero Revolucionario Trotskista (PORT), y edita *Voz Proletaria*.

Poco tiempo después que GCI salía a la arena pública hicimos un vaticinio: o superaban su sectarismo, y junto con él su oportunismo teórico y político, o desaparecían del proceso de la lucha de clases. Así ha ocurrido: la secta CGI tuvo un acierto político de indudable trascendencia: su internacionalismo; aunque hayan sido internacionalistas en el peor sentido de la palabra. Nosotros en cambio hemos sido nacionalistas en el mejor sentido; lo que no dejó de ser un defecto. CGI reivindicó el internacionalismo para vivir traduciendo lo que se decía y hacía en el exterior. Eliminó así toda posibilidad de pensar y resolver por su cuenta, sobre los problemas latinoamericanos y del país. El principio esencialmente correcto de que lo internacional o lo general es lo que determina lo nacional fue llevado al absurdo por CGI, que desde ese momento no hizo, ni pensó, ni tuvo iniciativa alguna por su cuenta. Cuando se decidieron a sacar una revista teórica no hicieron más que traducir la revista francesa de nuestra internacional.

Nosotros cometimos el “error” inverso: comenzamos por lo nacional tratando de darnos un programa y de penetrar profundamente en la clase obrera del país; aportamos así un programa y una interpretación de la realidad nacional y latinoamericana. Del análisis marxista del país llegamos al latinoamericano, y de allí al mundial; recorrimos a la inversa un camino que CGI no recorrió todavía.

El internacionalismo sectario de CGI basado en nuestro programa central, no adaptado a la realidad nacional, fue su perdición. Siempre pendientes de las órdenes de arriba fueron incapaces de orientarse cuando sus órdenes no llegaron o tardaron.

Cuando estalló la guerra de Corea pocos obreros conscientes dejaron de comprender su significado; Corea del Sur era un país capitalista y Corea del Norte un país obrero. CGI, sin embargo, tuvo que resolver por sí solo la cuestión y se equivocó: apoyó a Corea del Sur. Esto solo habla del sectarismo y de la falta de criterio obrero de esta gente.

A partir de la guerra de Corea se acelera enormemente el proceso de la guerra fría y como consecuencia de ello las amenazas del imperialismo a Rusia; nuestra dirección internacional comienza entonces a capitular ante el stalinismo, en lugar de seguir denunciándolo como sirviente en última instancia del capitalismo. Las amenazas de guerra le hacen creer que el stalinismo ha cambiado, que a partir de esa fecha tendrá una política izquierdista, etcétera.

Esto que parece una cuestión inexplicable es bien sencillo: la dirección internacional del trotskismo, lo mismo que CGI acá, fue incapaz de aplicar el programa trotskista, correcto en general, a la nueva situación internacional; defendían y explicaban mejor que nadie a Trotsky pero no eran capaces de aplicar su programa en forma concreta. Nuestra dirección internacional, carente de una experiencia de masas, era más bien propagandistas, y más periodistas que grandes dirigentes. La nueva época exigía dirigentes tipo Cannon, y no periodistas tipo Germaín. Después de la guerra se produjeron dos hechos de fundamental importancia: el copamiento del Este de Europa por Rusia y la liquidación del capitalismo en esa zona, así como en Asia la Revolución China que liquidó a los terratenientes, a los sectores más fuertes del capitalismo y al imperialismo.

Estos dos acontecimientos fueron ignorados en un principio por la dirección de nuestra internacional, porque habían sido dirigidos por los stalinistas, Se olvidaban que Trotsky había planteado que tanto el stalinismo como el socialismo, aunque siguieran siendo internacionalmente agentes del imperialismo podían, en determinadas circunstancias y en determinados lugares, ser capaces de luchar contra el imperialismo y el capitalismo. En la misma forma, una organización sindical reformista en determinadas circunstancias presionada por el movimiento obrero, puede llegar a romper con los patrones y dirigir una huelga. Así ocurrió en Europa y en el Este de Europa; los stalinistas rompieron con la patronal y los imperialistas forzados por la presión de las masas y la tremenda crisis del capitalismo en esos países.

Cuando la Internacional comprobó estos hechos, en lugar de defender la justeza del análisis trotskista del carácter contrarrevolucionario del stalinismo, pegó un viraje de 180 grados y modificó el análisis trotskista del stalinismo; esta izquierdización forzada del stalinismo debido a la presión de las masas, fue interpretada como un cambio general del stalinismo como movimiento.

Este análisis fue llevado hasta sus últimas consecuencias modificándose la razón de ser del trotskismo: que es el carácter profundamente contrarrevolucionario del stalinismo y del reformismo.

Justamente fueron los partidos trotskistas más ligados al movimiento obrero de sus países los que comprendieron con mayor prontitud el contrabando ideológico de la dirección internacional. Es que para una organización realmente ligada a la clase obrera, no es un secreto las enormes posibilidades de un trabajo trotskista en la clase. Los trotskistas franceses, ingleses, ceylandeses y norteamericanos se opusieron firmemente al curso revisionista de la dirección internacional y de su dirigente Pablo. Nuestra organización fue acompañada por el POR chileno y el POR peruano en la oposición a esa política en Latinoamérica.

Pero el pablismo no sólo capituló a la dirección stalinista, sino también a todas las direcciones del movimiento de masas. Planteó que todas ellas podrían orientarse en la realidad como tendencias “revolucionarias”.

En Bolivia, Pablo y su sirviente Posadas llevaron una política suicida apoyando críticamente al gobierno de Paz Estenssoro; esta política es la responsable de la crisis del POR boliviano, heroica vanguardia del trotskismo latinoamericano y mundial. En Chile, en lugar de trabajar sobre la clase obrera organizada en sus sindicatos, Pablo y Posadas dieron la línea de entrar al Partido Socialista Popular y lamentaban no haber entrado a trabajar sobre los comités ibañistas.

Toda esta tarea de revisión y capitulación fue llevada a cabo bajo la consigna de “trabajar donde están las masas”. Pero esto es falso: no sólo se trata de trabajar donde están las masas, sino también de saber con qué política. Para la secta internacional pablista no es necesario combatir a muerte a las direcciones del movimiento de masas porque estas pueden hacerse revolucionarias: entonces lo que hay que hacer es ayudarlas. Para nosotros, trotskistas ortodoxos, de lo que se trata es de trabajar donde están las masas pero para liquidar y combatir a su dirección oportunista y contra revolucionaria con el fin de darle una dirección revolucionaria.

En Europa dijeron que los stalinistas, incluso su dirección, irían cada vez más a la izquierda. En Bolivia apoyaron críticamente a Paz Estenssoro; en Chile le hicieron el juego al Ibañismo. Pero no es necesario ir muy lejos para comprobar la política sectaria y a la vez oportunista del pablismo; el ejemplo más concreto lo tenemos en el país. La caída de Perón fue un hecho histórico; una corriente revolucionaria que aspira a dirigir a la clase obrera debe mostrar sus cartas credenciales. Ellas no pueden ser otras que preveer cada hecho histórico de importancia para la clase obrera. Todo activista sindical que corra peligro de marearse con el carácter internacional de la secta pablista debe preguntarse: ¿antes del 16 de junio cuáles fueron las organizaciones revolucionarias que previeron la caída de Perón y la forma de impedir que el golpe reaccionario tuviese éxito?

CGI, actual PORT, agente del pablismo, editor de *Voz Proletaria*, no dijo una palabra sobre la posibilidad de un golpe de estado y sobre la forma de impedirlo.

Esta política contrasta con la nuestra, auténticamente revolucionaria, que previó un año antes del 16 de junio lo inevitable del golpe, como su triunfo, a menos que se movilizara a las masas. Señalamos como un peligro de muerte los métodos policiales del peronismo, aunque pese a ello nos unimos a los obreros peronistas en la campaña contra la movilización clerical. Estuvimos con nuestras posiciones en la manifestación del 14 de junio y, en primera fila, en la del 16 de junio. Artículos periodísticos y volantes hablan de nuestra posición; la secta pablista en cambio, no hizo ni dijo nada al respecto antes del 16 de Junio. Esa es la acusación que hacemos a la secta de Pablo y Posadas: no hicieron, no previeron y no dijeron nada para el golpe del 16 de junio.

En la actualidad el sectarismo de esta gente llega al colmo. Por un lado se “olvidan” de plantear que lo fundamental es la reorganización del movimiento sindical. Como consecuencia de ello se lanzan a una aventura criminal en la gran fábrica metalúrgica CARMA. Rechazan la proposición de los activistas de las más grandes fábricas metalúrgicas de Avellaneda de reorganizar el sindicato porque lo fundamental era el planteamiento político y no el sindical.

Estos sectarios, hundieron con esa actitud a la magnífica vanguardia de CARMA mandándola a un movimiento sin ningún apoyo del gremio. Pero, como siempre, el aventurerismo tiene otra cara: el oportunismo. Ayer CGI (PORT), editor de *Voz Proletaria*, capitulaba ante el peronismo; hoy día capitula al radicalismo. Veamos:

Para los radicales y stalinistas no hay tarea más importante que el llamado inmediato a elecciones o a una constituyente sin el peronismo. En el mejor de los casos es lo máximo que puede dar este gobierno. *Voz Proletaria* plantea lo mismo y no es una casualidad. Los sectarios, que de “tan revolucionarios” que son les importa un pito la reorganización del movimiento sindical y que se fueron de una reunión en la que se discutía ese problema, se olvidan, en cambio, que los obreros odian a este gobierno y que al 70% de la población le pasa lo mismo. Por lo tanto no se trata de lograr un llamado a elecciones o un llamado a constituyente, sin el peronismo, sino de organizar y plasmar a la organización del proletariado argentino para voltear al gobierno reaccionario apoyado en una ínfima minoría de la población.

Situaciones como esta se repiten en todos los países del mundo: mientras el trotskismo ortodoxo actúa y prevé con corrección, la secta pablista se contrae, se contradice, y es ignorada por la realidad como pago de su propia ignorancia de ella. En todas partes el trotskismo ortodoxo se fortalece y el pablismo desaparece.

Si nos hemos ocupado tanto de esta secta es justamente por su carácter internacional. El programa y la forma de organización de nuestra Internacional son utilizados por esta secta para captar a magníficos luchadores obreros y estudiantiles. Por eso hay que desenmascararlos ampliamente ya que son más peligrosos porque utilizan una herramienta efectiva para emponzoñar con su sectarismo a magníficos elementos: a nuestra Internacional y al nombre de León Trotsky. Pero el antídoto para todo revolucionario es facilísimo: exigir pruebas de que ellos no dijeron que el stalinismo iba a tener cada día una política más izquierdista; que no apoyaron críticamente a Paz Estenssoro en el gobierno; que no apoyaron a Corea del Sur contra Corea del Norte y, ya en el terreno nacional, que demuestran que alertaron contra el golpe de estado del 16 de junio de 1955 y que llevaron una política consecuente contra él.

Hay otras sectas y seguirán existiendo otras mientras existan contradicciones graves en la sociedad y haya rebeldes que no encuentren el camino de la acción revolucionaria en las masas. Las hay tragicómicas como la del profesor Silvio Frondizi, que descubrió que existe capitalismo e imperialismo y que la revolución obrera es la solución de todos los problemas; las hay también miserables, ruines, que giran alrededor de chismes de café con hombres como del UOR; las hay de carácter comercial-revolucionario, como *Indoamérica*; pero todas tienen algo en común: tengan o no obreros, ninguna tiene nada que ver con la clase obrera, su actividad y sus problemas.

Cuanto más pronto los nuevos activistas que se le acerquen les den la espalda mucho mejor para el conjunto de la clase obrera. Cuanto más pronto se acerquen a nuestra organización nacional e internacional, probada por los hechos históricos, más seguros estaremos del triunfo de la revolución argentina y latinoamericana.

15. ¿A dónde vamos?

Hemos llegado a una altura de nuestro informe en que se impone recapitular y sintetizar las conclusiones más importantes para dar respuesta a dos preguntas inquietantes: ¿a dónde va el país?, ¿a dónde va la clase obrera?

Nuestro país ha entrado en una profunda crisis económica, política e institucional. La verdadera razón de esa crisis, la más profunda de toda su historia, es que el país está siendo rápidamente colonizado política y económicamente por el imperialismo yanqui. Esta colonización plantea el tremendo dilema de nuestra decadencia como semicolonias yanqui o la recuperación y posterior superación de sus antiguos niveles de independencia y progreso. Esta última variante sólo es posible uniendo nuestro país al resto de los países latinoamericanos y este proceso solamente puede ser conducido y coronado por la clase obrera. Y esto, aunque hoy día no se lo observe con toda claridad por el sistemático ocultamiento de la “prensa seria” y porque el imperialismo yanqui no se ve obligado a mostrar, por el momento, el puño de hierro, será claro para todos a corto plazo.

Porque una crisis grave de cualquier índole para los yanquis arrastrará al abismo a toda Latinoamérica, inclusive a nuestro país. Entonces aflorará la tragedia de nuestra situación como semicolonias política y económica yanqui. Supongamos que Estados Unidos entra en guerra y por el pacto de la OEA se nos obligue a ir a ella; recién entonces surgirá con claridad meridiana que el gobierno Aramburu-Rojas vendió a los yanquis, como carne de cañón, a la juventud argentina. Lo mismo ocurrirá con la economía nacional: una violenta crisis económica yanqui y nuestra economía nacional irá a la ruina más completa; el país se dará bien cuenta entonces del significado para la economía nacional de la adhesión al Fondo Monetario Internacional y al Pacto de la OEA. Estas son las perspectivas del país sometido a los yanquis por los pactos firmados por el gobierno Aramburu-Rojas. Solo la clase obrera puede lograr que esta perspectiva no fructifique. Es la clase más homogénea y la única revolucionaria, como nos lo dice su acción en la escena nacional y mundial.

Por eso el plan de colonización del país va acompañado, también, de todo un intento por debilitar, dividir y castrar a los trabajadores argentinos. Es que no puede haber una clase obrera fuerte y unida en una Argentina colonizada, en decadencia. El dilema, tanto para los obreros como para el imperialismo yanqui, —los dos verdaderos contendientes en el panorama nacional, latinoamericano y mundial— es claro y terminante. Los yanquis, para colonizar el país, deben destruir la fortaleza y unidad de los obreros argentinos. Los obreros argentinos si quieren salvar su unidad y fortaleza tendrán que defender al país; y si quieren salvar a éste tendrán que defender su unidad y fortaleza.

Por eso la suerte del país pasa hoy día por salvar la unidad de la organización más primaria de la clase obrera: la organización sindical. La verdadera lucha por la independencia del país y contra el actual gobierno que enajena esa independencia, pasa por la reorganización sindical con una auténtica dirección revolucionaria. Pero esa inmensa tarea ¿qué desarrollo tendrá? Sin

pecar de adivinos tenemos la obligación de señalar los lineamientos generales de las perspectivas inmediatas del movimiento obrero.

La clase obrera en estos últimos años ha aprendido lo que es la organización sindical unitaria y que es la organización fabril. Este aprendizaje no se perdió sino, por el contrario, se fortaleció al lograr el gobierno destruir las organizaciones sindicales. La pérdida de las organizaciones sindicales ha acelerado ese aprendizaje. No interesa que sectores de la clase obrera se alejen de la vida sindical; esto es inevitable si los sindicatos no están controlados por el Estado. Tampoco interesa que las organizaciones fabriles languidezcan. Lo fundamental es que los sectores más esclarecidos de la clase obrera siguen necesitando y queriendo una sola organización sindical unitaria para cada gremio y para todos los trabajadores. Esa necesidad y esa ambición de los sectores más importantes y esclarecidos de los trabajadores se abrirán camino en forma inevitable en la propia realidad.

Los propios golpes que pegan el gobierno y la patronal a los obreros, como la necesidad de responder a esos golpes, planteará en forma inevitable a los trabajadores la necesidad de la reorganización del sindicato de industria. No sabemos bien como se abrirá camino la reorganización unitaria de la clase obrera pero, no nos quedan dudas, que lo harán porque ya es una conquista en la conciencia de la clase obrera o de sus sectores de vanguardia. Si no es a través de la Junta de Emergencia será de otra forma, pero la reunificación y reorganización sindical de la clase obrera argentina será a corto plazo, en uno a dos años, es un hecho indiscutible.

Lo mismo ocurrirá, pero posiblemente más tarde, con las organizaciones fabriles. Estas van a ser más difíciles de reorganizar en toda su amplitud, ya que abarcan a todos los obreros, a los sindicalmente organizados como a los otros, pero igualmente se abrirán camino. Justamente ésta reorganización fabril adquirirá un franco carácter revolucionario, ya que sin el control estatal peronista, la comisión interna de fábrica plantea el problema de quien es el que dirige la fábrica, la comisión o el patrón.

Posiblemente, ya antes de que las comisiones internas de fábrica adquieran de nuevo gran importancia, estallarán graves luchas entre el gobierno y el movimiento sindicalmente reorganizado. Esta lucha entre el gobierno y el movimiento sindicalmente reorganizado puede llevar a una huelga general de carácter insurreccional.

No hay que olvidar que así como lo mejor de la clase obrera esta por la defensa de su sindicato unificado, el conjunto de la clase obrera odia a este gobierno reaccionario. Este odio puede y debe ser transformado en una insurrección para voltear al actual gobierno. Para transformarlo en una insurrección solo es necesaria la reorganización del movimiento obrero. Si el movimiento obrero se reorganiza, se reestructurara, teniendo así una dirección reconocida y aceptada por todo el movimiento obrero, la lucha contra el gobierno adquirirá unidad y una fortaleza inexpugnable. Ese será el momento en que el odio del movimiento obrero podrá cristalizar en una lucha organizada contra el gobierno. Esa lucha organizada puede comenzar con una huelga general, por razones accidentales, convenios de trabajo, aumentos de salarios, la lucha contra la desocupación, el 17 de Octubre, pero en el fondo es el odio justificado al actual gobierno lo que dará origen a esta lucha. Esa huelga general puede transformarse en insurreccional, es decir, que haya luchas en las calles y que se enfrenten el gobierno y la clase obrera en una revolución obrera. Entre las causas accidentales que puedan movilizar a la clase obrera, debemos considerar la posibilidad de un golpe militar de los sectores de la patronal argentina que no quieren la capitulación total a los yanquis. Pero lo fundamental es que solo la movilización insurreccional o el peligro de movilización insurreccional del movimiento obrero llevará a una derrota total o parcial —depende de la dirección del movimiento obrero— del actual gobierno reaccionario.

Concretamente podemos decir que hoy en día la ofensiva del imperialismo contra el país y de la patronal contra los trabajadores se cristaliza en la política del actual gobierno oligárquico y reaccionario.

Esta ofensiva adquiere su máxima y más concreta expresión en el afán del actual gobierno de destruir la organización sindical unitaria del movimiento obrero argentino. Pero ese afán del gobierno reaccionario se encuentra con dos vallas imposibles de franquear, que son el grado de

conciencia de la clase obrera y su vanguardia que quiere y necesita una organización sindical unitaria y que odia al actual gobierno. A pesar de esto el gobierno reaccionario ha logrado desorganizar el movimiento sindical y permanecer en el poder. Los pesimistas, los burócratas sindicales, llegan a una conclusión: los obreros no sirven. Nosotros, por el contrario, después de las fabulosas huelgas generales que llevó a cabo la clase obrera argentina y de la experiencia mundial, decimos: el movimiento obrero ha fracasado hasta el momento porque sufre una crisis de dirección, crisis que justamente los duros golpes de la reacción obligan a ir superando. Efectivamente, la ofensiva reaccionaria del gobierno somete a prueba a toda la dirección del movimiento obrero, desde los delegados hasta los dirigentes. Viejos dirigentes se van a la casa; otros continúan la lucha, nuevos dirigentes surgen. Esta nueva dirección que se está gestando en el movimiento obrero es la que dirigirá inevitablemente la reorganización sindical y el enfrentamiento con el gobierno reaccionario. Porque las dos tareas irán inevitablemente unidas.

La crisis del país y del movimiento obrero radica en la crisis de la dirección del movimiento obrero. Pero, si alguna virtud ha tenido el golpe y el gobierno reaccionario ha sido, justamente, el haber puesto a prueba a la anterior dirección y, al hundirla, mostrar su fracaso y haber promovido también una nueva dirección.

En pocas palabras podemos decir que el país, bajo el control conjunto de la patronal y el imperialismo yanqui ha entrado en su período de decadencia. Esta perspectiva solo puede ser detenida por la clase obrera. Pero esta soporta una terrible ofensiva del gobierno. Este tiende a desorganizar y dividir a los obreros. Hasta ahora ha logrado su objetivo, ha desorganizado totalmente el movimiento sindical. Pero esta ofensiva ha podido tener éxito gracias al fracaso de la vieja dirección del movimiento obrero. Los trabajadores siguen queriendo la organización sindical y odiando al gobierno. La superación de la dirección del movimiento obrero es la clave para poder cristalizar sus movimientos por la reorganización sindical y por concretar su odio contra el gobierno.

Como estamos seguros de que la superación de la dirección obrera ya se está produciendo, damos por descontado que, más tarde o más temprano, el movimiento obrero reorganizará sus sindicatos únicos por industria y sus comisiones internas de fábrica y que, como consecuencia de ello, se entablarán gigantescas batallas entre el movimiento obrero reorganizado y el gobierno reaccionario. De esa batalla, de su resultado, dependerá la suerte del país.

16. Formemos una tendencia sindical anticapitalista y antiimperialista consecuente

La patronal industrial argentina tiene mil lazos amistosos con la burocracia sindical. Necesita, pues, de una reorganización del movimiento obrero que la ayude, que no la perjudique, que le garantice por lado un desarrollo pacífico de la producción y que por el otro le permita utilizar al movimiento obrero contra sus enemigos, hoy día, el imperialismo yanqui y los importadores. Estos jerarcas sindicales no están de acuerdo con un país totalmente colonizado por los yanquis, de la misma forma que otros sectores de la patronal; de ahí la división del movimiento sindical argentino.

Cuando nosotros apoyamos e iniciamos *Tendencia*²⁵ lo hicimos con un objetivo: lograr un frente único con las corrientes del movimiento obrero ampliamente mayoritario que estaban por la defensa de una CGT más o menos nacionalista o peronista. Nuestra posición era reorganizar un frente de activistas sindicales que estuvieran de acuerdo en defender al país y al movimiento obrero. Nuestro máximo afán era que a *Tendencia* entraran todos los dirigentes sindicales de la época peronista, que reflejaban a la mayor parte del movimiento obrero y de los activistas sindicales. Jamás pensamos, ni quisimos, que *Tendencia* fuera nuestra. Por eso propusimos en todos lados como dirigentes a compañeros que no tenían nada que ver políticamente con nosotros.

²⁵ *Tendencia*, órgano del movimiento sindical que surgió como consecuencia de las intervenciones a la CGT y los sindicatos, para salvar las organizaciones sindicales. NM

Concretamente, *Tendencia* surgió como un frente único de todos los que estuvieron contra el COASI,²⁶ y las intervenciones, por la defensa del movimiento sindical y nacionalmente organizado.

Pero los dirigentes del movimiento obrero no vinieron a *Tendencia*, sino que formaron su propio movimiento: La Junta de Emergencia de la GGT que reivindica la organización cegetista y se reivindican como auténtica dirección sindical de todo el país.

Nosotros, aunque no sabemos lo que hará *Tendencia*, nos solidarizamos enseguida con la Junta de Emergencia ya que, aunque discrepamos con la trayectoria de esos dirigentes, reflejan a la mayor parte de los obreros cegetistas, en su anhelo de reestructurar el movimiento sindical. *Tendencia*, ya no tiene razón de existir; la Junta de Emergencia ha tomado como suya la tarea de luchar por la reorganización del movimiento y enfrentar a los sindicalistas libres y a los interventores, y esta es mucho más representativa que *Tendencia*. Crear Juntas de Emergencia gremiales en todos lados es la gran tarea actual. Es también la gran tarea de *Tendencia*.

Pero así como el movimiento sindical está dividido en dos o más tendencias, también el ala que resiste la colonización está dividida en dos: la que lucha en forma consecuente contra el imperialismo y la que tiene la línea oportunista de los jerarcas sindicales. Los jerarcas y muchos activistas creen en las negociaciones y no en la acción de la clase obrera. Nosotros únicamente confiamos en la movilización de nuestra clase para defender la independencia del país y los intereses de la clase obrera. Estos activistas que comparten esta posición deben unirse en un movimiento de reorganización que puede jugar ese rol; nuclear a los activistas que tengan una posición de clase revolucionaria. Es decir, *Tendencia*, debe dejar de ser el órgano que refleja el acuerdo general de los que quieren salvar la organización sindical para transformarse en el órgano de una tendencia de activistas que solo confían en su acción de clase y no en las negociaciones. Esta tendencia revolucionaria tendrá enormes perspectivas; día a día se verá con mayor claridad la diferencia entre el método negociador de los jerarcas sindicales y el de la movilización de nuestra clase. Esto no quiere decir que la tendencia revolucionaria se pronuncie por no negociar jamás, sino que esas negociaciones serán complementarias de lo fundamental: la movilización de nuestra clase.

Tampoco quiere decir que esta tendencia se arrogue la dirección del movimiento sindical; ni de la Junta de Emergencia de la CGT, sino que tratará de organizar la Junta de Emergencia para comprobar honestamente que tendencia tiene mayoría en el movimiento obrero sindical.

Hemos subrayado que hay tres corrientes en el movimiento sindical: los “libres”, que colaboran con la colonización yanqui, los peronistas o pseudo peronistas que colaboran con la patronal; y los revolucionarios, que están contra unos y otros. Intermedia y paralela a esta corriente está surgiendo en el movimiento obrero una nueva tendencia espontánea de carácter sindicalista. Esta corriente formada en su mayor parte por magníficos activistas de la época peronista, es sumamente progresiva. Refleja, en un noventa por ciento de los casos, un repudio de los activistas sindicales a la política de los partidos patronales y de confianza en la fuerza de la clase obrera. Todo activista sindical que ha comprobado la podredumbre de sus dirigentes transformados en agentes de la política peronista en sus filas cree que la culpa de esa situación la tiene la política en general. En este activista el repudio a la política significa el intento de volver a los métodos de clase primarios, la organización de la clase y solo de la clase. Pero a estos activistas se le suman y se le irán sumando los dirigentes sindicales al servicio de la patronal que plantean aparentemente lo mismo, que los activistas no deben meterse en la política. Para estos dirigentes no meterse en política significa no hacer nada, no preocuparse en nada de lo que le ocurre al país y a la clase obrera.

La tendencia sindical revolucionaria antiimperialista y anticapitalista deberá tener en cuenta a los compañeros activistas y que están ahora contra la política. La mayor parte de ellos serán

26 El Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (COASI) fue parte de los grupos fascistas que actuaron junto a los “comandos civiles” desde el 16 de junio de 1955. Lo formó el ala gorila del socialismo (encabezada por Américo Ghioldi), mientras que los comunistas eran el Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos. Durante las dos primeras semanas esos grupos de choque habían ocupado por la fuerza una cantidad considerable de locales sindicales. Entre ellos se encontraban los locales de la Asociación Bancaria, la Federación Gráfica, La Confederación de Empleados de Comercio, la Fraternidad, el SUPE, la Unión Ferroviaria, entre otros. Durante las noches ingresaban por la fuerza a los locales, desalojaban a los ocupantes y designaban autoridades “provisorias”.

magníficos militantes de esa tendencia aunque repudien la política. Si de verdad están por métodos de clase serán capaces de elevarse a una lucha contra el capitalismo y el imperialismo. Convencerlos de que tendrán que formar parte de la tendencia sindical revolucionaria, será el primer gran paso para su superación.

17. El movimiento obrero debe tener una política independiente y propia

La caída del peronismo cerró una época y abrió otra. Cerró la época gris, tranquila y pacífica, y abrió la de las luchas revolucionarias exacerbadas. En la actualidad es la patronal que lleva la ofensiva junto al imperialismo mientras la clase obrera, mediante la experiencia de estas batallas defensivas, comienza a darse una nueva dirección política y sindical. Esta etapa, que probablemente dure bastante, dará origen a otra: la de la ofensiva de los trabajadores.

Nosotros, trotskistas ortodoxos, socialistas revolucionarios, la única corriente verdaderamente revolucionaria de la clase obrera argentina, hemos sacado una conclusión de la etapa por la que atraviesa nuestra clase: tenemos que reorganizar el movimiento sindical en primer lugar; esto es lo más importante, y lo que decide la cuestión. Si no la batalla está perdida antes de darse.

Pero esto no es todo, ya que el programa de la clase obrera debe girar alrededor de la siguiente premisa: el movimiento obrero reorganizado deberá encarar todos los problemas que afectan a la clase obrera y al país; el movimiento obrero debe intervenir de lleno en la vida política nacional. Esta posición va a chocar desde ahora mismo con una oposición de muchos activistas sindicales honrados que creen que el movimiento obrero no debe preocuparse del plan Prébisch, de las libertades democráticas, del pacto de la OEA y de otros gravísimos problemas. Nosotros seguiremos explicándole a la clase obrera que si ella no quiere meterse en política, la política de la patronal y el imperialismo se meten con ella.

Estos honrados activistas sindicales que no quieren saber nada con la política confunden dos criterios. Lo que ellos repudian es la política de los partidos patronales, pero muy difícilmente ellos mismos acepten que hoy en día el movimiento obrero no puede dejar de pronunciarse sobre infinidad de cuestiones políticas. Ir hoy día contra el decreto que reglamenta los aumentos de salarios, como contra cualquier otra ley o medida gubernamental que vaya contra los obreros, es hacer política. En general toda organización obrera o dirigente que se preocupa por la suerte de su clase debe tomar en cuenta, no solo los planes de sus patronos, sino también las medidas y planes del gobierno y de sus partidos patronales. El Pacto de la OEA, que nos obliga a ir a la guerra en favor de Estados Unidos debe interesar a los obreros, a sus organizaciones y a sus dirigentes tanto o más que si los cambian de sección en sus fábricas.

En el momento actual la clase obrera tiene planteado el problema político por excelencia, el del gobierno. Los obreros no quieren a este gobierno, lo odian, lo quieren derrotar. Esa aspiración es política por donde se la mire y, no solo eso, sino que es además fundamentalmente correcta y absolutamente necesaria. Los activistas sindicales apolíticos odian también al gobierno y quieren derrotarlo, pero reorganizando el movimiento sindical. Es decir, opinan igual que nosotros. Esto no es una casualidad: lo que ellos llaman política nosotros la denominamos política oportunista y pro patronal; lo que ellos dicen, que debemos confiar únicamente en la organización y actividad de nuestra clase, es lo que nosotros denominamos política y organización de clase.

El desarrollo de la lucha de nuestra clase dirá hasta qué grado nuestras diferencias con esos activistas son en los nombres o en la concepción. Ni bien esos activistas nos digan que no les interesa lo que haga el gobierno y lo que le ocurra al país estamos enfrentando a un sindicalista, que consciente o inconscientemente, le hace el juego a la política patronal, que no quiere que los obreros se preocupen de los grandes problemas de la clase obrera y del país.

Nosotros no planteamos que los sindicatos deben darse desde ya la tarea de ser sindicatos y partidos obreros al mismo tiempo. Aunque esto parezca una contradicción tiene su explicación. La clase obrera, como tal, debe intervenir en la política nacional, con su propia política, pero nosotros

no podemos señalarle ahora la forma en que lo debe hacer. Ella misma se dará la herramienta política. La clase obrera utiliza para sus luchas económicas, los sindicatos; para sus luchas políticas, su partido político, y para sus acciones revolucionarias de masas, los soviets, comités de fábrica, etcétera. Pero, como la clase obrera es una sola, combina en cada momento esas distintas herramientas de lucha. Una lucha por aumento de salarios puede transformarse en una lucha política contra el gobierno; de la misma forma, llegado el momento, una organización sindical puede transformarse en la dirigente política de la clase obrera, como es el caso de la Central Obrera Boliviana, que incluso dirigió una insurrección armada. El proceso histórico es en ese sentido sumamente contradictorio y dinámico; pareciera que le gusta combinar las distintas formas; esto nos obliga a ser doblemente cautelosos.

Las organizaciones obreras deben intervenir frente a los problemas políticos más importantes con una política propia; eso es lo correcto. Pero ello no significa que el órgano político de la clase obrera sea siempre su organización sindical. Por el contrario, lo mejor sería que no fueran los sindicatos sino una organización específica de los obreros —su partido político— quien le diera su expresión política.

La consigna de partido obrero basado en los sindicatos es una consigna táctica para ciertas situaciones: cuando en un país hay inmensas organizaciones obreras pero los trabajadores políticamente dan su apoyo a partidos burgueses, se trata de elevar rápidamente su conciencia política, haciendo que sus propias organizaciones sindicales se transformen en un partido obrero. Pero ese no es el caso actual; las organizaciones sindicales no están en manos de los obreros sino que se tienen que reconstruir y reconquistar. Esta tarea de organización y reconquista no sabemos el tiempo que llevará. Puede ser muy largo. No sabemos si para ese tiempo un partido obrero, aunque oportunista, no llegará a arrastrar a las capas más amplias de los trabajadores. La consigna de partido obrero basado en los sindicatos, en el actual momento que los sindicatos no existen, nos plantea el problema de qué dirección tendrá ese partido. Acaso ¿los interventores militares?

Otro tanto ocurre con el gobierno. Nosotros sabemos que el movimiento obrero organizado deberá ser la base esencial del futuro gobierno pero, no podemos decir ahora que otros organismos intervendrán en su constitución. Lo mismo ocurre en los Estados Unidos; podemos plantear que haya un partido obrero basado en los sindicatos, pero no podemos plantear ahora, que haya un gobierno obrero. En Argentina ocurre lo mismo: lo fundamental ahora es reestructurar el movimiento sindical para la acción inmediata, y para la gran acción próxima de voltear al gobierno. Al mismo tiempo tenemos que tratar de convencer a la clase obrera de que necesita una política independiente, así como que el movimiento obrero reorganizado intervenga en los problemas políticos con sus propias soluciones. Pero nada más: plantear ahora que hay que construir el partido obrero en base a los sindicatos es confundir los problemas, ya que no debemos decir que el sindicato tiene que transformarse en partido obrero porque es mucho mejor que los obreros, aparte de sus sindicatos, tengan un partido obrero de masas.

Además, la consigna de que la CGT se transforme en partido político para intervenir en las elecciones nacionales le da un objetivo oportunista al movimiento sindical en vías de reorganización en la solución de sus problemas. Es decir, le plantea que la solución vendrá únicamente por la vía electoral, en lugar de confiar únicamente en la movilización de la clase y en su lucha contra el gobierno.

18. La nueva dirección del movimiento obrero entronca con nuestro futuro como partido revolucionario

La clase obrera comienza a darse una nueva dirección. La represión ha sometido a una dura prueba a las direcciones sindicales y políticas de nuestra clase. De esta prueba salen enormemente fortalecidos los mejores compañeros; los activistas sindicales más valientes y capaces. En un país eminentemente presidencialista como el nuestro, la caída del gobierno significa todo un acontecimiento y modifica las relaciones generales de las clases entre sí y con el imperialismo. Hasta

el momento estos cambios han quebrado a todas las direcciones obreras; la caída de Yrigoyen quebró el anarquismo; la terminación de la década infame y la subida del peronismo, liquidó a la dirección stalinista; la caída del peronismo liquidó la vieja dirección sindical peronista y está dando lugar al surgimiento de una nueva, aunque esta también sea peronista. No es casual que viejos dirigentes desaparezcan del gremio textil, y que en cambio surjan otros nuevos. Estos últimos se superan, aprenden a trabajar en las nuevas condiciones, y se erigen en los nuevos grandes dirigentes.

Una cosa es que la clase obrera esté alumbrando una nueva dirección y otra muy distinta es la forma que asumirá esa nueva dirección. Esta nueva dirección puede llegar a ser oportunista o revolucionaria. Justamente nuestra tarea es que esa dirección sea revolucionaria, o mejor dicho, que la dirección revolucionaria llegue a dirigir a la clase obrera.

Nuestro partido cumple en el terreno general de la vida de la clase obrera la misma función que la tendencia sindical revolucionaria: lucha contra los sectores de la clase obrera que quieren colaborar, negociar permanentemente, con los patrones y el imperialismo. Nosotros queremos cambiar este régimen de explotación para inaugurar otro que liquide la explotación de clase. Nuestra mayor lucha es con nuestros compañeros para barrerles las telarañas de la educación al servicio de la patronal que recibieron desde pequeños. Tenemos nuestra propia organización nacional e internacional justamente porque tenemos que luchar en el seno de nuestra propia clase contra los agentes conscientes de la patronal y el imperialismo.

En el movimiento obrero hay un sector, los jerarcas y sus amigos, que creen que el movimiento obrero no debe luchar contra este régimen de explotación para liquidarlo. La base obrera en su mayoría sigue a esos jerarcas, y sus posiciones. Por eso estamos organizados férreamente hacia afuera y democráticamente hacia adentro, para luchar contra el gobierno, los otros partidos y los jerarcas sindicales con posibilidades de éxito.

Nuestro programa ha soportado la dura prueba de los hechos; en el terreno internacional, la teoría de la Revolución Permanente —base del marxismo-leninismo-trotskismo—, ha sido confirmada por todos los hechos. El proceso revolucionario tiene un carácter internacional, de problema en problema, y de país en país, y solo la clase obrera puede llevar adelante ese proceso revolucionario. El trotskismo es el único que previó esa situación y se preparó como partido mundial para enfrentarla. Últimamente, los trotskistas revolucionarios reafirmaron el carácter contrarrevolucionario del stalinismo y sus actuales protegidos, los socialistas patronales. El Partido Comunista francés apoyó al socialista patronal Mollet,²⁷ cuyo gobierno —para salvar su decadente imperio— masacra al pueblo argelino, avanzada de los trabajadores del mundo entero. Solo la Cuarta Internacional, apoya a Argelia con todas sus fuerzas y por eso sus integrantes son combatidos, y clausurada su prensa en el mismo corazón de Francia, por su valiente campaña solidaria con los revolucionarios argelinos. La Cuarta Internacional apoya a Argelia, lo mismo que ayer apoyó a Corea del Norte; en la misma forma que mañana apoyará todas las luchas de la clase obrera —las dirija quien las dirija— contra el imperialismo y la patronal.

La Cuarta Internacional, al reivindicar la más importante enseñanza del movimiento obrero en los últimos 100 años: su carácter internacional y revolucionario, se ha quedado sola como la única organización internacional y revolucionaria de la clase obrera mundial. De ahí el famoso: ¡Obreros del mundo uníos! hoy día se concreta en una sola teoría, en un solo programa y organización, en la Cuarta Internacional trotskista. Nuestra organización internacional refleja la conciencia del actual proceso revolucionario mundial.

En Latinoamérica nuestro movimiento es el único que ha sabido dar una salida programática fundamental al plantear, como tarea central en esta parte del mundo, la unificación de los países latinoamericanos como única forma de solucionar las tareas democráticas más urgentes y primarias. Pero lo que nos caracteriza no es solamente el haber planteado la unificación latinoamericana, sino la forma de lograr esa unificación: a través de una Federación de Estados Obreros Latinoamericanos.

²⁷ **Guy Mollet** (1905–1975) fue un político socialista francés, que ejerció como primer ministro entre 1956 y 1957, durante la época de la IV República. Lideró la sección francesa de la II Internacional Obrera entre 1946 y 1969.

Hemos sabido unir a este planteamiento general, un análisis también general y correcto de la más grande revolución latinoamericana: la Revolución Boliviana.

Al insistir en que solo un gobierno obrero solucionaría los problemas de Bolivia, de sus trabajadores y campesinos; y que había que oponerse de lleno al gobierno de Paz Estenssoro, hemos dado los lineamientos generales de una política que a la par de revolucionaria, ha sido fundamentalmente correcta. Agreguemos a esto otra conquista de nuestro partido: el batallar la teoría de años por que en Bolivia se luche para que el idioma oficial sea el que los habitantes de aquel país, en su mayoría indios, resuelvan. Este planteamiento es el único verdaderamente democrático hasta el fin. En nuestro país, nuestro partido fue el primero en trabajar en los sindicatos peronistas y fue también el único que hizo actos en los barrios obreros en homenaje a León Trotsky, y que afrontó las elecciones con una intensa actividad pública. Nuestros militantes han dirigido o tenido papel dirigente en muchas de las más grandes luchas de la clase obrera argentina, como en las huelgas de la carne de 1945, la textil de 1947, etcétera.

Últimamente hemos luchado hombro a hombro con los peronistas contra el golpe de estado reaccionario. Aún más: hemos dicho que el triunfo del golpe era inevitable a menos que se cambiara la política peronista que lo facilitaba. Sin dejar de criticar acerbamente la conducción peronista, intervinimos de lleno en todas las concentraciones y movilizaciones peronistas contra el golpe que se avecinaba.

A partir de la caída del peronismo, cuando la clase obrera comienza a superar a su dirección o interviene en las grandes huelgas, nuestra organización participa también de lleno en todas las concentraciones y movilizaciones peronistas. Somos los únicos que en el momento actual creemos que la tarea fundamental es reorganizar al movimiento obrero, sindical, y fabril, y que solamente esa organización podrá barrer al gobierno y dar soluciones a los problemas del movimiento obrero y del país. Coincidimos con el peronismo sobre la necesidad de barrer al gobierno actual, pero discrepamos completamente con él en la forma de hacerlo.

Nuestra organización, por su trayectoria, tiene derecho a pretender dirigir y captar a lo mejor de la clase obrera. Hemos luchado por aplicar el programa revolucionario a la realidad nacional durante 15 años; así también como para unirlo a la vanguardia de la clase obrera y a la realidad latinoamericana. Así surgió el GOM (Grupo Obrero Marxista), que se dirigió inmediatamente a los barrios obreros y a las fábricas. Nuestra organización estuvo a muerte contra la Unión Democrática y penetró a fondo en los sindicatos peronistas; hasta fundó algunos de ellos dirigiéndolos.

Las huelgas de la carne del año 1945 hablan por sí solas de nuestra actividad. Tratamos por todos los medios de lograr la legalidad, y cuando nuestro programa y nuestros cuadros obreros nos llevaron a un cierto punto, formamos el Partido Obrero Revolucionario (POR). Nos pusimos ese nombre porque nuestros partidos hermanos de Latinoamérica llevaban el mismo.

Imposibilitados de obtener la legalidad, el gobierno peronista nos la negó metódicamente, llegamos a un acuerdo con el Partido Socialista Revolución Nacional (PSRN). Nosotros interpretamos la creación de tal partido por el peronismo como un intento de éste para canalizar por la izquierda la radicalización de la clase obrera, fundamentalmente de su vanguardia. Creímos conveniente ayudar a ese curso izquierdista del movimiento obrero con nuestras posiciones revolucionarias, y entonces llegamos a un acuerdo con el PSRN; se nos admitió la incorporación con absoluta libertad para plantear nuestras posiciones revolucionarias con nuestros métodos ante el grueso de la clase obrera.

Así lo aclaramos en *Lucha Obrera*,²⁸ el primer órgano de nuestra tendencia. Jamás capitulamos ante el peronismo; utilizamos la legalidad para defender nuestra política revolucionaria intransigentemente ante el conjunto de la clase obrera. Las vírgenes revolucionarias, los sectarios empedernidos, creen que el haber llegado a miles y miles de obreros con nuestras posiciones, durante y después de las elecciones de 1954, en nuestro trabajo legal, no tiene ninguna importancia. Para nosotros en cambio, fue de enorme valor. Fue esa experiencia la que nos permitió piquetear

28 *Lucha Obrera*, (Por un Partido Obrero. Por un Programa Obrero Anticapitalista y Antiimperialista) editado por la Federación Bonaerense del Partido Socialista Revolución Nacional, Avellaneda 1 al 7 de abril, 1954. NM

en la forma fabulosa en que lo estamos haciendo. Y fue ese aprendizaje el que nos permitió llamar a la huelga general pacífica el 17 de Octubre de 1955.

Hoy día, cuando a los mejores activistas sindicales se les plantea el problema de darse una nueva dirección, ven que nuestro programa y nuestros cuadros son la única garantía real para lograr ese objetivo.

La necesidad de la actuación legal nos ha impedido hasta el momento, dada la fluidez de la situación nacional, precisar con corrección la etiqueta de nuestra organización. Pero sobre este maremágnum de nombres sobresalen dos hechos con toda precisión: ante las grandes masas somos el ala izquierda del Partido Socialista Revolución Nacional (PSRN) que edita *La Verdad*; para determinados sectores de vanguardia del proletariado somos el Partido Obrero Revolucionario (POR), la organización trotskista ortodoxa. Podemos y debemos reivindicar ambas cosas. En efecto, somos el ala trotskista ortodoxa dentro del PSRN. Es decir que nuestra organización debe reflejar su actividad en su nombre: en escala internacional ser parte del trotskismo ortodoxo; y en escala nacional haber formado el frente anti reaccionario con el peronismo y haber sido la extrema izquierda de ese frente, intransigentemente anti patronal y antiimperialista, contra la propia dirección sindical y política del peronismo.

Nosotros, trotskistas ortodoxos, socialistas revolucionarios, poristas, capitalizaremos así nuestro acierto: haber actuado en forma audaz, revolucionaria y correcta en las tentativas de formación de un partido obrero, marxista revolucionario con perspectivas de masas. Surgiremos así de esta crisis de la dirección del movimiento obrero argentino como su auténtica dirección revolucionaria.

Apéndice

(El texto de *¿Y después de Perón, qué?* se terminó de redactar en abril de este año [1956]. Las dificultades editoriales que acompañan siempre a toda organización revolucionaria, para quien no están disponibles grandes rotativas, demoraron hasta la fecha, la aparición del trabajo. Los importantes acontecimientos producidos entretanto exigen la inclusión de este apéndice).²⁹

19. Una aventura trágica: el golpe peronista

El país, el gobierno reaccionario y la clase obrera han sufrido las consecuencias directas o indirectas del primer golpe de estado peronista. Analizar sus consecuencias es una obligación para nosotros, vanguardia socialista revolucionaria de la clase obrera.

El golpe de estado se llevó a cabo en una situación general caracterizada por lo siguiente:

a) En el plano de la lucha de clases nos encontramos con que la clase obrera comenzaba a superar la derrota y la desorganización y en forma lenta se rearmaba para enfrentar la ofensiva patronal-gubernamental-imperialista: el mejor ejemplo de esto era la reorganización de la Federación de la Carne, por un lado, y la lucha por las paritarias llevadas en Rosario por la CGT local, por el otro. Pero si esta era la característica fundamental en el terreno de la lucha entre los obreros y sus enemigos, un fenómeno de gran importancia se comenzaba a dar en el campo de la pequeña burguesía, que se dividía en dos alas, la que seguía apoyando al gobierno y la que comenzaba a romper con él. Este fenómeno se reflejó en el problema estudiantil. Paralelo a estos hechos, importantes sectores de la burguesía comenzaban a oponerse o se oponían abiertamente al gobierno. Sintetizando, podemos decir que el golpe se produjo cuando la clase obrera comenzaba a reorganizarse y levantar cabeza, un sector de la pequeña burguesía rompía con el gobierno,

²⁹ En junio de 1956 se produjo un intento de levantamiento peronista contra la dictadura, encabezado por el General Juan José Valle, que fracasó. La represión fue salvaje. Valle y otros militares fueron pasados por las armas. Un grupo de trabajadores fueron detenidos y fusilados sumariamente en un basural de José León Suárez.

haciendo lo propio sectores de la burguesía. Es decir, el golpe se produjo cuando los elementos de crisis del actual régimen comenzaban a aflorar y no cuando habían llegado a su madurez.

b) En el aspecto político el golpe de estado se produjo cuando el gobierno venía maniobrando para atar política y económicamente en forma definitiva el país al carro del imperialismo yanqui, y con ese objeto trataba de lograr una fórmula “popular” de continuismo que garantizara esa política. Esa fórmula popular giraba alrededor de dos ejes: garantizar elecciones que permitan el triunfo de un hombre de la Unión Democrática, o que gane cualquier radical pero que por el régimen parlamentario sea controlado por esa misma Unión Democrática.

c) En el aspecto sindical, el gobierno modificó su línea de entregar el movimiento sindical a los libres y resolvió abrir un curso de libertad para dividir y maniobrar con el movimiento obrero.

El golpe de estado se ha dado en el momento menos apropiado para debilitar y voltear al gobierno. Objetivamente se dio después de la derrota del movimiento obrero y cuando éste aún no se había repuesto definitivamente de ella y antes, quizás mucho antes, que los elementos de descomposición del régimen hayan llegado a su madurez.

Estos dos hechos condicionaron el fracaso inmediato del golpe y su carácter profundamente aventurero, putschista. Pero como todo fenómeno social ha revelado, aunque en forma distorsionada, las características esenciales de la realidad actual. Estas características esbozadas en el golpe, son más importantes de señalar que el hecho indiscutido para los marxistas revolucionarios, del carácter burgués y aventurero del putsch. La actuación destacada de suboficiales, el llamado en algunos lugares al armamento de los civiles y de obreros (aunque con tremendas limitaciones partidarias), el invocar la huelga general –en Lanús– demuestran a las claras que por mínimas, esporádicas y parciales que estas medidas hayan sido, que la defensa aun burguesa de la independencia nacional, que la lucha aun burguesa contra el gobierno reaccionario y colonizador lleva implícita una superación y revolución de las normas burguesas, por arriba de las intenciones subjetivas de las direcciones y sus autores. Es decir, aunque no lo quieran, deben en alguna medida recurrir a métodos plebeyos y a la clase obrera. La “subversión” peronista de lo establecido, que en todos momentos apuntaba elementos de poder dual, se agudiza y se agudizará en todo intento por voltear al gobierno. Esto es justamente lo que comprendió la oposición burguesa al gobierno, al apoyar sin condiciones a éste: querían evitar esos elementos de poder dual.

El putsch demostró, entre otras cosas, lo fácil que es derrotar al gobierno con una movilización revolucionaria de la clase obrera. Un golpe de estado de unos pocos centenares, sirvió para hacer tambalear a todo el régimen. No tenemos más que imaginar lo que significaría una huelga general contra el gobierno con piquetes de obreros armados y decididos a todo. En esas condiciones la caída del gobierno sería un decreto, regimientos enteros se pasarían en pleno al movimiento revolucionario. Esta perspectiva debe quedar grabada en todos los militantes revolucionarios, porque es la perspectiva histórica.

El resultado del putsch ha sido acelerar y precisar aún más todos los planes del gobierno por un lado, y el proceso de la lucha de clases por el otro. Eso significa en líneas generales:

— Que el ascenso y reorganización de la clase obrera continúa su curso. Para la clase obrera el putsch significó recordarle que su gran enemigo: el gobierno, puede y debe ser combatido. Es decir, fortificó su oposición política al gobierno.

— Que la pequeña burguesía se seguirá dividiendo. Ahora se divide alrededor de los fusilamientos y al peligro de la lucha de clases, aunque la verdadera división será provocada por una razón económica: la crisis y la colonización yanqui.

— Que el gobierno maniobrará más que nunca a favor de la Unión Democrática, para garantizarle el gobierno por la vía ejecutiva o legislativa.

— Que en el terreno sindical, al comprobar ninguna intervención en el putsch del movimiento obrero, mantenga su política de dejar hacer para que el movimiento obrero termine de dividirse en mil pedazos.

La lucha contra el gobierno continúa siendo llevada políticamente a cabo por el peronismo y nosotros, socialmente por la clase obrera. Estos hechos hacen que el peronismo siga teniendo un futuro político como la corriente burguesa que colabora con la clase obrera para defender un esbozo de independencia nacional. Aunque solo la clase obrera puede derrotar al gobierno. Esto no significa que inevitablemente del hecho que solo la clase obrera pueda derrotar al gobierno, la derrota de éste llevaría al gobierno a la clase obrera. Por el contrario, la clase obrera con su oposición pasiva al gobierno derrotará tarde o temprano a éste; pero si una vanguardia revolucionaria no la acaudilla, el triunfo de la clase obrera sobre el gobierno, con el apoyo de la clase media, puede significar una ulterior derrota de la clase obrera, un nuevo gobierno patronal tipo Perón, o un gobierno pequeño burgués tipo Frondizi.

Esta última variante, como consecuencia de la oposición obrera al gobierno, es digna de ser considerada. El régimen peronista es lo máximo que la burguesía ha podido dar y hacer como defensa de la independencia nacional. El frondizismo es lo máximo que la pequeña burguesía podría dar. Es posible que el proceso histórico pruebe al frondizismo, es decir, a la pequeña burguesía, antes de desecharlo. Como también es posible que pruebe de nuevo al peronismo como un frente popular patronal-pequeño burgués-obrero, basado en la movilización revolucionaria de la clase obrera antes de desecharlo para siempre.

La salida menos costosa para la clase obrera depende de nosotros y de nuestra audacia, si comprendemos que ya somos la dirección revolucionaria de la clase obrera.

Esta perspectiva general del país y del movimiento obrero se da en una situación que se concreta en el problema del gobierno. El actual gobierno reaccionario hará todo lo posible por encerrar a la clase obrera dentro del cretinismo parlamentario a lo Chile, Uruguay, Ecuador. Es decir, el gobierno tenderá por todos los medios, a encontrar una salida legal útil al imperialismo yanqui y que contenga a la clase obrera. Un gobierno de fuerza, dictatorial, es sumamente peligroso para el imperialismo yanqui y para la misma patronal. Un gobierno legal dentro de la democracia burguesa no aceptado por sectores importantes de la burguesía nacional y con el repudio de la clase obrera también es peligroso.

De esa contradicción surge un plan político del gobierno de proclamar como su objetivo político la democratización del país y al mismo, tiempo asegurar el continuismo de la Unión Democrática, vía el unionismo radical. Es decir, dentro de los planes del gobierno está el dar elecciones y una Constituyente. Esta es la perspectiva política inmediata para la clase obrera. Del peronismo no puede esperar la clase obrera más que otro intento de putsch.

Debemos por consiguiente ajustar nuestra política a esas dos perspectivas. Primera: la de elecciones. La ridiculez del planteo de los comunistas y otras variantes se demuestra en el hecho que el gobierno tiene la misma política que ellos. Nuestra política es un enfrentamiento masivo entre la clase obrera y el gobierno. Esto no significa que debemos dejar de lado la posibilidad de presentarnos a elecciones.

La presentación a elecciones debe tener un solo objetivo: mostrar el repudio general al gobierno y la voluntad revolucionaria de voltearlo. No puede tener otro objetivo. Dada nuestra debilidad, lo mejor es lograr alguna forma de presentación a las elecciones para hacer una intensa propaganda trotskista revolucionaria. Es decir, utilizar las elecciones para fortificar y crear una corriente política revolucionaria en la clase.

Decimos esto porque en condiciones ideales, si esa corriente y ese partido revolucionario fueran ya una parte importante existente en el seno de la clase, la política correcta podría ser un acuerdo general con el peronismo, de voto político de repudio al gobierno o de boicot a las elecciones.

Ese voto de repudio o ese boicot sería de hecho el frente único con el peronismo para ir contra el gobierno reaccionario. Eso sería lo correcto en condiciones ideales. Pero esas condiciones ideales (Partido y corriente revolucionaria y fuerte en la clase), no existen. Debemos entonces utilizar esta elección como utilizamos la otra, para desarrollar intensamente nuestras posiciones, para hacernos

conocer en forma bien diferenciada del peronismo aunque idealmente caigamos a una posición sectaria.

Segunda: la alternativa de putsch peronista o neo-peronista no está descartada. El descontento general, y en especial de distintos sectores de la burguesía, abre esa posibilidad. Nuestra táctica frente a las elecciones deriva en gran medida de nuestra estrategia general frente al peronismo. De hecho hoy día nos diferenciamos con claridad del peronismo: ellos por el putsch, nosotros a favor de la reorganización del movimiento sindical. No descartamos la variante boliviana que un putsch se transforme en una revolución, al empalmar con la movilización obrera, recién entonces entraremos en este proceso revolucionario.

Por el momento la estabilidad gubernamental es grande y el movimiento obrero no se ha restablecido de sus derrotas; no existen posibilidades de esta última variante.

Lo importante es que el peronismo se abstendrá frente a las elecciones. Nosotros, si boicoteamos o hacemos un voto político, de hecho aparecemos ante la clase como la quinta rueda del carro peronista. Esto sería peligrosísimo, tan peligroso como que ahora se nos confunda como putschistas. Si ya fuésemos bien conocidos podríamos distinguirnos del peronismo por el programa de frente único aunque tuviésemos la misma táctica frente a las elecciones. Pero esta no es la situación y por lo tanto debemos desviar en algo la táctica para supeditarla al fin estratégico — desde el punto de vista de nuestra lucha para ser la dirección reconocido del proletariado— que es delimitarnos claramente de la política patronal del peronismo y evitar que, por una razón táctica, se confundan nuestros programas y estrategias. Pero esto se debe lograr en el curso de la lucha por el objetivo primordial de toda nuestra actividad, que es derrocar al gobierno oligárquico. Por eso el eje y tema básico de nuestra campaña electoral será: “Estas elecciones son las más antidemocráticas que se han visto. Son una farsa y estamos contra ellas. Nuestro programa es subir al gobierno para convocar a elecciones con participación de todos los partidos y personas, se llamen como se llamen, aunque los jueces de la oligarquía los hayan declarado ‘disueltos’ o ‘delincuentes’ y dejar entonces el gobierno.”

Esto es más necesario que nunca después del putsch y antes de las elecciones y futuros putschs. Queremos ser dentro del frente antigubernamental la corriente clara y precisa por su antiperonismo obrero y revolucionario consecuente. El frente único de hecho con el peronismo contra el gobierno oligárquico, nos obliga a hacer resaltar las diferencias y no ocultarlas. Este ejemplo debe ser llevado a todos los planos de nuestra actividad. Es la única forma de lograr estructurar una verdadera corriente de clase en el movimiento obrero.

20. Las elecciones sindicales obligan a luchar por nuevas direcciones

Con el decreto del gobierno que llama a elecciones en todos los sindicatos y las reglamenta, se cierra la etapa de la clandestinidad total y absoluta del movimiento sindical argentino. Se abre ahora una etapa de relativa libertad y legalidad.

Hasta ahora la principal tarea era salvar la organización y la unidad sindical

Bajo el “régimen depuesto” algunos importantes sindicatos fueron intervenidos y sus afiliados, puestos en la clandestinidad, no tenían libertad ni legalidad para reunirse ni para resolver los problemas que los afectaban. Esto ocurrió en algunos sindicatos, como los gráficos o la FOTIA [Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar], pero no en todos.

Por el contrario, desde el advenimiento de este gobierno que proclama la libertad y la democracia como sus objetivos primordiales, la situación varió radicalmente. No se intervino solo algunos sindicatos, sino a todos ellos y a la propia CGT. Concretamente, el nuevo gobierno mandó a la clandestinidad a todo el movimiento sindical, desde la CGT hasta las comisiones internas de fábrica.

Frente a esta nueva situación, creímos necesario antes que nada salvar, como mínimo, la unidad y organización sindical. Nuestro criterio fue claro: aunque las organizaciones sindicales estén intervenidas deben seguir subsistiendo. Es decir, frente a la asfixia de la organización sindical provocada por las intervenciones era fundamental que los sindicatos siguieran viviendo. Nosotros creímos que para lograr esto era necesario cumplir dos condiciones: primero, apelar a la iniciativa democráticamente expresada de los activistas sindicales; y segundo, tener una Comisión Directiva o Junta de Emergencia provisoria de la CGT y de cada sindicato. Sostuvimos que esa Junta de Emergencia, para evitar divisiones estériles, debía constituir la dirección que estaba al frente del sindicato cuando éste fue intervenido; sólo en el caso de que esta dirección se negase a luchar por la supervivencia y la reorganización del sindicato se debería apelar a otra dirección provisoria.

Únicamente el cumplimiento de esas dos condiciones podía salvar, en las duras circunstancias por las que pasaba el movimiento obrero, a la organización sindical unitaria.

Muchos activistas sindicales nos han criticado esta línea, que creyeron una capitulación ante la vieja dirección sindical. Pero nosotros no hemos hecho otra cosa que ser consecuentes con nuestra posición de que lo fundamental era defender la organización y la unidad sindical. La ilegalidad en que sumió a la clase obrera la “revolución libertadora” planteaba la necesidad impostergable de señalar una dirección que garantizara la unidad mínima de cada sindicato. Por supuesto, cada tendencia se consideraba la adecuada, y esto aceleraba la división del movimiento sindical. Para evitar esto, nosotros planteamos entonces que lo más lógico y lo que salvaría la unidad del sindicato en esa difícil situación era reconocer a la anterior dirección sindical, nos gustara o no, sin disminuir ni atenuar las críticas que nos mereciera su actuación pasada o presente. Dijimos “en estos momentos de clandestinidad no puede haber otra dirección si queremos que el sindicato siga existiendo”. Esto habla mejor que mil juramentos de nuestro respeto por la organización sindical. Nosotros, que durante diez años fuimos enemigos a muerte de la burocracia sindical peronista porque permitía el control estatal de los sindicatos, porque no convocaba a asambleas del personal democráticas y soberanas, porque perseguía en el sindicato y en la fábrica a los obreros que se le oponían, fuimos los únicos y los primeros en defender la libertad de esos dirigentes, negándonos a aceptar que fueran reemplazados o juzgados por militares. Y fuimos, también, los primeros y los únicos en decir: “No queremos ganar sindicatos a costa de la división sindical. Con tal de que el sindicato siga unido reivindicamos como dirección provisoria a la que estaba cuando los sindicatos fueron intervenidos, y mientras los sindicatos se reorganizan en la clandestinidad.”

Por desgracia no fuimos plenamente escuchados. Los activistas sindicales de importantes gremios reconocieron la necesidad de la reorganización y de aceptar críticamente a la vieja dirección sindical, hasta tanto el gremio reorganizado se diera otra. Pero las más altas direcciones del movimiento sindical argentino, después del paso progresivo que dieron al constituir la Junta de Emergencia de la CGT, no hicieron absolutamente nada para establecer un contacto democrático con los activistas. Esto malogró los esfuerzos de los activistas, que se encontraron y se encuentran desorientados, al ver el fracaso estrepitoso de las que hasta ayer eran sus direcciones.

Las elecciones nos obligan a luchar ahora, en primer lugar, por direcciones sindicales nuevas, honestas, democráticas y combativas.

Lo que no lograron ni las direcciones sindicales peronistas, ni otras tendencias, lo lograron espontáneamente el movimiento obrero y los activistas sindicales, derrotando el primer plan sindical del gobierno. Este plan se proponía controlar los sindicatos mediante los “gremialistas libres”. Pero el repudio total de los trabajadores por los “libres”, reflejado entre otras oportunidades en el acto del [estadio] Luna Park, obligó al gobierno a dar marcha atrás y a cambiar sus planes. Ya no trata de entregarle las direcciones sindicales a los “libres”, sino de anarquizar y dividir el movimiento sindical. Y a este plan obedece el decreto del gobierno llamando a elecciones sindicales. Las elecciones crean la posibilidad de un acuerdo entre muchos dirigentes sindicales peronistas y el gobierno, ya que esos dirigentes prefieren transar con el diablo antes de perder totalmente sus puestos y prebendas. El decreto sobre elecciones sindicales estimula los apetitos y las trenzas de los

dirigentes y tiende a dividir los sindicatos internamente (en fracciones, con luchas entre dirigentes y caudillejos) y externamente (haciendo nacer nuevos sindicatos).

El movimiento sindical ha dejado o está en vías de dejar la clandestinidad. Esto debe merecer la atención de todos los activistas sindicales. Hoy la defensa de la unidad y de la organización sindical pasa a un nuevo plano: elegir en cada sindicato la mejor dirección, la más honesta, la más democrática y combativa. Es decir, al haber elecciones ya está garantizada automáticamente la unidad sindical si todas las tendencias sindicales se comprometen a respetar lo que resuelva la mayoría de los obreros de cada gremio. Lo fundamental, entonces, es lograr mayoría, o por lo menos una importante minoría, para los compañeros más combativos. Es decir, se trata de conquistar en las elecciones nuevas y combativas direcciones sindicales.

Fuera los “libres” y carneros de las direcciones de los sindicatos

Decimos que hay que conquistar direcciones nuevas porque es un hecho evidente que las direcciones conocidas del movimiento sindical no sirven.

Dos direcciones conocidas son las que se disputan en este momento las direcciones sindicales: los “libres” y los peronistas o neo peronistas.

De la dirección “libre” lo mejor que podemos decir es que nos avergüenza considerar que esta gente tenga algo que ver con el movimiento obrero. Felizmente, el 99 % de los obreros la repudia. Los “libres” son los que han estado firmemente con las intervenciones militares en los sindicatos; los que están de acuerdo con el Plan Prébisch; los que están en contra del sacrosanto principio sindical de que los militantes y los dirigentes sindicales solo deben ser juzgados por los obreros; los que están, en fin, porque el país pase del todo a la esfera de influencia del imperialismo yanqui. Esta dirección, a pesar del repudio merecido del movimiento obrero, tiene algunas posibilidades en ciertos gremios, gracias a su acuerdo con ex dirigentes sindicales peronistas que quieren acomodarse con esa corriente.

Las altas direcciones peronistas tampoco sirven. Los delegados y los dirigentes de fábrica, sí

La dirección sindical peronista no se diferencia esencialmente, en cuanto a los métodos, de los “libres”. Al Igual que estos han aceptado, cuando ellos reinaban, la intervención del Estado en los sindicatos y que se suprimieran todas las libertades democráticas en el movimiento obrero.

Bajo Perón, las direcciones sindicales peronistas no dieron mayor libertad que los “libres” hoy día. Y cuando cayó Perón se metieron debajo de la cama, pidieron “orden” y llamaron a carnear el 17 de Octubre. Esto no quiere decir que no haya profundas diferencias entre las direcciones sindicales peronistas y los “libres”. Una de esas diferencias y no la menos importante, es que los peronistas reflejan en todos los gremios a una mayoría o una importante minoría. Otra es que, a diferencia de los “libres”, están en forma más o menos consciente por una relativa independencia del país frente al imperialismo yanqui.

Pero, pese a todo eso, lo que demuestra en forma concluyente que esa alta dirección peronista no sirve es su actuación en 1955. Fue incapaz de frenar los golpes reaccionarios, fue incapaz de jugarse por los ideales que decía sostener. Cobarde, sin iniciativa, caudillesca, camandulera, dejó pasar los acontecimientos más importantes sin hacer absolutamente nada. El 16 de junio, 16 de septiembre y 17 de octubre de 1955 son tres fechas, entre tantas otras, que demuestran la cobardía de esa dirección y su incapacidad para jugarse por lo que ella debía considerar sagrado. Pero su fracaso completo fue el no haber sido capaz de reorganizar el movimiento sindical en la clandestinidad.

Necesidad de una nueva dirección

Los peronistas y los “libres” son las dos direcciones más conocidas del movimiento sindical. No mencionamos a los comunistas porque no tienen importancia. Pero existe otra dirección, que es ignorada por la gran prensa en manos de la patronal. Es la dirección anónima, la que todos los

días pone el hombro a la organización sindical o fabril sin sacar nada, ni autos, ni viáticos o sueldos, ni honores. Son los grandes activistas de la clase obrera, muchos de ellos dirigentes de fábrica, los que en estos momentos de ilegalidad mantienen dentro de sus posibilidades la organización sindical o fabril. Esa extraordinaria dirección, aunque ella misma todavía no se ha dado cuenta de que lo es, debe ser la que derrote a las direcciones prepotentes, burocráticas, que se disputarán las direcciones sindicales en las próximas elecciones.

Al caudillismo, a los dirigentes que todo lo supeditan a su acomodo y al de su camarilla, esa dirección de base del movimiento sindical debe oponer el principio de que nada hay superior al gremio y a los compañeros. Para esta dirección heroica y anónima no será ningún sacrificio imponer normas ultra democráticas en el movimiento sindical. Acostumbrados a apelar todos los días a la opinión de los compañeros de sección o de fábrica, estos dirigentes, desconocidos para la gran prensa, podrán fácilmente establecer todos los meses asamblea del personal.

Para ellos, que no tienen nada que ocultar, hacer lo que pidan los compañeros del gremio será lo más fácil. Lo mismo que enfrentar a la patronal y al gobierno, ya que así lo han hecho en todo momento, antes y después del 16 de septiembre.

Organizar a los activistas en agrupaciones sindicales que disputen las elecciones

Esta encrucijada histórica del movimiento obrero argentino tendrá una salida positiva para los trabajadores si de ella surge una nueva dirección para el movimiento sindicalmente organizado. Esta dirección tendrá un programa sencillo: todo se hará consultando día a día los intereses de los compañeros y apelando a su iniciativa; no habrá resoluciones sin asambleas del personal; no habrá asambleas de personal que no sean soberanas; habrá asambleas mensuales en todos los escalones de la vida sindical; se promoverá a nuestra clase para que ocupe el lugar de dirección que le corresponde en la vida nacional. Este sencillo programa, solo una nueva dirección del movimiento obrero podrá aplicarlo. Y esa nueva dirección ya existe en las secciones y en las fábricas; para que llegue a dirigir los sindicatos solo es necesario que se organice a fin de aplastar las trenzas y las maniobras de las viejas direcciones. Hay que evitar que las trenzas derroten a esta nueva dirección. La única forma de aplastar las trenzas de los viejos dirigentes duchos en camándulas, es organizar a esa dirección de base para lograr un programa, una lista y una acción unitaria de todos los activistas. Esa organización será democrática interiormente, pero deberá disciplinarse férreamente para actuar hacia afuera, a fin de impedir que las trenzas de los caudillos sindicales la derroten.

Sólo así esos activistas, probados a fondo en los últimos meses, que han valido años de experiencia, podrán llegar a la dirección de los sindicatos. Solo si estos nuevos dirigentes llegan a las direcciones de los sindicatos, el movimiento obrero y el país estarán salvados.

21. Al plan político del gobierno hay que oponerle una política independiente

El gobierno ha informado ¡por fin! cuáles son sus planes políticos: elecciones para el fin del año que viene; el estudio de la posibilidad de llamar a asamblea constituyente y la próxima promulgación de un Estatuto de los Partidos Políticos.

La vanguardia obrera debe estudiar el significado del paso dado por el gobierno. Esto no significa que como los radicales crean, que el plan político del gobierno da la base para comprender todo su plan. Por el contrario, los activistas sindicales saben que el verdadero plan del gobierno ha sido hace tiempo formulado y que se está aplicando: es el Plan Presbisch. Este es el verdadero plan gubernamental, con él se piensa cambiar todas las relaciones del país con el imperialismo, de los patrones con los obreros y entre los distintos sectores de la patronal. Este plan Prébisch ya en vías de ejecución servirá para asentar el dominio del país por los yanquis y de los obreros por

la patronal, así como también desplazará a los sectores más independientes de la patronal, los ganaderos, los industriales y los comerciantes a ellos ligados.

La extraordinaria discusión alrededor del plan político del gobierno ha servido justamente para esconder a los ojos de los trabajadores que el verdadero plan político-económico del gobierno se lo sigue aplicando inexorablemente.

Justamente el aspecto más importante del plan político del gobierno de Aramburu es que se da el tiempo suficiente para lograr aplicar hasta el fin el plan Prébisch. Si recién a fin del año que viene hay elecciones, eso significa que recién a mediados del año 1958 se cambiará el gobierno. El gobierno tendrá así casi tres años para llevar a cabo el plan Prébisch contra el país y los trabajadores. Mientras tanto, toda oposición al plan Prébisch será desviada con el argumento que el nuevo gobierno democráticamente elegido resolvería en definitiva. Pero eso será una mentira más, los desastres que Prébisch ocasiona al país y a los trabajadores serán más que difíciles de enmendar. Dejando de lado que en estos dos años el gobierno maniobrará todo lo posible para lograr tener un digno sucesor que garantice el estatuto impuesto por Prébisch al país y a los trabajadores.

Eso es lo esencial del plan político del gobierno. Esto no quiere decir que no haya en ese plan otros problemas.

La pugna de la intransigencia radical con los otros partidos políticos

Alrededor del plan político del gobierno se repitió la pugna que divide a la intransigencia radical de los otros partidos.

La intransigencia radical disputa con los otros partidos sobre dos cuestiones institucionales de gran importancia: si lo primero debe ser la Constituyente o las elecciones nacionales, si debe haber un régimen presidencialista o parlamentario. La vanguardia obrera debe saber qué se esconde detrás de esa aparente discusión teórica. Alrededor de la Constituyente y del régimen parlamentario se agrupan los sectores directa o indirectamente ligados a la colonización del país por el imperialismo yanqui. Por medio de una Constituyente y de un parlamento todopoderoso (manda el parlamento y no el presidente), con 20 partidos presentes con fuerzas parejas, el imperialismo puede maniobrar mucho mejor. El sistema presidencialista no divide a la patronal argentina en 20 o 30 sectores, sino por el contrario unifica a toda la patronal argentina para hacer presión sobre un solo hombre, el presidente de la República. Esta presión tiene muchas mayores posibilidades de tener éxito con el régimen presidencialista. No es una casualidad que el régimen parlamentario rija en aquellos países que sufren la colonización yanqui más desembozada como Chile y Uruguay. En nombre de la democracia se intenta implantar un régimen parlamentario que sea útil a las intrigas imperialistas y magnífico circo para que los trabajadores disputen encarnizadamente si deben o no abrirse los prostíbulos o si debe haber enseñanza religiosa, olvidándose como en Chile y Uruguay que se ha firmado el pacto bilateral.

La intransigencia radical, al oponerse al llamado a Constituyente y al sistema parlamentario demuestra que defiende, con su hipocresía y cobardía habitual, una relativa independencia del país frente a la colonización yanqui. La intransigencia no quiere que el gobierno o el país se debiliten frente a los yanquis. Este sentimiento refleja la voluntad de sectores de la clase media que desean un curso independiente del país, que éste esté cada vez más fuerte.

La división entre los radicales

La pugna entre los radicales intransigentes y los otros partidos se refleja dentro del propio partido radical en la división entre unionistas e intransigentes. Aunque lógicamente hay algunas diferencias provocadas por el cambio de ambiente.

Para los partidos pro yanquis se trata de debilitar al partido radical dirigido por los intransigentes y para el unionismo la cuestión es algo distinta: se trata de fortalecer y no debilitar al radicalismo, para ellos copar la dirección del partido. Por eso hubo una diferencia de importancia entre el unionismo y los otros partidos, fundamentalmente el Demócrata Cristiano y el Socialista,

a pesar de responder todos ellos a la misma marca de fábrica *made in USA*, como el nylon. Los unionistas quieren el estatuto de los partidos políticos tanto como las elecciones. Con el estatuto de los partidos piensan copar la dirección nacional del partido y la candidatura a la presidencia de la Nación.

El gobierno al prometer un estatuto de los partidos políticos responde al plan del unionismo radical de copar su partido. Pero en general, con su plan de conjunto, ha matado varios pájaros de un mismo tiro: ha garantizado, antes que nada, la aplicación del Plan Prébisch; ha tranquilizado a los partidos que considera mayoritarios, al radical; ha llevado una cierta esperanza a grandes sectores de trabajadores que vendrá una cierta normalización constitucional; ha dado los pasos necesarios para garantizar que los unionistas radicales podrán copar el partido radical y por último garantizar legalmente su acción de gobierno. Pero no terminan ahí las maniobras del gobierno. Apoyado por todos los partidos, a excepción del nuestro, ha puesto fuera de la ley a determinados partidos y se apresta a sacar un estatuto o una reglamentación que impedirá a determinados ciudadanos, por motivos dispares, formar partidos y ser candidatos. Creemos que esto sería uno de los fraudes más escandalosos de nuestra historia política. En una auténtica democracia no hay distinciones entre los ciudadanos: todos tienen derecho a formar partidos y a ser candidatos.

Una elección que se efectúa teniendo en cuenta la ilegalidad a determinadas agrupaciones políticas, es un fraude escandaloso. La clase obrera argentina no lo permitirá.

La clase obrera no puede quedarse en silencio ni quieta, necesita tener una política independiente

Un sector del ejército, junto a los nacionalistas cuenta con la posibilidad de ganarse la voluntad de la clase obrera argentina. La intransigencia radical piensa lo mismo. Nosotros creemos que ha llegado el momento que la clase obrera argentina deje de apoyar a abogados y militares o a la política de los patrones o el imperialismo para llevar sus hombres y su política al gobierno.

La experiencia del anterior régimen es aleccionadora a ese respecto. A pesar de haber sido quien mayores conquistas otorgó a los trabajadores, el hecho de ser un gobierno de militares, abogados y patrones, hizo que esas conquistas se perdieran una a una. La clase obrera argentina necesita una política obrera llevada a cabo por un órgano político que agrupe a la clase en su conjunto o, como mínimo a sus representantes más esclarecidos, los activistas sindicales. Esa debe ser la gran experiencia de los últimos años: los obreros deben dirigir al país para llevar a cabo una política de verdadera justicia social, independencia económica y soberanía política. Los obreros no pueden ni deben confiar en otros cuadros, ni en otros programas que los obreros.

Todas las clases han sido probadas en el gobierno nacional. Sólo una no ha pasado por esa prueba: la clase obrera, a pesar de ser la única clase capaz de aplicar en forma consecuente una política en beneficio único y exclusivo del país. Todo lo que se le exige a la clase obrera argentina es que debe tener su propia política para oponerla a la de los partidos de la patronal y a la del imperialismo yanqui, para derrotar el plan político del gobierno. §